



Un día de
invierno
Paula Gallego

Un día de
invierno

Paula Gallego



Escarlata
EDICIONES

Un día de invierno

Primera edición: noviembre, 2017

©Paula Gallego, noviembre 2017

Publicado por:

© Escarlata Ediciones S.L., 2017

www.escarlataediciones.com

hola@escarlataediciones.com

ISBN: 978-84-16618-32-3

IBIC: YFT

Dirección editorial: Scarlett de Pablo

Corrección de estilo: Claudia Córdoba

Diseño e ilustración de la cubierta: ©Sarima

Ilustraciones interiores: ©Paula Gallego

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. (www.conlicencia.com; 93 272 04 47).

Índice

[Capítulo 1. Me llamo Karan](#)

[Capítulo 2. Dos puertas, dos pulseras](#)

[Capítulo 3. La niña](#)

[Capítulo 4. Si sé que tú estás conmigo](#)

[Capítulo 5. El primer día](#)

[Capítulo 6. Mentiras](#)

[Capítulo 7. El mundo sin su talento](#)

[Capítulo 8. Los hermanos mayores cuidan de los pequeños](#)

[Capítulo 9. Hecha una estampa](#)

[Capítulo 10. Único](#)

[Capítulo 11. La equivocación](#)

[Capítulo 12. Bajo la lluvia tempestuosa](#)

[Capítulo 13. La granja](#)

[Capítulo 14. A esto y a las tabas](#)

[Capítulo 15. A pie de página](#)

[Capítulo 16. Una historia escrita](#)

[Capítulo 17. Bibi](#)

[Capítulo 18. Agua pasada](#)

[Capítulo 19. El chico del amor incondicional](#)

[Capítulo 20. La realidad se desploma](#)

[Capítulo 21. Me habría gustado verlo](#)

[Capítulo 22. Un silencioso vacío](#)

[Capítulo 23. La decisión correcta](#)

[Capítulo 24. La carga de quien escapa](#)

[Capítulo 25. ¿Qué sucederá mañana?](#)

[Capítulo 26. El visitante de medianoche](#)

[Capítulo 27. No podía](#)
[Capítulo 28. Cerca del lago](#)
[Capítulo 29. El refugio](#)
[Capítulo 30. El antídoto](#)
[Capítulo 31. Hollín en el rostro](#)
[Capítulo 32. El ladrón](#)
[Capítulo 33. Perejil](#)
[Capítulo 34. Miedo](#)
[Capítulo 35. Un libro robado](#)
[Capítulo 36. El luchador](#)
[Capítulo 37. La luz en el bosque](#)
[Capítulo 38. Alguien en el bosque](#)
[Capítulo 39. Mala suerte](#)
[Capítulo 40. El macuto](#)
[Capítulo 41. Los días más largos](#)
[Capítulo 42. Bajo el abrigo](#)
[Capítulo 43. Una promesa](#)
[Capítulo 44. Siempre nuestro](#)
[Capítulo 45. El benefactor](#)
[Capítulo 46. El pueblo](#)
[Capítulo 47. La casa de las paredes negras](#)
[Capítulo 48. Cárdeno](#)
[Capítulo 49. Un lugar seguro](#)
[Capítulo 50. Otro comienzo](#)
[Capítulo 51. Imprudente](#)
[Capítulo 52. Regresar](#)
[Capítulo 53. Una eternidad](#)
[Capítulo 54. El rebelde](#)

Capítulo 55. Aktion T4

Capítulo 56. Herida

Capítulo 57. Convalecencia

Capítulo 58. Aguardar

Capítulo 59. Hasta dónde llegaría

Capítulo 60. Tres cuerpos

Capítulo 61. Con luz propia

Capítulo 62. La partida

Epílogo

Agradecimientos

Paula Gallego

Estas páginas son para ti, tía Nichu.
De todo corazón, gracias.

Capítulo 1. Me llamo Karan

Dinamarca, marzo de 1940.

La realidad se redefine. Constantemente. Mientras estamos aquí sentados dentro de un tren que viaja a toda velocidad, ahí fuera se disputan el control del mundo. Si pienso en ello es todo tan complicado. Sí, es difícil imaginar que ahora mismo, exactamente en este instante, un soldado herido acaba de morir como consecuencia de la metralla que tenía alojada en el cuerpo, un general ha ordenado un amplio despliegue de tropas y dos altos mandos se debaten entre lanzar una ofensiva desde el norte o desde el este.

Mientras todo eso pasa ahí fuera, mi hermana pequeña berrea como una histérica y mi hermano, también menor, pero no tanto, está concentrado contando todos los tornillos que han usado para anclar los asientos al suelo. Mi realidad es muy diferente de la de los demás, de la de todos los que se han quedado en casa o de los que no volverán a verla jamás porque ha sido destruida. ¿Y nosotros? ¿Volveremos algún día a nuestro hogar?

Me concedo un par de segundos más mirando por la ventana e imagino que hay una realidad más allá de la nuestra. Una realidad mejor, más clara y más certera, con más luz.

Ya estamos llegando. Los árboles pasan a toda velocidad y las últimas luces del día se quedan atrás, en el camino, en nuestra tierra, como un presagio de lo que está por llegar.

Suspiro y vuelvo a la realidad o, al menos, a la mía.

—Annemette, ya está bien —murmuro, cansada, y miro a la pequeña.

Annemette ha cumplido ya los cuatro años y acaba de descubrir que tiene el poder de poner nerviosa a la gente cada vez que llora. Cuando eso ocurre, sea lo que sea lo que quiera, es cuestión de tiempo que lo consiga. Ella lo sabe. Yo lo sé. Y nuestra relación en las últimas dos semanas ha consistido en un tira y afloja en el que ha conseguido lo que quería algunas veces y se ha quedado afónica de tanto gritar otras tantas.

—Quiero ir al baño —gimotea, teatral.

—Acabas de ir. Además, estamos llegando. Tenemos que estar atentos —le explico.

—¡Pero quiero ir! —grita, tajante. He ahí su argumento, definitivo e

inapelable. Se cruza de brazos y arruga la nariz—. ¡No aguanto más! —vocifera.

Miro a mi alrededor, preocupada, hasta que caigo en la cuenta de que a nadie le importa lo más mínimo si esta cría está gritando, bailando o entrenándose para entrar al cuerpo de élite de los francotiradores de la resistencia. Aquí todos gritan, saltan, ríen y se suben por todas partes. Niños que apenas saben hablar, otros algo más mayores y algunos muchachos como yo, que estoy en esa etapa en la que me gusta el café, pero solo si lleva chocolate.

—Si vuelves a gritar, acabaré tirándote por la ventana de este tren. —Acerco mi rostro al suyo y la miro con severidad, como hacía mamá, aunque tengo la impresión de que yo no impongo tanto.

—¡No puedes hacer eso! —exclama mi hermano Joren. Tiene los ojos abiertos de par en par y hay verdadero pánico en su voz—. Si la tiras, chocará contra las vías y el tren la arrollará.

Annemette aprovecha el momento de dramatismo para echarse a llorar de nuevo. Estupendo.

—No voy a echarla por la ventana, Joren. Tranquilo. Era una broma. ¿Lo entiendes?

Se relaja un poco y me fulmina con la mirada, molesto. No, no entiende por qué he hecho una broma y tampoco entiende las bromas en sí. Las bromas son mentiras sin sentido para él. Y punto.

—Solo la gente cruel hace bromas. —Se pega al cristal de la ventana con vehemencia y busca un ángulo casi imposible, como si quisiera comprobar que, en efecto, Anne sería arrollada por el tren si la tirase. No quiero ni imaginar la clase de cálculos disparatados que tiene que estar haciendo ahora mismo.

Me olvido de él y vuelvo a prestar atención a mi hermana.

—Tú y yo sabemos que no tienes tantas ganas de ir como para llorar. Además, así estás muy, pero que muy fea. —Le hago una mueca muy poco propia de una señorita de mi edad y ella me la devuelve, airada.

Deja de gimotear y me da la espalda, por fin. Joren, en frente, ha comenzado a llevar la cuenta de algo nuevo. No puedo ver qué es exactamente lo que está contando, por lo que intuyo que se trata de algo muy pequeño. Y eso significa que está nervioso y tal vez angustiado.

¿Será porque he amenazado con tirar a nuestra hermana menor por la

ventana?

Me frotó los ojos cansados y los miro. Anne es bastante grande para su edad. Sus mejillas son regordetas, como las de una ardilla que acumula nueces en sus carrillos. Tiene el pelo rubio, rizado y alborotado. Y eso me recuerda que la he visto rascándose varias veces esta tarde. Reprimo un escalofrío y una mueca de disgusto.

Oh, Dios... En cuanto lleguemos voy a tener que cortarle el pelo. Y seguro que también me arma una buena.

Sus preciosos bucles dorados siempre me habían gustado, incluso los envidiaba. Yo también tengo el pelo rizado, pero de una forma mucho menos delicada, y mi color de pelo es más corriente y aburrido: castaño.

Sin embargo, ahora que mamá no está aquí para peinarla, la envidia ha dado paso a una especie de lástima y desconcierto. ¿Cómo una preciosa cabellera de princesa de cuento, se ha convertido en esto? Demonios, ¡parece Ricitos de Oro después de haber fumado opio y haberse cargado a los tres ositos!

Anne descubre mi mirada y se vuelve para contemplarme con desdén. La ignoro y me fijo en Joren.

Joren es guapo y muy alto. Tiene los ojos azules, como yo, y una tez blanca y llena de pecas. Tiene la nariz fina y cuando sonrío le sale un hoyuelo en la comisura de la boca. Tiene catorce años y está obsesionado con los aviones de combate. Aunque lo quiero con locura, a veces es insufrible.

En los últimos días me he ganado más de un sermón y varias miradas reprobadoras de personas adultas que me creen un monstruo desalmado por gritar a mi hermano cuando me saca de mis casillas.

Lo que ellos no saben es que los desconsiderados ignorantes son ellos. Primero, sé de sobra que mi hermano es diferente, no hace falta que alguien me lo recuerde, he crecido con él. Segundo, si creen que por ser diferente tiene derecho a sacar a la gente de quicio, están muy equivocados. Él también sabe comportarse, no es una criatura carente de autocontrol. Y, por último, a la monja que me dijo que debería compadecerme de mi hermano porque su situación es triste y da mucha pena, debería haberle cruzado la cara. Su vida es tan feliz como la de cualquier persona y no se merece la compasión de nadie. Quienes creen eso piensan que ser diferente es malo, y eso no es cierto. Mi hermano es increíble. Mi hermano es la mejor persona que conozco.

Una mujer entrada en carnes, con el pelo tapado por un pañuelo (sabía decisión que pienso imitar de ahora en adelante), cruza desde el vagón de al

lado para anunciar que estamos llegando.

Anne se pone tiesa y olvida por completo su enfado. Salta de su asiento al mío y aplasta mis piernas bajo su peso para intentar ver algo por la ventana.

Joren mira en todas direcciones, turbado. Y decido que es un buen momento para recordarle varias cosas.

—Joren —lo llamo. Espero a que me mire a los ojos e intento captar su atención—. Tienes que escucharme bien, ¿de acuerdo?

Esboza una mueca de disgusto y mira de soslayo a nuestro alrededor. Es evidente que le resulta una tarea difícil, pues aquí dentro hay demasiados estímulos. Una cantidad ingente y casi insoportable, incluso para mí.

—Escucha, lo has hecho muy bien durante todo el viaje, ¿de acuerdo? Dos minutos más y bajaremos.

—Me gusta viajar en tren —declara—. Los trenes son bastante seguros. No hay muchos accidentes.

—A mí también me gusta.

—Los barcos, no. El viaje en barco fue horrible —continúa con su soliloquio.

—Lo sé —contesto—. No hace falta que lo jures —suspiro con cierta ironía.

—Pero este viaje en tren tampoco ha sido del todo bueno. Ha sido casi bueno. Bueno porque hemos viajado en tren, pero malo porque hay mucha gente y mucho ruido, y no ha hecho paradas y ha sido muy largo, y porque mamá y papá no están aquí. —Mira a su alrededor, concentrado en vete a saber qué.

—Lo sé, lo sé. Joren, escúchame, ¿vale? —Me entran ganas de coger su rostro y obligarlo a que me mire, pero sé que hacerlo en una situación en la que ya está nervioso podría empeorar más las cosas. Cojo aire y me sereno—. Recuerdas qué es lo que tenemos que decirle a todo el mundo sobre nosotros, ¿no?

Asiente con la cabeza, pero no lo veo muy convencido. Sostengo su mirada, inquisidora, y acaba torciendo el gesto. Lo he pillado.

—¿Qué es lo que vamos a decir?

—Vamos a... a hacer una broma.

—Sí, eso es. Vamos a gastarles una broma a todos. ¿Y qué les vamos a decir?

Vuelve a arrugar la nariz. Creo que ha quedado bastante claro que a Joren

no le hacen mucha gracia las bromas.

—Qué tú y yo somos gemelos.

—¡Eso es! Y para que eso fuera verdad... ¿cuántos años diremos que tengo?

—Catorce —responde.

—Genial. Tendrás que acordarte de todo, ¿vale?

Los motores llevan un tiempo produciendo un sonido aún más atronador que el del resto del viaje. Pronto, se escucha un pitido y el inconfundible sonido de los frenos del tren.

Los niños empiezan a alborotarse aún más. Se asoman a las ventanas, aunque ya casi es de noche, y los adultos, que no han pisado este vagón la mayor parte del viaje, se colocan junto a las puertas para ayudarnos a salir de forma ordenada.

Anne se pone en pie y le doy la mano. Dirijo una rápida mirada a Joren, que está tan asustado como yo, aunque él no se molesta en ocultarlo, y le hago un gesto para que se ponga en pie. Tendremos que tragarnos muchas colas al bajar, pero si queremos evitar incidentes, seremos los últimos en salir para que mi hermano no se agobie. No es que vaya a salir corriendo si alguien lo toca, pero es mejor no abrumarlo. A nadie le gusta estar rodeado por decenas de personas que empujan y dan codazos. Joren es, simplemente, más sensible en cuanto a eso. Bastante más sensible. Aunque ha hecho grandes progresos en los últimos años.

—¿Estáis listos?

Anne asiente. Puedo ver en su mirada la misma mezcla de ansiedad y turbación que veo en otros niños. Siguen atemorizados, impotentes, preguntándose por qué, de pronto, sus padres los han enviado tan lejos. Todavía no lo entienden. Y tal vez sea mejor así.

Están enfadados y se sienten rechazados. Pero la expectativa de llegar a un nuevo lugar y de conocer gente nueva tan lejos de casa, ¡más lejos que nunca!, los entusiasma de un modo que a mí me cuesta mucho comprender.

Así que cuando alza su cabecita alborotada hacia mí veo esa extraña mirada; dudas, miedo, confusión, entusiasmo, inquietud... Veo que no sabe cómo sentirse, no sabe si debería sentirse muy mal o estar feliz. Y, sinceramente, yo tampoco lo sé. En eso, todos somos niños de cuatro años y nadie tiene una respuesta.

Aguardamos a que la gente desaloje el tren. Cuando somos los únicos en el vagón, cogemos las maletas y bajamos.

Esta soy yo. Esta es mi realidad. Me llamo Karan, o solamente Ka, y huyo de la guerra.

Capítulo 2. Dos puertas, dos pulseras

Yo no tengo instinto maternal ni fraternal. Y si existiera algún otro instinto parecido, tampoco lo tendría. Lise, nuestra hermana mayor, es la que siempre ha cuidado de todos. Ella nos ha vestido, nos ha peinado y ha jugado con nosotros cuando éramos pequeños. Es Lise la que debería estar aquí ahora, no yo.

Yo no pedí esto. Yo no pedí encargarme de Joren o de Annemette. Ni siquiera sirvo para encargarme de mí misma, ¿qué voy a hacer con estos dos?

Tengo a Anne a mi lado, muy cerca de mí, prácticamente colgada de mi pierna mientras esperamos a que Joren salga del pabellón de reconocimiento masculino. A pesar de haber insistido en que sería mejor si entraba con él, no podían dejar que dos chicas anduvieran en un lugar lleno de muchachos en ropa interior. ¡Y mejor no hablamos de dejar que Joren pasara con nosotras!

Solo rezo para que la persona que lo ha atendido se haya dado cuenta de que Joren no es muy propenso al contacto humano. Y también para que mi hermano haya sido indulgente y comprensivo.

Miro hacia atrás. Una barricada; dos puertas: la puerta de las pulseras blancas y la de las pulseras rojas. Anne y yo, a pesar de los pequeños parásitos que ahora viven en los rizos de mi hermana, estamos perfectamente sanas, así que nos han dado las pulseras blancas para pasar directamente al campamento.

—Señoritas.

Me sobresalto cuando escucho una voz a mi espalda y me giro, con Anne colgando, para descubrir a una mujer con uniforme que nos sonrío con amabilidad.

—Si tenéis las pulseras blancas, debéis entrar al campamento —pronuncia, con un fuerte acento.

—Estamos esperando a nuestro hermano.

—Vuestro hermano irá al pabellón de los chicos, así que no tenéis que preocuparos. Podéis ir entrando, ya lo veréis luego. No nos conviene que se amontone gente aquí fuera.

Me quedo mirándola, inquieta. Desde que salí de nuestro hogar, hace más de dos semanas, he sabido que un viaje así sería difícil, más incluso teniendo que cuidar de Joren. También sabía que, en algún momento, nos separarían, y he

temido que llegara ese instante desde que partimos.

—Esperaremos —sentencio—. Tengo que hablar antes con él.

A la mujer no le hace mucha gracia, pero sonrío igualmente. Puede que sea deformación profesional, puede que su trabajo le exija sonreírnos a todos para que sepamos que todo va a ir bien y ahora no puede dejar de hacerlo, incluso si está molesta.

—Mira, Anne. Esa señorita no puede dejar de sonreír nunca —le susurro, cuando está lo suficientemente lejos—. Si lo hace, la mandan para casa.

Anne ríe, y entonces aparece nuestro hermano.

Está tan pálido como la nieve del invierno. Anda atropelladamente, casi a trompicones, como si quisiera dejar atrás ese lugar cuanto antes. Imagino que lo habrá pasado mal. En momentos así me gustaría darle un abrazo, pero sé que eso solo empeoraría la situación. A mí me deja acercarme y tocarlo, pero para eso tiene que hacer un gran esfuerzo y en ocasiones como esta se merece su espacio. Los abrazos son para cuando los necesito yo, no para cuando los necesita él. Porque, en realidad, a Joren no le hacen falta. Y aunque al resto nos cuente comprenderlo, tenemos que respetarlo.

Pasa a nuestro lado como un cohete y tengo que llamarlo para que se detenga. Si no lo conociera, creería que ni siquiera nos había visto.

Lo primero que hago cuando lo tengo a dos pasos es dirigir la vista hacia su muñeca. Cuando lo hago, suelto un improperio.

—¡Maldita sea! —mascullo.

Joren me mira, expectante, esperando a que crucemos las puertas. Sin embargo, esa pulsera roja no le dejará dar un solo paso dentro del campamento.

—¿Qué te ha dicho el examinador, Joren?

—Creo que... «Hola, siéntate. No, no. Ahí no. Quítate la camisa. Vamos, chico, quítate la camisa. ¡No! ¡No! Así no» —recita, sin ninguna entonación, sin emoción alguna—. «Muchacho, ¿quieres mirarme a la cara? Te estoy hablando. Sí, eso es. A ti. A ti...».

Alzo la mano para interrumpirlo y suspiro. Está bien, reformulemos la pregunta. Segundo intento.

—¿Te ha dicho el señor que estás enfermo?

—Sí.

—¿Qué es lo que tienes?

—Gripe.

—¿Qué gripe? —insisto.

—Común.

—Está bien. No es grave. —Chasqueo la lengua—. En un par de días te habrías curado solo. —Me muerdo el labio y miro a mi alrededor, pensativa. Volver a separarlo de nosotras para meterlo en un pabellón de enfermos, que lo examinen y lo mediquen sería poco menos que una tortura para él—. Vale, escúchame. Vamos a gastarles otra broma a todos, ¿de acuerdo?

—¿Más bromas? —inquire, sencillamente asqueado.

—Puedes mentir y venir al campamento con nosotras o puedes decir la verdad e ir al médico, a que te desnude, vuelva a tocarte y te haga tomar pastillas.

Joren sacude la cabeza con desesperación.

—Las bromas no siempre son malas —sentencia.

—Eso pensaba yo. Vale, dame tu pulsera. Y ponte la mía. —Me pongo de espaldas a él para evitar que la señorita sonrisas nos vea intercambiarlas y me anudo la pulsera roja a la muñeca—. Ahora voy a ir al médico de tu parte. Cuando vea que estoy bien, me mandará al campamento con vosotros. Hasta entonces, vigila bien a Annemette. ¿Me has oído? Vigíla bien. Y tú, por el amor de Dios, pórtate bien. Ni se te ocurra separarte de su lado. Iré enseguida, ¿vale? Coged las maletas.

Joren no contesta, Anne tampoco.

Pongo los ojos en blanco y empujo a Anne para que vayan hacia la puerta de la izquierda cargando con el equipaje. Alzo la mano y me despido.

Capítulo 3. La niña

Berlín, Alemania. Febrero de 1940.

—¡No quiero ir! —grito, fuera de mí. Los pulmones me arden después de horas de discusión; llevamos así toda la tarde.

—Deja de comportarte como una niña soberbia y arrogante —me espeta mi madre. Las palabras, que en un principio eran suaves y dulces para tratar de convencerme, son ahora duras y amargas.

Mi madre, mi hermana Lise y yo nos hemos encerrado en la habitación de nuestros progenitores en cuanto hemos terminado de comer. Mi padre, cauto, ha decidido quedarse fuera cuidando de Anne y de Joren. Al principio, pensaba que quería dejarle el tema a mi madre porque creía que ella tendría más posibilidades de hacerme entrar en razón, *su* razón, y obligarme a hacer lo que me piden. Sin embargo, ahora sé que si mi padre no ha querido formar parte de esta pequeña reunión es porque sabía que no me estaban intentando convencer de nada; todo esto es una imposición.

—¡Ese es el problema! —grito—. ¡Ya no soy una niña! Esos barcos zarpan con niños pequeños. ¡Pequeños, mamá! ¿Es que no lo entiendes? ¡Tengo diecisiete años! Aunque quisierais enviarme con mis hermanos, no os lo permitirían. ¡Estás perdiendo el tiempo intentando convencerme!

Paso a su lado, enfadada, intentando alcanzar la puerta y salir de allí antes de que me estalle el pecho. Lise, no obstante, es más rápida y se planta frente a la puerta con los brazos cruzados. Me mira con severidad. No hay ni una pizca de empatía en su mirada y sus ojos claros me juzgan sin compasión.

Respiro con dificultad, como si acabase de subir una montaña. Estoy segura de que estoy tan roja como un tomate y me siento a punto de sufrir una crisis nerviosa.

—Ya te hemos dicho que eso no importa, Karan. En tu pasaporte pondrá que tienes catorce años. Ya está todo arreglado —continúa mi madre, implacable.

—¡Entonces que Lise venga también!

Mi madre aprieta los labios y ladea la cabeza. Me mira con tristeza y ternura contenida. Se lleva las manos a la boca, como si estuviera rezando, y se acerca a mí para tomarme de las mías.

—Lise no puede pasar por alguien tan joven. Mírala, ya es una mujer. —

Vuelve a suavizar su tono de voz. Siento el orgullo que mi madre profesa por mi hermana mayor; tan guapa, tan juiciosa, tan sensata, tan responsable... y lista. A todos nos quiere con locura, pero la forma en la que mira a Lise es diferente—. Tú, en cambio, aún puedes parecer una niña, aunque no lo seas — aclara, conciliadora—. Nadie diría que tienes diecisiete años si no te escucharan hablar. —Esboza una sonrisa nostálgica, y eso me encoge aún más el corazón. ¡Ni siquiera me he ido todavía!—. Por favor, que tu lengua no te pierda.

Me quedo unos segundos callada, incapaz de decir nada. El corazón me late con fuerza y me doy cuenta de que me he quedado sin escapatoria. Suelto sus manos con violencia y doy un paso atrás.

—¡Esto es una mierda!

Siento el dolor antes de que llegue el golpe. Ni siquiera lo veo venir. Se me saltan las lágrimas de nuevo, por el impacto, por la impresión, por la ira y, sobre todo, por la impotencia. Parpadeo débilmente y veo a mi madre, que tampoco ha podido resistir con entereza y se ha echado a llorar. Sin embargo, no es ella la que me ha cruzado la cara. Ha sido Lise.

Apoya una de sus manos en el hombro de nuestra madre y asiente con la cabeza. Esta sale disparada de la habitación, llorando, y nos quedamos las dos solas.

Me tiembla el labio y me temo que me he quedado sin fuerzas para discutir. Lise jamás me había pegado así. De hecho, solo lo había hecho una vez, cuando pillé una rabieta descomunal siendo aún muy pequeña. Desde entonces, ella no me había vuelto a pegar. Por estoy tan impresionada.

—Joren y Annemette te necesitan —me dice, seria, y yo hago esfuerzos por ver a través del mar de lágrimas que me empaña la visión. Soy todo mocos y lágrimas.

—Yo os necesito a vosotros —sollozo.

—Estás siendo egoísta, Ka. —Toma mi rostro entre las manos y siento que tiene las palmas extremadamente frías en comparación con mi rostro que arde—. ¿Qué crees que pasaría con Annemette si no estuvieras tú para cuidarla? No dejan que una niña tan pequeña viaje sola si no tiene un pariente que la cuide. Y Joren no puede ser ese pariente.

Me aparto para secarme el rostro con la manga de mi camisa sin pudor alguno.

—Tengo miedo —gimoteo.

—Todos lo tenemos —me asegura y me regala una sonrisa—. Por eso debes ser fuerte. —Respira hondo y suelta el aire despacio—. Ya que dices haber dejado de ser una niña, te confiaré algo: si vuelves a pedirle a madre que te deje quedarte, lo conseguirás. Ha llegado a su límite, ya no podrá obligarte a que te vayas. —Hace una pausa. Me quedo en silencio, atenta y esperanzada—. Sin embargo, Joren y Anne también tendrán que quedarse aquí. Porque no los enviarán solos a Dinamarca por nada del mundo. Quién sabe si Anne volvería algún día. Es tan pequeña que cuando acabe la guerra puede que ya se haya olvidado de nosotros. Y Joren... A Joren lo anularán por completo, lo atiborrarán a sedantes e inyecciones, y cuando regresase, ya no sería él. A Joren lo matarían.

Trago saliva y deseo que no se haya dado cuenta. Aunque ya me haya visto llorar, quiero conservar algo de determinación.

—Así que la decisión es tuya. Puedes insistir y hacer que nuestros hermanos pequeños se queden en un país en guerra o puedes tragarte tus deseos personales e ir con ellos para cuidarlos.

Me vuelve a temblar el labio y rompo a llorar como la niña que he jurado no ser. Lise me envuelve en sus brazos y me acerca a su pecho. Lloro contra él, largo y tendido, hasta que casi desfallezco. En algún momento me empuja sin que apenas me dé cuenta hasta la cama y acabo tumbada a su lado, llorando sin consuelo, mientras me acaricia el pelo con sus dedos.

Pasamos así mucho tiempo, no sabría decir cuánto. Después, emocionalmente exhausta y físicamente agotada, me quedo dormida sin remedio y, cuando despierto, no hace falta que explique qué he decidido.

Ya es tarde y nuestros hermanos duermen en su cuarto. Mis padres y mi hermana, sin embargo, continúan en la cocina con aire ausente. Al verme entrar, se vuelven y se me quedan mirando. Mi madre sonrío y asiente, y por primera vez veo en sus ojos lo mismo que veo cuando mira a Lise.

Capítulo 4. Si sé que tú estás conmigo

Aguanto el tipo mientras el médico me examina para recetarme un medicamento y asignarme a un ala del edificio. Soporto sus escrutinios y me encojo de hombros cada vez que me mira, perplejo, intentando encontrar los mismos síntomas de gripe que ha debido de ver su compañero al examinarme. Molesto, me despacha quejándose de su ineptitud entre dientes, y me da una pulsera blanca para que me dejen marchar. Yo salgo corriendo de allí, nerviosa. Esto ha durado más de lo que esperaba y temo que haya podido pasar algo mientras yo no estaba.

Hago caso omiso de la gente que me grita en danés —seguro que para que deje de correr— y me planto, jadeante, frente a una mujer que revisa una lista con nombres junto a un pabellón. Tras varias explicaciones atropelladas, me deja pasar y me asigna una cama. Cuando alzo la vista en busca de mi hermana y la encuentro, varias literas más allá, me tranquilizo.

Corro hacia ella y la agarro de sus pequeños hombros.

—¿Estás bien?

Ella asiente. Está sentada en la cama de abajo, encogida sobre sí misma, mientras otras niñas mayores que ella juegan y saltan a nuestro alrededor. No hay muchos de su edad.

—¿Dónde está Joren?

—Eh... Con los otros chicos. —Miro a mi alrededor e imagino que nuestro hermano estará en un pabellón similar a este. Es grande y espacioso, más largo que ancho, con cerca de cincuenta literas y otras tantas ventanas, una junto a cada catre. Siete pobres bombillas cuelgan desnudas del techo de madera.

—Ven, Anne, dame la mano. —La cojo de la mano y vuelvo hacia la salida a toda prisa, dejando las dos maletas allí, junto a la litera. Probablemente alguien le habrá ayudado a cargar con ellas, porque estoy segura de que Joren no lo ha hecho. Le habría echado una mano si se lo hubieran pedido, pero seguro que nadie lo ha creído necesario.

Corremos hacia la salida y miro a mi alrededor. Un único poste de luz alumbraba la entrada a los dos barracones donde, supongo, nos alojaremos todos. El de al lado debe de ser el de los chicos.

Me encamino hacia allí, embalada, cuando la señorita sonrisas se planta en nuestro camino con expresión afable.

—¿A dónde vais?

—Tengo que ver a mi hermano —respondo, impaciente.

—No puedes. Hoy os darán de cenar por separado y os acostaréis temprano. La mayoría sois recién llegados y debéis descansar. —Sonríe—. Mañana os encontraréis en el desayuno.

—No. Ni hablar. —A pesar de que su expresión no ha mudado, he notado cierto aire molesto en su mirada—. Tengo que verlo. Está solo y asustado. He tenido que ir al médico y... —me detengo. Pero es demasiado tarde. Ella también se ha dado cuenta y frunce el ceño.

—Me acuerdo de vosotras, ¿no teníais las dos pulseras blancas?

—Él ha ido al médico —me corrijo, sacudiendo la mano ante nosotras y restándole importancia con la esperanza de que lo pase por alto—. Si vamos a estar separados toda la noche, tengo que hablar con él y decirle que todo va a estar bien.

—No te preocupes. Vuestro hermano está en buenas manos. Hay mucha gente amable cuidando de los chicos ahora mismo. No te inquietes, jovencita, el niño estará perfectamente.

—No es un niño —gruño—. Ya tiene catorce años.

La señorita sonrisas parpadea. Procedo a explicarme.

—Es especial, ¿sabe?

—Ah... —murmura, asintiendo con la cabeza—. Ya veo. Bueno, aun así, no te preocupes. —Me pasa un brazo por los hombros y me reconduce amablemente hacia la entrada del pabellón de nuevo—. Habéis llegado muchos muchachos nuevos y está todo un poco revuelto. Ya lo verás mañana.

Me deshago de sus brazos y me doy la vuelta para mirarla desafiante.

—¿No hay ninguna opción?

—Lo siento —sonríe—. Tendrás que esperar a mañana.

Asiento seria, sin quejarme, y me doy la vuelta hacia el pabellón llevando a Anne de la mano sin que tenga que pedírmelo dos veces. Si esta mujer me conociera un poco, sabría que no he aceptado lo que me ha dicho. Si esta mujer fuera Lise, sabría de buena tinta que sus pobres argumentos no han servido para convencerme. Pero ahora Lise no está aquí, así que...

Ha caído la noche. La mayoría de las pequeñas se han quedado dormidas después de cenar, exhaustas. Las más mayores aún murmuran entre ellas, acurrucadas las unas contra las otras, negándose a dormir.

Me he mantenido despierta hasta ahora, atenta a qué tipo de vigilancia hay por aquí, y me percató de que no demasada. Han apagado las luces, y mientras todo siga tranquilo, no parece que nadie vaya a volver hasta la mañana siguiente.

El foco en medio del patio, entre el pabellón de las chicas y el de los chicos, atraviesa las ventanas con su pálida y exigua luz espectral, por lo que no estoy del todo a oscuras. He conseguido que me cambiaran la litera y ahora duermo encima de la de mi hermana, que ha caído rendida desde que ha apoyado su pequeña cabecita infecta en la almohada. Mañana tendré que encontrar una forma de cortarle el pelo, sea como sea.

Bajo de la litera, descalza y en camisón, y atravieso el pasillo hasta la ventana más cercana. Dos muchachas que hablan en murmullos ven lo que estoy haciendo, pero me ignoran; no creo que les importe mucho si obedezco a la gente de este lugar o no.

Tiro del cierre de la ventana hasta que este cede y la abro con un crujido. Saco la cabeza fuera y compruebo que no haya nadie. Después me impulso y paso un pie al otro lado, me agacho para pasar el torso y paso la otra pierna. Doy un salto y me estremezco cuando las plantas de mis pies desnudos se topan con una piedra.

Reprimo un quejido y me pongo de puntillas para seguir mi camino. Recorro la pared del pabellón pegada a ella, en silencio, mirando constantemente adelante y atrás, hasta que llego a la esquina. Vuelvo a asomar la cabeza, cauta, escuchando cómo late mi propio corazón. Sus latidos son más profundos que cualquier otro sonido que me rodee.

Me armo de valor y atravieso el tramo que separa ambos pabellones en una carrera. Me planto frente a la primera ventana que veo y cojo aire despacio. Llamo una vez, después otra, y aguardo. Como no escucho movimiento al otro lado de las paredes, pruebo de nuevo, insistente.

Oigo revuelo cerca y pronto un muchacho se asoma a la ventana y la abre con estupor. Está frunciendo el entrecejo. Me mira de arriba abajo y se sonroja levemente. Evito poner los ojos en blanco y suspiro.

—Vengo a buscar a mi hermano. ¿Conoces a Joren?

Él, sin murmurar palabra alguna, niega con la cabeza.

—Entonces ayúdame a entrar —le pido y extiendo la mano hacia él.

Él abre mucho los ojos. Lo he tomado por sorpresa. Tras un breve lapso de tiempo, me tiende su mano para ayudarme a trepar.

Paso al otro lado sin mucha dificultad y una vez dentro me estiro el camisón. Parece que aquí el ambiente es similar al del pabellón de niñas. Algunos, los más cansados, duermen. Otros procuran no molestar, sorprendentemente respetuosos, mientras hablan en pequeños grupos.

Miro a los chicos que están despiertos y busco a mi alrededor. Comienzo a caminar por el pasillo mientras dirijo la vista a ambos lados y llamo a mi hermano por su nombre.

—Joren —susurro—. Joren, ¿dónde estás?

Al final veo que una cabeza oscura se levanta de pronto, como si lo hubieran pinchado con un alfiler, y me acerco a él a toda prisa, aliviada.

—Joren. —Le encuentro acurrucado y encogido sobre sí mismo en la litera de abajo, y me arrodillo a su lado—. Joren, ¿estás bien?

—No —contesta, sincero.

—¿Qué te pasa?

Arruga la nariz y mira a otro lado. Está buscando las palabras con las que describir cómo se siente.

—Estoy triste... y enfadado —determina y asiente como si estuviera orgulloso de su propia respuesta.

—No te gusta estar aquí porque echas de menos a nuestros padres, ¿verdad? —Espero a que asienta, aunque noto que eso no es todo—. Y tampoco te gusta esta cama, ni este sitio, ni tus compañeros —añado con un tono de voz más bajo.

—No me gusta ninguna de esas cosas. —Se incorpora un poco y acerca su rostro al mío. Sus ojos azules parecen tan cercanos que no necesito más para saber que lo está intentando.

—Ya sabes que Anne, tú y yo tenemos que estar aquí; por nuestro bien.

—No lo entiendo.

—Ni yo. —Me muerdo los labios. En realidad, a mí tampoco me gustan las mentiras; en eso nos parecemos. Así que no le mentiré—. Pero es por nuestros padres y nuestras hermanas, ¿de acuerdo? Yo también odio esto. Odio dormir en esta cama, odio compartir cuarto con tanta gente y odio la comida. Pero si sé que tú estás conmigo, podré soportarlo mejor.

Joren me mira con los ojos muy abiertos, parece un gran búho bajo esta luz fantasmal.

—Hagamos un trato. Seremos fuertes para que Anne no esté triste, ¿de acuerdo?

—Triste —repite—. Yo también estoy triste.

—Sí, como tú o como yo. Pero ella es más pequeña y no debería estarlo.

Joren frunce el ceño. Le está costando seguirme. Cojo aire y lo suelto lentamente. Las emociones no se le dan bien, pero las fórmulas sí. También las leyes y los patrones fijos e invariables.

—Mira. Los hermanos mayores tienen que cuidar de los pequeños. Tú y yo somos sus hermanos mayores, por lo que debemos protegerla para que no esté triste. Para eso solo tenemos que intentar no estar tristes. Es fácil, ¿no?

—No. No lo es. No sé cómo no estar triste. Si lo supiera, dejaría de estarlo.

—Puedes dejar de estar triste si piensas que, tarde o temprano, volveremos a casa.

—Es cierto —coincide. Veo esperanza.

—Entonces, ¿vas a ayudarme? Tenemos que mantenernos fuertes para que Anne esté feliz.

Asiente. Bien, lo estamos consiguiendo.

—¿Lo entiendes?

—Un poco.

Río y reprimo el impulso de acariciar su mejilla. Si lo hiciera, me lo permitiría porque entendería que es algo que yo necesito, pero no le haría mucha gracia.

—Es una pauta, ¿de acuerdo? Debemos seguir esta pauta. Los hermanos mayores cuidan de los pequeños; tú y yo cuidamos de Anne.

—En casa yo no tenía que cuidar de nadie y seguía siendo mayor —replica.

—En casa estaba Lise para cuidar de todos.

Asiente, despacio.

—Mañana intentaré conseguirte un bloc de dibujo y unos carboncillos —le aseguro, sonriente.

Ve una chispa de emoción en sus ojos y sé que eso le encantaría. No hace falta que dé las gracias. Para él no es más que una palabra vacía que debe decir porque así se lo impone la sociedad. Lo ha aprendido, como un patrón. Sabe que si alguien hace algo bueno por él debe responder así; pero muchas veces no acierta. Esta vez no es diferente, y se queda en silencio. Sin embargo, lo que veo en sus ojos es suficiente para mí.

—¿Puedo darte un beso de buenas noches? —le pregunto, esperanzada.

—Si tú quieres...

Me acerco con rapidez y le doy un beso en la frente. Después me despido y me doy rápido la vuelta, porque sé que está esperando a que lo haga para poder limpiarse el lugar en el que lo he besado sin ofenderme.

Capítulo 5. El primer día

Al regresar al pabellón de las chicas me quedo petrificada. Hay dos sombras, dos personas, justo en la ventana por la que acabo de saltar. Desde aquí no puedo escucharlas ni verlas bien; son apenas dos manchas en medio de la oscuridad.

Me pego a la pared con el corazón a punto de estallar y empiezo a trazar un plan para justificar mi fuga cuando, de pronto, veo que una de las personas se impulsa para subirse a la ventana. Frunzo el ceño. Ninguna cuidadora treparía así por una ventana, ¿verdad?

Salgo de mi escondite y me acerco vacilante hasta que compruebo que no son más que dos jóvenes; una chica que parece de mi edad —mi edad real— y un chico posiblemente más mayor. Por lo visto, nuestra familia no fue la única que cometió un delito falsificando pasaportes.

Cuando me escuchan llegar, ambos se ponen tensos y me miran, asustados y sorprendidos. Al ver quién soy, se relajan notablemente. El chico la ayuda a ella, que tiene medio cuerpo fuera de la ventana. Dudo que ellos sean también hermanos e intuyo qué han podido estar haciendo a estas horas fuera del pabellón.

Les dedico una sonrisa rápida a modo de saludo y miro a la joven, interrogante, para que termine de entrar y pueda subir yo. Ella me mira airada —molesta por haberles fastidiado la despedida desde la ventana— y gira la cabeza hacia él, ignorándome.

—Me lo he pasado bien —comenta, con voz melosa.

—Me alegro —contesta el chico, sin interés. Parece aburrido y eso me lleva a replantearme mi teoría acerca de qué era lo que hacían.

Me vuelvo hacia él. Alto, pelo castaño y ojos oscuros, aunque no distingo el color con esta luz. Antes de que la joven pueda decir nada más, se despide de ella con la mano y da media vuelta. Alzo la vista hacia ella de nuevo, que lo mira embelesada mientras se aleja, con los codos apoyados en el marco de la ventana y la cabeza sobre las manos.

Solo los he escuchado intercambiar dos frases y ya sé suficiente para poder afirmar con seguridad que las dos partes no están en el mismo plano de la relación. Pero no seré yo quien se lo diga.

Carraspeo y ella me mira como quien mira llover. Frunce el entrecejo, como

si acabara de darse cuenta de que estoy aquí, y entra en el pabellón sin mediar palabra.

Me agarro al borde de la ventana y me impulso. Esta vez, sin ayuda, es más difícil, pero lo consigo de todas formas. Vuelvo a mi litera, me cubro con la manta hasta el cuello y cierro los ojos mientras entro en calor. Poco a poco, me quedo dormida.

A pesar del frío del invierno, el sol brilla en lo alto y corre una brisa templada. Podría decir que es un bonito día, pero no lo es. Tengo la impresión de que este será el peor día, el más duro y el más agotador aquí dentro.

En cuanto nos levantamos, una cuidadora nos explica las normas. Nos enseña las instalaciones: el pabellón de enfermos, el de los chicos, el de las chicas, los baños y el comedor. Hay un patio que, al parecer, servirá como lugar de recreo. Sin embargo, no es más que un descampado vallado que rodea las instalaciones.

Después nos piden que nos vistamos y nos llevan a desayunar. Allí volvemos a reunirnos con Joren. Está bien; cansado, pero bien. Cuando cogemos nuestros platos y vamos a sentarnos en una mesa escucho a los de atrás murmurar mientras nos miran, y sé que ya se han dado cuenta de que Joren no es como ellos. Los ignoro, por hoy, y nos sentamos a desayunar en silencio.

Más tarde nos llevan a todos los que llegamos en el tren a visitar el pueblo que nos ha acogido. Hay que reconocer que el lugar es precioso; rodeado de praderas verdes y llanas. Sus calles son estrechas y poco concurridas, al menos a estas horas. Las casas son bastante grandes, hechas de madera blanca y con tejados rojos, verdes o negros. Todas constan de dos pisos y en el primero hay casi siempre un comercio: una zapatería, una sastrería, una pastelería... Todos regentados probablemente por el mismo dueño de la vivienda. También hay granjas dispersas sobre las suaves colinas que bordean el pueblo y un pozo de piedra —que recuerda a tiempos pasados— en medio de la plaza.

Nos llevan hasta el colegio del pueblo, ahora con más alumnos que nunca, y empiezo a deprimirme. Tendré que volver a estudiar cosas que aprendí hace tres años.

La gente del pueblo es amable con nosotros, también los profesores del colegio y los cuidadores. Está claro que estas personas querían tenernos aquí y

eso me reconforta un poco. Se supone que Dinamarca es un país neutral y deberíamos estar bien, sin miedo a que nos llueva una bomba.

Pasamos la mañana fuera y volvemos al campamento para comer. Después le pido a una cuidadora que me dé unas tijeras con las que cortar el pelo a mi hermana y me abstengo de decirle que tiene piojos. Simplemente alego que lo tiene muy largo y es complicado cuidárselo. No quiero arriesgarme a que tomen medidas de precaución y me obliguen a cortármelo a mí también. Cuando lo hago, Anne arma una buena, pero era necesario y no podía evitarse.

Por la tarde, antes de la cena, nos llevan a las duchas por turnos y, por fin, puedo asearme en condiciones.

Cierro los ojos cuando me meto debajo del agua y me estremezco cuando siento el agua caliente que cae sobre mis hombros. Es una pena que no pueda pasar el resto de la tarde aquí dentro, porque me encantaría.

Me enjabono y me lavo el pelo a conciencia, agradecida. Cuando termino, salgo de debajo del agua y reprimo un escalofrío intentando acallar la vocecita que me grita, tentadora, «solo un ratito más».

Estoy a punto de salir a los vestuarios, donde hay una hilera de toallas blancas con las que taparnos cuando, de pronto, una joven me sale al paso y se planta delante de mí. Es un poco más baja que yo. Su pelo rubio, oscurecido por la humedad, le cae sobre sus hombros, que también están desnudos y empapados. Una gotita de agua resbala desde su frente hasta su nariz. Me pregunto qué es lo que le empuja a quedarse aquí plantada en lugar de salir disparada a envolverse en una toalla.

Entonces, la reconozco. Ha sido un poco difícil, teniendo en cuenta que la última vez la vi vestida. Pero es ella; la chica de la ventana. Me mira de arriba abajo con descaro y me ruborizo sin ser apenas consciente. Me da rabia sonrojarme y me esfuerzo por no hacerlo, pero no puedo evitar cubrirme un poco con los brazos, recelosa. Nunca he sido una persona pudorosa y no tengo intención de empezar a serlo ahora, pero la forma en la que me mira, como si me evaluara, me molesta y me desconcierta.

—Tú no tienes catorce años —declara, al fin, sin dejar de lado su evaluación. Alza la cabeza y me mira a los ojos por primera vez. Tiene una expresión altanera, suficiente, y arquea una de sus cejas rubias con escepticismo.

—Sí que los tengo —contesto y me contengo para no responder algo cortante que la deje fuera de juego. Mi madre ya me advirtió que no debía

dejar que mi lengua me perdiera; así que...

La aparto con el brazo y paso a su lado con indolencia. Llego hasta la hilera de toallas y me envuelvo con una de ellas, impaciente por entrar en calor de nuevo. Varias chicas más se visten a nuestro alrededor, pero no nos prestan mucha atención. Cada una está concentrada en sus cosas.

—Eres más mayor. —Vuelvo a escuchar la misma voz cantarina e irritante, como un soniquete.

Suspiro y me doy la vuelta con los brazos cruzados y aire aburrido.

—Tú no —respondo, irónica. Es evidente que ella también es mayor de lo que dice ser.

Esboza una sonrisa presuntuosa y se echa el pelo hacia atrás. No he cruzado más de dos frases con ella y ya estoy segura de que no nos vamos a llevar bien.

Me mira con aire de superioridad y se da media vuelta en dirección a las toallas. Me termino de secar y me visto con rapidez para entrar en calor.

Es un día largo y agotador. Me he dado cuenta de que Joren y yo pasaremos más tiempo separados de lo que creía. Incluso estaré varias horas lejos de Anne, y todo eso supone un problema.

Cuando me meto en la cama y me cubro con las sábanas, dejo escapar un suspiro de alivio; estoy agotada y no tardo en caer rendida. Sin embargo, me concedo los últimos instantes antes de dormir para pensar en mis padres y en Lise, preguntándome si estarán bien y si nos echarán de menos.

Decido que debería escribirles una carta lo antes posible. No sé si tal y como están las cosas ahí fuera llegará; pero no pierdo nada por intentarlo. Tengo que hablar con ellos. Necesito saber si se encuentran sanos y salvos.

Capítulo 6. Mentiras

Ya llevamos una semana aquí y aún no me he acostumbrado a la rutina que debemos seguir cada día: levantarnos, hacer las camas, ducharnos, desayunar, asistir a clase, comer y —la mayoría de los días— el resto de la tarde libre hasta la hora de la cena.

Hoy Anne se ha quedado con los demás niños de su edad jugando en el campamento. Joren y yo nos dirigimos al pueblo para enviar la carta que hemos escrito a nuestra familia. No dejan que los menores de doce años salgan sin acompañamiento, y algo me dice que, aun así, a Joren tampoco lo dejarían salir solo.

Llegamos hasta la plaza que vimos el primer día y paseamos cerca de los escaparates de las tiendas sin detenernos a mirar. Antes de buscar la oficina de correos, continuamos andando hasta que nos desviamos de las calles adoquinadas y acabamos subiendo una colina desde la que se ve prácticamente todo el pueblo. Las pequeñas casas se amontonan unas junto a las otras, como si quisieran darse calor.

La hierba está fría, pero no me importa. A Joren tampoco, así que nos sentamos allí en silencio y dejamos que el viento sacuda nuestro cabello. Huele a naturaleza, a hierba, a corteza de árboles y a lluvia. Ni siquiera sé si ha llovido hace poco, pero percibo ese olor de forma indudable e inexplicable.

—¿Cuándo nos vamos a ir?

Me giro hacia mi hermano, que no parece estar disfrutando del momento tanto como yo.

—Podemos ir a la oficina de correos y volver al campamento cuando quieras —contesto, sorprendida—, pero después tendremos que quedarnos allí hasta la cena.

Él sacude la cabeza despacio.

—Me refería a cuándo vamos a marcharnos de aquí, de Dinamarca. Quiero volver a Berlín.

Suspiro, encojo las rodillas y las rodeo con mis brazos. Apoyo la cabeza en ellas y me quedo observándolo.

—No sé cuándo volveremos. ¿Quieres que sea sincera contigo?

—¿Qué clase de pregunta es esa? —responde, molesto—. ¿Acaso te

preguntaría para que me mintieses? Eso no tiene nada de sentido. La verdad es que no creo que haya nadie que quiera que le mientan.

—A veces las personas prefieren una verdad a medias a perder la esperanza. ¿Comprendes?

—No —dice, serio, muy confundido—. ¿La gente te pide que le mientas? —inquire mientras parpadea.

Su inocencia me roba una sonrisa.

—No te lo pide directamente, tú lo intuyes y mientes por ellos, sin que te lo pidan. No importa, olvida el tema, ¿de acuerdo? Te diré la verdad.

—¿Quiere decir eso que si un día crees que quiero que me mientas lo harás?

—No... Joren, yo...

—¡Esto es de locos! —grita. Luego se pone en pie repentinamente—. ¡No me mientas nunca! ¡Yo nunca voy a querer que me mientas! ¡Nunca, nunca, nunca!

Me echo hacia atrás y le hago un gesto para que vuelva a sentarse.

—Diablos, Joren, no voy a mentirte nunca, ¿de acuerdo? Siéntate y relájate.

—¿Y si un día crees que quiero que me mientas y lo haces, aunque, en realidad, yo no lo desee? —pregunta, alarmado. Se frota las sienes y sé que está angustiado.

—Por Dios... Joren, te prometo que jamás te mentaré, en nada, aunque crea que tú lo desees. Siempre, siempre, siempre voy a ser sincera contigo.

Parece que se relaja un poco y se sienta dejándose caer. Coge aire y lo expulsa, como si acabara de pasar por un momento de mucho estrés.

—Entonces, ¿cuándo volvemos? Ya llevamos una semana aquí.

—No lo sé. La Primera Guerra Mundial duró cuatro años.

—Esta solo lleva unos meses... —comprende, apesadumbrado.

—Puede que termine mañana, el mes que viene o dentro de diez años. No podemos saberlo.

—No quiero quedarme aquí tanto tiempo. —Habla tan bajo y con tanta sinceridad que me conmueve. Se lleva la mano al cuello y se lo agarra muy fuerte, como si le doliera. Esboza una mueca de dolor y me preocupo. Me arrastro hasta él e inclino la cabeza para tratar de ver mejor. Una mancha violácea sobresale de los dedos con los que se oprime el cuello.

—¿Qué es eso? —inquiero, realmente preocupada.

Olvido por completo las limitaciones en cuanto al contacto y tiro del cuello de su jersey para seguir el rastro violáceo en su piel. Es una marca reciente y

bastante grande, que le llega hasta el hombro.

Una oleada de sentimientos contradictorios me invade. Se me encoge el corazón y me entran ganas de abrazarlo. Otra parte de mí, sin embargo, es arrastrada por el odio y la rabia.

—¿Quién te ha hecho esto?

Me aparta con relativa delicadeza y continúa masajeándose la zona sin mirarme a los ojos, con la vista perdida en el pueblo que tenemos a nuestros pies. Sigue torciendo el gesto, angustiado, como si le doliera.

—No sé cómo se llaman.

—¿Llaman? ¿Son varios?

Asiente con la cabeza.

—¿Por qué no me lo habías dicho antes?

Se encoge de hombros y yo le creo cuando dice que no sabe por qué. Puede que ni siquiera se le haya ocurrido decírmelo porque sabe que su hermana mayor no podrá hacer nada contra unos muchachos que le pegan y eso me enfurece muchísimo. Me siento inútil e impotente mientras alguien está haciéndole daño a mi hermano y yo no puedo hacer nada.

—Tienes que defenderte.

—No sé pegar.

Me gustaría poder decirle que yo lo solucionaré, que no será necesario defenderse porque yo haré que paren, pero no puedo hacerlo. Sé que no se detendrán e incluso si lo hicieran, estoy segura de que otros la tomarían con él.

—Es fácil. Si alguien te empuja, tú lo empujas también. Si alguien te pega un puñetazo, tú le das dos.

Me mira incómodo. Mi idea no le convence demasiado. Ni siquiera me convence a mí.

—Si vuelve a pasar, díselo a uno de los cuidadores, ¿de acuerdo? Y a mí también.

Asiente y deja de tocarse el lugar del golpe. Se me parte el corazón sabiendo que están haciéndole daño, y yo también me pregunto cuándo acabará todo esto y podremos volver a casa.

Cierro los ojos un instante eterno y efímero al mismo tiempo. Y al abrirlos, me entristece ver que seguimos aquí, en la misma realidad, en la misma colina, obligados a volver al campamento.

Descendemos un poco más tarde y enseguida encontramos la oficina de correos. Dentro, Joren se entretiene admirando la decoración del pequeño

recinto, donde diferentes postales cuelgan de la pared sin orden alguno. Mientras el hombre del mostrador me atiende, lo miro de reojo temiendo que en cualquier momento le dé por ordenarlas y ponerlas todas en fila.

Pago con prisa. Tengo el temor de que Joren esté planeando algo.

—Vamos. Volvamos al campamento —lo apremio y lo arranco de sus pensamientos.

Mi hermano me sigue, muy a su pesar, aunque dedica una última mirada a las postales. Al salir estoy tan pendiente de él que no veo a la persona que hay al otro lado de la puerta y prácticamente caigo encima de ella.

Doy de bruces contra el pecho de alguien y dos brazos me cogen por los hombros y me sostienen para que no caiga al suelo.

Alzo la vista, turbada, y descubro una mirada burlona que me observa con atención. Me sonrojo y me apresuro a ponerme en pie. Me estiro la ropa y vuelvo a mirar al desconocido que me ha salvado de estamparme contra el suelo.

En realidad, no es un desconocido. Es el chico que vi en el campamento, es por quien suspira la rubia. No sé por qué, pero eso hace que me avergüence aún más por haberme tropezado.

—Discúlpame, no sé qué me ha pasado.

—Que no mirabas por dónde ibas —contesta. El brillo jocoso de sus ojos no desaparece. Vaya, son marrones, de un marrón bonito e intenso. Un amago de sonrisa se asoma a su boca y le sale una arruguita en la comisura de sus labios. Por un breve instante soy capaz de entender qué es lo que hace que la rubia lo mire como lo mira. Trago saliva y finjo una sonrisa.

—Lo siento —repito—. Y gracias por sostenerme. —Recupero un poco la entereza y sonrío, esta vez sincera. Me yergo y le hago un gesto a Joren para que me siga.

Nunca me he sonrojado por un chico y no voy a empezar ahora; y menos si es el chico que le gusta a la rubia. En fin, si le gusta, es probable que tenga algo que a mí me horrorice.

Joren me alcanza y volvemos al campamento mientras él me explica cómo debería haber ordenado esas postales el encargado de correos.

Capítulo 7. El mundo sin su talento

Anne me despierta de madrugada. Está llorando y tira de mi pierna derecha. Varias protestas y otros comentarios despectivos me reciben mientras intento comprender qué ocurre. Me froto los ojos y suelto un quejido cuando me doy cuenta de que fuera aún es de noche.

Veo a mi hermana frente a la litera, con el pelo revuelto y el camisón arrugado. Bajo de un salto y maldigo a todos sus antepasados, que también son los míos. Me agacho a su lado.

—¿Qué pasa? —pregunto con voz ronca y adormilada.

Anne no deja de llorar. Le tiembla el labio inferior y tiene la cara y el cuello de su camisón cubiertos de lágrimas. Como no parece tener intención de decirme nada, me meto dentro de su cama y le pido que venga. Ignoro los comentarios del resto de chicas, que protestan por el escándalo, y me acurruco contra la almohada con ella entre mis brazos.

—Solo ha sido una pesadilla —le aseguro, mientras le acaricio el pelo.

No sé qué es lo que ha soñado, pero ha debido de ser horrible. Está empapada en sudor y tiembla con violencia mientras me agarra cada vez más fuerte. Pega su mejilla ardiendo a mi pecho y siento su miedo.

La mezo entre mis brazos y le doy pequeños besos en la cabeza hasta que, poco a poco, empieza a relajarse y siento cómo sus manitas se aflojan y desaparece la tensión. La envuelvo en mi calor y dejo que se duerma abrazada a mí. Cuando su respiración vuelve a la normalidad y el corazón deja de latirle con fuerza, yo también me abandono a Morfeo y dejo que él me acune entre sus brazos.

Por la mañana me arrepiento de haberme quedado dormida en esa postura. Todos los músculos del cuello me dan pinchacitos y no puedo hacer más que masajearme para intentar que desaparezca esa sensación.

Anne se despierta contenta. No tarda mucho en abandonarme para ir a jugar con sus amigas, y eso me alegra. Es como si la noche de ayer nunca hubiera tenido lugar. Mejor así.

Pasamos una mañana tranquila. En el colegio ella va con su clase, la de los pequeños. Joren y yo estamos juntos, con otros tantos niños menores de catorce años. Ahora que en el pueblo estamos todos nosotros, la clase consta de treinta y cinco alumnos. Mientras el profesor limpia el encerado y comienza

su lección, me pregunto de dónde habrán sacado tantos profesores. Es evidente que antes de nuestra llegada había muchas menos clases. Ahora puede que haya el doble y estoy segura de que no había tantos maestros desempleados en este pueblo.

Al principio creía que me aburriría como una ostra dando los mismos temas que aprendí hace tres años, pero estaba muy equivocada. En realidad, me entretengo intentando adivinar qué es lo que está diciendo el profesor en danés.

Que mis padres eligieran Dinamarca no fue una casualidad —había más países que acogían cantidades mayores de niños—, pero nuestra abuela materna era de origen danés, y Joren y yo sabíamos hablarlo un poco. Anne no les preocupaba; a esta edad, aunque no entienda nada, no tardará en empezar a hablarlo como una nativa.

Yo, aunque lo entienda, tengo serias dificultades para seguir el hilo de las explicaciones. Cuando miro a mi alrededor, veo la misma turbación en el rostro de muchos de mis compañeros. Y solo con eso puedo saber quiénes son del campamento y quiénes vivían ya aquí.

Joren es un caso aparte. Hoy lo he escuchado hablando en danés con un chico del pueblo y puedo asegurar que no habría sabido decir cuál de los dos hablaba mejor. Cuando llegamos, nuestro nivel de danés era parecido; ahora, en tan solo una semana, mi hermano me supera con creces.

Pero eso no es algo nuevo. Cuando yo tenía cinco años y él solo tres, ya construía frases en alemán, nuestra lengua materna, mucho más complejas que las mías. Por no hablar de las palabras que usaba. ¡No era capaz de entenderlo! Ni siquiera Lise lo hacía.

Joren es listo, muy listo. Quizá lo sea demasiado para la época en la que le ha tocado vivir, porque puede que nadie aquí sepa encauzar toda esa inteligencia y convertirla en algo bueno. Lo que más miedo me da es que sus carencias sociales pesen más que su talento y el mundo se quede privado de él. Porque, de verdad, el mundo necesita a alguien como Joren.

A la salida reparo en algo en lo que no me había fijado hasta ahora. Es el chico que le gusta a la rubia, al que casi me llevo por delante en la oficina de correos. Lo miro de reojo mientras mi hermano y yo esperamos a que Anne vuelva, y me fijo en que tiene algo entre las manos. Está sentado en un peldaño junto a la pared de la escuela, concentrado en un libro que observa con interés. La puerta que hay a su lado es la que lleva a la biblioteca, un pequeño edificio

anexo al lugar donde estudiamos.

Me quedo mirándolo, curiosa, e intento adivinar qué clase de libro es. Por su tamaño, no parece un libro de texto, y eso hace que crezca mi interés. Lo abre por la mitad y comienza a pasar páginas. Si este chico era ya guapo, verlo leyendo un libro lo hace aún más atractivo.

Un mechón oscuro cae sobre su frente y ni siquiera se molesta en apartarlo, ensimismado. Ausente y pensativo, no presta atención a su alrededor, y eso hace que pueda mirarlo tranquila, sin preocuparme de que vaya a atraparme *in fraganti*.

Me doy cuenta de que estoy embelesada y lo miro como una tonta cuando, de pronto, algo rompe el mágico hechizo que lo envuelve. Escucho un crujido, el sonido de algo rasgándose, y contemplo sobrecogida cómo arranca una de las hojas del libro y hace una pelota con ella. La lanza a un lado y sigue leyendo como si nada.

Dejo escapar un grito ahogado, indignada, y le doy la espalda.

—No entiendo qué está pasando. ¿Puedes explicármelo? —pregunta Joren, quien, sin lugar a duda, no ha presenciado lo mismo que yo.

—No es nada —contesto con la intención de quitarle importancia. Y, en realidad, es cierto que no ocurre absolutamente nada.

Anne sale corriendo de clase y la recibo con los brazos abiertos. Joren la saluda con un desganado y sucinto «hola», y nos ponemos en marcha hacia el campamento. Cuando pasamos junto al muchacho *destrozalibros* lo miro con descaro e intento adivinar qué leía. Él se percata de mi mirada, pero no me importa en absoluto.

Me observa, expectante, quizá esperando que lo salude. Pero, al no ver qué libro tiene en su regazo, desisto y continúo caminando.

Capítulo 8. Los hermanos mayores cuidan de los pequeños

Es nuestra segunda semana aquí. Ha llovido prácticamente todos los días, y no ver el sol me deprime y me angustia. Salvo un par de incidentes que han tenido que ver con Anne despertando a todo el pabellón por las noches, no ha sucedido nada relevante.

Hoy, sin embargo, no he visto a Joren en todo el día. Y esta tarde una de las cuidadoras que se encarga de vigilar a los chicos ha venido a buscarme, nerviosa.

Dejo a Anne con una chica a la que no había visto hasta ahora —pero que parece buena persona— y me abro paso a toda velocidad hasta el pabellón masculino. Allí hay otras dos cuidadoras, asomadas al interior como si Joren fuera un animal al que acaban de acorralar, pero al que no se atreven a acercarse.

La mujer que ha venido en mi busca les explica que soy su hermana y me dejan pasar.

—Lleva ahí todo el día. No hemos podido sacarlo —me dice la misma mujer, inquieta. Se frota las manos con insistencia y después se las limpia en el delantal que lleva sobre el vestido.

Asiento, sin nada más que decir, y entro en el pabellón. La pesada puerta se abre con un crujido y me aseguro de que la cierro en cuanto he entrado. Quiero que tengamos intimidad.

Entro despacio y escucho el eco de mis pasos a medida que avanzo. Joren está en el suelo, al fondo, entre tumbado y sentado, en una postura que no parece nada saludable para ninguna espalda humana. No me ve entrar, o no quiere verme. Tiene la cabeza agachada sobre varias láminas diseminadas por el suelo. Todas, absolutamente todas, están pintadas. En algunas se ha salido del papel y ha seguido pintando en el suelo, completando un precioso mural que daría pena separar.

Me arrodillo frente a él y observo más de cerca su obra. Siento que alguien nos observa y giro la cabeza para descubrir dos pares de ojos curiosos que se asoman por la ventana más cercana. Los fulmino con la mirada y no necesito nada más para que esos dos niños desaparezcan.

Vuelvo a centrar mi atención en él. Ha dibujado todo el pueblo, las suaves

colinas que lo rodean, las granjas y los árboles que salpican los prados cercanos. Todo es perfecto y real. Incluso el cielo, oscuro y gris. Parece una fotografía.

—Joren —lo llamo—. ¿Sabes cuánto tiempo llevas dibujando?

Sacude la cabeza sin mirarme, sin apartar el lápiz de las hojas.

—Han pasado muchas horas desde que empezaste. La gente está preocupada.

Ni siquiera da señales de que me haya escuchado. Continúa su labor, incansable, sin plantearse ni por un segundo detenerse.

—Debes ir al baño, comer algo y descansar un rato.

Me agacho aún más y ladeo la cabeza para poder mirarlo a los ojos. Cuando lo hago, me quedo helada.

—Joren... —murmuro y alzo el brazo hacia él. Me detengo a mitad de camino, aprieto los nudillos y vuelvo a bajar la mano. Tiene el ojo izquierdo morado y el pómullo partido. Puedo ver sangre reseca en la pequeña brecha que se le ha abierto y me pregunto si nadie se lo ha visto antes para poder curárselo. Seguro que, incluso si ha sucedido de esa forma, Joren no ha permitido que lo llevaran a la enfermería.

—Te dije que me lo contaras si volvían a pegarte —lo regaño, aunque con un tono suave.

—Primero tenía que terminar el dibujo.

Se me encoje el corazón y procuro serenarme.

—Dime quién te lo ha hecho.

—Un chico de mi edad.

—¿Uno de los mayores?

—Sí —responde y apenas se detiene un instante. Después, continúa.

—¿Sabes cómo se llama?

—Alex.

—¿Está seguro? —insisto.

Él asiente con la cabeza, sin levantarla de su creación. Guardo silencio unos segundos más.

—¿Te duele mucho?

Niega con la cabeza y suspiro, aliviada. Aunque pueda parecer frágil, es muy fuerte.

—Cuando termines, iremos a la enfermería —le aviso, para que vaya haciéndose a la idea.

—De acuerdo —responde, sin rechistar.

Me pongo en pie, voy hacia la cama más cercana y me hago con una almohada. Vuelvo a su lado y me tumbo frente a él para acompañarlo mientras combate a sus demonios.

Papá no solía dejarlo terminar cuando se obcecaba en algo. Decía que era un comportamiento obsesivo y enfermizo, y puede que tuviera razón. Ahora, sin embargo, yo creo que necesita esto. Por eso le dejo que siga, que esté tranquilo, que lo alargue cuanto lo necesite. Yo simplemente me quedo a su lado, sin hablar, sin hacer preguntas, pero a su lado. Para que sepa que estoy aquí, junto a él.

He tenido que esperar todo el fin de semana hasta este momento, pero me ha servido para hacer mis averiguaciones. Estoy bastante segura de quién es ese tal Alex. De hecho, estoy segura al cien por cien.

Cuando suena la campana y acaban las clases del lunes, le pido a Joren que espere junto a la puerta a que salga Anne. Le hago prometer que no se moverá de allí hasta que yo vuelva y salgo a la calle, donde varios muchachos charlan en pequeños grupos mientras que los que pertenecen al pueblo y los que vienen del campamento se ponen al día y hacen planes para la tarde.

Me quedo plantada en medio de la calle adoquinada, abrumada por el barullo que se extiende cuando los más pequeños salen en tropel de las puertas de la escuela. Paseo mi mirada de un grupo a otro hasta que doy con él. Cuando lo hago, me dirijo en su dirección sin prestar atención a nada más. Es Alex, el chico que pega a mi hermano.

Irrumpo en el pequeño corro en el que charla despreocupado y capto la atención de todos con mi violenta entrada. Él me mira, perplejo, igual que los demás, y no se imagina lo que está a punto de ocurrir.

—¿Te llamas Alex? —inquiero, brusca, y con las cejas alzadas.

Él frunce el entrecejo y se queda en silencio.

—¿Te llamas Alex o no? —insisto, muy malhumorada.

—Sí —contesta. Parece bastante turbado.

Antes de que pueda preguntar nada más, doy un paso al frente y le cruzo la cara de un derechazo que me hace ver las estrellas incluso a mí. Soporto el dolor de mis nudillos y contengo las ganas de soltar un alarido. Es bastante triste que me haya hecho daño dándole un puñetazo a otra persona y prefiero que ellos no lo sepan. Me muerdo los labios apenas unos segundos, para evitar

que el dolor se vislumbre en mis ojos, y miro a Alex, que yace en el suelo con una mano en la mejilla.

Me mira, perplejo y afligido, sin comprender qué es lo que sucede. Sus amigos están tan sorprendidos como él y ninguno se atreve a decir nada. Yo alzo la cabeza, muy digna, sin que nadie note que duele horrores.

—Esto es de parte de Joren. Vuelve a tocarlo y tendrás que contarle a la enfermera del campamento que una chica te ha enviado allí hecho pedacitos —lo amenazo—. Cobarde —mascullo. Doy media vuelta y me alejo de allí con paso seguro.

El silencio dura apenas unos segundos después de marcharme. Luego, escucho cómo los chicos estallan en exclamaciones de asombro, risas y comentarios jocosos. Veo a Joren, que me mira muy quieto, con los ojos como platos y con Anne a su lado.

Me acerco a ellos y, cuando estoy segura de que nadie me ve, sacudo la mano derecha en el aire y hago una mueca de dolor. Yo también debería aprender a pegar antes de ir dando consejos por ahí.

—¿Nos vamos? —les pregunto.

—¡Ka ha pegado a un chico! —grita Anne, emocionada.

—¿Por qué lo has hecho? —quiere saber Joren, realmente confuso.

—Porque primero te pegó a ti —le explico—. No le habría pegado si no lo hubiera hecho.

Con Joren no se pueden dar las explicaciones a medias, no hay que dejar nada al azar. Estoy segura de que no se le ocurriría ir pegando por ahí a la gente, pero por si acaso...

Joren permanece en silencio y parpadea. Mira por encima de mi hombro y supongo que está fijándose en Alex. No hay regocijo, felicidad o satisfacción en su expresión. Sin embargo, veo algo en sus ojos azules.

Se queda pensativo unos instantes. Después, desvía la mirada hacia mí.

—Los hermanos mayores cuidan de los pequeños —deduce, y eso me arranca una sonrisa.

—Exactamente. Vámonos —respondo y los apremio.

Capítulo 9. Hecha una estampa

Cojo a Anne de su manita rechoncha y los tres echamos a andar cuando alguien nos sale al paso y se planta frente a mí, impidiéndome avanzar.

—Hola —saluda animado el recién llegado.

Doy un paso atrás, tomada por sorpresa, y abro mucho los ojos cuando me doy cuenta de quién es: el chico *destripalibros*, o el chico de la rubia. Ambos apodos me valen por el momento.

—Hola —contesto y paso a su lado, sin detenerme. Él no desiste y echa a andar con nosotros.

Nos sigue de cerca y, esta vez, se dirige a Joren cuando habla.

—Vaya, muchacho. Te han dejado la cara hecha una estampa —comenta en un perfecto alemán.

Joren se para en seco. Se queda callado y se lleva las manos al rostro. Lo toca como si no lo reconociera y se agarra las mejillas con tanta fuerza que temo que se vaya a hacer daño.

Suspiro y me pongo delante de él para llamar su atención.

—Es una forma de hablar; una metáfora. Tu cara no es una estampa —le explico, impaciente.

—¿Qué es entonces? —inquire Joren, alarmado e inocente.

El joven nos observa, curioso y sorprendido. Y me extraña que no esté desternillándose de risa. Yo lo haría si no estuviera tan alterada por haber pegado a un chico tres años menor que yo. ¿Seré una mala persona?

—Tu cara es tu cara —le digo, nerviosa y hastiada—. Sigue igual que cuando has salido de casa. Las caras no cambian. Te lo prometo.

—Lo sé —contesta y baja las manos.

Alzo la vista y miro al desconocido.

—¿Quieres algo? —Me abstengo de explicarle la escena que acaba de presenciar. Intento parecer amable, pero mi tono de voz es apremiante. Espero que comprenda que tengo un poco de prisa por largarme de aquí cuanto antes.

—Te iba a preguntar a qué ha venido eso, pero me parece que ya lo entiendo —responde, sonriente, y echa un vistazo rápido a Joren para volver a dirigirse a mí—. ¿Te ha dolido mucho?

—¿Cómo dices? —pregunto.

—Seguro que los demás estaban demasiado ocupados viendo cómo

tumbabas a ese pobre chaval, pero yo he visto lo mal que has colocado la mano. —Sonríe y al hacerlo, enseña unos dientes blanquísimos. No puedo evitar fijarme en que le sale una arruguita muy sexy en la comisura de sus labios y me ordeno a mí misma dejar de mirarle la boca—. Aunque he de reconocer que ha estado bien.

A los ojos, Ka. Míralo a los ojos.

—Los hermanos mayores tumban a los pobres chavales que intentan convertir la cara de los hermanos pequeños en cromos —interviene Joren, muy seguro de lo que dice.

Intento reprimir una carcajada y deseo que Joren no lo haya notado. No le gusta que se rían cuando él no entiende por qué. En realidad, si lo piensas, todo lo que ha dicho tiene mucha lógica; no ha hecho más que usar las mismas palabras que le ha escuchado decir a este chico, aunque creo que ha alterado un par de conceptos...

El joven que nos sigue es sorprendentemente más serio que yo y no hace más que sonreír ampliamente, morderse los labios y darle la razón con la cabeza.

—Eso es cierto.

Anne contempla la escena sin entender nada y tira de mi mano recordándome que debemos seguir andando.

—¿Te gustan los aviones? —pregunta Joren de pronto. Y es una suerte que haya hecho esa pregunta porque, normalmente, empezaría a hablar sin hacerlo. Hace poco aprendió que esa es una de las reglas de las interacciones sociales. Aunque le importe un comino lo que opine la otra persona, tiene que escuchar su opinión —o fingir que lo hace—.

Vaya, parece que este chico le ha caído bien.

Él me mira, interrogante, y yo sacudo la cabeza con la intención de advertirle. Me ve y, sin embargo, se vuelve hacia él y le da la peor respuesta posible.

—Me encantan.

Me llevo la mano a la frente y me preparo para lo que viene.

Entramos en un monólogo interminable acerca de la invención de los aviones, de su evolución a lo largo de los años, de los modelos actuales que más le fascinan, de sus características técnicas... Yo no entiendo nada de nada y apostarí algo a que este chico, a cuya lista de atributos he añadido *paciente*, tampoco. Aun así, escucha atento, sin perder detalle, e interviene de

vez en cuando para expresar su admiración.

Joren habla y habla. No deja de hacerlo. Tiene para rato, y cuando divisamos la valla del campamento, da la impresión de que no ha hecho más que empezar. Me detengo, estoica y me quedo observando a los dos muchachos. Espero a que uno de los dos se dé cuenta de que deben despedirse.

Cuando me percato de que el chico no lo interrumpirá y de que Joren no tiene intención de prestar atención a nada más, carraspeo y les corto bruscamente. No hay otra forma de hacerlo con mi hermano.

—Tenemos que entrar, Joren.

—Yo me quedo un rato más. Id vosotras. —Sacude la mano en alto, sin ni siquiera mirarme y señala el campamento.

Río y me giro para mirar al joven. Sí que le ha caído en gracia. Avanza hacia mi hermano y hace el amago de pasarle un brazo por los hombros, pero me ve sacudiendo la cabeza enérgicamente y enarcando las cejas y deja caer el brazo. Frunce el ceño, sin dejar de mirarme, y ladea la cabeza, pero comprende que ahora no es el momento de dar explicaciones y vuelve a adoptar una expresión natural. Si es que esas facciones perfectas pueden ser naturales.

—¿No tenéis el resto de la tarde libre? —quiere saber y sus ojos siguen fijos en mí.

—Sí —contesta Joren—. Quedémonos un poco más. Aunque tú te puedes ir, Ka.

—Ka —repite el chico al conocer mi nombre, con voz suave y asintiendo para sí mismo.

—¡No pienso dejarte solo, canalla! —río, fingiendo estar indignada.

Joren arruga un poco la nariz al escuchar cómo lo he llamado, pero no dice nada.

—Entonces quedémonos todos —propone el chico. Se encoge de hombros y esboza una media sonrisa—. Conozco un sitio donde estaremos a gusto.

Entorno los ojos —ciertamente divertida por su insistencia— y decido ponerlo a prueba.

—O podemos dejar que Joren se quede aquí cuidando de Anne y tú y yo nos vamos.

El joven ensancha su sonrisa de perillán y me sostiene la mirada con sus increíbles ojos oscuros.

—Qué mala eres, Ka. Yo quería que fuéramos todos.

—¡Sí, Ka! ¡Esas cosas no se hacen! —vocifera Joren, enfadado.

Abro la boca, un poco sorprendida, y contengo la risa. Intento captar su atención, aunque ya no me está mirando, solo anda de un lado a otro, nervioso. La idea de que me vaya con su nuevo amigo mientras él cuida de Anne debe de inquietarlo mucho.

—Era broma, Joren. No íbamos a dejarte aquí.

—¡Que no entiendo tus prostitutas bromas! —brama y se detiene con los brazos extendidos.

Me muerdo los labios, pero la risa es incontrolable y estallo en carcajadas. Me doblo sobre mí misma y me agarro el estómago incapaz de parar. Anne se ríe también, por inercia. Dudo mucho que haya entendido algo.

—¿Qué? —protesta, cada vez más furioso.

El joven ha dejado escapar una risita, pero se mantiene mucho más sereno que yo.

—Se dice *putas* —le explico, entre risas. No puedo evitar cuestionarme si debería enseñarle esas cosas. ¡Qué diablos! Tiene catorce años, claro que tiene que saber cómo decir tacos.

—Es lo mismo. *Putas* y *prostitutas* significan lo mismo —me contradice y niega con la cabeza, sin comprender.

Se me saltan las lágrimas y me las enjugo mientras intento ponerme recta y parar antes de que se enfade aún más conmigo.

—Vale, Joren. Es lo mismo.

Capítulo 10. Único

El chico, cuyo nombre aún desconozco, estaba en lo cierto. La verdad es que es un sitio bonito. El cielo continúa gris: varios nubarrones oscuros amenazan con descargar una tromba de agua en cualquier momento. A lo lejos, a kilómetros de aquí, se puede ver cómo una sobrecogedora cortina de lluvia cubre la inmensa llanura verde que se extiende ante nosotros.

Detrás, hay un pozo de piedra como el de la plaza, solo que un poco más grande. Parece que lleva en desuso mucho tiempo y el cubo que debería servir para subir agua tiene la madera carcomida y el hierro oxidado.

Huele a lluvia, a ese instante justo antes de que rompa a llover. Y en conjunto, las vistas, el aroma, la paz que transmite este lugar... es todo realmente hermoso.

Joren y el chico han ido a caminar por los alrededores, y yo no he puesto objeción alguna, pues la conversación acerca de los aviones sigue en pie. Cuando los veo regresar, sonrío. El chico sube por la ladera sin dificultad alguna, mientras que mi hermano lo sigue de cerca jadeante, sin dejar de hablar ni por un solo momento. No veo aburrimiento en la expresión del joven, ni la súplica implícita para que yo obligue a callarse a Joren, a la que tan acostumbrada estoy.

Normalmente, cuando alguien ha intentado ser amable con mi hermano, ha acabado mirándome de ese modo, como diciendo: «eh, he sido bueno un ratito, pero ya está, ¿de acuerdo?». Por eso Joren no tiene amigos, además de mí, claro, que soy su mejor amiga, aunque él ni siquiera sea consciente de ello.

Este chico, sin embargo, le presta atención con interés, con respeto, sin interrumpirlo ni una sola vez.

Aun así, aunque mi hermano sea especial, tampoco hay que dejarle hablar todo lo que quiera. Él también debe aprender a controlarse.

—Eh, Joren. Frena el carro, ¿de acuerdo? —le digo, dulce, cuando tengo a los dos frente a mí.

Joren me mira desde arriba, perplejo, y el chico se sienta a mi lado. Profiere un leve suspiro por el esfuerzo.

—¿Es una metáfora o algo así? —pregunta Joren, rápido.

—Una frase hecha, más bien. En este contexto quiere decir que ya has hablado suficiente sobre aviones por hoy.

Mi hermano ladea la cabeza y me da la sensación de que está a punto de protestar, pero no lo hace. En lugar de eso, se sienta frente a mí y pierde la vista en algún lugar del horizonte, taciturno. No quiero saber en qué diablos está pensando.

Anne se pone en pie de repente y grita que se marcha a buscar bichos. Yo me estremezco preguntándome dónde piensa guardarlos, pero dejo que se vaya. Cuando lo hace, siento la mirada del joven, que se ha sentado a mi lado, clavada en mí.

—¿Y tú cómo te llamas? —le pregunto sin vacilar, consciente de que, cuanto más tiempo deje pasar, más extraño será hacerlo.

—Derek —contesta, sonriente.

—Encantada. Yo soy Ka.

—Ya lo sabía.

—Y mi hermano se llama Joren. La pequeña se llama Annemette; la llamamos Anne.

—¿Decirme todos sus nombres va a hacer que te sientas mejor por no haberme preguntado el mío hasta ahora?

Sé que pretende hacer que me avergüence, pero lo tiene bastante difícil. Miro al frente, donde mi hermano sigue abstraído en su pequeño mundo particular.

—Tampoco he tenido ocasión de hacerlo —contesto, resuelta—. No iba a interrumpir mientras hablabais.

Ambos miramos a Joren, que ni siquiera está prestándonos atención. Parece que no esté aquí, que esté lejos, muy lejos. Entonces aguardo la pregunta, espero a que diga las dos palabras que tanto daño me hace escuchar: «¿qué tiene?». Pero no lo hace. Derek no comenta, opina o pregunta nada.

Todo el mundo tiene la imperiosa necesidad de saber qué es eso que lo hace tan diferente del resto. Necesitan un nombre, un diagnóstico. No comprenden que el hecho de que Joren no sea igual a los demás no nos convierte al resto en personas iguales. No existe nadie, absolutamente nadie, igual a otra persona. Y si todos somos diferentes... ¿qué sentido tendría poner etiquetas? Quizá Joren se aleje más del patrón por el que, más o menos, todos nos regimos, pero eso solo lo hace increíblemente único y especial.

—Os parecéis mucho —comenta.

Asiento, sin responder. Es cierto lo que dice.

—Aunque no seáis mellizos ni gemelos.

Me vuelvo hacia él, alerta, y aguardo.

—Por la conversación de la plaza he deducido que es tu hermano menor. Y, después, entre el bombardero de picado Junkers no sé qué y el caza Messerschmitt Bf ciento no sé cuántos, me ha dicho que tiene catorce años.

Sostengo su mirada, inmutable, sin dejar que adivine que me ha puesto nerviosa. Me quedo en silencio, cauta, intentando averiguar a dónde quiere ir a parar.

—¿Cuántos años tienes?

—Casi quince —contesto, rápida, sin titubear.

—Él tiene casi quince —replica, tan rápido como yo.

Nos quedamos unos segundos mirándonos y acabo mordiéndome el labio sin darme cuenta. ¿Qué le importa a él cuántos años tengo? ¿Supondrá un verdadero peligro que él se entere de que soy mayor?

—Nací unos minutos antes —le suelto, seria.

Derek ríe y aparta la mirada. Echa la cabeza hacia atrás y se pierde en el gris oscuro del cielo.

—Buen intento.

Sonríó también. Cojo aire y lo dejo escapar, despacio.

—Falsificaron mi pasaporte —le confieso. Aunque no es tan difícil hacerlo sabiendo que él ya estaba enterado—. No tengo que preocuparme de que vayas contándolo por ahí, ¿verdad?

—¿De qué hablas? No eres la única. Todo el mundo ha hecho trampa.

Me vuelvo hacia él, con la cabeza apoyada en las rodillas.

—Como la rubia —se me ocurre decir, de pronto.

Se gira despacio, confuso, hasta que parece entender a quién me refiero.

—Sí. Ella también.

—Por curiosidad, ¿cuántos años tiene?

Me mira, divertido, al tiempo que enarca una ceja oscura.

—¿Te interesa más conocer su edad que la mía?

Pongo los ojos en blanco.

—¿Cuántos años tienes tú?

Se ríe. Tiene una risa preciosa, ligera y contagiosa.

—Diecinueve. Ella dieciséis. ¿Y tú?

—Diecisiete.

Asiente, pensativo, y tengo la sensación de que está a punto de decir algo cuando Joren nos interrumpe. Estaba tan convencida de que estaba en su

mundo que me sobresalto cuando me percató de que sigue aquí, con nosotros.

—¿Qué quiere decir en otro contexto?

Sacudo la cabeza.

—¿Qué?

Joren chasquea la lengua, como si le molestara que no pudiera leerle la mente y seguir la peculiar y extraña lógica de sus comentarios.

—Frenar el carro. ¿Qué más quiere decir además de «ya has hablado suficiente de aviones por hoy»?

Parpadeo y me froto la sien. Así que eso era en lo que estaba pensando tan concentrado...

—Por lo general significa que vayas más despacio y que no te precipites.

Mueve la cabeza, satisfecho, y vuelve a abstraerse, probablemente mientras reflexiona sobre su nuevo hallazgo.

Derek me mira y sonrío. Yo le devuelvo la sonrisa.

Capítulo 11. La equivocación

Por mucho que Derek insistiera en mi falta de interés por él, hay algo que sí despierta mi curiosidad; lo que más deseo saber es qué clase de relación tiene con la rubia. Ni siquiera sé por qué me importa o si debería importarme. Pero, por lo poco que conozco de los dos, puedo asegurar que son personas totalmente opuestas. ¿Qué hacían juntos aquella noche, además de lo que es obvio?

He tenido la oportunidad de coincidir con ella en clase, en las duchas y en los dormitorios. Y cada vez que abre la boca para decir algo estúpido deseo que se muerda para que se envenene a sí misma. No ha parado de quejarse de Anne y de sus pesadillas, cuando se despierta en medio de la noche llorando. También ha hecho algún que otro comentario cruel acerca de Joren y se ha metido con otros tantos aquí dentro. No es que sea una persona especialmente querida, pero a ella parece no importarles en absoluto.

A pesar del golpe de advertencia a aquel muchacho, la situación de mi hermano no ha cambiado mucho. Hoy, en el comedor, lo estaba esperando en una mesa junto a Anne cuando varios chicos se han acercado a él para empujarlo y tirar su bandeja al suelo. Ni siquiera he visto quiénes han sido, solo he podido girarme a tiempo, junto con el ruido que ha hecho su comida al caer, para verlo de pie frente a todo ese desastre sin saber qué hacer.

Observarle con la vista fija en sus pies, los hombros caídos y la comida desparramada a su alrededor ha hecho que se me encogiera el corazón. En cuanto he reaccionado he corrido hasta donde estaba y he recogido todo el desastre mientras él me miraba con cierto aire de derrota en la mirada.

Una de las cuidadoras también se ha dado cuenta de lo que ha pasado. Aunque ella no ha interpretado que le han tirado la bandeja, sino, más bien, que él la ha dejado caer en un descuido. Yo, antes incluso de que Joren me lo confirmara, ya sabía que no había sido así.

Hemos limpiado el desastre entre la cuidadora y yo y las encargadas de la cocina le han dado una bandeja nueva a mi hermano, pero su expresión de desaliento no ha desaparecido solo con eso. Y lo que más me duele es que no puedo hacer nada para cambiarlo. Ni si quiera sé quiénes han sido y él tampoco ha querido o ha podido decírmelo.

Por eso me encuentro aquí, permitiendo que algo de aire fresco entre en el

ambiente viciado del pabellón y refresque la estancia. La mayoría de las pequeñas duermen, incluida Anne. Son las que más ganas tienen de hablar, saltar y reír sobre las camas, pero también son las primeras en caer rendidas después del ajetreo de todo el día.

El viento es frío, casi helador. Lo siento en mis labios agrietados y en mis pómulos enrojecidos. Llevo el pelo oscuro recogido, y cada vez que siento la brisa en la nuca, me estremezco y se me eriza el vello.

Sin embargo, necesito pensar, aclarar las ideas e idear alguna solución para lo que le está pasando a Joren. No es la primera vez que tiene que pasar por esto y, precisamente por ello, quiero hacer que paren cuanto antes. Debo cuidar de ellos, debo protegerlos. Anne está bien, al menos la mayor parte del tiempo, pero él... No dejo de pensar en que si estoy aquí, es precisamente para evitar que sucedan este tipo de cosas y que, aun así, estoy dejando que ocurran.

Siento un dolor agudo muy por debajo de las uñas y me doy cuenta de que me estoy aferrando al alféizar de la ventana con mucho ahínco. Relajo los dedos y los estiro varias veces para hacer que desaparezca el entumecimiento.

De pronto, escucho un sonido proveniente del lado oeste de la calle de nuestro pabellón y meto la cabeza dentro inconscientemente. Luego, aguzo el oído y me doy cuenta de que la voz es la de una chica que ríe. Me asomo de nuevo y pongo los ojos en blanco cuando compruebo que es la rubia, que vuelve de una de sus correrías.

Me pego un poco al marco de la ventana, para que no me vea, cuando descubro a su acompañante. La escena de la primera semana se repite. Derek la acompaña hasta la ventana, le tiende la mano para subir y se queda con las manos en los bolsillos mientras ella le dice algo con su voz cantarina.

Puede que sea la distancia a la que estoy o sea solo mi imaginación, pero tengo la sensación de que Derek está aburrido. No hay expresión en su rostro. Simplemente esboza una sencilla sonrisa que parece forzada y aguarda a que ella se despida.

Al cabo de unos segundos, ella vuelve dentro y yo permanezco allí, mirando al joven.

Se gira hacia donde estoy y no me esfuerzo por ocultarme. Me quedo de pie, sin inmutarme, permitiendo que el viento me provoque un escalofrío. Derek alza la mano y me saluda con un levísimo gesto. Yo lo imito y me quedo allí hasta que desaparece en la oscuridad del campamento.

Cuando entro al pabellón y cierro la ventana, me siento extrañamente irritada. Además de la frustración por la situación en la que se encuentra mi hermano, la ansiedad mientras espero la respuesta de mi familia y la resignación por tener que quedarme en este campamento, me siento irremediablemente irritada por lo que acabo de ver. Y eso me enfurece; me molesta que me moleste.

Hoy amanece nublado, para variar. Anne se ha sentado con otras niñas del pabellón en la mesa contigua. Me siento sola y espero a que Joren aparezca por la puerta. Sin embargo, los chicos no dejan de llegar y él no está entre ellos.

No le digo mi hermana que voy a salir un momento; está bien atendida y ni siquiera se dará cuenta.

Salgo del comedor y dos cuidadoras que charlan fuera me dedican una mirada, pero no dejan de hablar entre ellas. Sigo adelante, curiosa, hacia el pabellón masculino y echo a correr cuando veo qué ocurre.

Joren es arrastrado por dos cuidadores mientras una mujer los sigue de cerca intentando calmarlo. Lleva una agenda entre las manos y parece preocupada. Los alaridos frustrados de mi hermano se escuchan desde aquí. Protesta, grita y casi gruñe, insoportablemente abrumado. Me acerco corriendo y me detengo frente a ellos para obligarlos a detenerse.

—¡Eh! —Mi primer instinto es dar un empujón a uno de los hombres que se lleva a mi hermano, pero la cuidadora me agarra del brazo y me aparta, conciliadora—. ¿Qué estáis haciendo? —les increpo alterada.

—Lo llevamos al médico —me explica la mujer. Tiene el moño rubio deshecho y se le ha corrido un poco la máscara de las pestañas—. Ha sufrido una crisis nerviosa —me informa con un tono de voz más bajo y se acerca a mí, como si me hablara con complicidad.

Miro a Joren, que ha dejado de gritar por unos segundos, pero que no deja de revolverse. Gimotea inquieto e intenta que dejen de agarrarle de los brazos.

—No necesita ir al médico —les digo—. Que lo llevéis a la fuerza solo lo empeorará.

Ella me pasa una mano por los hombros y me lleva un poco más adelante. Le echo un vistazo por encima del hombro, inquieta, y no dejo de mirarlo mientras ella me habla.

—Con el tratamiento adecuado tu hermano no tendría esos episodios, lo

sabes, ¿verdad?

Niego con la cabeza enérgicamente y recuerdo la conversación que tuve con Lise antes de venir. El corazón me late a mil por hora y puedo sentir cómo tiembla todo mi cuerpo. No sé cómo enfrentarme a esto, no sé qué hacer para que no se lo lleven. No puedo dejar que esto suceda.

—No. No es cierto. Solo necesita relajarse. ¿De acuerdo? —Me separo de ella y me acerco de nuevo a él. Lo agarro del mismo brazo por el que ya lo tienen sujeto y tiro para liberarlo—. Yo lo solucionaré. Hablaré con él. A mí me escucha —le digo, suplicante, y me aferro con fuerza a mi hermano.

Aprieta los labios y frunce el ceño, pensativa. Finalmente, suspira, asiente con la cabeza y hace un gesto a sus compañeros para que suelten a Joren.

—La próxima vez tendremos que llevarlo para que lo diagnostiquen. No queremos hacerlos ningún mal, es por su bien.

Muevo la cabeza arriba y abajo fervientemente.

—Gracias —respondo. Tiro de Joren y me lo llevo lejos de aquí a trompicones. Él protesta y lloriquea para que lo suelte del brazo, pero yo sigo arrastrándolo hacia la parte trasera del pabellón.

No deja de gimotear, nervioso, y tengo que pegar más de un tirón para que me siga. Él se detiene, desobediente, y tengo que hacer una fuerza increíble para poder llevármelo conmigo. Cuando llegamos, lo suelto con fuerza y lo arrojé contra la pared.

Él vuelve a quejarse con una mueca y baja la vista hacia sus pies. Respira con dificultad, se balancea sobre sus talones y parece que intenta relajarse un poco. Yo, sin embargo, no estoy nada relajada. No sé cómo controlarlo, no sé qué hacer para que actúe de una forma más natural delante de los cuidadores. Puedo impedir, en cierta medida, que lo toquen o que lo agobien cuando estoy con él, pero no puedo hacer nada cuando está solo. Y eso me aterroriza.

¿Cuánto más pasará hasta que vuelva a perder el control y se lo tengan que llevar a rastras?

—¿En qué estabas pensando?! —vocifero.

Él no responde, continúa mirándose los pies. Arruga la nariz, como si mi voz le molestara, y su impasibilidad me pone aún más nerviosa.

—¡No puedes dejarte llevar de esa manera! ¿Me escuchas? ¡No puedes, Joren!

Como no me mira, lo cojo del cuello de la camisa y lo obligo a levantar la cabeza. Me aparta las manos de un manotazo y gira la cabeza para no mirarme

a los ojos. Se los frota con los dedos y tuerce el gesto.

—¡Si vuelves a hacerlo te llevarán con ellos, te drogarán y no volverás a ser el mismo!

—Déjame —protesta, y se lleva las manos a los oídos. Se los presiona con fuerza usando las palmas de las manos y continúa sin mirarme.

Lo tomo del rostro, enfadada, cada vez más alterada y frustrada, y le obligo a mirarme.

—No vuelvas a hacerlo —le advierto.

Él grita, incómodo, como si le estuviera provocando un dolor espantoso. Se revuelve, pero no le dejo que se libere, continuo sujetándolo.

—¡Déjame! —repite, nervioso—. ¡Déjame! ¡Déjame! ¡Déjame! ¡Déjame! ¡Déjame! —vocea, desquiciado.

Entonces, algo estalla en mi interior. Actúo sin pensar, casi sin darme cuenta. Alzo la mano y le cruzo la cara de un sonoro tortazo.

Joren abre mucho los ojos y se queda paralizado, casi tanto como yo, que no sé qué acabo de hacer. Me mira, perplejo, y abre un poco la boca, confundido. Se ha callado y ha dejado de ignorarme, pero lo que veo en sus ojos me hace desear que siguiera gritando y pataleando como un energúmeno.

Hay tanta confusión y tanto dolor en sus ojos azules que se me parte el alma con solo verlo. Y más sabiendo que soy el motivo por el que ahora parece un barco a la deriva. Veo el caos a través de esas dos ventanas abiertas de par en par que no derraman lágrimas, pero que probablemente estén llorando. Es descorazonador verlo tan desamparado, tan confuso y tan asustado.

—Joren... —empiezo, con un nudo en la garganta. Pero él no me deja seguir. Echa a correr no sé hacia dónde.

Me quedo inmóvil, en silencio, sin saber qué hacer e incapaz de mover un solo músculo. Una fría garra me oprime las entrañas y siento una gran presión sobre mi pecho, donde mi corazón desbocado late sin tregua.

Capítulo 12. Bajo la lluvia tempestuosa

Ha empezado a llover y estoy empapada de los pies a la cabeza. Mi abrigo pesa cerca de dos toneladas, sin exagerar, y el pelo se me pega a la cara constantemente. Mis botas parecen dos estanques y la falda del uniforme se me adhiere a la piel. Pero me lo merezco. Me merezco esto y más por pegarle a mi hermano. Ni siquiera sé por qué lo he hecho. Me estaba sacando de mis casillas, estaba alterada y muy preocupada por él, pero sé que esas no son excusas suficientes.

Hoy me he saltado las clases y he dicho que me iba a dar un paseo con mi hermano, para que se relajara. Aun así, no tengo ni idea de dónde está. Llevo toda la mañana buscándolo y no lo encuentro por ninguna parte. He recorrido el pueblo de arriba a abajo varias veces; incluso he regresado al campamento a hurtadillas, sin que me vieran, para asegurarme de que no había vuelto.

Sé que él no es un insensato... casi nunca. Y precisamente por eso me preocupa que lleve solo tanto tiempo, porque nunca ha cometido este tipo de locuras. Claro que tampoco nunca antes le había pegado.

Me he internado por una callejuela en la que no había estado antes de hoy. Es estrecha y tiene cuatro salidas: dos escaleras irregulares que ascienden — una a mano izquierda y otra a mano derecha— y la propia calle adoquinada por la que acabo de llegar y que desemboca en una pequeña plazoleta.

Me detengo y me giro para mirar las escaleras de mi izquierda. Es la tercera vez que inspecciono este lugar y sé que me llevarán a otra calle por la que se accede a las casas que ahora me rodean. Me abrazo a mí misma, helada de frío, y contemplo cómo se me escapa el calor del cuerpo por la boca.

Empiezo a temblar y me froto los hombros en vano. Me pregunto qué voy a hacer si no aparece antes de que anochezca. Se me hace un nudo en la garganta y me llevo la mano a la boca casi inconscientemente. El corazón se me acelera y siento que se me nubla la vista.

Esto no puede estar pasando...

No debí pegarle y no debí dejar que se marchara después. Aunque necesitara espacio, aunque me odiara si le cogiera del brazo y le obligara a quedarse conmigo, tendría que haberlo hecho. Tendría que haber solucionado las cosas en el mismo instante en el que pasaron. De haber sido así, de haber actuado como debía, ahora no estaría buscándole bajo esta lluvia torrencial.

Me tiemblan las rodillas y siento que me fallan las piernas. Doy un paso al frente y apoyo el antebrazo en la fachada de una de las casas, junto a las escaleras de piedra que ascienden. Bajo la cabeza y me sumerjo en un mar de gotas de lluvia y cabellos oscuros que me empañan aún más la visión.

Escucho un ruido a mi espalda, pero muy lejano, como si estuviera al otro lado de un gran tanque de agua. Percibo todos los sentidos amortiguados y me siento cada vez más pesada. Me yergo un segundo, apenas uno, y siento cómo desfallezco y mi cuerpo se precipita al suelo de espaldas.

Todo se vuelve blanco y después oscuro. Pierdo la noción del tiempo y dejo de saber siquiera quién soy.

De pronto, noto a alguien a mi lado. No sé qué ha pasado, pero estoy sentada contra la fachada de piedra. La cabeza todavía me da vueltas y no recuerdo haberme incorporado después de haber caído.

Recupero la visión poco a poco y me masajeo la sien. Cuando levanto la vista, siento que vuelvo a marearme.

—¿Te encuentras bien? —Derek me mira, arrodillado junto a mí, bajo la misma lluvia que me cala los huesos.

—Sí. Estoy bien.

Se pone en pie y tira de mí para levantarme y conducirme un par de escaleras arriba. Me empuja con suavidad contra la pared y se pega a mí. Nos resguardamos bajo un pequeño saliente que nos protege de la lluvia. Está tan cerca que siento su cálida respiración contra mi frente.

—¿Se te ha perdido algo? —me pregunta al mirarme desde arriba con sus ojos marrones.

—Alguien.

Derek sonrío y no entiendo por qué lo hace. Alza la mano y me acaricia la mejilla con el pulgar para deshacerse de una gota de lluvia rebelde.

—Me parece que puedo ayudarte.

—No lo creo, pero gracias —le contesto, con cierto matiz derrotista en la voz.

—Joren está en mi casa.

—¿Qué?! —grito y me abalanzo hacia él. Lo aferro por los hombros—. ¿Lo dices en serio?

—Muy en serio —contesta—. Tranquila. Está bien, lleva ahí toda la mañana. —Suspira—. Si hubiera sabido que te tenía buscándolo por ahí habría venido a por ti mucho antes.

Sacudo la cabeza.

—¿Puedes llevarme con él?

—Claro que puedo. —Se separa de mí y me siento incomprensiblemente desilusionada cuando lo hace—. Me tiende la mano para ayudarme a bajar por los escalones encharcados y yo la tomo para seguirle.

Capítulo 13. La granja

Sigue lloviendo, muy suavemente, lo que provoca un intenso rumor que se expande. Los pájaros cantan entre las ramas de los árboles y se cobijan de la fina cortina de lluvia que cae sobre ellos.

Derek vive en una granja en una de las colinas que rodean el pueblo, no muy lejos de este. Subimos en silencio, arrullados por el murmullo de la lluvia. Cuando llegamos, me detengo frente a una puerta de madera y aguardo a que él pase primero. Lo miro con inseguridad mientras él hace girar el pomo de la puerta y deja que se abra lentamente sin llegar a soltarlo. Se echa a un lado y sujeta la puerta para invitarme a entrar. Miro nerviosa mis botas empapadas y él les quita importancia con un gesto.

Entro con las manos cruzadas ante mí, vacilante. No hay vestíbulo, entramos directamente al salón. Un aroma acogedor y un calor reconfortante me invaden en cuanto Derek cierra la puerta que deja el frío punzante al otro lado.

No necesito que él me guíe para encontrar a mi hermano. Está ahí, sentado frente a una mesa de madera junto al fuego que calienta la estancia y las llamas que crepitan con suavidad. Alza la cabeza, por lo que no parece estar muy concentrado. Me mira y vuelve la vista al papel cuando se da cuenta de quién soy.

Dudo antes de seguir adelante. A pesar de que Derek me haya dado a entender que no importa, estoy calada de la cabeza a los pies y no quiero mojarlo todo. Doy un paso al frente mientras miro a mi alrededor. Es una sala de estar enorme, espaciosa y con pocos muebles. A mano izquierda se encuentra una gran chimenea de piedra, a su lado, una butaca donde descansa un gato blanco que dormita. Frente a mí hay una pequeña mesa rectangular de madera y varias sillas a su alrededor.

Las paredes son de piedra y el suelo de madera. A mano derecha hay una pequeña cocina y algunos armarios desvencijados de colores crudos y ajados. El único elemento decorativo se reduce a un jarrón sobre la encimera de la cocina donde descansan unas flores secas.

Más al fondo, a un lado, hay unas escaleras de madera que suben al segundo piso. Al otro, hay una puerta cerrada pintada de un triste color verde apagado.

—Joren —lo llamo. Deseo que no me obligue a avanzar más y deje todo empapado a mi paso.

Sigue fingiendo estar concentrado y garabatea algo en un papel que tiene entre las manos.

—Joren, siento mucho lo que ha pasado —le digo con sinceridad—. No era mi intención hacer lo que he hecho. —Me froto las manos y aguardo a que reaccione de algún modo. Soy consciente de que lo tengo bastante difícil—. Ven conmigo al campamento para que podamos hablar —le pido, casi como si fuera un ruego. Miro a mi alrededor. Derek sigue detrás de mí, o eso creo, porque no lo he visto avanzar. Y odio estar mojándole todo el suelo—. Venga.

Espero, cada vez más impaciente, pero Joren no parece dispuesto a decir nada aún. Me abstengo de avanzar más y obligarlo a que me mire porque en esta situación solo empeoraría las cosas. Está enfadado, y con toda la razón. Si quiero tener una mínima posibilidad de que me perdone, ahora tengo que respetar su espacio y guardar las distancias.

Siento una mano en mi espalda y vuelvo la cabeza para ver cómo Derek llega a mi lado y me empuja con suavidad hacia delante.

—Me parece que vas a necesitar un poco más de tiempo.

Sigue empujándome, tirando de mí, mientras yo abro la boca, incapaz de acertar a decir nada y veo cómo nos alejamos de Joren en dirección a las escaleras que llevan al segundo piso.

—¿A dónde vamos?

—Voy a darte algo de ropa que puedas ponerte mientras se seca lo que llevas.

Me gustaría decirle que no importa, que estoy bien, pero no me parece apropiado seguir mojando su suelo, así que no tengo más remedio que asentir y seguirlo cuando deja de rodear mi espalda con su brazo y sube las escaleras hacia uno de los cuartos. Me quedo fuera, mirando con nerviosismo a los lados, pero sin quedarme con demasiados detalles.

Sale y me tiende una toalla y un par de prendas de ropa perfectamente dobladas. Yo las tomo y lo miro mientras pasa a mi lado.

—Cámbiate en mi cuarto —me dice, jovial, y se marcha de nuevo hacia las escaleras. Me quedo allí de pie unos instantes, inquieta. Supongo que se refiere a la habitación de la que acaba de salir; así que obedezco y entro para después cerrar la puerta.

La decoración sigue la línea del salón. No hay nada que adorne las paredes, solo una solitaria ventana que da a las verdes colinas danesas salpicadas de tímidas flores del otro lado. La cama es pequeña y a su lado se encuentra una

mesita de noche donde no hay más que una jarra con agua y un vaso a medio beber.

Todo parece demasiado ordenado, como si nadie la hubiera usado desde hace mucho tiempo. Sobre un escritorio de madera hay una foto en la que me parece verle a él junto a otra persona. Con la ropa aún entre las manos húmedas, me agacho para ver de cerca la fotografía y compruebo que es él. Quizá más serio que de costumbre, pero es Derek. El de al lado se parece mucho a él y me pregunto si serán parientes.

Decido no husmear más y darme prisa en quitarme la ropa y secarme antes de que enferme. Cuando me pongo la camisa y los pantalones que me ha dado, me siento profundamente agradecida. Aunque sigo helada de frío y mi cuerpo parece un pedazo de hielo, es agradable no estar mojada.

Me ajusto los pantalones como puedo, pues me quedan bastante grandes y es obvio que son de hombre. Me seco un poco el pelo con la toalla. Luego me paso el abrigo y la ropa que me he quitado por el brazo y me dirijo al piso de abajo descalza, con las botas en la otra mano.

Derek está de pie junto al fuego y Joren continúa dibujando sin moverse de su sitio. Cuando el joven me ve, me acerco y me pide con el brazo extendido que le dé mis cosas. Se las tiendo y observo, algo incómoda y sintiéndome fuera de lugar, cómo las coloca sobre el sillón para que se calienten al fuego.

Nerviosa, me estiro el borde de la camisa que me ha dado y le dedico una mirada de soslayo a mi hermano.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí? —Me acerco a él y le hablo casi en susurros, para que Joren no pueda escucharnos.

Derek termina lo que está haciendo, me mira y me hace un gesto con los dedos para que lo siga. Compruebo, disgustada, que se dirige a la salida, pero no pongo objeciones. Se detiene en la puerta y me da un par de botas que miro con recelo.

—Te van a quedar un poco grandes —me advierte al ver mi expresión—, pero solo será un momento.

Me las calzo sin rechistar y salgo detrás de él cuando asiente satisfecho y abre la puerta principal. Fuera aún llueve, pero él avanza pegado a la fachada de piedra, donde el saliente del tejado nos resguarda. Rodeamos toda la casa y echa una pequeña carrera hacia el edificio de la granja para no mojarse mucho. Lo imito y me detengo cuando lo veo entrar en lo que parece un establo.

Me quedo en la puerta y me pongo de puntillas para ver qué es lo que hay dentro. Todo está bastante oscuro y la languidez del día no ayuda a ver el interior.

—¿Vienes? —me pregunta y me apresuro a seguirlo.

El suelo está cubierto de paja húmeda y manchada de barro en algunas zonas. Dentro los olores a estiércol, piensos y animales son fuertes y penetrantes, y me siento un poco mareada al principio, pero no tardo en acostumbrarme.

Me acerco a Derek y lo sigo mientras toma un saco del suelo y se dispone a alimentar a los animales. Hay un par de cerdos, una enorme vaca lechera que muge al fondo, varias gallinas que cacarean cuando se percatan de nuestra presencia y algunos conejos enjaulados.

Lo observo todo ensimismada y me olvido por completo de lo que hago ahí. Contemplo cómo Derek arrastra montones de paja y baldes de pienso de un lado a otro con total seguridad.

—Es increíble —murmuro, casi sin darme cuenta. Me acerco al corral donde tiene a los cerdos y los miro, recelosa. Guardo las distancias con prudencia.

—Apuesto a que nunca habías visto un cerdo de cerca —me dice, sin detenerse en sus labores.

—Ni de lejos —contesto, sincera.

Lo veo sonreír mientras cierra un saco y aprieta los cordeles que lo sellan con fuerza. Luego lo levanta por encima del hombro sin dificultad alguna para dejarlo junto a otro montón de sacos.

—Yo tampoco había visto ningún animal de cerca hasta que llegué aquí —me explica, tranquilo—. Solo caballos y vacas, y tampoco es que me hubiera acercado mucho.

—¿De dónde eres? —se me ocurre, de pronto.

—De Berlín —contesta y se detiene un instante para volverse hacia mí, sonriente. Su expresión es amable, y dos arruguitas se dibujan en la comisura de sus labios—. Supongo que tú no eres de muy lejos. —Se pasa al danés y habla con un fuerte acento a propósito. Le devuelvo la sonrisa. Es la primera vez que lo escucho hablar en otro idioma.

—También soy de Berlín.

Asiente y vuelve a centrarse en su trabajo. Lo sigo por el establo procurando no pisar bultos marrones de origen dudoso. Durante un rato,

ninguno de los dos dice nada más. Me gustaría preguntarle de qué zona de Berlín es, cuándo llegó y por qué escapó, pero tengo la sensación de que quizá mi historia y la de mi familia sea una de las más felices en esta época, y no quiero arriesgarme a preguntar algo que a Derek le traiga malos recuerdos.

—Joren llegó esta mañana —me informa él y consigue arrancarme de mis pensamientos—. Lleva aquí desde entonces, pero hasta hace un rato no me ha dicho que había discutido contigo.

Suspiro, algo relajada. Siento que lo haya invadido de esa manera durante toda una mañana, pero me alegra saber que ha estado en buenas manos y no deambulando por ahí.

—¿Cómo diablos sabía dónde vivías?

Él se ríe y se encoge de hombros.

—Eso mismo me gustaría saber a mí. Me parece que se lo ha tenido que decir alguien del pueblo.

—Siento mucho si te ha...

—No —me interrumpe—. Me lo he pasado bien. De verdad, Ka —me dice, serio—. Mi tío ha alucinado un poco cuando lo ha conocido, pero no ha habido ningún incidente. Puedes estar tranquila.

Es extraño, pero escucharlo de su boca hace que me relaje y me sienta algo mejor. Me rodeo los hombros casi sin darme cuenta, muerta de frío, y él se da cuenta.

—Tranquila, enseguida termino y volvemos dentro. Si quieres preguntarme algo antes de entrar, este es el momento.

Lo entiendo y asiento.

—¿Qué habéis hecho todo este tiempo?

—Bueno, Joren no habla mucho así que hemos estado bastante aburridos —bromea. Coge un cesto de mimbre y me lo tiende. Lo rodeo con mis brazos como puedo y aguardo mientras veo cómo mete la mano en el gallinero y coge un huevo para dejarlo en el cesto—. En realidad, hemos pasado la mañana aquí. Ha estado mirando mientras hacía algunas tareas y después hemos comido y jugado a las cartas. —Se detiene y frunce el ceño, como si se acordara de algo—. Parecía que se lo estaba pasando bien, pero de repente ha decidido que no quería jugar más. —Se encoge de hombros—. Se ha negado rotundamente a jugar a cualquier otro juego de cartas, así que se me ha ocurrido preguntarle dónde estabas y me ha contado que os habíais peleado.

Reparo de pronto en algo que ha dicho: ¿no le ha preguntado por mí hasta

hace un rato? Joren se ha presentado en su casa y, sin exigir ninguna explicación, le ha abierto sus puertas y ha compartido su tiempo con él. Así, sin pedir nada a cambio, sin preguntarse qué hacía allí.

—Gracias por venir a buscarme.

—Habría ido antes si lo hubiera sabido —contesta y cierra el pequeño corral.

Me hace un gesto con la cabeza y lo sigo de vuelta a la casa principal. De nuevo, cruzamos el espacio sin cubrir con una pequeña carrera y llegamos a la puerta. Derek alza el brazo y coge el pomo para hacerlo girar. Yo lo agarro de la muñeca, casi sin pensar y le ruego con la mirada que aún no la abra.

—Le pegué —le digo, preocupada, después de un rato.

Siento la necesidad de confesárselo y cuando lo hago, me siento mejor. Él me mira, tranquilo, y aguarda antes de entrar, pero no retira la mano de la puerta; tal vez para que yo no me vea obligada a retirar la mía, que se cierne en torno a su muñeca.

—¿Qué pasó?

Dudo. He sido yo la que ha decidido contárselo. Él no ha hecho preguntas y estoy segura de que no esperaba que le dijese nada. Pero ahora me está escuchando y tengo que decidir si le cuento algo tan personal que no solo me concierne a mí, sino que también incumbe a mi hermano.

—Joren no está hecho para seguir las rutinas del campamento —le explico, vacilante, y miro las botas que me quedan ridículamente grandes. No sé si estoy haciendo bien contándoselo, pero siento que necesito hacerlo—. Si sigue comportándose como hasta ahora, empezarán a medicarlo. No es culpa suya, él no ha hecho nada malo y me parece injusto. —Me encojo de hombros y vuelvo la vista a los huevos que llevo en el cesto. Algunos tienen pequeñas plumas adheridas al cascarón—. No me parece que Joren se porte mal, pero en el campamento no opinan lo mismo. Y si yo no lo regaño, ellos acabarán sedándolo. Hoy han estado a punto de llevárselo al médico porque creían que le había dado un ataque de ansiedad. Me he puesto muy nerviosa y le he pegado en la cara.

Cuando termino cojo aire y exhalo con lentitud, como si me acabase de liberar de una pesada carga. Derek no responde enseguida y se limita a observarme unos segundos antes de hablar.

—Solo te preocupas por él. —Se encoge de hombros—. Un error lo comete cualquiera. Dale un poco de tiempo y te escuchará. —Me regala una sonrisa y

le doy las gracias con la mirada.

Cuando entramos, Joren está mirando a las musarañas, prueba más que suficiente de que no está realmente concentrado en el dibujo. Pero, cuando nos ve, no tarda mucho en volver a agarrar el lápiz y continuar garabateando.

Decido seguir el consejo de Derek; mi hermano solo necesita tiempo. Así que me siento en una silla junto al fuego y espero allí mientras Joren termina. El hecho de estar en casa de un desconocido me inquieta y me hace querer solucionar esto para poder irnos antes de convertirnos en una molestia aún mayor. Sin embargo, me siento lo suficientemente tranquila como para darle a mi hermano el tiempo que necesita.

Derek me da una manta y me ofrece algo de comer. Acabamos jugando a las cartas que mi hermano se ha negado a volver a tocar por algún extraño motivo que solo él conoce.

Pasamos así la tarde, sin prisa, dejando que el tiempo se dilate; entre largos silencios, curiosamente nada incómodos, y breves conversaciones banales, curiosamente agradables.

Capítulo 14. A esto y a las tabas

Joren nos observa con atención desde hace un rato. Se le nota que está un poco tenso. De hecho, está actuando de forma muy extraña y yo me muero de ganas por preguntarle qué diablos está pasando por su caótica cabeza ahora mismo.

Desde que Derek y yo hemos empezado a jugar a las cartas ha ido dejando el dibujo de lado poco a poco, hasta que ha dejado de prestarle atención para concentrarse en nuestra partida. A veces lo veo sacudir la cabeza por encima del hombro y dar pequeños respingos cada vez que gano un turno. Pero no dice nada. Se limita a mantenerse recto, rígido e inquieto, y a llevarse el puño a la boca de vez en cuando, como si estuviera sufriendo por la partida.

En un momento dado, Derek deja las cartas sobre la mesa y va al cuarto de la puerta verde a por leña, para avivar el fuego. Entonces, incapaz de resistirme, dejo mis cartas también y me giro hacia Joren. Él aparta la mirada, pero no desisto.

—Derek me ha dicho que no has querido seguir jugando con él. Si tanto te gusta, ¿por qué no te nos unes? Está claro que estás bastante interesado.

Él me mira y sacude la cabeza con violencia, como si estuviera asustado. Mira a su espalda de una forma muy cómica, hacia el lugar por el que acaba de desaparecer nuestro anfitrión, y se acerca para hablarme en susurros.

—La razón me dice que es fisiológicamente imposible morir por jugar a las cartas, pero, por si acaso, yo no me arriesgaría; no sabemos si es un asesino. No debes dejar que Derek pierda.

Abro mucho los ojos y cuento hasta tres para serenarme antes de preguntarle qué narices está diciendo.

—¿Qué? —acierto a decir, simplemente.

—Hazme caso. No le ganes —me advierte.

—¿Por qué? —quiero saber, realmente divertida.

Joren se acerca aún más y me dice, muy preocupado y en apenas un murmullo:

—Porque todo el que le gana a este juego muere.

Me quedo a cuadros. En ese instante Derek vuelve al salón con varios tocones de madera entre sus brazos y mi hermano vuelve a apoyarse sobre el respaldo de la silla. Yo continúo mirándole mientras le doy vueltas al asunto.

Por más que busco un escenario posible en el que algo le haya hecho creer a mi hermano que morirá si gana a Derek, no soy capaz de dar con él.

Controlo la necesidad de seguir haciendo preguntas para no enfadarlo, y vuelvo a concentrarme en el juego hasta que, por fin, Joren cede y vuelve a dirigirme la palabra con normalidad.

A pesar de todo, ha sido una tarde fantástica. Sin embargo, me marchó con cierto sabor agrí dulce, pues las horas en las que me he separado de Joren han sido angustiosas y la culpa por haberle pegado sigue ahí, persistente. Aun así, el recuerdo de la tarde es cálido y entrañable: el calor del fuego, las palabras suaves de Derek y la paz que se respiraba en cada bocanada de aire.

Cuando nos despedimos, Joren echa a andar, pero yo me quedo unos instantes más mirando al joven que nos ha dado cobijo durante todo el día.

—Debes de gustarle mucho para que haya decidido quedarse en tu casa aún a riesgo de que fueras un potencial homicida.

Derek parpadea y frunce el ceño. Yo río y echo a andar también, sin darle la espalda.

—No sé qué le has dicho, pero cree que puedes ser un asesino —enarco las cejas y me encojo de hombros—. Te lo contaré si averiguo por qué.

El muchacho se queda perplejo y yo me doy la vuelta sin darle la oportunidad de responder. Alcanzo a Joren y sigo andando junto a él, de vuelta al campamento.

—Cuéntame, ¿qué es lo que me decías acerca de ganar a Derek en las cartas? —le pregunto, intrigada.

—Que quien le gana a las cartas y a las tabas, muere —me dice, muy serio. Después, se encoge de hombros como si quisiera quitarle importancia, aunque es evidente que esto lo inquieta—. Sé que es imposible, a no ser que él los mate. Y como no lo conocemos mucho, creo que ha sido mejor no arriesgarnos.

Me abstengo de decirle que he perdido porque soy mala, no porque él tuviera miedo de que Derek me asesinara, y sigo preguntando.

—¿Qué te hace pensar todo eso?

Joren suspira, exasperado.

Yo río para mis adentros. Qué paciencia tienes que tener con tu pobre hermana, ¿eh?

—Él me lo ha dicho: «A esto y a las tabas, se murió el que me ganaba».

Me quedo un instante en blanco hasta que lo comprendo y rompo a reír,

descontrolada. Me muerdo los labios y me detengo ante su mirada inquisidora, que me fulmina. Acaba de perdonarme algo muy gordo, así que no tengo derecho a reírme de él.

—Lo siento, Joren. Es que es gracioso. No significa que nadie haya muerto por ganarle. Solo es un refrán. ¿Entiendes?

Asiente, despacio, y entorna los ojos mientras sigue andando, pensativo.

—¿Y qué quiere decir entonces?

—Es una forma de decir que eres el mejor en algo —le explico, paciente.

—Ah.

—Tenías miedo de que me pasara algo, ¿a que sí? —le pregunto, encantada.

—Sí —contesta, y sonrío, enternecida, aunque él ni siquiera me mira.

—¿Me quieres? —le pregunto, divertida.

—No te quiero. Te quiero mucho —me corrige, sin inmutarse.

No se avergüenza de lo que me acaba de decir, ni siquiera parece consciente de lo que significa para mí que me diga esas palabras. No comparte este momento conmigo, pero yo lo disfruto igual. Es esa inocencia y esa dulzura, esa forma simple y sin reparos de decir algo tan fácil, y que al resto nos cuesta tanto, lo que me hace quererlo con locura.

Lo abrazo sin pedirle permiso y apenas pasan dos segundos hasta que se revuelve sutilmente para que lo suelte. No me pregunta por qué lo he hecho y yo tampoco hago más preguntas. Caminamos en silencio hacia el campamento y voy en busca de Annemette en cuanto llegamos.

Capítulo 15. A pie de página

Cada vez que veo a la chica rubia me pregunto qué diablos ha visto Derek en ella y me enfado irremediablemente. Es descarada y arrogante, y creo que el sentimiento de aversión hacia ella en el campamento está bastante extendido, salvo en un pequeño grupo que parece tolerarla.

Mi popularidad, por el contrario, es nula. De hecho, las personas aquí no me conocen como Karan, sino como la hermana de Joren; aunque lo prefiero así. Mi danés es demasiado pobre como para entablar una conversación fluida con la gente del pueblo, y mejor ni hablamos de intentar relacionarme con los jóvenes que llegan aquí desde distintos puntos de Europa.

Hoy Joren ha decidido que iría a visitar a Derek. Cuando me lo ha dicho lo he mirado, frunciendo el ceño, pero he terminado no diciéndole nada. Derek dijo que se lo había pasado bien con él, y le creo, porque la infinita paciencia que nos regaló ayer no puede ser fingida. Por eso, lo he dejado ir.

Annemette y yo nos hemos quedado aquí en el campamento viendo llover a través de la ventana del pabellón de las chicas. En realidad, yo soy la que está observando el paisaje. Mi hermana ya ha hecho amigas aquí dentro y no ve nada de malo en quedarse en el pabellón jugando durante horas.

Yo paso la tarde dando pequeños paseos entre las literas y me asomo a la ventana de vez en cuando. Me sentía un poco mal por haber pasado la tarde anterior en casa de Derek con Joren mientras Anne se quedaba en el campamento. Pero ese sentimiento de culpa desaparece a cada pase de pelota fallido que llega a mi litera y acierta a darme en la cara.

Cuando me resigno a ser una mala hermana por no cuidarla mientras juega, me levanto, me visto, cojo un paraguas y decido ir al pueblo.

Me encanta el sonido que hacen mis botas en los charcos que se forman en la calle adoquinada. No veo mucha gente, pues parece que el tiempo invita a quedarse en casa. Claro que esa gente en su casa tiene cosas, yo en el campamento tengo a mi hermana y a una jauría de lobos.

Cuando llego al edificio de la escuela me encuentro con la puerta abierta. El vestíbulo está cubierto por una película de agua y el felpudo está tan mojado que ni siquiera intento secar la suela de mis botas en él. Dejo mi paraguas a un lado y camino todo lo despacio que soy capaz para que el sonido estridente de mis botas rechinando contra el suelo no alerte a medio edificio.

En la segunda planta hay una biblioteca. Es pequeña, y la mayor parte de los libros son infantiles y están escritos en danés. Pero hay una sección para adultos y allí me dirijo.

Cuando entro, la bibliotecaria me saluda en danés y le respondo con una sonrisa. Además de mí, aquí no hay nadie. La habitación es cuadrada y casi claustrofóbica, con unas estanterías que llegan hasta el techo y que se amontonan unas contra otras sin apenas espacio entre ellas. Están tan cerca que es complicadísimo moverme con el abrigo que llevo.

Me paso un rato recorriendo el lomo de los libros con el dedo, leyendo títulos y sinopsis hasta que, de pronto, uno llama mi atención: *Un día de invierno*. Lo tomo de la estantería y lo observo con curiosidad. Me suena muchísimo y es uno de los poquísimos libros en alemán que he encontrado aquí. Sin embargo, estoy casi segura de que nunca he escuchado hablar de él y tengo claro que no lo he leído.

Cuando lo abro por la mitad, para leer una página al azar y comprobar si, en realidad, ya lo conocía, se me escapa una sonrisa. Descubro el rastro de una hoja que ha sido cruelmente arrancada y caigo en la cuenta de que es el libro que vi leyendo a Derek.

Distraída, sin apartar la mirada de él, me muevo hasta una esquina, donde la pared está desnuda y no hay libros, y me dejo caer al suelo para sentarme a leer. Ojeo el libro y busco más páginas arrancadas. Me pregunto qué empujó a Derek a hacerlo y comienzo a leer desde el principio.

Cuando la bibliotecaria me avisa de que pronto cerrará, yo ya he llegado casi al final. Fuera ha oscurecido y el tiempo se me ha pasado volando. Apuro los últimos párrafos, ávida por terminar. Intuyo, además, que será uno de esos desenlaces que te dejan mal sabor de boca, una historia en la que las cosas acaban mal para ambos protagonistas.

A pesar de las páginas arrancadas no he tenido problemas para seguir la trama, pero sigo sin comprender por qué lo hizo Derek. Estoy llegando al final, apenas falta que suceda lo que ya espero, y aunque sepa que no me va a gustar, quiero descubrir qué y cómo ocurrirá. Pero, entonces, me quedo sin páginas.

Aquí han sido arrancadas de cuajo tres o cuatro hojas, justo las del final. En esta ocasión el joven *destripalibros* ni siquiera se ha preocupado por arrancarlas como es debido, y ha dejado pedazos de páginas que sobresalen de la encuadernación.

Busco el final, indignada, cuando, de repente lo veo. Una nota al final del libro, a pie de página, en el interior de la contraportada.

Está escrito en alemán, con una letra pequeña y retorcida. Parece un mensaje escrito con prisa y... ¿rabia? Me acerco el libro a los ojos y leo, intrigada:

En realidad, él no perdió la pierna. Todo fue un sueño; solo tenía una torcedura de nada. Ella acaba bajándose de ese barco antes de que zarpe y manda a freír espárragos a su pretendiente. Al final, se queda en tierra con el que no está lisiado, su verdadero amor.

Fueron felices y comieron perdices.

Fin.

Río encantada. Es obvio que ese no fue el final. Después de todos los días de insufrible agonía que el personaje soporta antes, mientras y después de que le amputen la pierna, a ningún escritor se le ocurriría decir que había sido un simple sueño. También estaba bastante claro que ese barco iba a zarpar con ella a bordo, dejando a su verdadero amor en tierra.

Vuelvo a leer el final improvisado, escrito en un arrebato, y cada vez me gusta más. Río en voz baja, cierro el libro y lo sujeto contra mi pecho, sonriendo como una estúpida.

La bibliotecaria me llama bajito y me pregunta en danés si me ha gustado. Parece sorprendida. Resulta que no es un libro cuyo final haga reír. Yo le respondo que aun así me ha gustado, dejo el libro en su sitio y me despido contenta.

Regreso al campamento diez veces más animada de lo que lo he dejado. Hace un frío horrible, pero al menos ha cesado de llover. Cuando salgo del pueblo y veo el campamento a lo lejos, avisto dos figuras que entran en ese mismo instante. Al darme cuenta de que una de ellas es Joren, corro y lo llamo para que me espere.

Cuando estoy más cerca, no obstante, me detengo. Quien lo acompañaba era la rubia. Sigue andando hacia delante, indiferente, sin despedirse de él. Sospecho que encontrarse en la entrada ha sido una coincidencia; no puedo imaginarla manteniendo una conversación con mi hermano.

—Hola —lo saludo, alegre—. ¿Llegas ahora de casa de Derek?

—Sí —asiente, escueto.

—¿Qué hacías con *esa*? —le pregunto sin rodeos y la señalo con la cabeza.

—Veníamos del mismo sitio. Íbamos a un paso similar, así que hemos llegado casi al mismo tiempo. Pero no hacía nada con ella, ni siquiera andar. Solo compartíamos la calle.

En otras circunstancias habría sonreído por la escrupulosidad de su explicación detallada, pero ahora mismo hay un hecho demasiado alarmante como para sonreír.

—¿Venía de casa de Derek?

—Sí.

Espero a que me dé más detalles, pero no lo hará si no le pregunto. Y estoy demasiado descolocada como para que se me ocurra preguntar algo coherente. Sacudo la cabeza y sigo a mi hermano, asqueada.

—¿Ha estado dentro de su casa? —Prefiero asegurarme de que he entendido bien. Con Joren, nunca se sabe.

—Sí, eso es.

Voy a decir algo más, pero decido no pensar en ello, no hacer preguntas y olvidar el asunto. Al fin y al cabo, a mí no me tiene que importar, ¿verdad?

Nos separamos al llegar a los pabellones y entro enfadada al mío. Me cambio de ropa, ayudo a Anne y vamos a cenar. Intento no concentrarme en el mismo tema que me saca de mis casillas. Sin embargo, no puedo dejar de darle vueltas. Y por mucho que quiera deshacerme de esta sensación irritante, soy incapaz de hacerlo.

¿Qué diablos le ve?

Capítulo 16. Una historia escrita

Hoy ha salido por fin el sol. Es agradable volver a sentirlo en la piel. Aun así, el frío todavía no nos ha dejado.

Joren me ha abandonado cada tarde para ir a visitar a Derek. Ambos me dan un poco de envidia, pues casi seguro que se lo pasan mucho mejor que yo. A veces me planteo ir con él; a Anne ni siquiera le importa si me quedo a pasar la tarde con ella o no, ya tiene a sus amigos. Pero, después, recuerdo a la rubia y se me pasan las ganas.

Estoy luchando contra los insoportables berridos de mi hermana pequeña, que protesta porque no quiere comerse la zanahoria cocida que hay en su plato. A mí, personalmente, me da igual si se la come o no. En cuanto nos hemos sentado en la mesa y ha visto la hortaliza, se ha cruzado de brazos y ha declarado que no pensaba comérsela. Después, ha empezado a sollozar y a suplicar que le dejase comer el resto. Así que, atendiendo a su reacción, supongo que mi cometido ahora es no dejar que coma el resto hasta que acabe con la zanahoria. Es posible que así lo hubiera hecho mamá...

Estoy mirándola, soportando su mirada desafiante, cuando Joren me llama.

—Toma. —Me giro, desprevenida, y Annemette se vuelve hacia él también, incapaz de luchar contra la curiosidad.

Cojo la nota que me deja sobre la mesa y la abro, desconcertada. En ella hay un mensaje escrito con una letra torcida que ya conozco bien.

Han nacido algunos polluelos.

Ven a verlos con Annemette.

Derek

Doblo el papel y frunzo el ceño. Dirijo la vista hacia mi hermano, que ha dejado de prestarme atención.

—¿Qué es esto?

—Una nota —responde y pone los ojos en blanco.

—Ya sé que es una nota. ¿Cuándo te la ha dado?

—Ayer.

—¿Ayer? —pregunto—. ¿Y qué te dijo?

Joren suspira, deja el tenedor en la mesa y se aclara la garganta.

—No hace falta que lo recites de memoria, por favor —lo interrumpo. Intuyo lo que pretende.

—Me dijo que te avisara para que vinieras a ver los pollitos recién nacidos con Anne. Escribió la nota y me pidió que te la diera para asegurarse de que recibías el encargo.

—¿Y por qué no me la diste ayer?

Se encoge de hombros.

—No lo consideraré primordial.

Me abstengo de hacer ningún comentario a eso, cojo aire y le digo a Annemette que coma, pues sigue cruzada de brazos.

—Joren —lo llamo—. ¿Estos días ha estado yendo la chica rubia a casa de Derek?

—Si no me das más datos, no sabré a quién te refieres.

—¿A quién crees me voy a referir?! Está claro que estamos hablando de la misma chica que ya estuvo en casa de Derek el primer día que lo visitaste.

—Ah —responde. Si no lo conociera creería que me está tomando el pelo—. Vino solo un día más.

—¿Y sabes si hoy tiene pensado ir?

Joren medita la respuesta. Después, sacude la cabeza y se encoge de hombros.

No soy tonta, y puedo presumir de ser una persona que es sincera consigo misma y que tiene las cosas claras. Lo cierto es que este chico, sencillamente, me encanta; así que esta nota me tienta. Me apetece mucho ir y ver a Derek, pero esas ganas son inversamente proporcionales a mi deseo de ver cómo la rubia tontea con él.

—¿Por qué te preocupa tanto la rubia? —quiere saber mi hermano.

—¡No voy a comérmela! —nos interrumpe Anne, enfurruñada. Tomo su tenedor, parto la zanahoria y pincho un trozo para dejarlo sobre el plato. Pero no le presto más atención.

—La rubia no me preocupa.

—¿Y por qué te interesa si va a ir?

—Porque no me agrada como persona —intento explicarle.

—¿Por qué?

—Porque es descarada, estúpida y arrogante —contesto, veloz, y me avergüenzo un poco de tener una respuesta tan rápida para eso.

—¿Por qué? —insiste él.

—Porque ella... —me detengo—. Porque sí, Joren. Porque lo es. Por cómo actúa —le respondo yo, impaciente—. Come de una vez, Anne. —Me vuelvo

hacia la pequeña y le enseño el tenedor de forma amenazadora.

—¿Cómo actúa una persona descarada, estúpida y arrogante?

—¡Deja de hacerme preguntas, por Dios! —le pido irritada—. Y tú, cómete la puñetera zanahoria. —Anne me sostiene la mirada, molesta, y finalmente acaba cogiendo el pedazo que he cortado y se lo mete en la boca de mal humor.

Me reclino en mi asiento, cansada, y me froto las sienes. Al final, con rubia o sin ella, decido que iremos a la granja; sé que a Anne le encantará y siento que no he pasado suficiente tiempo con ella, así que es una buena oportunidad para redimirme.

Mi hermana está encantada. Cuando hemos llegado, Derek estaba llevando la vaca al interior de un corral, supongo que para dejarla pastar aprovechando el buen tiempo, así que nos hemos acercado y desde entonces Anne no ha dejado de alucinar. Incluso a Joren parecen gustarle los animales, aunque no se le ve muy seguro pisando el suelo del interior del establo, cubierto de barro y otras cosas que probablemente no lo sean.

Llevamos un rato al sol, sentados sobre la hierba, jugando con dos pollitos que vuelven loca a la pequeña. Joren y yo nos hemos sentado a observar mientras Derek supervisa que ninguno de ellos se le escape. Cuando ella aún está riendo como una loca, el joven coge a uno de los polluelos y se sienta a mi lado.

Me lo ofrece y yo lo tomo entre mis manos con cuidado. Lo sujeto para que no se escape mientras le acaricio el suave plumaje con el pulgar y sonrío.

—Gracias por invitarnos.

Él no me mira enseguida, se queda observando al animal con expresión afable y meditativa. Después, alza la cabeza y me sonrío.

—Pensaba que vendrías antes.

Me quedo sin saber qué decir y me encojo de hombros.

—Pensaba que te vería al salir de clase.

—Yo no voy a clase. —Sonrío, divertido.

Ladeo la cabeza, confusa, y no necesito formular la pregunta para que él responda.

—Suelo ir a la biblioteca. Por eso me has visto por allí. Pero tengo diecinueve años. Ya no voy a la escuela.

Recuerdo la biblioteca y qué es lo que hace allí. Sonrío inevitablemente y

se me escapa una leve carcajada que intento acallar cubriéndome la boca con la mano.

—¿De qué te ríes? —pregunta, sonriendo también, y enseña unos dientes blanquísimos.

—Me río del final de *Un día de invierno*. Me gustó muchísimo, y eso que intuía un desenlace mucho más catastrófico.

Admiro su asombro, encantada. Arquea sus cejas negras y parpadea un par de veces antes de ensanchar la sonrisa y reír.

—A mí también me gustó.

—¿Verdad? Alguien había arrancado las hojas del final, pero algún buen samaritano se encargó de resumirlas en la última página.

—Todo un filántropo.

—Y un caballero —añado.

Ríe bajito y esta vez es él quien se presiona las mejillas con los dedos, ocultando su sonrisa.

—Karan, ¿por qué piensas que fui yo?

—Te vi arrancando las páginas —le explico.

Él asiente, sabiéndose incapaz de negarlo.

—¿Por qué? —quiero saber—. ¿Por qué lo hiciste?

—No me gustaban esas páginas. Las partes que quité estaban de más.

Abro mucho los ojos y lo miro intentando adivinar si me está tomando el pelo. Derek mira al frente, donde Anne, un poco más lejos, se ha sentado en el suelo para seguir jugando con el polluelo.

—¿Hablas en serio?

—Totalmente —contesta. Parece muy seguro de sí mismo—. Aún no sé si mi historia está escrita o si podré cambiarla, pero, si no puedo, al menos me gustaría ser capaz de cambiar otras que sí están a mi alcance.

No sé por qué, pero tengo la sensación de que ya no estamos hablando del libro.

Capítulo 17. Bibi

Derek nos acompaña hasta el comienzo del camino de piedras que baja hasta el pueblo y se despide de Joren y también de Anne. Cuando ambos echan a andar, yo me quedo un poco rezagada a propósito.

Espero a que Derek me diga algo, pero no parece dispuesto a ser él quien se despida. Sin embargo, sonrío.

—Aún tengo tu ropa —le recuerdo, un poco inquieta.

—¿De verdad? —pregunta con un tono divertido.

Asiento.

—Ven a dármele. Mañana. Sin falta. —Intenta parecer serio, pero incluso así, se le forma la misma arruguita de siempre en la comisura de sus labios.

No respondo porque me pongo más nerviosa. Echo a andar hacia atrás sosteniéndole una mirada que intenta ser imperativa, pero sin olvidar su media sonrisa de truhan. Me doy la vuelta y alcanzo a mis hermanos en una carrera.

La carta de mi familia no ha llegado todavía y empiezo a pensar que nunca lo hará. Quizá ni siquiera les haya llegado la mía. No tengo muchas noticias de cómo está el mundo ahí fuera, pero intuyo que no va bien.

La incertidumbre me consume. Me mata no saber nada de ellos. Me siento sola y aislada. A pesar de tener a Anne y a Joren conmigo, me siento más lejos de mi familia que nunca.

Hoy, para colmo, Joren ha aparecido a la hora del desayuno con un moratón bien grande en el pómulo izquierdo. Me parte el alma verlo así. Y también me entran ganas de arrancarle la cabeza a alguien; pero me temo que, si tuviera que hacerlo con todas las personas que han pegado a mi hermano, rodarían muchas cabezas.

Después de comer me ha dicho que quería dar un paseo y yo me lo he pensado dos veces antes de dejar que fuera solo. Aun así, sé que no me estaba pidiendo permiso, solo lo hacía para asegurarse de que yo sabía dónde iba a estar. Por eso, incluso si hubiera querido, no habría podido replicar. Al fin y al cabo, por mucho que a veces me cueste confiar en ello, Joren también sabe cuidarse. Lo demostró el día que se enfadó y escapó. No sabía dónde vivía Derek y, sin embargo, consiguió llegar a su casa.

Además, tiene catorce años y necesita estar solo. Pasa las mañanas, los

mediodías, las tardes y las noches con varias decenas de muchachos y niños, o con sus dos hermanas. Un poco de tiempo a solas, en silencio, le sentará bien.

He estado jugando un rato con Anne y después la he dejado en el campamento, donde no parece echarme mucho de menos cuando juega con otras niñas. He cogido la ropa que lavé, la he doblado y he rezado para que no me lloviera de camino a casa de Derek.

Cuando he llegado a la granja, he llamado a la puerta y al otro lado no he encontrado a quien esperaba. Un hombre bastante mayor y entrado en carnes, con expresión bonachona, el cabello canoso y las orejas rojas, me mira con amabilidad.

Pillada por sorpresa, tardo unos instantes en hablar.

—Buenas tardes —logro decir—. Busco a...

—¡Abro yo! —El grito de Derek hace que me detenga. El hombre barrigudo y yo nos volvemos al mismo tiempo para ver cómo el muchacho desciende las escaleras del piso superior con energía y se planta ante nosotros.

El hombre me sonríe con complicidad. Estrecha tanto sus ojos que parecen cerrados. Después se da la vuelta sin decir nada y se aleja en silencio con paso torpe.

Cuando nos quedamos solos extendiendo los brazos y le tiendo a Derek la ropa que prometí traerle.

—Aquí tienes. Gracias por dejármela.

—En realidad es de mi hermano —contesta, divertido.

—Pues dale las gracias a él también.

—Creo que es mejor que no se entere de que cogí su ropa sin permiso. —Se echa a un lado sujetando la ropa como si fuera una bandeja—. ¿Quieres pasar?

Asiento y doy dos pasos adelante, quedándome justo en la entrada. El hombre que me ha abierto la puerta sale de un cuarto y pasa a nuestro lado mientras se abotona la cazadora para salir a la calle. Nos hace un gesto con la mano a modo de despedida y lo veo girar a la derecha, rodeando la casa.

Derek se asoma por la puerta y mira a ambos lados, curioso.

—¿Joren no viene?

Siento cierta decepción al escucharlo y no puedo evitar bajar la mirada. Lo cierto es que una parte de mí esperaba que la invitación del día anterior fuera para mí, no para mi hermano.

—Se ha ido a dar un paseo —murmuro. Ahora me siento un poco estúpida por presentarme aquí sin él.

—No parece una persona a la que le guste dar paseos —comenta, pensativo.

—Hoy sí. —Me encojo de hombros y miro a mi alrededor, como hago siempre que estoy nerviosa. Me sujeto un brazo con la mano y cojo aire despacio—. Solo tenía un rato para venir, así que me iré enseguida —le informo y me arrepiento al instante de haber aceptado la invitación para entrar.

—Está bien. —Cierra la puerta y se queda plantado frente a mí, con expresión despreocupada—. ¿Quieres beber algo?

—No. Gracias.

—¿Y comer?

—Tampoco.

Se hace el silencio y me siento incómoda. ¿Qué me está pasando? Nunca me había sentido así con Derek.

—Oye, ¿te encuentras bien?

—Sí, sí. Estoy perfectamente. —Fuerzo una sonrisa y me tranquiliza ver que se lo ha creído.

—Pensaba ir a dar un paseo —me dice—. Pero si tienes que irte enseguida será mejor que nos quedemos aquí. —Pasa junto a mí y se sienta frente a la mesa destartalada de la cocina. Estira las piernas todo lo largas que son y deja caer los brazos a ambos lados del cuerpo—. El que acaba de salir es mi tío —me explica—. Cuando llegué no tenía ni idea del lenguaje de signos, así que no nos podíamos comunicar mucho. Ahora, aunque no puede hablar, nos entendemos de una forma u otra.

Asiento despacio. Me gustaría preguntarle por qué vive con su tío, pero creo que no es algo en lo que yo deba meterme.

—Has dicho que tienes un hermano, ¿verdad?

—Sí. Es menor que yo, de tu edad.

—¿Mi edad real o la ficticia?

—La real —sonríe.

Se vuelve a hacer el silencio y me pregunto qué diablos estoy haciendo aquí. ¿Qué pensaba que ocurriría? Él solo me pidió que le llevase la ropa; vale, está bien, pudo interpretarse como una invitación, pero... ¿a quién? Probablemente esperase a Joren o a Annemette. Y yo me he presentado aquí sola y he aceptado entrar en su casa cuando está claro que solo me ha invitado por cortesía.

Llaman a la puerta dos veces y me siento aliviada porque el sonido rompe el silencio que se abre entre nosotros. Suspiro, nerviosa, cuando Derek se

levanta para abrir y me vuelvo para ver de quién se trata.

Cuando la puerta se abre, me quedo tibia.

—¡Hola! —la voz cantarina de la rubia saluda al joven desde la puerta, con jovialidad.

—Hola, Bibi —le dice él.

¿Bibi? ¿De verdad se llama Bibi? Incluso su nombre es estúpido y desquiciante.

La chica rodea sus hombros con los brazos y le da un beso en la mejilla con una confianza que me molesta. Al hacerlo me ve, frunce el ceño y finge una sonrisa.

—Ah, tú también estás aquí —me dice, seca.

—Me alegra volver a verte, Bibi —la saludo por su nombre, casi con amabilidad.

Ella me fulmina con una sonrisa —si es que eso puede hacerse— y me ignora deliberadamente para volverse a mirar a Derek.

—Creía que hoy estabas ocupado —protesta, casi gimoteando. Tengo la sensación de que está a punto de hacer pucheros.

Por favor...

—Y lo estoy. Karan solo ha venido a traerme algo que le presté.

Veo curiosidad, y también algo de irritación, en la mirada de la joven, pero se contiene y no pregunta nada al respecto.

—Louis está en su cuarto —dice de pronto Derek—. Te estará esperando. —Pasa la mano por su espalda y la conduce hasta el pie de las escaleras con amabilidad. Cuando llegan ella se da la vuelta sutilmente y apoya las manos en su pecho.

—Tenemos que quedar para pasar un rato los tres, ¿de acuerdo?

Derek sonrío, pero no es su bonita sonrisa de siempre. No sabría describir qué es lo que la diferencia de la de verdad, pero sé que hay algo que no es igual.

—A ver si saco algo de tiempo cuando las cosas se relajen en la granja. Últimamente tenemos mucho trabajo.

—Sí, ¡tienes que encontrar un hueco! —coincide ella, vivaz. Se inclina para darle otro beso en la mejilla, coqueta, y siento que se me llevan los demonios. Hasta ahora estaba intentando sonreír, pero me parece que mi gesto ha cambiado considerablemente. Procuro aparentar una expresión amable y relajada, pero me temo que no me sale muy bien.

La rubia echa a correr escaleras arriba con gracia y Derek se queda allí, al pie de la escalera, hasta que se escucha un nuevo saludo cantarán seguido del ruido de una puerta al cerrarse.

Capítulo 18. Agua pasada

El joven se frota la nuca y me parece ver que suspira.

Estoy cabreada por esa «Bibi». No puedo evitar pronunciar su nombre con retintín, incluso si solo lo estoy pensando. Pero hay algo que me inquieta y me tiene en ascuas.

—¿Louis es tu hermano?

—El mismo.

—¿Y va a su cuarto?

—Así es —contesta y frunce levemente el ceño mientras ladea la cabeza con curiosidad.

—¿Y a ti no te importa?

Derek sonrío. Esta sonrisa sí es de verdad. Y es increíble.

—¿Debería?

Lo miro unos instantes, intentando adivinar qué es lo que está pensando.

—Creía que erais... —no termino la frase, aunque no hace falta. Por su expresión sé que lo ha entendido a la perfección. Se pasa la mano por el pelo y mira arriba instintivamente, cerciorándose de que no hay nadie escuchando.

—Tuve algo con ella.

Cuando lo escucho, siento un mazazo en el pecho. Trago saliva e intento recomponerme. Incluso si eso ya lo intuía antes, escucharlo de sus labios me provoca una sensación de lo más amarga.

—Pero ahora está con mi hermano.

Enarco las cejas, sorprendida. Si bien saber que ahora Bibi está con otro me agrada, no puedo dejar de pensar que antes estuvo con él. Y ahora sé que es verdad, ya no son vanas suposiciones.

—Vaya.

—Sí... —suspira.

—¿Hace cuánto de eso? —pregunto, a riesgo de parecer entrometida—. Hace poco te vi con ella en el campamento.

—Entonces ella y yo ya no teníamos nada —me explica.

—¿Y entonces qué hacíais juntos de noche? —Me arrepiento en cuanto lo digo y me sonrojo irremediabilmente. Ahora sí que estoy siendo entrometida.

—Louis tiene la pierna rota. Tuve que acompañarla para que no volviera sola.

—Ah.

Se queda en silencio, observándome, y yo aparto la mirada incapaz de sostener la suya.

—Es un poco raro, lo sé —sonríe.

—Un poco se queda corto.

Derek se pone en pie, se acerca hasta la chimenea y se agacha para arrojar dentro un par de tocones de madera. Los coloca con el atizador, distraído, y se queda allí un rato.

—Acabamos como amigos y en un par de semanas empezó a salir con Louis. —Se encoge de hombros—. Si a mi hermano le parecía bien, ¿quién era yo para poner pegos?

—¿Y a él...? —Me detengo. Me digo a mí misma que hay ocasiones en las que es mejor morderse la lengua, y recuerdo las palabras de mi madre, que creía que mi lengua era mi perdición.

Sin embargo, creo que ya es demasiado tarde. Derek se ha puesto en pie y me mira, esperando que siga hablando. Puedo recular e inventarme cualquier cosa, pero no puedo resistirlo.

—¿Y a tu hermano no le importa que Bibi siga colada por ti?

Lo digo rápido, casi sin respirar, y espero su reacción. No contesta enseguida, ni siquiera se inmuta al principio. Está tan quieto que empiezo a maldecirme a mí misma por no saber controlar mis impulsos.

De pronto, estalla a reír en carcajadas.

—Creo que a mi hermano le da igual lo que sienta ella mientras esté con él.

—Eso es un poco...

—¿Deshonesto? Lo es. Pero lo que está haciendo Bibi también, así que mientras se aprovechen el uno del otro...

El joven se pasea despacio hasta la mesa y se sienta frente a mí. Hay algo de resignación y cansancio en su bonita expresión, e intuyo que no es la primera conversación que tiene sobre esto. Quizá ya lo haya hablado con su hermano. Decido que ya me he entrometido suficiente por hoy. Ya está bien. Debo cambiar de tema y no ser insistente. Debo...

—¿Por qué ya no estáis juntos?

Lo pregunto casi sin pensar. No tengo remedio.

—Porque yo no quise seguir con ella de esa forma.

—¿Por qué? ¿Te dejó de gustar?

—No. No fue eso.

Ahora sería el momento perfecto para mordirme la lengua, asentir y cambiar de tema con la elegancia y la educación de una buena conversadora. No obstante, no he llegado tan lejos para rendirme.

—¿Entonces?

Derek suspira y sonrío. Se muerde los labios, divertido, y el corazón se me acelera con solo ver ese gesto.

—Sí que eres persistente.

—Soy curiosa —respondo, quitándole importancia.

—Creo que cuando estás con una persona llega un momento en el que sientes que algo cambia, que evoluciona. De pronto esa persona ya no solo te gusta, sientes algo más fuerte por ella y quieres más. Bibi no pasó de gustarme y ese fue el problema.

—No te enamoraste.

Asiente despacio y cruza las manos tras la cabeza.

—¿Hay más preguntas?

Me sonrío al darme cuenta de que me he pasado y sacudo la cabeza.

—Entonces supongo que ahora me toca a mí hacerlas. —Esboza una amplia sonrisa y apoya los codos sobre la mesa.

—¿Qué preguntas? —inquiero, sorprendida.

—Por ejemplo, qué es eso tan importante que tienes que hacer después.

—En realidad no es tan importante —contesto, nerviosa.

—¿Y qué es?

—Nada interesante.

Sostengo su mirada.

—Cuéntamelo —me pide, insistente.

Me contengo para no soltar un improperio. Me gustaría decirle que no tengo nada importante que hacer, que me lo he inventado, y poder quedarme aquí con él charlando.

—No es algo que tenga que hacer ahora mismo —tanteo—. Así que, si dejas de preguntarme qué es, iré contigo a dar un paseo... un rato.

—Hecho. —Me tiende la mano derecha y yo la tomo para sellar el trato, satisfecha. Me parece que he quedado como una persona un tanto extraña y con un comportamiento insólito y contradictorio —por no hablar de mi faceta entrometida—, pero ¡qué diablos! Joren le cae bien, y él es el rey de las personas singulares y excepcionales.

Su piel es suave y cálida cuando me toca, sus manos son fuertes y sus dedos

largos y esbeltos. Derek se pone en pie, pero no me suelta. Tira de mí, impaciente, y yo me apresuro a ponerme en pie y a seguirle para no acabar tirando la mesa.

—Venga, vámonos.

Río ante su ímpetu y trastabillo un par de veces de camino a la puerta, pero él no deja que me caiga. Sale por la puerta sin soltar mi mano y yo le sigo, encantada, deseando que no la suelte.

Capítulo 19. El chico del amor incondicional

Derek es tranquilo y amable, le gusta tomarse las cosas con calma y hacerlas despacio y con mimo. Incluso puede notarse en la forma en la que te habla o en la que te mira. Lo hace sin prisa, dilatando el tiempo.

Desde que sé que es su hermano, Louis, quien tiene algo con Bibi —creo que debería dejar de decir su nombre con retintín—, me siento extrañamente tranquila; es como si me hubiera quitado un peso de encima. Es cierto que estuvo con ella, pero todos tenemos un pasado.

Adoro estar con él. La incomodidad del comienzo de la tarde ha desaparecido por completo. Hablar con él es fácil y simple, y me siento como si lo hiciera con un amigo de toda la vida. Es tan natural, tan tierno y sincero que podría pasarme así el resto del día. Y mejor no hablamos de las arruguitas que le salen en la comisura de la boca cuando sonrío, o de su costumbre de mirarte a los ojos de una forma tan intensa que quema, o del gesto de pasarse la mano por su cabello castaño cada vez que está pensativo.

Desde hace un rato, sin embargo, la magia se ha desvanecido. O eso creía yo. Paseando, nos hemos cruzado con Joren. Y hemos seguido con él. Mi primera reacción ha sido odiarlo un poquito por haber decidido pasear justo por el mismo lugar que nosotros. Pero, poco a poco, me he ablandado.

Derek es tan paciente que lo admiro y me sorprende. No incluye a mi hermano en las conversaciones por lástima, sino porque realmente le cae bien y eso me encanta, porque dice mucho de él.

La manera en que se ríe de sus bromas y la forma en que lo hace con más discreción cuando Joren ni siquiera es consciente de que las ha hecho. La sutil destreza que tiene para encandilar y para hacerle cambiar de tema, o la suavidad y comprensión con la que ha mencionado los moratones de su rostro...

Derek es el chico del amor incondicional, sin reservas.

Aunque él no haya dicho nada, me parece que Derek planea hacer una visita a los chicos que comparten el pabellón con mi hermano. Ha insistido mucho en sus nombres, y a pesar de que no sea partidaria de la violencia —casi nunca— no voy a poner objeciones si decide pasarse por ahí y ponerlos en su sitio. Se lo merecen por maltratar a Joren.

Después de volver y cenar, me retiro con Joren a un lugar de la enfermería,

donde convenzo a una de las cuidadoras para que me deje ser yo la que atienda a mi hermano.

Mientras le curo un par de rasguños sin más importancia que el daño emocional que puedan haberle hecho, lo miro con cariño, pasando mis dedos suavemente sobre sus cardenales y sonrío.

—Tienes suerte de tener a un Derek que te quiera sin condiciones — bromeo.

—¿Qué es «un Derek»?

Río bajito para no molestar al resto de los enfermos y, de paso, dar un motivo a las enfermeras para echarme de aquí.

—No es nada. Solo bromeaba. Me refería a que es fantástico que Derek y tú seáis tan amigos. Es amable y bueno contigo. Es una persona muy especial.

—Lo es —coincide y mueve la cabeza, lo que me obliga a detenerme. Lo agarro del mentón con suavidad y hago que se esté quieto—. Tal vez encuentres a un Derek para ti.

Sonrío, divertida, y asiento.

—Eso estaría bien.

7 de abril de 1940, Dinamarca.

La situación es insostenible. No sé qué es lo que hizo Derek pero visitó el campamento y durante un tiempo ninguno de los chicos volvió a molestar a mi hermano. Desde hace unos días, sin embargo, todo ha empeorado. Varios niños más han llegado y, con ellos, más chavales de mi edad que también han falsificado sus pasaportes.

Vivimos apretados. Apenas cabemos en los pabellones o en las aulas de la escuela. Han reducido las raciones de comida y los educadores están desbordados. Se escuchan más gritos, más protestas y el campamento es un bullicio constante.

Por eso mismo se empieza a hablar de que la gente del pueblo apadrine a los niños más pequeños para llevarlos a sus casas. Annemette es una de esas niñas. Y, a pesar de que ya nos tenga a Joren y a mí, no creo que les importe lo más mínimo separarnos.

Ya he asumido que no voy a recibir respuesta de mis padres y de mi hermana Lise; las cartas no llegan. Y mi desesperación va en aumento cada día. Estoy a punto de perder a Anne y es probable que también a Joren. A ella se la van a llevar, la van a separar físicamente de mí. Y, aunque a Joren no lo

alejen de forma física, si empiezan a medicarlo para que actúe de forma «normal», sí que se lo llevarán lejos de mí. No puedo permitírselo.

Hoy he salido del pabellón femenino un poco más rezagada que el resto porque he tenido que ayudar a Annemette a atarse los cordones, pues ha decidido olvidarse deliberadamente de hacerlo ella sola.

Cuando hemos salido a la calle, el sol de la primavera me ha cegado durante unos instantes y he disfrutado de su calor en mi rostro. Aún no se puede decir que haya desaparecido el helor del invierno, pero ya no llueve tan a menudo, y el frío es mucho menos intenso que cuando llegamos aquí.

Hay bastante gente reunida en el otro extremo del campo junto a la pared del pabellón masculino. Se han agrupado formando un semicírculo y todos están concentrados en lo mismo, mientras hablan y murmuran entre ellos.

Me quedo un instante mirándolos, y estoy a punto de ignorarlos y pasar de largo cuando, de pronto, Annemette señala al grupo y grita:

—¡Es Joren!

Entorno los ojos para ver a través del cerco humano que han improvisado y, aunque no lo consigo, echo a andar hacia allí movida por el temor a que sea cierto.

—¡Es él! ¡Es Joren! —vuelve a gritar mi hermana, esta vez con algo de ansiedad en la voz.

Quizá haya sido una intuición, el dolor que se manifiesta incluso antes de la tragedia o simplemente la alarma en la voz apremiante de mi hermana, pero sé que algo va muy mal.

Algunas personas se vuelven a mirarme en cuanto me ven llegar y se apartan un poco, entre temerosas y respetuosas. La mayoría me mira con una mezcla de curiosidad y morbo. Otros siguen concentrados, riendo o soltando improperios, sin ni siquiera prestarme atención. Me abro paso a empujones y codazos, y dejo a Anne atrás, que me sigue nerviosa.

Cuando compruebo que sí es Joren, me llevo las manos a la boca y me fallan las piernas. La imagen es tan desgarradora que me destroza. Mi corazón acaba de hacerse mil pedazos. Mi hermano está sentado contra la pared del pabellón, incapaz siquiera de sostenerse a sí mismo, con la cara tan destrozada que está irreconocible, cubierto desde la punta de los cabellos hasta la cintura por una especie de líquido negruzco, sin camiseta y con los pantalones mojados.

Es demoledor.

Lo es tanto que ni siquiera sé cómo reaccionar. Me quedo petrificada, sin poder apartar la mirada de él, que da cabezadas y gimotea muy levemente en un quejido apenas perceptible. Ni siquiera sé si está consciente.

Cuando la rigidez que atenaza mis nervios se quiebra, me acerco desesperada a él y me dejo caer a su lado.

Lo cojo de los hombros y me olvido por completo de nuestro trato implícito. Esta vez necesito abrazarlo, necesito tocarlo y sentir que sigue aquí conmigo. Tiro de él hasta cogerlo entre mis brazos y le aparto el pelo sucio y pegajoso de la frente. Parece tinta negra.

Intento limpiar sus ojos y sus mejillas con el dorso de la manga de mi camisa, pero es prácticamente imposible. Me tiemblan las manos. Me tiembla todo el cuerpo. He olvidado a la gente que nos rodea, incluso he olvidado a Anne, que contempla la escena mientras llora deshecha.

Me quito el abrigo y lo cubro con él al tiempo que intento hacerlo reaccionar llamándolo por su nombre. Joren balbucea algo y se revuelve mientras comienza a sollozar muy suave. Debe dolerle muchísimo.

—Joren... Joren, despierta, por favor. Dime que estás bien. Estoy contigo, ¿de acuerdo? Lo siento. Lo siento. Lo siento mucho. Por favor, perdóname.

No es capaz de abrir el ojo izquierdo, oculto bajo un párpado roto y un pómulo hinchado y cubierto de sangre espesa y tinta negra. Me da miedo tocarlo, me da miedo abrazarlo y hacerle más daño. No puede hablar, no puede contarme qué es lo que ha ocurrido, ni es capaz de decirme si también le duele otra zona del cuerpo.

Huele a sangre, a tinta y a pis, porque se ha orinado encima. Rompo a llorar, igual que Anne, de forma desgarradora e incontrolable, y mis lágrimas difuminan la tinta que cubre su rostro.

Lo acuno entre mis brazos, impotente, y el resto sucede de forma tan rápida y precipitada que no sé si es parte de un sueño.

Los educadores nos encuentran. Se llevan a mi hermana, aunque en ese instante ni siquiera soy consciente de ello. Después, me separan de Joren y se lo llevan en brazos a la enfermería. A mí me arrastran hasta las duchas.

Una mujer que habla en danés me quita el jersey, en el que ahora hay manchas negruzcas y rojas. Me baja la falda y después los leotardos que han quedado inservibles. Me saca la camisa por la cabeza y me pide que me quite la ropa interior, pero no reacciono. Sigo llorando, y ante mi silenciosa negativa, murmura algo que no entiendo y me empuja hasta las duchas.

La mujer gira una palanca y presiona el botón de encendido de uno de los grifos. Se escucha el sonido de las tuberías y el agua helada comienza a caer. Doy un respingo y se me entrecorta la respiración, pero no puedo dejar de llorar.

Ya no sé si tiemblo por el frío, el miedo o la rabia. Me sujeto los codos con las manos y me abrazo a mí misma mientras el pelo se me pega a la cara y me miro los pies; después, levanto las manos y vuelvo a estremecerme con más violencia cuando veo la tinta que hay en ellas. Las froto, histérica, hasta que desaparece por completo y sin darme cuenta dejo de llorar.

La cuidadora alarga un brazo escrupulosamente, con miedo a mojarse más de la cuenta, y me toma del antebrazo para sacarme de debajo de la ducha. Me castañean los dientes y ella me tiende una toalla con la que intento taparme todo lo que puedo.

—Ha sido un ataque de pánico —me explica en danés. Es grande y corpulenta, y tiene un tono de voz dulce, aunque su mirada parece severa.

No contesto y me froto los brazos a mí misma para entrar en calor.

—Tranquila, ¿de acuerdo? Voy a traerte algo de ropa mientras te secas. Espérame aquí —me dice. O eso es lo que yo entiendo, pues solo he logrado atrapar al vuelo las palabras *tranquila* y *ropa*. Ni siquiera sé si lo he interpretado bien.

Asiento, aunque no muy convencida, y la mujer danesa se marcha. Me quedo sola en las duchas. El agua deja de caer y solo algunas gotas extraviadas perturban el silencio sepulcral y vacío que inunda el lugar. Camino hasta uno de los bancos y me siento sobre él. Recojo las piernas y las rodeo con mis brazos. Me quedo allí, helada, hasta que alguien vuelve a aparecer.

Capítulo 20. La realidad se desploma

Estoy sentada frente a la cama donde mantienen a Joren dormido. Lo han bañado y le han puesto ropa limpia. Ya no hay sangre, ni tinta, ni orina en su piel, pero sigue teniendo un aspecto horrible.

Tiene golpes en las costillas y parece que se han ensañado con su estómago y su rostro.

No sé qué es lo que ha pasado. Los cuidadores tampoco. Todavía intentan averiguar quién lo ha hecho. Aun así, estoy segura de que esto es obra de más de una persona y de ser así es muy probable que nadie castigue a todos esos chicos.

La rabia se confunde con la pena en mi pecho, que ruge impotente. Han pasado seis largas horas desde que lo he visto tendido sobre el frío suelo del campamento y todavía me tiembla todo el cuerpo cada vez que pienso que todo esto es mi responsabilidad.

Después de varias horas a solas con él, una enfermera entra acompañada de una de las cuidadoras que llevan el centro. La enfermera se asegura de que Joren siga dormido y le toma las constantes de forma distraída y rutinaria. La cuidadora se detiene frente a mí, observando a mi hermano con lástima.

Cuando pasan unos segundos y me doy cuenta de que probablemente no esté aquí por él, sino por mí, me vuelvo hacia ella despacio.

—Siento mucho que haya pasado esto, Karan —me dice en un alemán vacilante y con acento.

Apoya una mano sobre mis hombros y me dedica una sonrisa que pretende ser cálida. La ignoro y vuelvo a mirar a mi hermano. Ver cómo su pecho asciende y desciende me relaja.

—Muchas veces no podemos controlar qué es lo que ocurre dentro de los pabellones, y más ahora que estamos desbordados. Lo entiendes, ¿verdad?

Me vuelvo de nuevo y la fulmino con una mirada airada. ¿Realmente espera que entienda que le han dado una paliza a mi hermano por escasez de personal?

—Queremos solucionar eso. Y, de hecho, ya hemos tomado medidas.

—No me importan vuestras medidas —le contesto, seria y derrotada.

¿Qué vamos a hacer? ¿Qué voy a hacer? No puedo proteger a Joren. No soy capaz de impedir que le hagan daño. He venido hasta aquí para cuidar de mis hermanos. Mis padres y mi hermana confiaban en mí, y yo no he estado a la

altura. Pero a quien más le he fallado es a Joren. Las lágrimas amenazan con volver a escapar y me contengo para no llorar delante de ella.

—En cualquier caso, lo sentimos mucho. Vamos a asegurarnos de reforzar la vigilancia y reducir el ratio de niños por cuidador.

Me giro con todo mi cuerpo, como movida por un resorte.

—¿Cómo pensáis hacer eso? —quiero saber, alarmada.

La mujer se percata de mi ansiedad y procura tranquilizarme con una sonrisa. Alza la mano para volver a ponerla sobre mi hombro, pero yo la aparto de un manotazo. Su expresión cambia por completo, molesta, pero vuelve a adoptar una pose conciliadora enseguida.

—La gente del pueblo ha aceptado apadrinar niños mientras dure la guerra —declara, como si se tratara de una victoria.

—Dime que mi hermana no está entre esos niños —le pido, le ordeno, le imploro.

—Annemette es una de las niñas más pequeñas —comienza, paciente—. La gente prefiere adoptar cuando...

Continúa hablando, pero yo dejo de escuchar. Ya ni siquiera la miro. Entierro el rostro en mis manos y me repito una y otra vez que esto no es real, que no puede estar pasando.

—No podéis. Por favor, no podéis.

—No pasa nada. La verás todos los días.

—Sé que las cosas no funcionan así. Sé que se la quedarán.

—No —sacude la cabeza con energía—. Claro que no se la van a quedar. El trato es que cuiden de ella mientras dure la guerra. Después, volverá contigo. Le darán de comer, un sitio seguro donde dormir, ropa limpia...

—¡No! ¡No podéis hacer eso!

—Es por tu bien y por el de tus hermanos. Anne va a estar mejor atendida allí y tú vas a poder cuidar mejor de Joren aquí.

—¿¡No veis que no es él quien necesita que le cuiden!? ¡Son los energúmenos que le han dado la paliza los que necesitan vigilancia!

—Entiendo cómo te sientes. Necesitas tiempo para asimilarlo. —Me dedica una última sonrisa forzada y hace un amago de tocarme, pero se da la vuelta sin llegar a hacerlo. La enfermera, que parece haber estado esperando a que su compañera terminara, sale tras ella, en silencio.

Sollozo, derrotada, y tomo la mano de Joren cuando nos quedamos a solas. La oprimó con suavidad mientras la realidad que me rodea se desploma sobre

mí y me quedó así unos instantes, inmóvil, sintiéndome más perdida que nunca.

No tardan en llamar a la puerta. Me entran ganas de gritarles, de ponerme en pie y arrojarles la silla en la que estoy. Quiero salir de aquí. Quiero dejar todo esto atrás y olvidar que algún día vivimos en este espantoso lugar donde drogan y vigilan a las personas honestas y dejan impunes a las desalmadas. Deseo con todo mi corazón poder hacer frente a esta situación, pero no puedo, soy incapaz. No estoy preparada.

Está ocurriendo exactamente lo que mi familia quería evitar. Nos van a quitar a Annemette y Joren va a dejar de ser él mismo. Los vamos a perder a los dos. Y cuando todo esto acabe, probablemente me haya perdido a mí misma también.

Alguien entra, pero no me vuelvo para mirarlo. Estoy preparada para soltarle el primer improperio que se me ocurra y obligarle a que se marche cuando escucho su voz, suave, dulce y preocupada.

—Karan...

Capítulo 21. Me habría gustado verlo

Alzo rápidamente el rostro y me quedo paralizada cuando me cruzo con la mirada entristecida de Derek.

Nos observamos en silencio durante unos segundos. Casi puedo ver el nudo que tiene en la garganta y parece que no se atreve a decir nada. De pronto, se saca las manos de los bolsillos y camina hasta mí para arrodillarse a mi lado. Clava una rodilla en el suelo y me envuelve en un gran abrazo.

Cuando sus fuertes brazos me rodean, me echo a temblar como una hoja y apoyo la cabeza en su pecho. Me siento rota y frágil, pero su cálido contacto es como un refugio y dejo que me dé cobijo en él.

Lloro hasta que me escuecen los ojos y me quedo sin lágrimas. Lloro todo el dolor, la rabia y la impotencia que aún siguen en mí. Él aguarda, sin decir nada. Me está regalando su silenciosa compresión.

Cuando dejo de temblar y las lágrimas cesan, siento cómo me acaricia el cabello con sus largos dedos y acabo separándome de él con lentitud. Derek se pone en pie y se estira disimuladamente, sujetándose los lumbares con ambas manos, como si estuviera dolorido. Me seco el rostro con la manga de mi camisa y miro de soslayo el lamentable estado en el que he dejado su jersey oscuro, convertido en un paño de lágrimas. Me sonrojo al instante y dejo de mirarlo.

—¿Cómo está? —pregunta.

—Los médicos dicen que no tiene nada roto, pero le han hecho mucho daño.

—Lo sé.

—¿Cómo te has enterado? —quiero saber. La voz aún me tiembla un poco y me la aclaro con la vana esperanza de recobrar algo de entereza.

—Al salir los chicos de clase yo volvía de la biblioteca. La gente no hablaba de otra cosa. He venido en cuanto lo he sabido.

Lo miro desde abajo, emocionada.

—Gracias.

Él niega con la cabeza y da un paso al frente para poder contemplar a Joren más de cerca.

—Sé que ahora lo ves todo muy negro, pero al final todo se arreglará.

Esta vez soy yo quien sacude la cabeza.

—Me han quitado a Annemette, se la han llevado a una casa del pueblo para

que la cuiden otros. Y a Joren... no van a dejar de hostigarlo. Y mientras tanto yo no puedo hacer nada, solo esperar a ver cómo alejan a mi hermana de mí y cómo Joren se apaga día a día. No existen los finales felices, Derek.

—Es normal que pienses así, pero créeme, todo saldrá bien.

Niego con tristeza. Soy muy consciente de la situación en la que me encuentro y su expresión, aunque intenta ser alentadora, me dice que él también.

—Esta vez no puedes reescribir el final. Esto no es un libro, es la vida real.

Derek sonríe y me parece la sonrisa más triste que he visto en mi vida.

—¿Cómo sabes que no resumí el verdadero final? ¿Cómo sabes que el final que leíste no es el verdadero?

—Porque era feliz. Esa historia estaba destinada al desastre. Era imposible que acabase bien.

—Y yo te digo que no cambié el final. —Me mira tan serio y convencido que por unos segundos me planteo la posibilidad de que hable en serio.

—Aquel chico se quedó sin pierna —protesto—. Y ella se subió al barco dejando a su gran amor en tierra. Lo único que no está claro es si él murió por una infección y si el barco de ella se hundió. En el mejor de los casos, jamás habrían vuelto a encontrarse.

—Eso es lo que tú piensas. Yo sigo diciéndote que no cambié el final.

Sostengo su mirada, insegura y vacilante. Sus ojos marrones me miran con intensidad. Me hace dudar.

—Prométemelo —le exijo.

—Te lo prometo.

No respondo. El corazón se me acelera, aunque no sé por qué. Quizá sea por la manera en la que me mira o por la forma de hacerme una promesa. Estoy segura —segura al cien por cien— de que aquel libro terminaba mal. Sin embargo, cuando lo dice con tanta convicción, me cuesta no creerlo. Y no entiendo por qué no quiere decirme la verdad.

—¿Te importa si me quedo un rato?

—Quédate —le digo, más como un ruego que como parte de un consentimiento.

Derek coge una silla de la pared y la coloca a mi lado, frente a Joren.

—Voy a ayudarte a que todo esto mejore —declara, convencido, y apoya los codos en las rodillas.

Soy incapaz de imaginar cómo podría ayudarnos. Aun así, le creo. Confío

en él.

Extiendo el brazo tímidamente hacia él, buscando su contacto y, cuando se percata, toma mi mano con firmeza y la deja en su regazo. Me dedica una sonrisa y acaricia mi piel con el pulgar.

Joren se despierta esta noche, mucho después de que Derek se haya marchado, justo cuando yo empiezo a quedarme dormida, con la cabeza apoyada contra la pared y sentada sobre una incómoda silla.

Cuando me doy cuenta de que Joren comienza a murmurar algo, me despejo y me acerco a él a toda prisa. Pego mi cara a la suya para poder escuchar lo que dice. Sin embargo, no son más que balbuceos y pasa un buen rato hasta que recobra la consciencia del todo. E, incluso así, no está del todo lúcido.

Solo es capaz de abrir un ojo, el que no tiene hinchado y amoratado. Su piel, ahora cubierta por colores cárdenos, está caliente cuando la toco con delicadeza, para no ponerlo más nervioso.

—Hola, Joren —le digo, bajito—. ¿Estás despierto?

Él gruñe algo que parece una afirmación y sonrío.

Estamos a oscuras, pero las luces de los focos que iluminan el campamento cada noche siguen encendidas y atraviesan las ventanas. Estoy a punto de tomar de la mano a mi hermano, pero me contengo en el último instante. Ahora mismo me gustaría mucho abrazarlo, pero no lo haré si él no me lo pide.

—¿Cómo te sientes?

—Mareado... —murmura.

—Es por los calmantes para el dolor —le digo y trago saliva. En realidad, parte de esos medicamentos seguirá tomándolos cuando se recupere y salga de aquí. Un nuevo nudo se me forma en el estómago al darme cuenta de que probablemente el Joren semiinconsciente de esta noche será el que veré durante el resto de nuestros días aquí.

—¿Recuerdas lo que ocurrió?

Una mueca de dolor tiñe su bonito rostro. La verdad es que mi hermano es un chico muy guapo. Y es triste decirlo de este modo, pero si ser diferente no estuviese mal visto, tendría muchas chicas locas por él. Cierra el ojo ileso y gime.

—Tranquilo. No hace falta que lo hablemos ahora, ¿de acuerdo? ¿Quieres que hablemos de otra cosa? Hoy he visto un avión sobrevolando la zona, pero no sé de qué clase era.

—Eh... —tarda un poco en responder. Está aturdido y desorientado—.

¿Cómo...? —No acierta a terminar la frase.

—Era gris —me invento—. Y tenía dos alas.

—Todos tienen dos —gruñe con voz ronca, exasperado; sonrío—. ¿Qué más...?

—¿Qué más tenía? Pues volaba bastante bajo y producía un sonido muy estridente y desagradable. No era muy grande, de tamaño medio más bien. Y tenía unas vetas amarillas.

Joren se queda un rato pensativo, un rato tan largo que me preocupa.

—Solo con eso no lo sabré.

—No importa. Mañana te daré más detalles para que lo dibujes y así sabrás cuál era.

Hace un sonido indefinible y gira la cabeza en la almohada.

—Me habría... gustado ver... ver... verlo.

Capítulo 22. Un silencioso vacío

Ni siquiera sé dónde está Anne. Hoy no he asistido a clase porque me he quedado con mi hermano. Quería estar con él cuando volviera a despertar para poder entretenerlo, pues sé que no le gustan los hospitales ni ir al médico. Además, no me fío de lo que puedan darle, y si puedo evitarlo, no dejaré que lo seden más de lo necesario.

He pasado la mañana con él, y no voy a decir que no me haya aburrido de hablar de aviones, pero hoy se lo permito todo. Aún está débil y confuso. Tiene un pie en la tierra y otro vete a saber dónde. Va y viene, como su lucidez, efímera. Me parte el alma que se quede callado en medio de una frase, que arrastre las palabras que antes pronunciaba con tanta celeridad y que se duerma cada poco rato.

Derek se ha presentado después de la hora del almuerzo. Me sorprende la facilidad con la que le permiten entrar aquí, pero me alegra que venga a verlo... a *vernos*, porque yo también lo necesito.

Su presencia me transmite una extraña paz. Sus ojos de color chocolate son una mirada amable en medio del más absoluto caos, algo a lo que agarrarme mientras la realidad se descompone.

Cuando lo veo aparecer por la puerta, no puedo evitar sonreír y sentirme un poco aliviada.

—Hola, campeón —saluda a Joren y pasea distraídamente hacia nosotros.

Lleva una mano en el bolsillo y la otra detrás de la espalda. Me inclino en la silla, curiosa, y él se gira antes de que pueda ver qué lleva ahí detrás. Me sonrío, truhan, y me dedica una mirada de reproche. Me encojo de hombros, divertida e intrigada.

—Hola, Derek —responde mi hermano, con un tono de voz gangoso. Se ha incorporado y tiene la espalda apoyada contra la pared.

—¿Qué tal estás?

—No me duele nada. —Joren sonrío, satisfecho, y a mí se me hace un nudo en el estómago. Quizá fuera mejor que sí le doliese y que no estuviese tan atontado.

—Te he traído algo —le dice, captando su atención. Él se levanta un poco y estira el cuello, nervioso.

Derek rodea la cama, sin darme la espalda, y le tiende una postal. Mi

hermano la observa, contento, y admira el avión que hay en ella sin ni siquiera darle las gracias. En realidad, que no lo haya hecho es buena señal, significa que el detalle le ha gustado tanto como para olvidarse de los convencionalismos sociales.

Me percato de que el joven sigue con la mano tras la espalda y sigo observándolo. Derek me dedica una sonrisa de infarto y el corazón empieza a latirme un poco —solo un poco— más deprisa.

—¿Qué más tienes ahí? —inquire Joren y rompe un instante maravilloso. A veces odio a este muchacho.

—Es algo para tu hermana —le explica, paciente.

Me muerdo los labios, expectante, y me ordeno a mí misma no moverme de donde estoy.

Joren deja la postal que le ha dado en su regazo y se echa hacia un lado para tratar de ver qué es lo que esconde.

—¿Por qué para ella?

Derek se encoge de hombros después de unos segundos en silencio. Sonríe un poco, nervioso, y eso me encanta.

—El que está mal soy yo, así que también debería ser para mí.

Al joven se le escapa una carcajada y se pasa la mano por el pelo corto.

—Tú ya tienes la postal.

—Claro, porque estoy herido —contesta—. Ella está bien. —Me señala haciendo un gesto con la mano y yo aguardo a ver cómo acaba esto—. Eso que tienes también debería ser para mí.

Derek vuelve a reír con más fuerza cuando se percata de que habla totalmente en serio.

—Pero tu hermana se pondrá triste si no se lo doy.

—Mi hermana está bien —declara. Frunce el entrecejo y cruza los brazos ante el pecho—. No necesita nada.

Derek me mira y le dedico una sonrisa de complicidad. Se vuelve hacia mi hermano y se encoge de hombros.

—Está bien. Pues para ti.

—¿Qué?! —increpo, sin dar crédito.

Quiero mi regalo. Sea lo que sea, lo quiero. Miro a Derek, suplicante, pero él ya no me presta atención. Descubre su mano despacio y le entrega lo que tiene en ella. Joren toma una pequeña flor. Parece una orquídea, es violeta, delicada, de un color muy suave y es realmente hermosa.

—¿Para qué quiero una flor?

—Ya te he dicho que no era para ti.

—Pero el enfermo soy yo. Así que me la quedo —sentencia. Ahora mismo se merece una patada en el culo, pero me recuerdo a mí misma que hoy tengo que consentirlo más. Me pongo en pie y me acerco desde este lado de la cama.

—Es muy bonita —murmuro—. Voy a buscar algo para ponerla en agua.

—Pero es *mía* —me insiste Joren, para que me quede claro.

Río y suspiro. Alzo la mirada hacia el joven y articulo un «gracias» con los labios, pero sin levantar la voz. Su boca pronuncia un silencioso «de nada». Nos miramos un segundo eterno, sosteniéndonos las miradas sin romper el contacto ni un instante.

—Oye, Derek —lo llama mi hermano. Este hoy no para hasta que se gane una patada en el trasero.

—Dime.

—¿Tu hermano se parece a ti? Es decir, tenéis los mismos genes.

—Bueno... —responde, desconcertado—. Quizá se parezca algo. Él es rubio, pero dicen que somos muy diferentes.

—No. No. Físicamente no.

Yo me quedo allí de pie, cruzada de brazos, intrigada por descubrir a dónde pretende llegar Joren. Sin embargo, recuerdo la flor y decido dejar que sigan hablando solos. Esto puede dar para largo y vete a saber cómo degenera la conversación; con mi hermano nunca se sabe.

Salgo de la habitación y voy hasta la recepción a pedir un vaso con agua para la flor. Al cabo de un rato, vuelvo con él y me quedo en la puerta cuando escucho algo que hace que me detenga en seco y abra mucho los ojos, a punto de saltar y desparramar toda el agua.

—¿Entonces conoces a un Derek o no?

Ay, Dios. Ay, Dios, no. ¿«Un Derek»? ¿Ha dicho «un Derek»? Intuyo por dónde va esto y no me gusta ni un pelo.

—¿«Un Derek»? —repite, confuso.

—Un Derek —confirma él, como si fuera lo más natural del mundo.

Me pego más a la puerta y la empujo un poco para ensanchar la rendija por la que puedo escuchar lo que dicen. Por un instante dudo y me pregunto si no sería mejor salir corriendo y volver en un rato. Tal vez lo que va a contarle es tan vergonzoso que preferiría no escucharlo. Aun así, la curiosidad me puede; siempre me puede.

—¿Tienes un Derek para mi hermana? —pregunta, congestionado.

Estoy a punto de tropezar y caer contra la puerta. El agua del vaso oscila y se desborda por los bordes.

Escucho un silencio que me pone de los nervios y, después, la bonita risa de Derek.

—¿Qué es un Derek?

—Me parece que dijo que es una persona especial... —Hace una pausa larga y da la impresión de que ha terminado, pero no es así—. Alguien que sea bueno y amable contigo. Y que te quiera sin condiciones.

Lo maldigo a él, maldigo su inocencia y sus descabelladas ideas. Siento cómo crece mi histeria mientras me imagino qué clase de cosas tiene que estar imaginándose Derek ahora mismo.

—¿Por qué le estás buscando un Derek a tu hermana? —pregunta él, sin embargo.

Me encanta la forma en la que han transformado su nombre en apenas unos minutos y lo han convertido en algo para definir a las personas. Sería gracioso si no estuviera de los nervios y a punto de entrar ahí para matar a mi hermano.

—Porque está triste.

De nuevo, silencio.

Escucho atenta. ¿Joren se ha dado cuenta de que estoy triste? Es raro y complicado. También enternecedor, viniendo de él.

—¿Sabes por qué?

Una enfermera pasa en ese instante a mi lado y yo le sonrío mientras me mira con extrañeza, pero no dejo de escuchar. Ahora ya no puedo dejar de hacerlo.

—No, pero la he visto llorar.

Suspiro, pesarosa, y deseo que este bocazas se calle ya.

—Y por eso quieres un Derek para ella...

—Sí. ¿Tú conoces a un buen Derek?

—¿Y no te sirvo yo?

Me quedo sin aliento y el corazón se me acelera. Me pego más a la puerta, nerviosa, y trato de poner más atención.

—Pero... tú ya eres *mi* Derek.

Escucho que Derek estalla en carcajadas, muerto de la risa.

—Está bien. Está bien. Tal vez tú puedas animarla. Dale la flor. Cuando vuelva, regálasela. Si está triste, puede que eso la anime.

Se hace el silencio y decido que será mejor entrar antes de que puedan seguir hablando de algo tan embarazoso. Soy consciente de que estoy sonrojada, pero no tienen por qué darse cuenta de que lo he estado escuchando todo.

—Traigo el agua —declaro y alzo el vaso.

Derek me sonrío y yo me siento hecha un flan. Podría tropezar con mi sombra y caer de bruces en cualquier momento. Mis piernas parecen gelatina.

Joren me da la flor, vacilante, y yo la pongo en agua. Es realmente bonita. Salvaje, pero de una belleza delicada.

—Te la doy. A mí no me gustan mucho las flores —me dice Joren, despreocupado. Sonrío encantada y le doy un abrazo efusivo pero breve.

Capítulo 23. La decisión correcta

9 de abril de 1940, Dinamarca.

Hoy he vuelto al pabellón de las chicas a dormir, no han dejado que me quedase en el hospital. Joren aún sigue ahí.

Después de aquel instante de lucidez en el que le preguntó a Derek si conocía a alguien como él para mí, volvió a caer en la somnolencia. Se quedó mirando al frente un buen rato, como ido, y terminó recostándose sin decir nada a nadie para cerrar los ojos y quedarse dormido.

Derek permaneció un tiempo más conmigo, pero acabó marchándose después de mirarme con tristeza y prometerme de nuevo que todo iba a salir bien. Lo dudo mucho. No tal y como están las cosas.

Es probable que mañana manden a Joren al pabellón y entonces tendrá que enfrentarse a muchas cosas. Tendrá que volver a ver a todos los chicos que le hicieron eso; que, por cierto, aún no han sido descubiertos ni castigados. Y deberá acostumbrarse a su nueva medicación.

Ayer por la noche dejaron un bote con píldoras en la encimera y me dijeron que podía aprender a tomárselas por propia voluntad o que seguirían echándoselas en la comida. Todavía no he hablado sobre ello con él. Me gustaría asegurarles que se las tomará él solo, pero no creo que esa mentira se sostuviese mucho tiempo. Y, tal vez, sea mejor aceptar cuanto antes que, desde ahora, Joren será tratado como un demente.

Miro el bote de pastillas con lástima y resignación, y me froto las manos con fuerza. Lágrimas de rabia amenazan con escapar de mis ojos y una consigue precipitarse al vacío e impactar contra mi regazo.

De pronto, la puerta de la habitación se abre con violencia y yo me vuelvo, alterada.

—¡Karan!

Es Derek, que parece inquieto y agitado. Acostumbrada a su apacible tranquilidad, es desconcertante verlo así. Y también alarmante. Es como si una brisa de aire se hubiese convertido de pronto en un huracán.

—¿Estás bien? —pregunto, preocupada.

—Sí. Tranquila. Estoy bien. Pero tienes que escucharme. —Se acerca y me toma de las manos. Yo miro a Joren de reojo. Ni siquiera se ha despertado con

el ruido.

—Tenemos que marcharnos. Debes prepararte.

—¿Qué? —logro decir, completamente descolocada.

—Los alemanes han entrado en Dinamarca —declara.

—No puede ser. —Siento que me quedo sin aire.

—Esta madrugada. Las cosas van a cambiar por aquí.

Me aparto de él y me llevo las manos a la cabeza.

—Tenemos que irnos, Karan —me dice, con suavidad—. Tenemos que marcharnos.

—¿Pero a dónde?

—Al bosque. Lejos de aquí.

Me vuelvo, incrédula, y sacudo la cabeza con insistencia.

—No podemos hacer eso.

—Piénsalo. No sabes qué va a pasar. Aquí estáis desprotegidos, tus hermanos y tú. Pueden llegar al pueblo en cualquier momento y será un caos. Puede que muchas familias se marchen lejos y que una de ellas sea la que tiene a Annemette. ¿Crees que la dejarán en el campamento cuando está claro que puede ser atacado en cualquier instante?

Me falta el aire. Me apoyo contra la pared y me dejo caer despacio. Derek corre junto a mí, se arrodilla a mi lado y me mira directamente a los ojos. Está tan cerca que puedo sentir su respiración.

—Y Joren... Pase lo que pase, si caen bombas del cielo, si entran aquí pegando tiros y nos matan a todos, si los daneses se rinden y se declara una tregua... Pase lo que pase, Joren seguirá drogado y tu hermana estará lejos de ti. La situación no puede mejorar, solo empeorará.

—Dijiste que todo saldría bien —sollozo. Las cosas están ocurriendo con demasiada celeridad. El ritmo vertiginoso en el que todo sucede hace que la cabeza me dé vueltas.

—Y saldrá bien, si vienes conmigo. Estoy cumpliendo mi promesa, te estoy ayudando, Ka. —Vuelve a cogerme las manos y eso hace que me mantenga aquí, en suelo firme, y que no salga a la deriva—. Es primavera. El tiempo mejorará. Dejará de llover tanto, tendremos caza y comida y no moriremos de frío. Vamos, Ka. Deja que te ayude.

Extiende su mano ante mí, segura y firme, sin titubeos. Sus ojos marrones me instan a que la tome, su mirada me abrasa. Vacilo, confusa y perdida. Miro a Joren, que sigue dormido, y cojo aire despacio.

Él no duda ni un instante y no sé qué debo hacer. No sé qué esperaría Lise que hiciera, no sé qué esperarían mis padres. Desearía que alguien apareciera y me dijera qué es lo correcto, porque yo no tengo ni la más remota idea.

Sostengo su mirada. Hay confianza, hay ternura. Hay una fuerza imperiosa que me dice que si no voy con él no tendré posibilidades sola. Extiendo mi mano, que tiembla, y la calidez de sus dedos me reporta firmeza. Se pone en pie y tira suavemente de mí para ayudar a que me incorpore.

No puedo creer que esto esté pasando. Es una completa locura.

—No dejes que Joren siga recibiendo medicación. Tiene que estar lo suficientemente despierto como para poder escapar. Encárgate de eso y estate preparada a media noche.

—Ya no me dejan dormir con él —le advierto, nerviosa.

—No importa. Iré a buscarte a tu pabellón. Estate atenta. Yo me encargaré de buscar a Joren. No tendré problemas para colarme aquí dentro.

—¿Y Anne?

—Sé dónde vive. También me encargaré de ella.

Sacudo la cabeza con fuerza, negándome a creer que estamos haciendo esto, que esté diciendo esto.

—Karan —me dice, suave —, confía en mí.

—Confío en ti. Pero esto es una locura.

Derek sonrío y acerca su rostro al mío. Durante unos brevísimos instantes estoy segura de que me va a besar. Sí, me va a besar. Sus labios están tan cerca de los míos que mi corazón se dispara. Pero no lo hace. Acerca su cabeza a la mía, apoya su frente y cierra los ojos mientras busca mis manos.

—Todo va a salir bien —asegura, despacio. Después, se separa con brusquedad y se da la vuelta para marcharse.

Mi corazón aún tiembla y mis piernas flaquean. Todo da vueltas, y me pregunto si he tomado la decisión correcta.

Capítulo 24. La carga de quien escapa

Llevo un tiempo aquí fuera, vestida con lo más cómodo que tenía. En un macuto he metido algo de ropa de repuesto y todo lo que he encontrado útil en el botiquín de emergencia del pabellón. No hay nada más que haya podido robar sin que se den cuenta.

Todo el campamento está revuelto. Desde que la noticia de la invasión se ha hecho pública por radio y se ha extendido, la gente está nerviosa, preocupada y asustada. Las sirenas del campamento han sonado en dos ocasiones cuando los bombarderos alemanes han sobrevolado el pueblo, pero ambas han sido una falsa alarma, un aviso de los nazis, como si quisieran advertirnos de lo que podría pasar.

Yo no sé mucho de aviones, pero un muchacho del campamento ha dicho que todos eran bombarderos enemigos, ninguno de los nuestros. ¿Qué pasa con nuestros aviones? ¿Dónde están las fuerzas aéreas? Seguro que Joren, si estuviera completamente lúcido, habría salido al patio para alzar la cabeza al cielo y compartir conmigo información que no habría entendido. Me habría hablado de sus motores, de su autonomía e incluso de las bombas que podrían haber arrojado sobre nosotros.

No sé cómo habrán reaccionado en el pueblo, pero aquí los adultos responsables de nuestra seguridad están agitados e intranquilos: reuniones de última hora, protocolos de emergencia, simulacros... Las noticias llegan, pero siempre tarde. Lo último que he sabido es que nos hemos rendido. Pero, ¿cómo? ¿En qué condiciones? ¿Qué pasará con los alemanes que hemos desertado y no compartimos sus creencias? En medio de ese caos, nadie ha reparado en que he dispuesto la mochila con la que escaparé y en que he tomado algunas cosas *prestadas* del botiquín.

Tengo los nervios a flor de piel, la más leve brisa podría hacerme saltar. Antes de salir, he puesto la flor que me regaló Derek entre dos pedazos de papel que, a su vez, se encuentran entre dos pequeñas tablillas de madera; no quiero dejarla aquí.

Cuando escucho pisadas me giro como un resorte rezando para que sea Derek y suspiro aliviada cuando descubro sus hombros anchos y su característica forma de andar, ahora apresurada.

Antes de decir nada, me coge de la mano, como si adivinara que, sin ayuda,

no seré capaz de moverme de aquí y echamos a andar sirviéndonos de las sombras y la oscuridad de la noche. Debemos tener cuidado, con la noticia de la invasión la seguridad del recinto es más estricta. Todos esperan que los bombarderos vuelvan a pasar por encima de nuestras cabezas y rezan para que esta vez tampoco dejen caer ninguna bomba.

Cuando pasamos de largo la enfermería me pongo tensa y doy un tirón de él para que se detenga. Me mira, confuso y apremiante, pero yo no cedo.

—¿Dónde está Joren? —le pregunto, seria.

—Ahí fuera —contesta él enseguida y señala la verja que bordea el campamento—. ¿Crees que me iría sin él?

Medito la respuesta, preocupada.

—No. Claro que no. Lo siento —respondo y le hago un gesto para que siga adelante.

Atravesamos el resto del patio y dejamos atrás los grandes focos que iluminan el suelo de cemento. Llegamos a la esquina más apartada de la verja y Derek me apremia para que salte. Yo la miro, recelosa, y me encaramo al alambre para impulsarme. Busco un hueco en el que encajar mi bota para poder subir y de pronto siento las manos de Derek en mi cintura, que me empujan hacia arriba.

Me esfuerzo para seguir avanzando. Si la situación no fuera tan apremiante, tal vez me habría puesto nerviosa al sentir sus manos descendiendo hasta mi cadera. Sin embargo, todavía sigo preguntándome qué demonios estamos haciendo. Logro llegar al final de la verja, paso mis pies al otro lado y salto. Noto un dolor punzante en los talones. Un calambre me recorre desde los tobillos hasta las rodillas, pero no tengo tiempo para prestarle atención.

Derek salta enseguida y echa a correr. Me obliga a seguirlo. Cuando dejamos atrás el campamento y subimos por uno de los caminos más pedregosos de las afueras del pueblo, jadeante, intento que me escuche.

—¿De verdad que Joren está aquí?

—He venido a por él antes. Tú has sido la última —explica.

Jadeo, fatigada, y comenzamos a subir unas empinadas escaleras que nos llevan a una calle apartada y solitaria. Las casas del pueblo se hacen pequeñas en la distancia. Ni siquiera sé dónde estamos. La media luna guía los pasos certeros de Derek, pero yo estoy perdida. Lo único que sé con seguridad es que nos hemos alejado del pueblo y también de la granja donde vive él.

Por fin, veo un grupo de personas en lo alto de una colina. Al principio me

sobresalto y me detengo en seco, preguntándome si él no las habrá visto. Luego me percató de la tranquilidad con la que el joven sigue su camino y comprendo quiénes son.

Me acerco corriendo y aprieto el paso cuando descubro el rostro de Anne entre la gente. Me arrodillo en cuanto llego a su lado y la abrazo con cariño. Ella rodea mi cuello con sus frágiles manitas y me abraza con tanta fuerza que me hace daño. La separo de mí y la miro, contenta.

—¿Estás bien?

Ella asiente con la cabeza. Está cansada y se frota los ojitos con sus puños rechonchos. Pero, por lo demás, parece sana y salva. Me pongo en pie y miro a Joren, que tiene el aspecto de estar muy mareado.

He conseguido convencerlo de que hoy no cenara y me he encargado de hacer desaparecer la comida tirándola bajo la cama. Pero aun así no creo que su organismo se haya librado de las drogas por completo.

—Hola, Joren —lo saludo.

—Hola.

Hay tres personas más aquí. Los más cercanos son una chica que probablemente tenga mi edad y un joven que no parece mucho más mayor. Ambos se mantienen muy juntos, agarrados de las manos, como si temieran soltarse y perderse en la oscuridad. Un poco apartado, dispuesto a partir cuanto antes, hay otro muchacho que parece más joven que mi hermano. Tal vez tenga unos diez u once años.

—Ellos son Erika y Berit —me presenta a los que están cerca con la premura de alguien que no tiene tiempo—. Ese de ahí es Alexander, el primo de Erika. Chicos, ella es Karan.

Ellos me sonrían con la misma expresión de prudencia y nerviosismo que hay en mi rostro. La situación es tensa y las cosas suceden con una celeridad vertiginosa, al menos para mí.

—¿Cómo has conseguido traer a Anne? —le pregunto, de pronto.

—La he sacado de su casa sin que nadie se enterara. No hay tiempo para detalles. Tenemos que llegar al siguiente punto de encuentro.

—¿Somos más? —inquiero y aprovecho para ajustarme las correas del macuto a la espalda.

—Mi hermano está a un kilómetro de aquí. Lo alcanzaremos enseguida.

Derek se agacha para tomar una bolsa del suelo y se la echa a los hombros. Luego toma otra y se la tiende a Berit. Erika hace un gesto para coger la

siguiente pero su compañero no se lo permite. La toma él y se echa las dos a los hombros. Aún hay más equipaje, así que le tiendo mi pequeño macuto a Joren y cojo el último fardo que queda. El tal Alexander ya va cargado; parece que lleva un tiempo esperando.

—En marcha —anuncia Derek, encabezando la partida.

Anne me coge de la mano sin que le diga nada y echamos a andar. Guardamos el ritmo acuciante de quien escapa. No soy capaz de ver más que el suelo que pisamos. Mis ojos se han acostumbrado a la penumbra, pero eso no es suficiente para hacerme una idea de dónde estamos o a dónde nos dirigimos.

El camino sigue siendo relativamente llano y regular, cosa que agradezco. Avanzamos en silencio, cargando con la gravedad de las circunstancias y unos minutos después avistamos dos manchas borrosas que siguen nuestro mismo camino, pero con más lentitud.

Uno de ellos renquea y se balancea. Cuando estamos más cerca distingo que lleva una muleta en cada brazo y supongo que debe de ser su hermano. Miran un par de veces hacia atrás, pero no nos esperan. Al ritmo que van, no tardaremos en llegar hasta ellos.

Cuando estamos a tan solo unos metros veo que la acompañante de su hermano es una joven de cabellera rubia y tengo un mal presentimiento. Aprieto el ritmo y echo una pequeña carrera sin soltar de la mano a Anne para alcanzar a Derek. Me acerco a él para que el resto no me escuche.

—¿Esa es Bibi?

—Sí.

—¿Por qué?

Tal vez sea demasiado sincera, demasiado descarada o quizá, a estas alturas, no me importe la discreción. El caso es que ha quedado bastante claro que no me gusta la idea de que esté aquí.

—Porque es la novia de Louis... —responde, con cierto aire interrogativo.

Es un argumento de lo más sólido y convincente. Pero a mí me sigue molestando. Cuando los alcanzamos, no nos detenemos, seguimos marchando; ahora a un ritmo más lento, pues Louis parece agotado con las muletas.

Esta vez ni siquiera hay presentaciones. Al cabo de un rato, empezamos a mirar atrás, temerosos. No sé en qué situación ha escapado el resto, pero puede que a Joren, a Bibi, a Anne y a mí ya nos hayan echado en falta. De ser así, espero que Derek esté seguro de que nos lleva por un camino lo

suficientemente discreto como para que no nos empiecen a buscar por aquí de inmediato.

De vez en cuando se escucha cómo un rugido rasga el silencio de la noche. Parece una tormenta, horrible y poderosa, pero es mucho peor; son los aviones alemanes. Cuando ocurre, siempre hacemos lo mismo. Nos detenemos, alzamos los rostros al cielo y buscamos luces que estén fuera de lugar en medio de un mar de estrellas. Luego contenemos el aliento hasta que pasan de largo y se llevan consigo ese espantoso estruendo.

Joren, sin embargo, no teme a los aviones, no se queda paralizado y se pregunta si arrojarán una bomba sobre nosotros. Él mira arriba y se queda muy quieto mientras sus ojos brillan y una sonrisa inocente se dibuja en sus labios.

Llevamos un buen tiempo andando cuando Anne tropieza, aunque no llega a caer, y empieza a llorar. Estoy segura de que ni siquiera se ha hecho daño; la pobre solo está agotada.

No quiero detenernos, así que tiro con suavidad de ella mientras me agacho un poco y le susurro palabras tranquilizadoras al oído. Veo que Derek se acerca, cortándonos el paso, alza a Anne y la toma en brazos sin decir nada. Ella sigue llorando, aunque no por mucho tiempo. Apoya la cabecita en su hombro y se queda dormida con placidez.

Hacemos varios altos para descansar. Es una noche larga y pesada, la más larga que recuerdo. Todos estamos exhaustos. Joren apenas puede con su alma y no quiero ni imaginarme lo mal que lo tiene que estar pasando Louis. A pesar de avanzar despacio, me he fijado en que sus brazos tiemblan desde hace rato y ha cometido la imprudencia de apoyar la pierna rota más de una vez, profiriendo después un alarido de dolor seguido de una maldición en danés.

Las horas transcurren interminables. La noche continúa oscura y la sensación de peligro constante no nos abandona. Las ramas de los árboles se ciernen sobre nosotros en un abrazo asfixiante y protector al mismo tiempo. Los arbustos arañan nuestra piel y las piedras del camino nos hacen tropezar constantemente.

Capítulo 25. ¿Qué sucederá mañana?

Cuando por fin amanece, empiezo a ver cuanto nos rodea con claridad y todo se me antoja tan distinto a las tinieblas de la noche anterior que tengo la sensación de haber saltado a otro mundo.

Nos encontramos en un bosque de árboles altos y esbeltos, pero escasos. La hierba crece verde y fuerte entre ellos, y varios arbustos intentan ganarle terreno a las piedras del lugar. No es un bosque frondoso, y eso juega en nuestra contra, pues un grupo de nueve personas es bastante fácil de detectar en la distancia.

Derek se desvía un tanto del camino y anuncia un alto entre dos árboles de robustas raíces que sobresalen de la tierra. Baja a Anne con sumo cuidado y la deja en el suelo, donde ella misma se hace un ovillo y sigue durmiendo. Luego se quita la mochila y la deja apoyada contra uno de los árboles. El resto lo imitamos, doloridos, cansados y muertos de sueño.

—Nos detendremos a dormir un poco, pero solo un poco. Es mejor que los primeros días no nos quedemos mucho tiempo en el mismo lugar —explica.

Las primeras luces del amanecer penetran en el claro y atraviesan las ramas de los árboles con timidez.

—¿Cómo estás, Louis? —Se acerca a su hermano y le ayuda, junto a Bibi, a soltar las muletas y después dejarse caer al suelo.

Su hermano esboza una mueca de dolor y me doy cuenta de que no mueve los dedos de las manos. Debe de tener las palmas destrozadas. Yo me vuelvo hacia Joren, que se ha sentado en el suelo y mira al frente, aturdido y ensimismado, como si su cabeza estuviera muy lejos de aquí.

—Hoy te has portado muy bien —le digo. Me acomodo a su lado y estiro las piernas todo lo que soy capaz. Siento el corazón palpitar en varias zonas de mi cuerpo y no sé si eso es demasiado bueno.

Él asiente, sin decir nada, y le digo con dulzura que se tumbe e intente dormir algo antes de que volvamos a levantarnos.

Bibi, Louis, Anne y Joren encuentran un lugar en el que acurrucarse para cerrar los ojos y dejarse llevar. Yo, sin embargo, tengo demasiadas preguntas como para rendirme al sueño tan fácilmente.

Veo que Erika, Berit, Alexander y Derek se retiran a un lugar más apartado, para no molestar, y les sigo. Se han sentado cerca del tronco caído de un árbol

y buscan algo en las grandes bolsas verdes que llevamos como equipaje.

—¿Qué hemos traído? —les pregunto, bajando la voz.

—Provisiones, cuerda, cuchillos, clavos, fósforos... todo lo que pueda sernos útil algún día —responde Derek y me tiende una cantimplora medio vacía.

Le doy un par de tragos, agradecida, y se la paso a Berit. Es rubio, pero tiene las cejas oscuras y espesas, y una expresión bonachona en el rostro. Su compañera, Erika, es mucho más pequeña y menuda que él, tiene los ojos verdes y el pelo corto y castaño. Su primo se mantiene sentado junto a ella. Todavía no ha abierto la boca en todo el viaje. Es pequeño y delgado, puede que aún tenga que dar el estirón. Tiene los ojos verdes, del mismo tono primavera que su prima, pero su mirada es mucho más dura, menos tierna, incluso siendo un niño.

Me muero de ganas de preguntar por qué se han fugado; además, claro está, de lo que es obvio: la invasión nazi. Cada vez que pienso en eso siento que las pulsaciones se me disparan y que me falta el aire. Todo sucede con demasiada rapidez, no tengo noticias de mis padres ni de mi hermana y lo que más deseo en este mundo es saber si están todos a salvo.

—¿Te encuentras bien? —Derek repara en mi expresión apesadumbrada y me mira, preocupado—. Estás muy pálida.

—Solo estoy cansada —respondo y le enseño una sonrisa.

—Yo también lo estoy —coincide Erika. Tiene una voz grave y profunda, que choca con su apariencia dulce y aniñada.

—Puedes dormir —le dice Berit—. De hecho, debes hacerlo —la regaña con dulce severidad.

Ella sonrío y asiente. Se levanta y se marcha con el resto, en silencio. Yo me centro en una de las bolsas de equipaje y la abro para curiosear dentro. Sí que es verdad que han traído clavos...

—Karan, tú también deberías dormir —interrumpe Derek mi inspección.

—No tengo sueño. Haré la primera guardia —declaro.

—Berit y yo haremos la primera guardia. Puedes irte. Tú también, Alexander.

El chico no responde, pero se pone en pie y obedece. Se aleja en la misma dirección que Erika.

—Ve tú, Derek —le digo, enseguida—. Incluso si soy yo la que se marcha, no lograré conciliar el sueño.

—Insisto.

—Yo también.

Él no responde, pero no deja de mirarme. Berit nos observa a los dos alternativamente y acaba poniéndose en pie con un suspiro.

—No voy a pelearme por no dormir —sentencia, jovial—. Yo no aguanto más. Despertadme cuando uno de los dos decida dormir.

Le sonrío mientras se aleja cojeando un poco del pie derecho y agarro otra de las bolsas del equipaje para fisgar en su interior. Al cabo de un rato de silencio, Derek levanta la voz.

—¿Por qué no has querido ir a descansar?

—Ya te lo he dicho, no habría podido pegar ojo.

—¿Te preocupa algo?

Alzo la vista y lo miro, enarcando las cejas.

—¿Me lo estás preguntando en serio?

Derek ríe, y apenas distingo el cansancio en sus hermosas facciones cuando lo hace. Se frota la nuca y apoya la espalda contra el tronco musgoso del árbol caído.

—Además de la guerra, la inminente invasión nazi y tu huida al bosque con tus dos hermanos pequeños, ¿te preocupa algo?

La forma en la que lo dice es tan fresca y natural que tengo la sensación de que acaba de quitarle hierro a la situación solo con sus palabras.

Sacudo la cabeza con lentitud sin apartar la mirada de él.

—No. No me preocupa nada además de eso.

—Entonces no veo el problema. —Una lenta sonrisa se dibuja en su boca.

—Esto es una locura. Es imposible que salga bien —confieso, abatida.

—Sabía que te preocupaba algo. —Intenta seguir sonriendo. Se incorpora un poco, sin despegar la espalda del tronco y comienza a jugar con la correa de uno de los macutos—. El plan es sencillo. Llegar hasta un lugar apartado en las montañas, un lugar lejos de cualquier camino, paso o punto de interés militar, y quedarnos allí hasta que encontremos un plan mejor.

—¿Cómo vamos a encontrar ese lugar?

—¿Crees que os llevaría por el bosque sin saber a dónde vamos? Berit y yo ya conocemos el lugar al que nos dirigimos —me dice, tranquilizador.

—¿Y si una vez que estemos allí no surge ningún plan mejor? —insisto.

—Surgirá. Y si no, esperaremos a que la guerra acabe.

Me quedo en silencio unos segundos, meditando su respuesta. Su extraña

serenidad empieza a inquietarme en lugar de brindarme la calma que pretende transmitirme.

—¿Y si la guerra no acaba como esperamos? —pregunto. Tiemblo como una hoja con solo formular la pregunta en voz alta.

—Entonces formaremos parte del grupo compuesto por millones de personas que también esperaban un resultado diferente. En época de guerra no puedes hacer planes a largo plazo. Céntrate en el presente, no planees qué ocurrirá dentro de dos días, piensa tan solo qué sucederá mañana.

—¿Y qué sucederá mañana?

Derek ríe.

Capítulo 26. El visitante de medianoche

Está oscureciendo y las gélidas garras de la noche nos abrazan como si quisieran advertirnos para hacer que busquemos cobijo. Antes incluso de ser consciente del frío, veo a Joren temblar a mi lado y sé que no aguantará mucho tiempo antes de ponerse nervioso. Me acerco a él y le tiendo una de las mantas que llevamos en el equipaje.

Derek también carga hoy con Anne, que está tan cansada que se ha quedado dormida en sus brazos. Todos estamos agotados, con los pies doloridos y los músculos de las piernas agarrotados; pero aún no podemos detenernos.

—Me duelen los pies —dice Joren, inquieto.

—Lo sé. No queda mucho.

—¿Cuánto tiempo es mucho? —quiere saber.

Suspiro. Conozco ese tono de voz imperioso y sé dónde va a acabar esta conversación. Intento armarme de paciencia.

—No lo sé, Joren. Podrían ser unos minutos o quizá una hora o dos más; hasta que encontremos un sitio seguro.

Él chasquea la lengua.

—Sigues dando respuestas vagas —contesta, molesto, sin mirarme a los ojos.

Sacude la cabeza de un lado a otro y casi puedo sentir cómo se impacienta por momentos.

—Es lo que hay —respondo, y procuro no hacerle demasiado caso.

Si nota que a mí también me inquieta esta situación, que sus palabras me ponen aún más nerviosa, puede prepararse una buena.

Es normal. Está exhausto y eso le hace estar especialmente irritable. A todos nos pasa de vez en cuando, cualquiera que haya tenido un mal día puede acabar estallando por una nimiedad. A Joren le pasa igual; simplemente, cuando él estalla, la explosión suele ser mucho más devastadora. Espero que aguante un poco más.

Cuando me doy cuenta de que Berit y Derek se han detenido unos metros por delante de nosotros, me acerco para ver qué ocurre. Al asomarme a su lado me doy cuenta: hay una granja. Es grande y vieja, de paredes cuya madera ha ido

perdiendo el color, ahora ajado y sucio por las lluvias y el viento. Hay luz dentro, pero no se ve nada a través de las cortinas.

—Esto no debería estar aquí —dice Berit, y se pasa la lengua por los labios.

—¿Nos hemos perdido? —pregunta Derek. El tono de su voz, normalmente tranquilo, me inquieta más de lo que me gustaría reconocer.

Berit sacude la cabeza, parece muy seguro, pero la forma en la que mira la granja es preocupante.

—No creo. La última vez la pasaríamos por alto. Tenemos que seguir por este camino.

Nos hace un gesto y sigue andando, sin salir del refugio que nos brindan los árboles, y dejamos atrás el claro en el que estaba la granja.

Annemette se ha despertado un par de veces. Derek ha intentado calmarla, pero ella solo quiere dormir. Para cuando Louis ya no es capaz de esconder una mueca de dolor a cada paso que da y Joren ha empezado a recitar de memoria el nombre de todos los aviones de combate que conoce, encontramos un sitio lo suficientemente seguro como para detenernos en él.

La noche es bastante clara, pero decidimos encender un fuego por si acaso. Bebemos agua, comemos un poco y, enseguida, todos dormimos salvo Erika, que se ofrece para hacer la primera guardia.

Desconozco exactamente en qué momento de la noche ocurre. Solo sé que, de pronto, escucho un bramido atronador. Me incorporo con el corazón en la garganta y tomo aire con dificultad mientras miro a mi alrededor para asegurarme de que Joren y Anne estén bien.

Igual que yo, todos se han despertado y miran al firmamento, de donde proviene ese espantoso rugido. Son aviones. Decenas de ellos.

Cuando veo unas sombras oscuras que se balancean al son del viento, la sangre se me hiela en las venas.

—¿Eso son bombas? —pregunto, con voz ronca.

—No. Son paracaidistas. —Al principio ni siquiera me doy cuenta de que ha sido Alexander quien me ha respondido; estoy demasiado ocupada intentando conseguir que el corazón no se me salga del pecho.

En un instante, alguien se pone de pie y pisotea el fuego.

—Por si acaso —aclara Derek—. Los paracaidistas podrían caer cerca. De hecho, podrían estar ya en estos bosques. No sabemos cuándo han empezado a saltar.

Yo estoy demasiado asustada como para responder. Me repito que no ha sido nada, que solo son aviones, no bombas, pero mis pulsaciones no quieren escuchar.

Me acerco a Anne, que sigue adormilada, pero mira con aprensión al cielo, y la tomo en mi regazo.

—¿Qué tipo de aviones son? —pregunta Joren sin previo aviso.

—¿Qué más da eso? —responde Bibi, brusca.

—Desde aquí no los veo bien —continúa él.

No me gusta nada la forma en la que se pone en pie, ni el ritmo con el que se mueve adelante y atrás. Aún no ha descansado, todavía está exhausto de la caminata de ayer. Probablemente le sigan doliendo las piernas y seguro que está preocupado.

Cuando algo lo perturba, tiende a obsesionarse con las cosas, y tengo la sensación de que estamos a punto de ver a Joren en su estado más puro.

—Si te tumbas, podrás verlos mejor —intento convencerlo.

Él sacude la cabeza.

—No. No puedo. Que va. No puedo. No se ven.

Bibi abre la boca para hacer alguna apreciación estúpida, pero una sola mirada mía sirve para que se lo piense dos veces antes de decir nada.

Todos lo miran. Tienen un ojo puesto en el cielo y otro en Joren. Alexander pregunta en apenas un susurro qué le pasa, pero nadie es capaz de responder. Derek está cerca, así que me pongo en pie despacio y le tiendo a Anne.

—Venga, Joren. Mañana podrás ver mejor a los aviones. Habrá más luz.

Ladea la cabeza. No lo convengo.

—Los árboles no me dejan verlos —continúa, insistente.

—Lo que no te permite verlos es la oscuridad. Es de noche. Ahora no verás nada.

Joren sacude la cabeza. Empieza a caminar en círculos y a farfullar algo en voz alta. Ahora sí que la hemos liado.

Berit se pone en pie también. Seguro que no lo hace con mala intención, pero eso solo sirve para poner aún más nervioso a mi hermano, que empieza a tener la misma expresión que antes de perder el control.

—Venga, ven y cuéntame qué aviones... —tanteo.

—¡No! —grita.

Grita fuerte, alto, y mi corazón vuelve a latir con fuerza de nuevo.

—Dile al tarado que no grite. Nos está poniendo en peligro a todos —sisea

Bibi.

Decido ignorarla, porque si le hiciera caso le cruzaría la cara de un guantazo.

Voy a volver a intentarlo, a acercarme a él e insistirle para que me hable de aviones. Sé que no podrá resistirse, que caerá, como cae siempre. Estoy a punto de volver a hacerlo cuando Berit lo agarra del brazo.

Todo ocurre deprisa. Mi hermano vuelve a gritar y Berit acaba en el suelo.

Tardo unos segundos en asimilar que ha sido él, que Joren lo ha empujado. Escucho el golpe, unos gritos y a Anne llorar. De fondo, los aviones vuelven a quebrar el silencio del bosque.

Antes de que me dé cuenta, Joren echa a correr y yo estoy demasiado aturdida como para reaccionar al instante.

Derek se está poniendo en pie cuando lo entiendo, cuando comprendo que mi hermano pequeño acaba de salir corriendo, solo, en medio de la noche, en un bosque frío y peligroso que no conoce.

—Quédate aquí —ordena Derek y deja a Anne en el suelo.

—No, no —contesto, cuando logro reaccionar—. Si vas tú solo lo empeorarás. Me necesita a mí, a su hermana. Volveré enseñuida.

No espero una respuesta. Salgo disparada en la dirección en la que ha huido. Ignoro las ramas bajas que se me enredan en el pelo y las raíces que me hacen tropezar una y otra vez.

Sé lo que ha pasado. Cuando el caos estalla a su alrededor, intenta olvidarse de aquellas cosas que escapan a su control y busca el orden en algo que sí controla. Los malditos aviones. Quiere ver bien a los aviones.

Corro con todas mis fuerzas y no presto atención al dolor de mis tobillos, ni a mis pulmones, que arden. Simplemente sigo adelante, incansable, e intento no pensar en qué ocurrirá si me equivoco, si Joren no se dirige hacia donde creo.

Cuando llego a la última línea de árboles, me doblo sobre mis rodillas y tomo aire. Ni siquiera sé cómo he podido llegar hasta aquí sin perderme.

En cuanto me repongo, alzo el rostro, y ahí está, en medio del claro, de pie junto al lateral de la granja con la que nos hemos encontrado antes. Solo entonces, cuando lo veo, puedo volver a respirar tranquila.

Me sereno y me obligo a contar hasta diez antes de acercarme a él. Ahora necesita paz; nada de nervios o prisas.

Camino despacio y me quedo a un par de metros. Sigo la dirección de su

mirada y me pierdo en las sombras que sobrevuelan los bosques oscuros. Le concedo unos instantes antes de volver a hablar.

—Sé que ahora mismo no te sientes bien, pero estar aquí es peligroso. Debemos volver con el resto.

—No puedo saber qué aviones son —dice, desolado.

—Lo sé. Mañana será otro día.

Aún no lo ha asumido, no quiere entenderlo. Está dispuesto a discutir, a pedir algo imposible, cuando siento que me quedo sin aire.

De pronto, un ruido. Luego, otros dos. Tres golpes secos.

Pam. Pam. Pam.

No me lo pienso. Cojo a Joren del brazo y tiro de él mientras le tapo la boca y lo llevo atrás contra la fachada de la casa, hasta que quedamos ocultos tras una pila de leña.

Hay alguien en la puerta de la casa. Hay alguien ahí y, si aún no nos ha visto, ha sido de puro milagro.

Joren se revuelve, histérico, pero no lo suelto. No puedo soltarlo. Gritaría, y si grita...

La puerta de la casa se abre. La luz del interior ilumina los rasgos del visitante de medianoche. El subfusil que lleva a su espalda brilla.

El propietario dice algo en danés, el soldado responde en alemán. No lo entiendo, no tengo tiempo para prestar atención a eso. Lucho para mantener quieto a mi hermano, que tiene demasiada fuerza para mí, mientras rezo para que el soldado entre en la casa y podamos salir de aquí cuanto antes.

El dueño de la casa habla de nuevo. Da dos pasos al frente, y eso no parece gustarle al soldado, que responde en tono amenazador.

Está nervioso, inquieto. Habla alto y rápido y el hombre que ha abierto la puerta no parece entenderlo.

—Joren, por favor —le pido, a punto de romperme.

Nunca antes había deseado cambiar algo de mi hermano. Sin embargo, ahora daría lo que fuera por que fuera capaz de comprender la situación. Joren sigue forcejeando con todas sus fuerzas y yo tiro de él hacia atrás, hacia las sombras, mientras me encargo de taparle la boca.

El soldado alemán grita algo. Se cuadra y prepara su subfusil.

Aprieto a Joren contra mi pecho con más fuerza.

El hombre también alza el tono. Se escuchan más voces, gritos del interior de la casa. En apenas unos segundos ha cundido el caos.

El soldado alemán grita una última orden que el hombre no entiende y, de pronto, deja de hablar. Tres disparos cruzan el aire y derriban al hombre que protegía la entrada de su hogar. Se desploma como un fardo pesado y mi cabeza tarda unos segundos en procesar lo que acabo de ver.

El cadáver cae al suelo. A mí se me aflojan las rodillas, pero algo dentro de mí hace que mantenga los brazos fuertes, y a Joren contra mi pecho. No sé si él deja de oponer resistencia o si dejo de sentir todo cuando me rodea.

Ha muerto. Ese hombre ha muerto delante de nosotros y la realidad me golpea con fuerza: hay un soldado alemán con un subfusil entre las manos a unos metros.

Contengo el aire. Tengo el pulso acelerado; el corazón desbocado.

El soldado pasa por encima del cuerpo sin inmutarse y entra en la casa. En apenas unos instantes vuelven a escucharse gritos; de nuevo en dos idiomas. Esta vez, el alemán no se lo piensa tanto.

Descarga una ráfaga de disparos. Y después otra.

La bilis me sube a la garganta.

—Vámonos —ruego, con un hilillo de voz—. Vámonos —insisto.

Salgo de nuestro escondite sin soltar a mi hermano. No grita, pero sigue revolviéndose y murmura algo sobre bombarderos.

—Ahora no, por favor —sollozo, mientras intento tirar de él.

Estamos desprotegidos, descubiertos. El soldado no tiene más que asomarse por la puerta y nos verá. No seríamos más que dos cadáveres más en el bosque. Pensar en ello me mareo.

Saco fuerzas de un lugar que desconocía. Quizá sea el terror que se desliza por mis venas o el gélido aliento de la muerte, que me eriza el vello de la nuca. Consigo arrastrar a Joren hasta la primera fila de árboles y hacer que se adentre conmigo en la espesura.

Deshago el camino que nos ha llevado a la granja mientras hablo con mi hermano e intento tranquilizarlo. No sé qué diablos le estoy diciendo, solo sé que sigo hablando, incansable, hasta que nos encontramos con el resto.

Tampoco soy consciente de qué les digo a ellos exactamente, ni de cómo les explico que estamos en peligro.

Creía que en algún momento me había roto y había comenzado a llorar, pero cuando procuro secarme las mejillas las siento secas. Ni siquiera sé por qué no estoy llorando.

Me gustaría tener lágrimas, porque el vacío que siento en el pecho me aterra

de un modo que no llego a entender.

Todo sucede a un ritmo de vértigo. Intercambiamos un par de comentarios apresurados. Recogemos las cosas y huimos.

Miramos atrás una y otra vez, y la sangre se nos hiela en las venas cuando escuchamos cómo se quiebra alguna ramita en la oscuridad.

Seguimos en silencio, con el corazón en un puño, y solo nos detenemos cuando la luz del amanecer acaricia el horizonte.

Capítulo 27. No podía

Todavía hoy seguimos caminando. Desde anoche apenas nos hemos detenido a tomar aliento. Tenemos miedo. Todos escucharon los disparos ayer, pero solo Joren y yo vimos lo que ocurrió.

Ya he comprendido que no puedo continuar saltando cada vez que creo escuchar un ruido en el bosque y procuro mantenerme serena mientras me esfuerzo por no pensar en la granja; aunque no faltan las miradas nerviosas al camino que dejamos atrás.

Solo Berit me preguntó directamente qué habíamos visto. Ayer no fui capaz de responder con coherencia y Joren no supo o no quiso explicarlo tampoco.

Me pregunto qué vería él, qué entendería de aquello.

Les he contado que había un soldado, que disparó, que murieron personas, pero no he podido decir nada más. Ni siquiera creo conservar más detalles. La noche de ayer la recuerdo borrosa, como pasada por la lente de un sueño, difusa y caótica.

Acabamos de detenernos cerca de la orilla de un río. Está atardeciendo y el frío comienza a hacerse notar. Después de llenar las cantimploras, nos sentamos alrededor del fuego que Erika ha encendido y hacemos recuento de provisiones.

Nos quedan dos hogazas de pan duro, un pedazo de queso, algunas manzanas marchitas y varias patatas que usaremos para plantar cuando lleguemos a donde quiera que vayamos.

Cuando todas nuestras existencias están sobre el suelo, Bibi suelta un resoplido.

—Vamos a morir de hambre —declara.

—Para morir de hambre deberíamos pasar entre treinta y cincuenta días sin comer. E, incluso entonces, exactamente no moriríamos por tener hambre, sería por un ataque al corazón, una arritmia cardíaca, una infección... Así que, técnicamente, no creo que tengamos muchas posibilidades de morir de hambre —le explica Joren, inocente.

Alexander mira a mi hermano y se ríe. Tiene una risa bonita, inocente, que suaviza un poco esa mirada tan dura.

Bibi le hace una mueca despectiva y Joren frunce el ceño, sin comprender por qué le ha molestado su observación. Él me mira, buscando una explicación, pero yo sacudo la cabeza, quitándole importancia.

Lo cierto es que me alegra que siga siendo el mismo. Me preocupa un poco que no haya preguntado, que su curiosidad insaciable no quiera saber qué fue lo que vio anoche. Pero tal vez sea mejor así. Quizá lo sepa y prefiera olvidar. Yo también lo haría si pudiera.

—Cuando nos asentemos en algún sitio intentaremos cazar —le dice Erika, conciliadora.

—¿Y hasta entonces? —inquire.

—Hasta entonces todos pasaremos hambre —contesto.

—Menos tu hermana —rezonga—. Es la que más se queja por la comida y, aun así, se la dais toda y le obligáis a comérsela. Si no quiere comer que no coma —propone y se cruza de brazos—. Más para el resto.

Se pone en pie, coge una cantimplora del suelo y se marcha con sus andares resueltos.

—Como se muerda, se envenena —me comenta Erika, bajito. Sin embargo, me parece que el resto también lo ha escuchado, pues Louis enarca ligeramente las cejas, aunque no dice nada.

Es un muchacho callado. Apenas le he escuchado compartir más de dos frases con el resto, y en todas las ocasiones he percibido un deje de acento danés. Aunque a mí tampoco me apetecería demasiado hablar si tuviera que caminar con muletas durante todo el día. Todo lo que sé de él es que físicamente no se parece en nada a Derek, tal vez, quizá, sí levemente en su expresión. Su hermano es rubio, de piel pálida y ojos verdes. No es tan alto como Derek y también está más delgado.

En cuanto a la forma de ser, solo sé que no es tan despreocupado, ni tan alegre, ni tan natural como Derek. Aunque volveré a preguntármelo cuando él sea capaz de apoyar la pierna y el dolor no condicione su humor.

De pronto, percibo un movimiento junto a mí y me vuelvo para descubrir que Derek se ha sentado a mi lado. Espera un poco antes de hablar; aguarda hasta que Anne está distraída con Erika y Joren parece interesado en algo que les cuenta a Alexander y a Berit. Solo entonces gira el rostro hacia mí.

—¿Cómo estás? —quiere saber.

—Cansada, como todos —respondo y me encojo un poco de hombros para quitarle importancia.

Derek sostiene mi mirada, aunque yo la aparto enseguida.

—¿Quieres hablar de lo que viste anoche?

Sacudo la cabeza sin pensarlo. Solo recordar el momento en el que vi al soldado de pie frente a la puerta hace que un terror gélido me invada.

¿Qué habría pasado si nos hubiera visto? ¿Qué habría sido de mi hermano si no hubiese llegado a tiempo?

—Hay cosas que es mejor mantenerlas bajo llave.

—Si puedes con ello, sí. Si crees que necesitas compartirlo...

—Lo sé —lo interrumpo—. Sé que puedo hablar contigo. Pero prefiero olvidarlo.

Cierro los ojos unos instantes y Derek me concede unos segundos antes de volver a hablar.

—¿Joren también lo vio?

Asiento.

—¿Pero sabe qué vio?

Cruzamos una mirada.

—Sinceramente, me gustaría pensar que no —confieso, y miro a mi hermano de reojo—. Pero es listo —añado, y no necesita más para comprender.

Es nuestro cuarto día de marcha. Al final de la jornada, tengo los pies hechos polvo y los tobillos destrozados. Me duele cada vez que apoyo la planta del pie, y cuento las horas hasta que lleguemos a nuestro destino.

Me siento sucia y sudorosa, y me muero por darme un baño. Pero, de momento, tenemos que contentarnos con asearnos como podemos en los pequeños riachuelos que vamos encontrándonos.

Joren parece el mismo de siempre, solo que un poco magullado. Vuelve a hablar sin hacer pausas, de un tirón, a una velocidad vertiginosa capaz de marear a cualquiera, y dice no estar desorientado ya. Su aspecto físico también mejora, aunque lentamente. Ha recuperado la visión del ojo hinchado y la inflamación ya no es más que un cardenal muy feo que desaparece y se funde con el color de su piel poco a poco.

Emocionalmente también parece recuperado, más tranquilo y relajado. Por otro lado, aún sigue sin hablar de lo que vio la noche que nos encontramos con el soldado alemán. Y yo no he sacado el tema.

Entretiene o aburre a Derek mientras avanzamos a través del bosque. Hemos entrado en un terreno repleto de árboles más bajos que se agrupan muy cerca

los unos de los otros. Aunque el sol despunta en lo alto las frondosas ramas impiden que se filtre gran parte de la luz, y se crean juegos de luces y sombras en un suelo verde y vivo que parece crecer a nuestros pies.

Los caminos que tomamos son llanos, sin subidas ni bajadas aparentes. A veces, en su forma más serpenteante, rodean árboles, pequeñas formaciones rocosas y después desaparecen, dejando un tramo de nuestro camino a la buena memoria de Berit y Derek. Ambos encabezan la marcha. De vez en cuando intercambian un par de palabras agrias acerca de la dirección que debemos tomar. Y, cuando eso ocurre, prefiero no escuchar; no me gusta saber que uno de los dos cree que no vamos por buen camino.

En una de esas ocasiones, mientras la conversación sube de tono y comienzan a expresar su opinión de forma más acalorada, el resto nos detenemos en medio del camino. Más adelante, gesticulan con vehemencia, intentando cada uno hacer entrar en razón al otro.

Me siento junto a Erika y su primo a un lado del camino, que adquiere forma cóncava en varios tramos. Joren pasa a nuestro lado sin apartar la mirada de los dos muchachos que deciden nuestro destino con intensidad.

—Joren, mejor no —le advierto y sacudo la cabeza.

Él los mira durante unos segundos más pero finalmente desiste.

—Sí, mejor no —coincide, dando media vuelta y sentándose al otro lado de la cuneta.

Miro distraída a mi hermana, que decide quedarse junto a Joren sorprendentemente formal mientras le enseña una flor que a él no le interesa demasiado. Alexander también se acerca a ellos. Parece cómodo con mi hermano. Louis, acompañado por Bibi, pasa a nuestro lado sin detenerse y camina un poco más hasta dejarse caer en el borde del camino, exhausto.

—Erika, ¿de dónde sois Berit, Alexander y tú? Por tu acento diría que no eres alemana. —pregunto, curiosa.

—Los tres somos de Viena. Llegamos en el mismo tren.

—¿Berit y tú ya os conocíais antes?

Ella sacude la cabeza y le da una patada a una piedrecilla del camino.

—Nos conocimos en el tren. Resulta que Berit y yo fuimos vecinos toda la vida sin saberlo —sonríe con cierto aire nostálgico—. ¿Quién lo diría? Las tragedias tienden a unir a desconocidos que no tienen nada en común. —Hace una pausa, distraída—. Tus hermanos y tú llegasteis hace tan solo unas semanas, ¿verdad?

Asiento.

—Nosotros éramos muy mayores como para entrar en el campamento, que por entonces acogía a niños huérfanos. Yo vine gracias a un arreglo entre mis padres, mis tíos y los dueños de la ferretería del pueblo, a quienes conocían desde la infancia. Mi primo y yo llevamos viviendo con ellos varios meses. Nos han dado un lugar donde dormir y nos han puesto un plato caliente en la mesa.

—¿Y Berit?

Erika coge aire casi imperceptiblemente. Me percató de que su expresión ha cambiado y de que piensa qué y cómo me va a responder.

—Él también vino gracias a un arreglo. Pero no tuvo tanta suerte.

—¿Qué quieres decir? —pregunto, cauta y con un tono de voz bajo.

Erika clava sus ojos verdes en Berit, que ya ha tomado un camino y que defiende su decisión señalando con ímpetu en esa dirección.

—Sus padres pagaron mucho dinero para poder sacarlo de Viena. —Baja la vista al suelo, a sus pies, mientras mueve las puntas de sus botas de un lado a otro, removiendo la tierra húmeda del suelo—. Parte de ese dinero se lo enviaron a la familia que debería haberlo acogido aquí. Pero esa familia se marchó un mes después de que él llegara.

Me quedo mirándola, perpleja.

—¿Lo dejaron solo?

—No parecían ser personas muy agradables. El caso es que Berit se quedó aquí, sin trabajo, sin dinero y sin forma de volver a casa. Al principio pudo quedarse en la casa donde vivía la familia, pero la confiscaron enseguida para saldar las deudas que dejó esa gente. Al parecer, tenían muchos problemas económicos y se fugaron con el dinero de Berit en cuanto tuvieron la ocasión.

—Es horrible —murmuro.

—Lo es —asiente—. Lo he ayudado todo lo que he podido. La familia que me acogía lo ha contratado un par de veces para trabajar en la ferretería y se ha quedado a dormir en nuestro salón en alguna ocasión, pero nunca ha sido suficiente.

—¿Y cómo ha sobrevivido así tanto tiempo?

Se encoge de hombros y una tímida sonrisa se dibuja en su rostro aniñado.

—Berit es fuerte. Se las ha ingeniado para salir adelante. Por eso me gusta. —La forma en la que pronuncia su nombre y el modo en que lo mira son prueba de que dice la verdad. Hay amor en sus palabras, un cariño y una

admiración profundos.

—¿Por eso has venido hasta aquí? ¿Por él?

—Cuando Derek nos contó su plan, Berit decidió unirse sin pensárselo dos veces. No tenía futuro en el pueblo y menos si los alemanes invadían Dinamarca. Era un sintecho que a duras penas conseguía algo que comer cuatro o cinco veces por semana, a lo sumo. Iba a marcharse, no tenía más remedio. Aun así, antes de hacerlo, me pidió que decidiera si yo también quería irme, pero sin pensar en él; que hiciera lo que creyese mejor para Alexander y para mí. Me dijo que él no podía ser objetivo, que no entendía de esas cosas y que solo yo podía decidir qué hacer. Me pidió que me quedara si eso iba a ser bueno para mí.

—Pero no te quedaste.

Erika se rodea el vientre con ambas manos y se abraza a sí misma mientras hunde un tanto la cabeza, embebida en el recuerdo.

—No podía. —Sacude la cabeza como si quisiera decir algo más pero no supiera cómo. Se encoge de hombros y profiere un largo suspiro. Sus ojos glaucos vuelven a mirarme, y me sonrío—. Simplemente, no podía —repite.

Capítulo 28. Cerca del lago

Por la forma en la que Derek camina, como si arrastrara los pies a sabiendas de que está haciendo un esfuerzo inútil, y su apariencia huraña y cabizbaja, diría que Berit ha ganado la discusión.

Ahora es él quien encabeza la marcha y nos guía con brío bosque a través, lejos de cualquier camino que pudiera brindarnos algo de seguridad.

—Estoy cansada —protesta Anne, envuelta en su abrigo de cuadros azules.

—Y yo. Pero ten paciencia, pronto nos detendremos.

Hace un mohín y rezonga algo, como cada vez que se pone tonta porque le faltan un par de horitas de sueño. Yo rezo para que hagamos un alto antes de que empiece a berrear como una descosida.

De pronto, una triunfante y estridente risotada resuena por cada rincón del bosque. El sonido proviene de Berit, que ríe con ganas mientras le hace un gesto de lo más obsceno a Derek.

—¡Te dije que tenía razón, mentecato!

Instintivamente todos apretamos el ritmo, impacientes y expectantes. Derek es quien anda dando zancadas más grandes y se acerca a él con una sonrisa bonachona, pero escéptica.

—¿Mentecato? No sirves ni para insultar como Dios manda, ¿cómo vas a guiarnos tú?

Berit ríe encantado y le hace un corte de mangas de lo más elegante.

Todos seguimos a los muchachos, sin atrevernos a preguntar si ya hemos llegado o no. El sol desciende con lentitud, se posa plácidamente sobre las copas de los árboles y tiñe el bosque de colores ocres y anaranjados.

Pronto lo vemos, vemos lo mismo que veía Berit cuando gritaba pletórico. Es agua. Una cantidad ingente de agua que asoma entre los árboles. El sol se refleja en ella, arrancándole destellos plateados.

Anne suelta mi mano, emocionada, y sale disparada hacia la orilla, hacia el final de los árboles. Yo tampoco me lo pienso demasiado, me ajusto la mochila a los hombros y salgo corriendo también. Cuando los árboles dan paso a un terreno verde y liso, sin salientes ni alteraciones, reduzco el ritmo, y escucho los pasos acelerados de Erika, que viene detrás.

Contemplo su rostro encantado, que observa el inmenso lago que se extiende a lo largo del valle. Es de forma irregular y pequeñas islas lo motean por toda su superficie.

Joren llega corriendo también, alterado, y un poco intranquilo me pregunta:

—¿Quién nos persigue?

Río un poco, entre contenta y suspirante y sacudo la cabeza.

—Nadie. Corríamos para ver esto. —Señalo con la mano el imponente paisaje y él se encoge de hombros sin mostrar la más mínima emoción.

—Pero lo ibais a ver incluso si veníais solo andando.

—No importa. —Sacudo la mano en el aire—. Ha sido algo irracional —le explico, sin dejar de sonreír.

—Ah. —Da un par de pasos al frente y se acerca a la orilla con Annemette, que intenta tocar el agua con la punta de sus dedos desafiando a la gravedad.

El resto del grupo llega con lentitud, y la expresión de sus rostros es igual en todos ellos: miradas brillantes y sonrisas satisfechas. Louis se queda cerca de los árboles y Alexander se acerca a mis hermanos. Derek camina calmado hasta nuestro lado y clava sus ojos marrones en la inmensidad del lago argentado.

—Ha merecido la pena —susurra, bajito, como si quisiera que nadie le oyese.

Sus ojos marrones adquieren un extraño tono bajo la luz de un sol que comienza a ocultarse. Son cobrizos, de un castaño muy intenso y peculiar. Sus pupilas se dilatan con lentitud y su negra oscuridad contrasta con la claridad que refleja su mirada. Lo observo en silencio durante un buen tiempo, sin ser siquiera consciente de que me he quedado mirándolo embobada.

De pronto se gira, como si todo este tiempo hubiera sido consciente de que lo estaba mirando, y me regala una sonrisa increíble.

No reacciono enseguida. Cuando me doy cuenta, sonrío más por vergüenza que por empatía y aparto la mirada, azorada, sintiendo cómo me sonrojo. Cerca de nosotros Annemette ha proferido un grito de júbilo al alcanzar por fin el agua. Joren, que parece aburrido, se da la vuelta y camina hacia nosotros de nuevo.

Se acerca despacio, distraído, y se planta ante mí. Me mira unos instantes, curioso y frunciendo el ceño y abre la boca para decir algo:

—¿Tienes mucho calor?

—No —contesto, hosca, y le fulmino con la mirada. Joren, sin embargo, no

es bueno con las indirectas.

—Estás toda roja.

—Eso es porque hemos corrido.

—Antes no lo estabas —replica y ladea levemente la cabeza.

Me escruta con atención, acercándose un poco más y yo intento que me mire a los ojos para poder decirle que deje de hacer el tonto. Pero ya es demasiado tarde.

—Joren, que estoy bien —le digo, deseando que deje de llamar la atención. Veo de soslayo cómo Erika sonrío y se muerde los labios, y soy perfectamente consciente de que si Derek aún no se había dado cuenta de que me he sonrojado, ya lo ha hecho.

Joren frunce el ceño sin estar convencido y se vuelve hacia el joven de nuestro lado.

—Derek, mi hermana está enferma —le suelta, realmente preocupado.

Ahora mismo me gustaría darle un abrazo por ser tan tierno; y también una patada en el culo por bocazas.

—Joren, tranquilo —repito, casi entre dientes.

Erika se echa a reír y me da miedo ver la reacción de Derek. La chica coge a Joren del brazo, confidente, y él la mira perplejo. Probablemente se pregunta por qué lo ha agarrado. Su gesto se endurece y me sorprende que no le grite que se aparte o que no se aparte él mismo con descaro.

Lo aleja un poco de aquí, discreta, y yo suspiro aliviada.

—Aún tenemos que andar un poco más —declara Berit, que acaba de llegar hasta nosotros—. Pero no estamos lejos. —Nos hace un gesto para que echemos a andar y le seguimos, despacio.

Vacilante, me cuesta un poco moverme del sitio. Este lugar es tan maravilloso que me da pena marcharme tan pronto.

—¿Vienes? —me pregunta Derek, inmóvil en medio del camino y vuelto hacia mí.

Asiento y me espera hasta que llego a su lado. Caminamos un rato en silencio, alejándonos de la orilla del lago e internándonos de nuevo en el bosque. Al cabo de unos minutos, veo que sonrío e intenta ocultarlo.

—Deberías abrigarte —me dice, con cierto aire travieso—. No vaya a ser que enfermes más.

Capítulo 29. El refugio

Por fin llegamos a nuestro destino. Se trata de una pequeña cabaña abandonada cerca del lago, destartalada y vetusta, de madera medio podrida y hierro oxidado. Desde fuera no parece albergar mucho espacio en su interior. Puede que no tenga más de dos estancias.

La vegetación ha crecido a su alrededor, ocultándola casi por completo. Arbustos y zarzales compiten por llegar a su tejado, al que la naturaleza ha ganado la partida, derrotándolo y quebrándolo aquí y allá, dejando varios socavones en él.

Las expresiones en el rostro de la gente ya no son las mismas que mostraban cerca del lago. Ahora hay aprensión, miedo y recelo. Todos se muestran vacilantes e inseguros; todos salvo Berit y Derek, que no caben en sí de dicha.

Mientras el resto nos quedamos fuera, guardando una prudente distancia, ambos dejan las mochilas en el suelo y se apresuran a investigar el lugar. Retiran arbustos, cortan enredaderas molestas y fuerzan la puerta con verdadera ilusión.

Erika y yo nos sentamos juntas, en primera fila, mientras los muchachos compiten por ver quién consigue entrar antes. Al final, Berit acaba trepando por la pared, para encaramarse al tejado y colarse por una de las oquedades junto con un gran estruendo de madera rota. Tras unos instantes, abre la puerta desde dentro y Derek entra, ansioso.

—¿Realmente pretenden que nos quedemos aquí? —pregunto.

—Eso parece... —murmura ella, tan desconfiada como yo.

Louis se ha acercado a la entrada y se asoma al interior de la casa sin llegar a entrar; así que imagino que por dentro no puede tener mejor pinta que lo que se ve desde aquí.

Al cabo de unos minutos de exploración, Derek sale. Camina con entusiasmo y se detiene frente a nosotras con los brazos en jarras.

—Habrá que arreglarla un poco, pero será un buen sitio.

—¡Un poco! —exclama Erika y me mira con sorna. Yo río y clavo los ojos en Derek, interrogante.

—Tal vez sea algo más que un poco... —responde. Se frota la nuca y

levanta el cuello, perdiendo la mirada en algún punto del firmamento—. Pero empezaremos mañana. Está anocheciendo y es mejor que hoy acampemos al aire libre. No podemos dormir ahí dentro sin hacer un par de arreglos. —Hace una pausa y frunce el ceño—. Además, parece que esta noche va a llover. Será mejor que nos preparemos.

Se da la vuelta con rapidez y sale corriendo mientras da instrucciones a Berit. Al rato, quienes no estamos lisiados y tenemos más de cuatro años estamos extendiendo las lonas que trajimos con nosotros y las atamos a varias ramas para usarlas como refugio.

A pesar de que la noche es larga, hemos tenido suerte; es el primer día en nuestra huida que llueve. Dormimos apretujados, en un espacio pequeño donde tenemos que estar sentados o con las piernas encogidas. Joren duerme a mi lado y sufre espasmos cada vez que algo cae desde los árboles sobre las lonas y produce un sonido.

Anne se ha acurrucado junto a él y ha apoyado su frágil cabecita contra su pecho. Y él, sorprendentemente, se lo ha permitido.

Estamos a oscuras, no tenemos fuego con el que calentarnos y la única luz que nos permite ver qué hay a nuestro alrededor es el brillo de las estrellas, que titilan entre las nubes densas y oscuras que ensombrecen el firmamento. El frío es intenso y persistente. Las mantas y los abrigos no son suficientes para librarnos de él. Aun así, el cansancio es más fuerte y todos duermen, o al menos lo intentan. Salvo Derek. Derek está a mi lado, a menos de medio metro, sentado y pensativo. Lo observo en silencio, sin mover ni un músculo, arropada por la discreción que me brinda la noche.

Me incorporo lentamente y veo que me observa mientras lo hago. Apoyo la espalda en el tronco del árbol que sujeta uno de los extremos del toldo. Echo la cabeza hacia atrás y pierdo la mirada en la inmensidad de la oscuridad que nos rodea. Da la impresión de que estuviéramos solos, en medio de ninguna parte, perdidos en algún lugar recóndito y sombrío.

De pronto, siento algo realmente cálido y reconfortante cerniéndose sobre mis dedos, y me doy cuenta de que es él.

Derek no me mira, ni siquiera se ha girado hacia mí. Sigue mirando al frente, y yo apenas puedo adivinar su expresión en la penumbra. Una nube de vaho sale de sus labios cuando respira. Sus dedos trazan un lento recorrido desde mi muñeca hasta la punta de los míos y acaban entrelazándose.

Mi corazón se desboca cuando yo también miro al frente, incapaz de

reaccionar de algún otro modo. Siento que el pecho me va a estallar y soy incapaz de pensar en otra cosa que no sea la mano de Derek sobre la mía.

Espero a que me diga algo, a que haga cualquier cosa... tan solo una señal que me explique por qué lo está haciendo o simplemente que me confirme que no me lo estoy imaginando. Pero él se mantiene inmutable, sin alterarse, sin moverse.

Me armo de valor y me vuelvo hacia él para mirarlo directamente a los ojos. Despacio, se gira también y sostiene mi mirada sin mudar su expresión indescifrable.

La mano me arde, y la suya me pesa como mil losas incandescentes. Soy consciente de cada centímetro de mi piel y de la suya.

Pero Derek no habla. Ni siquiera sonríe. Y, por un momento, me planteo seriamente la posibilidad de que su mano no esté realmente donde yo creo que está. Desciendo la mirada, descolocada, y sus esbeltos dedos siguen ahí, aferrándose a los míos y haciéndome perder la cabeza.

Aparta su mirada cuando yo alzo la mía y continúa mirando al frente, ensimismado, como si esto no fuera con él.

Aguanto así unos minutos, preguntándome si debería decir algo, si debería cuestionarle qué se supone que está haciendo; pero me da miedo que aparte su mano. El corazón me late tan fuerte que me pregunto si no lo estará escuchando. No entiendo cómo el simple contacto de su mano sobre la mía me afecta de esta forma.

Al final, termino por no resistirlo y acabo susurrando su nombre con cierto aire interrogante, esperando que hable.

—¿Derek...?

Él me mira, pero su hermoso rostro sigue imperturbable. Clava la mirada en nuestras manos y acaba retirando la suya. Me maldigo a mí misma por haberlo hecho, pero también siento un gran alivio cuando recupero mi mano y la tensión comienza a desaparecer.

No soy consciente de cómo sucede, ni en qué momento, pero acabo cayendo rendida, acunada por el sonido de la lluvia y la respiración de quienes duermen a mi lado.

Capítulo 30. El antídoto

Hoy va a ser un día duro. Lo sé desde el mismo instante en el que me asomo por la puerta de la cabaña y puedo ver su interior. Apenas hay un par de muebles de madera carcomida y podrida. La vegetación ha crecido a través del suelo en varios puntos, alentada por la lluvia que entra por los socavones del tejado, y el suelo, en las zonas en las que no está húmedo, se encuentra cubierto por una capa de heces de murciélagos de lo más desagradable.

Dentro huele a mugre y moho. Me llevo el brazo a la cara e intento taparme la nariz para respirar a través de la tela de mi abrigo. Berit amontona los muebles en un rincón cerca de la puerta y suelta improperios cada vez que uno de ellos se le parte en las manos, comido por las termitas.

Derek sale a mi encuentro y me observa con una sonrisa. Antes de decir nada, se lleva la mano al cuello y desata el pañuelo con el que se cubre la garganta.

Se acerca a mí, salvando por completo la poca distancia que nos separaba, y extiende el pañuelo ante mis ojos.

—Déjame —me pide, con suavidad.

Retiro el brazo de mi rostro y me concentro en el suyo mientras acerca el pañuelo a mí. Me tapa la nariz y la boca con él, y da un paso adelante, pegándose por completo a mí.

—Recógete el pelo.

Obedezco, expectante, y comienza a hacer un nudo a la tela a la altura de mi nuca.

—Ya está. —Sonríe, satisfecho con su trabajo—. No te queda mal.

—Gracias —respondo, azorada—. ¿Tú no lo necesitas?

Se encoge de hombros, quitándole importancia, y se agacha para coger un pedazo de madera del suelo y arrojarlo al montón que está formando Berit.

—El olor no me molesta demasiado. Si quieres, empieza abriendo las ventanas. Habrá que ventilar esto.

Asiento y me apresuro a hacer lo que dice. Tiro con fuerza de las cerraduras oxidadas y procuro no cortarme con los bordes afilados de los hierros.

Todos ayudamos en lo que podemos. Dejamos que el ambiente fresco de la

mañana penetre en la pequeña casa del bosque a través las ventanas abiertas. Primero sacamos la madera podrida del salón y la cubrimos con una de las lonas bajo la que hemos dormido, aún algo húmeda, para mantenerla seca y poder usarla como leña. Cuando acabamos, arrancamos de raíz las plantas que crecen desde el suelo. Luego, encendemos fuera un fuego para después usar las cenizas y arrojarlas entre las grietas de la madera que compone el suelo para que no vuelva a crecer la hierba a través de ellas.

Tenemos tres habitaciones. Una relativamente pequeña, donde hay varias estanterías vacías y cubiertas de telarañas. No hay ventanas, ni ventilación alguna. Es un cuarto demasiado pequeño para usarse de dormitorio y parece una despensa demasiado grande para una cabaña tan modesta.

A su lado se encuentra un dormitorio con dos estructuras de hierro para colocar colchones, pero sin ellos. El único mueble consiste en un armario junto a la pared que tenemos que desarmar y tirar por estar arratonado y corroído por el paso del tiempo.

Cuando terminamos de sacar todo el mobiliario inservible, lo único que queda en el salón es una pequeña chimenea que parece no haberse usado en décadas.

Al principio Erika ha intentado ayudar, pero ha acabado cuidando de Anne mientras el resto seguíamos trabajando en la cabaña. Pobre, la compadezco. La verdad es que prefiero la tarea que se me ha encomendado.

Louis, que no puede hacer mucho estando lisiado, se ha pasado el día sentado y levantándose cada poco tiempo para dar cortos paseos y relajar los músculos. Bibi es la única que no ha trabajado sin excusa. Durante un momento me he asombrado viéndola entrar en la cabaña, mirar a los lados con repulsión, y acercarse a los restos de muebles deteriorados que estábamos amontonando. Pero rápidamente ha desistido y ha salido horrorizada.

A ninguno ha parecido sorprenderle y nadie ha hecho ningún comentario al respecto. Entre Joren, Alexander, Berit, Derek y yo hemos avanzado sin problemas.

Para el final del día ya hemos desalojado todo lo inservible de la casa, pero aún no es habitable, y volvemos a dormir bajo las estrellas; esta vez sin toldos de por medio porque no llueve.

Me tumbo junto a Erika y a mi lado se acuesta Joren. Anne, que se ha encaprichado con la joven que ha cuidado de ella, se acurruca entre las dos y cae rendida en cuanto la tapamos con la manta.

Esta noche también escuchamos los aviones que sobrevuelan Dinamarca. Joren se despierta y se sienta para mirarlos. Alexander se despierta también y veo desde mi sitio cómo empiezan a hablar en susurros.

Imagino de qué están hablando; seguramente Joren esté contándole todo lo que sabe sobre aviones y el chico parece escuchar con atención.

Alexander se ríe con él; disfruta de su compañía. Es un muchacho discreto, muy callado, y aunque esa mirada tan severa le hace parecer mayor, en realidad no es más que un niño al que también le gustan los aviones.

Derek está lejos, durmiendo un par de sitios más allá, cerca de Louis, y más cerca de Bibi de lo que me gustaría. Hoy no se levanta para tomarme de la mano, ni compartimos un extraño e inexplicable instante. Hoy ambos dormimos, lejos el uno del otro, acunados por el crepitar del fuego que hemos encendido e intentando olvidarnos del frío.

Cuando despertamos nos repartimos el último mendrugo de pan que nos queda y decidimos que nuestra siguiente prioridad será conseguir comida.

El momento del desayuno es breve, demasiado breve, y es que no nos queda nada más que comer. Pero no nos levantamos enseguida. Permanecemos en círculo alrededor del fuego que calienta las horas más frías de la mañana, cada cual enfrascado en sus labores. Louis intenta nivelar sus muletas, cortando la madera con un puñal; Anne está hecha un ovillo bajo una manta, aún perezosa; Joren, Alexander, Erika y yo nos dedicamos a organizar el interior de las bolsas de viaje, comprobando qué es lo que tenemos; Derek y Berit simplemente charlan, y Bibi está remendando un desgarrón en la manga de su abrigo.

De pronto, suelta un quejido, se saca el hilo de la boca y deja la aguja y su abrigo sobre sus piernas. Se lleva las manos a la boca, dolorida, y se lamenta.

—Me he mordido —dice, con rabia.

Joren arroja la caja de clavos que tiene en las manos y se pone en pie como pinchado por un alfiler. Nos mira a todos, nervioso, y se detiene especialmente en la joven que acaba de morderse la lengua.

—¿Es que no vais a hacer nada? —me pregunta, horrorizado.

—No se ha hecho realmente daño —le explico, sin comprender qué es lo que le preocupa tanto—. ¿Verdad que no, Bibi?

—Eso lo dirás tú —gruñe, molesta.

—¡Corred! —nos apremia Joren, sin saber muy bien a quién dirigirse—.

¿Alguien tiene el antídoto?

Ladeo la cabeza y parpadeo, confusa. Erika cae en la cuenta antes que yo y se lleva una mano a la boca para intentar controlar una carcajada. Cuando me percato me esfuerzo por no reír, pero no es suficiente. Alexander lo comprende también y rompe a reír sin pudor.

—¿Nadie lo tiene? —insiste Joren.

Le hago un gesto con la mano para que se acerque y se siente a mi lado, pero él no me hace caso. Todos lo miran, y también a nosotros, que tratamos de controlar la risa.

—¿Qué está diciendo este chalado? —inquire Bibi y se cruza de brazos.

La forma en la que lo llama hace que pierda el poco respeto que me quedaba por ella y rompa a reír sin miramientos. Parece que a Erika le ocurre igual, y acaba doblándose sobre sí misma para sujetarse el vientre mientras se dirige a Joren.

—Tranquilo, no se ha envenenado —le explica, riendo.

—¿Seguro?

—Segurísimo —contesto yo y me muerdo los labios.

—No tiene veneno —le aclara Erika. Le hace un gesto para que se acerque a ella, y esta vez obedece, inclinándose sobre la chica—. Era una forma de hablar.

Joren abre la boca y asiente, pensativo. Acaba sentándose de nuevo con nosotras y se cruza de brazos mientras se concentra en lo que acaba de suceder. Siento que todos nos miran.

Bibi nos fulmina con una mirada airada y sacude la cabeza con incredulidad y desaprobación. No le presto atención. Miro con complicidad a Erika y esta me devuelve una sonrisa de oreja a oreja que poco tiene de discreta.

Derek alza las cejas con una expresión entre divertida y reprobadora, pero no dice nada, y yo acabo apartando la mirada para centrarme en lo que tenemos delante.

Capítulo 31. Hollín en el rostro

El segundo día lo invertimos creando un pequeño huerto junto a la cabaña y plantando las patatas que tenemos. No es que con eso vayamos a tener una dieta rica en nutrientes, pero algo tendremos que comer, y la patata crece relativamente rápido. Louis se dedica a fabricar trampas para peces, para tratar de pescar algo en el lago, y Erika sale al amanecer a buscar rastros de animales pequeños para saber si podremos cazar.

Parece que en estos bosques viven venados, jabalíes, osos y lobos. Pero no creo que ninguno sea capaz de cazar un ciervo; así que por el momento tendremos que conformarnos con roedores y pequeñas alimañas.

Sinceramente, no me hace mucha gracia tener que zamparnos una ardilla.

Antes del almuerzo, Louis ha conseguido preparar una trampa sencilla que consiste en dejar varios anzuelos cebados en el lago atados a ramas flexibles. A encontrar el cebo ha colaborado Annemette, que se ha pasado la mañana escarbando en el suelo la mar de contenta en busca de lombrices.

También tenemos un arpón que, según Louis, al parecer no usaremos para atrapar peces, sino ranas. Yo, sinceramente, prefiero pensar que está bromeando.

Hemos empezado a limpiar la casa, y a última hora de la tarde me encuentro completamente exhausta. Me siento en la zona trasera de la cabaña, lejos del resto de mis compañeros, a los que desde aquí puedo escuchar trabajando.

Doblo las piernas, apoyo los codos en las rodillas y hundo mi cabeza en ellas, agotada.

—Eso que sientes es la satisfacción del trabajo bien hecho —escucho, de pronto.

Levanto la cabeza, sobresaltada, y descubro a Derek cruzado de brazos ante mí. Se ha quitado el abrigo y el jersey, y luce una camisa blanca y desgastada que curiosamente le sienta de maravilla.

—No me estoy escaqueando —le aseguro al instante, sin pensarlo.

Él ríe, se sienta a mi lado y apoya la espalda en la pared.

—Y yo que pensaba escaquearme contigo...

—En ese caso, puede que sí lo esté haciendo un poco.

Ríe, satisfecho, y se me queda mirando sin apenas pestañear, atento. Me pregunto qué es lo que observa con tanta atención y me pongo nerviosa, pero trato de que no se percate.

—Tienes hollín en la cara.

—He estado limpiando la chimenea —le digo al pasarme la mano por la mejilla y la frente—. Y aquí no hay espejos en los que pueda mirarme.

Antes de que me dé cuenta, Derek me agarra de la barbilla para que no me mueva y pasa las yemas de sus dedos por mi mejilla despacio. Presiona con cierta dureza para eliminar el hollín. Me quedo quieta, conteniendo el aliento. Él vuelve a repetir la operación en mi otra mejilla —por el pómulo— y traza una línea desde la sien hasta la nariz.

Cuando creo que ya ha terminado, acerca su pulgar a mis labios sin soltarme, y los roza apenas sutilmente cuando lo desliza con lentitud por debajo de mi boca.

Me quedo sin aliento y el corazón se me detiene.

—Ya está —me avisa. Baja las manos y esboza una sonrisa que, imagino, pretende ser inocente.

Este chico me está volviendo loca.

—¿Tenía hollín en la boca? —pregunto, suspicaz.

—Bastante —contesta, sin inmutarse—. Tenías hollín por todas partes.

Sé que miente. Habla tan en serio que me mosquea.

—Tú también tienes un poco —se me ocurre, de pronto.

Él enarca las cejas, pero si esto le divierte, lo disimula enseguida.

—Déjame —le pido y me acerco de la misma forma en la que lo ha hecho él antes.

Estiro el brazo y alargo los dedos para sostener su rostro por el mentón. Le obligo a girar la cara —encantada con mi atrevimiento— y recorro su mandíbula con los dedos en un avance lento y prolongado. Le obligo a que vuelva a girar el rostro esta vez hacia el lado contrario y me apunto un tanto por haber hecho que se sonroje.

Vuelvo a repetirlo en silencio, pero esta vez no trazo una línea sobre su mandíbula; desciendo por su cuello hasta llegar a su clavícula con suavidad.

Le suelto y le dedico una sonrisa triunfante.

—Ya está.

—Gracias —contesta, turbado. Se queda en silencio unos instantes y yo disfruto de su azoramiento, complacida—. Es curioso, yo no me he acercado a

la chimenea.

Derek ha recuperado su aplomo, y aunque el rubor sigue tiñendo su rostro, parece mucho más seguro.

—Yo llevaba un pañuelo que me cubría las mejillas y la boca. —Me encojo de hombros y sonrío satisfecha—. También es curioso que me haya manchado.

Derek ríe y aparta la mirada mientras se acaricia en el mismo lugar donde mis dedos han rozado su piel. Parece que está meditando su siguiente movimiento. Entreabre la boca y está a punto de hablar cuando Berit nos interrumpe.

—¿Qué hacéis aquí? —inquire, desconfiado—. Sabéis que el resto estamos trabajando, ¿no? —Hay cierta severidad en sus palabras, pero tal vez por su expresión, su postura o su mirada cándida, no me impone demasiado respeto.

—Ya es tarde —protesta Derek y exagera un suspiro.

—¡Venga! —grita él y me sobresalta.

Me pongo en pie, divertida por su repentino ataque de autoridad, y no puedo evitar reírme al pasar a su lado. Él me fulmina con una mirada que pretende ser seria, pero está a punto de flaquear, y se le nota.

Finalmente vuelvo a entrar en la cabaña para seguir limpiando sin que Derek me diga nada más. Tengo la sensación de que esta casa es toda suciedad.

A pesar de los dos días exhaustivos de limpieza, todavía no podemos dormir dentro. Por suerte, hoy tampoco llueve y, para variar, nos acostamos con los estómagos llenos de algo más aparte de patatas y pan rancio; hemos cenado pescado del lago.

Aunque las noches de primavera todavía son frías, el viento ha cesado y una agradable brisa templada mece mi cabello alborotado. Una pequeña hoguera —cuyas llamas crepitan con suavidad— nos alumbra mientras nos despedimos del día en silencio.

Annemette, que ha pasado todo el día con Erika —¡Dios la bendiga!—, se ha rendido al sueño y se ha tumbado cerca del fuego, cubierta hasta el cuello con una manta vieja y raída. Joren tampoco parece que vaya a resistir despierto mucho más, y ya se ha tumbado bocarriba, aunque no haya cerrado los ojos todavía y esté mirando a las estrellas con Alexander.

Erika también duerme, y Louis y Bibi han decidido perderse en el bosque.

Berit y Derek están junto al fuego, frente a mí, mientras charlan tranquilamente en un tono de voz muy suave. Yo observo el fuego, distraída, demasiado despierta como para intentar dormir todavía.

Cuando vuelvo a alzar la cabeza, descubro que Berit también se ha rendido y se ha acostado ya. Derek es el único que queda en pie, sin contar con los tortolitos del bosque. Me observa con las piernas flexionadas y los codos apoyados en ellas. Tiene una pequeña rama en las manos y se entretiene arrancando pequeños pedazos para arrojarlos al fuego. Mientras tanto, no deja de mirarme.

A pesar de mi azoramiento, mis pequeñas arritmias cardíacas y mi falta de oxígeno, no soy una persona que se deje impresionar con facilidad y ya es hora de que me lo recuerde a mí misma, y quizá a él también.

Sostengo su mirada, ladeo la cabeza levemente, como exigiendo una explicación, y alzo las cejas, expectante.

Por su expresión, sé que él también había olvidado que es difícil hacer que me ruborice. Quizá ni siquiera sepa que antes de conocerlo era casi imposible conseguirlo.

Me han gustado otros chicos, pero esta es la primera vez que alguien es capaz de provocar que mi pulso se acelere de este modo y hacer que pierda el control sobre mí misma. Quiero decir que no es la primera vez que siento mariposas en el estómago, pero estas son bastante diferentes; parecen salidas del jurásico, miden como unos dos metros, son violentas y turbulentas y cada vez que baten sus alas me perturban de tal modo que no sé ni cómo me llamo. Así son las mariposas que despierta Derek en mí.

Él me mira, sonrío, y se encoge de hombros. Yo lo hago también, pero no aparto la mirada, esperando a que él lo haga. Entonces esboza una sonrisa lenta y divertida, pero no se inmuta. Derek aguarda, paciente, sin titubear. No escuchamos más que los crujidos de la leña al consumirse y el lejano ulular de un búho. Al final, Derek coge aire despacio, se muerde los labios y acaba mirando a otro lado, incapaz de aguantar durante más tiempo.

Yo me tumbo, satisfecha, y cierro los ojos hasta que me quedo dormida bajo mi manta.

Capítulo 32. El ladrón

El tercer día es agotador, como el anterior. Hacia la hora del almuerzo, la cabaña ya está casi irreconocible. Sigue pareciendo vieja y deslucida, pero ahora tiene más apariencia de hogar. Nos hemos asegurado de sacar de ella todo lo que estaba en mal estado, hemos limpiado las paredes y los suelos, y hemos cubierto los socavones del tejado usando parte de las lonas. Ya no crecen plantas en su interior y tampoco huele mal. La casa está limpia y sorprendentemente habitable. Puede que hoy podamos pasar la noche dentro, y eso, en cierto modo, me emociona.

A media tarde, terminado el trabajo en la casa, me acerco al lago donde han empezado a colocar algunas trampas para peces. Pero esta vez me desvíó un tanto hacia abajo, siguiendo la orilla, hasta encontrar un lugar apartado en el que poder darme un baño. No es que me haga especial ilusión meterme en un lago cuando puede que no estemos a más de diez grados, pero necesito quitarme la constante sensación de suciedad que tengo desde que empezamos a exorcizar la casa.

He tomado las únicas prendas limpias que quedaban en mi equipaje y la toalla que he estado utilizando estos días para asearme sin llegar a meterme al agua. Después de usarlas las hemos lavado y tendido en las ramas de los árboles que bordean el improvisado campamento; pero creo que sería buena idea preparar algo para poder tender la ropa cuando empecemos a lavarla, que tiene que ser pronto.

Cuando considero que estoy lo suficientemente lejos, me acerco a la orilla y dejo allí la toalla y la muda mientras me desvisto con rapidez. Me acerco al borde despacio y me clavo decenas de pequeñas piedras oscuras en los pies. Meto la punta de los dedos en el agua mientras me cubro cuanto puedo el cuerpo con los brazos.

Dudo. Quizá muera congelada si sigo adelante con esto, pero me sentiré peor si no me quito la suciedad que he acumulado arrodillada en esa cabaña de suelos podridos y paredes destartadas.

Avanzo con decisión, sin detenerme ni un segundo, sin darme a mí misma la oportunidad de arrepentirme por el camino, y aguanto la respiración

instintivamente cuando el agua helada llega a mis muslos. Me meto entera — incluso la cabeza— y siento cada gota de agua que se clava en mi piel como si me atravesaran cientos de agujas punzantes.

La sensación es dolorosamente maravillosa. El frío me aísla del exterior, el agua amortigua el sonido del mundo y también la luz. Contengo la respiración y abro los ojos. Todo está en calma, sumido en la más absoluta quietud. El silencio es intenso y estremecedor, y la oscuridad inquietante.

Salgo a la superficie y tomo una gran bocanada de aire. Echo el cabello hacia atrás para que no se me pegue a la cara. No tardo mucho en comenzar a huir de las frías aguas del lago y cruzar la orilla de puntillas mientras siento el suelo sorprendentemente cálido bajo mis pies.

Cuando llego al lugar donde he dejado mis cosas, me siento languidecer. La toalla se encuentra retorcida sobre el suelo, y las botas están tiradas unos metros más allá. No hay ni rastro del resto de mi ropa; ni de la sucia, ni de la limpia.

Me quedo paralizada unos segundos, petrificada, hasta que consigo reaccionar y me acerco deprisa a la toalla. Me cubro con ella, nerviosa, y me seco apresurada como puedo, mirando en todas direcciones. No consigo ver nada fuera de lo normal y tampoco escucho pasos alejándose.

Recojo las botas, realmente nerviosa, y me ato la toalla al pecho mientras me las calzo.

¿Cómo es posible que alguien se haya llevado mi ropa en tan poco tiempo? Apenas he estado un par de minutos en el agua.

Estoy muerta de frío, pero el miedo es aún más intenso y no puedo dejar de pensar que no estoy sola aquí. Me quedo de pie, con el lago a mi espalda y el bosque frente a mí. Escudriño con nerviosismo entre los árboles, sin detener la mirada en un solo lugar más de tres segundos, y el único movimiento que capto es el de la hojarasca siendo arrastrada por el viento; un viento gélido.

Un escalofrío me recorre la espalda, y ya no sé si es por el intenso frío o por la acuciante sensación de peligro. No sé qué hacer. No sé si quedarme aquí esperando a que aparezca alguien entre los árboles o salir corriendo. Pero la simple imagen de alguien surgiendo de entre las sombras me hiela la sangre en las venas y descarto la idea al instante. Tampoco puedo correr sin saber a dónde dirigirme. Es cierto que no he hecho más que bajar para llegar hasta aquí, pero no sé si sabría orientarme a toda velocidad, sin detenerme a reparar en los detalles. Y acabar lejos del campamento en esta situación sería

problemático.

Mi cabeza ha dejado de buscar soluciones mientras sigo mirando a mi alrededor y me maldigo a mí misma por haber querido estar limpia justamente hoy.

No puedo dejar de temblar, y me rodeo con los brazos intentando resguardarme del viento, aunque es inútil.

Una rama se parte en un árbol cercano y cae al suelo. Mi corazón se desboca. Inspiro y suelto el aire despacio, y me obligo a mí misma a reaccionar; cuanto más me quede aquí, será peor.

Pienso, de pronto, que también es posible que esto haya sido obra de alguno de mis compañeros. En ese caso no me encuentro en peligro y debería tranquilizarme. Sinceramente, prefiero que esto sea fruto de una broma. Pero ahora no puedo saberlo. Y aunque el hecho de que exista esa posibilidad me tranquiliza, el miedo sigue ahí, persistente.

Echo a andar junto a la orilla sin separarme del agua, como si estar cerca del lago fuera más seguro que entrar al bosque. Camino con pasos acelerados, sin dejar de prestar atención a mi izquierda. Estoy tan concentrada en el bosque que en cualquier momento podría dar un mal paso y caer al lago.

Después de un rato, los tobillos empiezan a dolerme, irritados por el contacto directo con las botas, y empiezo a creer que nunca he tenido un frío tan intenso como el que siento ahora mismo. Cuando llego al lugar donde Joren y Louis suelen pescar, se me cae el alma a los pies; aquí ya no hay nadie.

Se han llevado las trampas y no queda ni rastro de su presencia. El nerviosismo me hace plantearme si no estaré equivocada, pero, a pesar de mi estado, estoy bastante segura de que este es el lugar.

Vuelvo a mirar hacia el bosque, aprensiva. Voy a tener que entrar. No me queda otra opción. Me armo de valor y cierro los ojos unos segundos para intentar que las piernas me dejen de temblar, sin éxito. Cojo aire y me interno en el bosque. Nunca antes un árbol me había parecido tan amenazador ni el sonido de los pájaros me había inquietado tanto. Cruzo la maleza con urgencia, sin detenerme ni por un solo instante. Sufro arañazos en los brazos debido a las ramas de los árboles y los arbustos de espinos que no me da tiempo a esquivar.

Las piernas y los brazos empiezan a escocerme, pero no me detengo a mirar mis heridas; tampoco me preocupo de sortear las ramas que me salen al paso.

El tiempo que tardo en cruzar el bosque se me hace eterno. Ni siquiera soy

consciente de cuánto hace que salí del campamento, he perdido la noción del tiempo.

Por fin, encuentro el refugio. Ya han encendido una pequeña hoguera y la mayoría está a su alrededor, preparándose para cenar. Yo emerjo del bosque, casi tambaleante y temblando como una hoja. Annemette es la primera que me ve y suelta una risotada en cuanto se percata de mi aspecto.

Erika es la siguiente en darse cuenta. Me mira, al principio inmutable; espantada después. Se levanta con celeridad, casi cayéndose en el intento y se acerca a mí con urgencia.

Me coge de los brazos en cuanto llega hasta a mí y cierro los ojos para disfrutar de la calidez que desprenden sus dedos.

—¿Qué estás haciendo? —inquire, sorprendida, con sus ojos verdes muy abiertos.

—Me han robado... la ropa —murmuro, entre el castaño de mis dientes y los temblores que sacuden mi cuerpo.

—¿Cómo? —pregunta, preocupada—. ¿Te has quitado la ropa? ¿Para qué?

—Para bañarme... —le explico y empiezo a impacientarme.

—Apresúrate, ven. —Me empuja con suavidad al poner una mano sobre mi espalda—. ¡Estás congelada!

Avanzo junto a Erika hacia el fuego mientras todos me miran. Mis ojos se topan con los de Bibi, que me observa con una mezcla de extrañeza y aversión en la mirada, y no me lo pienso dos veces.

A pesar de que mi cuerpo grita que me acerque al fuego y me tape con una manta, continúo hacia ella, caminando con seguridad y determinación, hasta que me planto muy cerca, a tan solo un par de palmos.

—¿Has sido tú? —pregunto, relajada, pero con dureza. La voz no me deja de temblar, pero creo que parezco suficientemente seria.

—¿De qué hablas? —responde y cruza los brazos ante el pecho.

—Que si has sido tú quién me ha quitado la ropa.

—¿Para qué querría hacer yo algo así?

—Bibi, si lo has hecho... dímelo. Prefiero pensar que ha sido una de tus idioteces a creer que hay alguien... alguien más además de nosotros ahí fuera.

—Me cuesta hablar, y no dejo de tiritar.

La joven se pone tensa y mira hacia el bosque instintivamente. Me mira de nuevo, pálida, y sacude la cabeza.

—Yo no he hecho nada. He estado con Louis y el tarado todo el tiempo. —

Busca en Louis la corroboración de su coartada. Joren, que se ha acercado con una expresión de desconcierto en su rostro, asiente también.

—Ven, anda. —Erika aparece con una manta y me rodea con ella. Luego me frota los brazos por detrás para hacerme entrar en calor. Me pasa una mano por la cintura y casi me arrastra hasta el fuego.

De pronto, la puerta de la cabaña se abre y Berit y Derek salen de ella charlando despreocupadamente. Cuando me ven, sus expresiones se transforman. Ambos me miran con la extrañeza pintada en sus miradas y las cejas enarcadas, preguntándose qué diablos estoy haciendo. Derek tarda unos instantes en reaccionar, anonadado, pero sale disparado hacia nosotras en cuanto es consciente de la situación.

—¿Qué ha pasado? —me dice al agarrarme por los hombros. Estudia mi rostro con atención—. Dios mío, pareces un témpano de hielo. —Pone sus templados nudillos en mi mejilla y me contempla de arriba a abajo, apremiante—. Estás helada.

Sin previo aviso, pasa sus manos por debajo de mis piernas y de mi espalda para cogerme en brazos y echar a andar cargando conmigo. Me agarro a su cuello, sobresaltada, y no puedo evitar hundir mi rostro en él cuando siento el calor que desprende su cuerpo. Cierro los ojos, encantada, y me lleva hasta la cabaña.

—Erika, Berit, ayudadme a encender el fuego.

Derek se arrodilla para dejarme sobre el suelo de madera y hace un amago de soltarme, pero yo no libero su cuello. Si se puede evitar, prefiero que no me suelte todavía. Es cálido y agradable, y en comparación con el mío, su cuerpo parece hecho de ascuas ardiendo.

Erika se acerca con más mantas y las deja junto a nosotros. Al poco rato, Berit llega con la leña y ambos se enfrascan en la misión de encender el fuego del hogar.

Siento que Derek echa otra manta sobre mis hombros sin soltarme, y yo la sostengo con las puntas de mis dedos para que no se resbale. Poco a poco, me alejo un tanto de él, apenas unos centímetros, y comienzo a quitarme la toalla húmeda con la que me he tapado en mi carrera por el bosque.

—¿Qué ha pasado? —pregunta, frotando mis hombros con suavidad.

—Me he dado un baño y... al salir... alguien se había llevado mi ropa.

Derek me escruta con severidad.

—¿Qué hacías bañándote?

—Tenía... hollín. —Me entra la risa y un sonido parecido a una carcajada sale de mis labios hasta que empiezo a temblar y a toser de nuevo.

—Está demente —comenta Bibi de pie junto a la puerta.

Joren, Alexander y Louis aparecen tras ella y se quedan a un par de metros de distancia de mí, cautos. Me percató de la forma en la que me mira mi hermano, como si estuviera rematadamente loca y le dedico una sonrisa tranquilizadora.

—Tampoco tengo tanto frío —le confieso, temblando.

Derek vuelve a captar mi atención al sostenerme la barbilla con brusquedad.

—¿Dónde te has bañado?

—En el lago... yendo hacia el este más o menos un kilómetro.

—¿Un kilómetro desde dónde? —pregunta, apremiante.

—Desde donde tienen las trampas para peces Louis y Joren.

—¿Has visto quién te ha quitado la ropa?

Niego con la cabeza. Las puntas de mi cabello me salpican varias gotitas de agua sobre el cuello y me estremezco.

—Joren, acompáñame —le pide, serio, y se pone en pie con decisión—. Llévame al lugar donde soléis pescar.

Alzo la cabeza y lo sigo con la mirada, incapaz de decir nada, pero deseando que no se marche. Quiero que me abrace, quiero que acaricie mis brazos para hacerlos entrar en calor. Quiero que se quede conmigo.

Joren me mira, como pidiendo permiso, pero acaba saliendo por la puerta sin decir nada. Imagino que ha juzgado que ahora no estoy en condiciones de ejercer como hermana mayor.

Capítulo 33. Perejil

Esta mañana, cuando supe que dormiríamos entre cuatro paredes que nos resguardarían del viento, no era consciente de lo que iba a agradecer el calor de la cabaña.

Después de que Joren y Derek llegaran del lago, hemos cerrado la puerta y no la hemos vuelto a abrir más. Nos hemos asegurado de que todas las ventanas estuvieran bien cerradas y hemos colocado paños en las ranuras para impedir que se escapase el calor.

Yo ya me he secado y estoy vestida, pero el frío no ha terminado de abandonarme por completo. Nos hemos reunido frente al fuego del hogar, cada uno con una rama larga y varios pedazos de pescado crudo que acercamos al fuego para que se asen. Cocinarlos en la chimenea es más complicado y lento que hacerlo en una hoguera, pero llueve ya desde hace un rato y encender fuera un fuego es imposible.

Mi hermano y Derek no han encontrado ni rastro de la persona que se ha llevado mi ropa, pero mis pantalones han aparecido no muy lejos de la orilla del lago.

—Seguro que se los ha llevado un animal —dice Louis con ese acento que lo caracteriza. Lo escruto con atención. Tengo mis teorías acerca de por qué no habla alemán tan bien como su hermano; aunque tengo la sensación de que ahora no es un buen momento para pensar en ello.

—Sí, una ardilla —bufa Berit y le da un mordisco a un pedazo de pescado demasiado ennegrecido como para estar bueno.

—Erika dijo que también había zorros y lobos —replica, calmado.

—No, no. Dije que *podría* haberlos. No sé a qué animales pertenecían las huellas que seguí. Podrían ser zorros o liebres o...

—Los rastros que deja un zorro son bastante diferentes a los de una liebre —interviene Berit, combativo.

Erika no responde enseguida, pero lo fulmina con la mirada. Tiene a Anne en su regazo, y ambas sujetan una rama que desaparece entre las llamas de la chimenea. Alexander está a su lado. Parece cansado, a punto de rendirse y cerrar los ojos.

—La próxima vez acompáñame para que puedas ilustrarme con tu sabiduría —lo reta ella y esboza una sonrisa fingida.

Berit ríe, divertido; en realidad, no es tan irritable y quisquilloso como aparenta siempre. Sacude una mano en alto, para declinar la invitación y sigue concentrado en su cena.

Nos quedamos unos instantes en silencio escuchando el sonido del viento que intenta colarse por las ventanas y del fuego que crepita con intensidad frente a nosotros.

—¿Y tú qué hacías bañándote desnuda? —inquire Bibi, de pronto.

—Los que hemos estado limpiando nos hemos ensuciado —contesto.

—Si mañana puedes acercarte al lago sin sentir el impulso de arrojarte a él, te cambiaré mi puesto.

—¿Qué puesto? —pregunto y alzo mucho las cejas.

Bibi tuerce los labios y sacude la cabeza, airada.

—¿Quién te crees que ha pescado lo que te estás comiendo?

—Joren, Alexander y Louis. Y quizá haya ayudado Anne, buscando lombrices —respondo, hosca.

—¡Sí, sí! —interviene la pequeña—. Yo las he encontrado todas.

—La verdad es que no has debido bañarte —me dice Erika, con un tono de voz más suave—. Hace demasiado frío y no podemos arriesgarnos a que nadie enferme.

—Además ella ya estaba enferma —argumenta Joren.

—No tenemos medicinas —interviene Derek, sentado al otro extremo del círculo—. Y si alguien cae enfermo, no podremos ayudarle. Es mejor no tentar a la suerte y que nadie se meta en el lago hasta que empiece a hacer mejor tiempo.

Desvío la mirada y me centro en el fuego y en mi rama. La hago girar intentando distraerme. Me siento como una niña a la que todos regañan por hacer tonterías.

—Sería una pena que murieses por un catarro —comenta Bibi, punzante.

—¡Bibi! —la reprende Erika y noto que mira de reojo a Annemette, aunque esta no nos hace ni caso.

La joven pone los ojos en blanco y deja su rama en el suelo. Yo continúo mirando al frente y me planteo la posibilidad de que haya alguien más en el bosque o que quizá haya sido solo un animal.

Acaba de amanecer. Una fina línea azafranada araña el horizonte con timidez y se expande en colores violáceos y cárdenos sobre los que vuelan centenares de aves.

Hoy le ha tocado a Louis hacer de niñera. Tengo mis dudas acerca de cómo se arreglarán juntos, pero me fío de él; al fin y al cabo, es el hermano de Derek. El resto nos reunimos fuera de la cabaña, abrigados, y esperamos a que Berit nos dé instrucciones.

No podemos alimentarnos de lo que pesquemos eternamente; más que nada porque hay días en los que no pescaremos nada y ya no nos queda pan duro con el que combatir el hambre. Tampoco podemos contar con las patatas porque pasará un tiempo hasta que crezcan. Así que hoy vamos a intentar buscar algo comestible en el bosque y de paso vamos a seguir rastros de animales y a intentar definirlos con más precisión que Erika.

Aún no nos hemos planteado seriamente cazar ardillas, pero quizá pronto tengamos que hacerlo si queremos seguir comiendo.

—Nos dividiremos en parejas; cada una buscará en una zona y traerá una muestra de todo lo que encuentre para que podamos decidir entre todos si es comestible. Recordad, nada de plantas con salvia lechosa, ni cosas que huelan a ácido, parezcan amargas o estén llenas de hojas marchitas. Tampoco probéis ningún fruto que esté dividido en cinco segmentos, ni algo que tenga pelitos en el tallo. Y, por favor, no cojáis nada que se parezca al perejil.

—Cicuta —adivina Derek. Una nube de vaho emerge por su boca.

Berit asiente y empiezo a envidiar a Louis, que se va a quedar tranquilamente en casa.

—¿Y si es perejil? —pregunta Joren.

—Todo lo que sea parecido al perejil, ni lo toquéis.

—¿Pero y si no es parecido, y si es perejil? —insiste, persistente.

—En ese caso tampoco cojas el perejil —contesta Berit, paciente.

—¿Por qué? El perejil no es perjudicial para la salud.

—Pero la cicuta sí —responde. Empieza a crispase.

—Yo no voy a coger cicuta —asegura mi hermano, relajado—. Yo voy a coger perejil.

—No intentes encontrar perejil. Intenta encontrar otras cosas, ¿de acuerdo? —insiste Berit.

—¿Y si mientras busco otras cosas encuentro perejil?

—¡Pues no lo cojas! ¡Podría ser cicuta! —grita Berit.

Joren lo mira unos segundos sin decir nada, cauteloso.

—Tranquilo, yo no voy a coger cicuta.

A Erika se le escapa una carcajada jovial y yo miro a mi hermano horrorizada. Está claro que si ve algo parecido al perejil no va a dudar en cogerlo.

—Joren, tú haces pareja conmigo —sentencia Berit, autoritario.

Me llevo la mano al pecho sin darme cuenta, aliviada. Al parecer, no solo yo he sentido la necesidad de proteger a mi hermano y me alegro de que la única persona que tiene una idea acerca de qué nos puede matar vaya con él.

Siento una mirada clavada en mí y alzo la vista para descubrir que Derek me está mirando con sus ojos castaños, interrogante. Erika, a mi lado, también me mira, expectante, mientras se calienta las manos al echar su aliento en ellas. Dudo unos segundos —apenas unos instantes— y Bibi decide por mí al pegarse a Derek con una sonrisa.

La joven me dedica una fría sonrisa y yo me vuelvo hacia Erika, ignorándola.

—¿Nos vamos? —pregunto. Deseo echar a andar para entrar en calor.

—¿Vienes con nosotras, Alexander? —le pregunta a su primo.

Este echa la vista atrás y mira a Joren de refilón. Parece dudarlo, pero acaba diciéndole que sí.

La mañana es fría y la niebla se extiende entre nuestros pies, lenta pero inexorable. El ambiente es lúgubre y oscuro, y el rocío del amanecer empapa los bajos de mis pantalones.

El chico camina por delante de nosotras. Se agacha cada vez que ve algo interesante y es quien más plantas recoge. Parece entusiasmado con nuestro cometido.

Cuando regresamos, lo primero que hace es correr para reunirse junto a Joren y a mí se me escapa una sonrisa mientras los miro. Parece que al chico le gusta mi hermano. Probablemente lo haya embelesado con sus vastos conocimientos sobre aviones y con las bromas que hace sin ser consciente.

Capítulo 34. Miedo

—No pienso probar eso —protesta Erika.

Después de salir en busca de algún fruto o tubérculo que pudiésemos comer, hemos regresado al refugio prácticamente con las manos vacías. Sin embargo, Berit ha traído varias plantas y algunos pequeños frutos que cree que son comestibles. Aun así, no está del todo seguro y eso nos inquieta bastante a todos. Su propuesta es que cada uno pruebe uno diferente para comprobar si se pueden comer o, por el contrario, nos harían daño.

—Si la pruebas y resulta no ser comestible, solo serán unas náuseas —explica Berit y le ofrece una de las plantas.

—Eso es lo que tú piensas —le espeta ella y se revuelve en su sitio. Todos nos encontramos en el interior de la cabaña, sentados frente al fuego, mientras observamos con aprensión las plantas que Berit ha reunido.

—Sí y hasta ahora lo que yo he pensado os ha servido a todos para sobrevivir.

Erika bufá y se sonroja por la rabia. Berit la fulmina con la mirada, airado. Llevan un tiempo discutiendo y el resto nos mantenemos en silencio, sin atrevernos a decir nada. A ninguno nos entusiasma demasiado la idea de comer algo que podría hacernos enfermar.

—¿Qué bicho te ha picado? Si no quieres probar, no lo hagas. Pero tampoco las comerás en caso de que no sean venenosas.

—Claro que no lo haré —le dice ella.

—Eso tampoco será necesario —interviene Derek—. Si no quiere hacerlo, no tiene por qué...

—¡No, no! Si ella no las prueba no las comerá —coincide Bibi, con un tono de voz especialmente desquiciante.

—Yo probaré dos —me ofrezco, deseando que esto se quede en una nimiedad.

—No puedes probar dos. Porque si te sienta mal no sabremos cuál de las dos ha sido —me explica Berit. Está molesto y desabrido. Nunca hasta ahora lo había visto tan irritado.

Miro a Erika, interrogante, y me pregunto qué está pasando por su cabeza en

esos instantes. No es propio de ella ser tan extremadamente testaruda.

—Quizá ni siquiera enfermes —le digo, suave, y le tomo de la mano—. Y si ocurre, no será peor que una indigestión.

De pronto, Erika aparta mi mano con tal brusquedad que me asusto. Le da un manotazo y se pone en pie, iracunda.

—He dicho que no las probaré. Y si tengo que quedarme sin comer, ¡me da igual!

Se aleja del círculo a grandes zancadas, enfadada, y sale por la puerta como un torbellino. Nosotros nos quedamos en silencio. Louis está perplejo y Berit parece indignado. Derek y yo compartimos una mirada de preocupación.

—Qué infantil —comenta Bibi al echarse la melena rubia hacia atrás, pero nadie le responde; todos estamos demasiado desconcertados para ello.

Ahora, sin embargo, no es el momento de salir detrás de ella haciendo preguntas. Así que, antes de que alguien decida seguir con el tema de Erika y que se caldeen los ánimos aún más, cojo una flor del montón provisional y la zarandeo en el aire para captar la atención de Berit.

—¿Lo hacemos?

Cuatro horas después, Berit está vomitando en un destartado cubo oxidado que encontramos. Es el único al que la planta le ha sentado mal, así que cuatro de cinco no está nada mal.

Los demás aún debemos esperar un par de horas más para poder comer algo, pues todavía cabe la posibilidad de que también estemos intoxicados y los síntomas no hayan aparecido. Aunque me muero de hambre, la idea de volver a comer tristes pedazos de pescado medio asado me desanima bastante.

A pesar de la niebla, que se propaga como un fino manto de seda, esta no es una de las peores noches. No llueve y el viento nos ha concedido una tregua. Me abrigo hasta el cuello, tapándome incluso la boca, y salgo al exterior, donde Erika está sentada frente a la pequeña hoguera que nos calienta.

Me acerco hasta ella, pero no me siento, no quiero arriesgarme a mojarme los únicos pantalones limpios que tengo.

—Hola.

—Hola —saluda.

—¿Estás bien?

Asiente apenas perceptiblemente.

—¿Seguro? Lo de antes ha sido...

—Muy imprudente por vuestra parte —termina ella, aún enfadada. Decido no abordar el tema de esa forma. Cojo aire despacio y vuelvo a empezar.

—Yo respeto tu decisión. Aunque no estaba especialmente buena, al menos mi planta podrás comerla —sonrío.

—Eso si no te mata —responde, mordaz.

Intento reír, aunque su tono lúgubre me inquieta un poco.

—¿Seguro que estás bien? —insisto—. Esto no es propio de ti.

—Simplemente no quería envenenarme a propósito; eso es todo. —Rompe un pequeño palo y lo arroja al fuego con saña. Aún está enfadada.

Todavía no ha anochecido, pero la claridad del día se aleja de nosotros. Miro a mi alrededor, distraída. El bosque tiene un aspecto misterioso, cubierto de niebla y salpicado por las flores y las raíces que descansan junto a los árboles.

—¿Vas a quedarte aquí? ¿Quieres dar un paseo?

—No, gracias, Karan —me dice ella, más sosegada, pero sin mirarme todavía a los ojos.

—Yo sí —nos interrumpe una voz a mi espalda.

Me giro, despacio, y me encuentro con Derek con las manos en los bolsillos y un poco encogido sobre sí mismo a causa del frío.

—¿Quieres dar un paseo?

—¿Por qué no? Me aburro aquí dentro.

Se escucha una arcada procedente del interior de la cabaña y siento que se me revuelve el estómago. A mí también me apetece salir a pasear cada vez más. Miro de reojo a Erika, intentando vislumbrar una muestra de regocijo en su rostro; pero no veo nada de nada, solo la misma expresión apática tan poco habitual en ella.

Aparto los ojos de ella y decido que es mejor que le dé espacio.

—Vámonos —le pido a Derek y echo a andar.

En ese mismo instante, Joren sale por la puerta, un poco pálido y con el rostro descompuesto. Seguro que no le resulta fácil estar cerca de Berit.

—¿Puedo ir con vosotros? —pregunta, como si fuera un animalillo desvalido.

Aunque dudo —dudo bastante— me decanto por la opción de ser una buena hermana.

—Claro, ven. Estarás mejor si te da un poco el aire.

—Sí, colega, ven —coincide Derek, amable—, pero espera un poco, antes

tengo que enseñarte algo que te va a gustar. Acompáñame. —Rodea sus hombros con los brazos y Joren lo mira con extrañeza, tenso. Derek se percata del gesto y lo suelta al instante para concederle espacio. Sin embargo, no deja de empujarlo con el brazo para que lo siga hacia la zona trasera de la cabaña, hacia la huerta.

Suspiro.

—Tengo envidia de lo bien que se llevan —le confieso a Erika.

Ella se encoge de hombros y no me contesta. Yo tiro la toalla definitivamente. Hoy no es su día y punto.

Capítulo 35. Un libro robado

Caminamos por el bosque en silencio. Las ramas de las hayas se retuercen hacia el cielo en busca de luz. La calima se abre paso lentamente entre nuestros pies y decenas de orquídeas azules crecen cada pocos metros. Sería un lugar ideal, casi perfecto, por el que pasear con Derek si no estuviera mi hermano entre los dos; literalmente.

Apenas nos hemos alejado de la cabaña y eso me extraña. Seguimos caminando en paralelo a ella, sin penetrar demasiado en el bosque. Yo miro adelante, deseando avanzar hacia el interior y perdernos entre los fantásticos prados de orquídeas que salpican estos bosques de hadas.

Derek se detiene de pronto y apoya la espalda contra la corteza de un haya. Echa la cabeza hacia atrás y contempla cómo las ramas se ciernen sobre nosotros en un templado abrazo que nos protege del frío.

—¿Cómo va la pesca con Louis? —pregunta a Joren.

—Bien. Tenemos algo de pescado guardado para cenar esta noche. Además... —se detiene, y frunce el ceño de forma casi exagerada. Sacude la cabeza hacia el joven, confuso—, ¿es la señal para que me vaya? Lo siento, es que no lo he entendido bien.

Me quedo de piedra. Derek se golpea la frente con la mano y baja la mirada a sus pies. Cuando alza el rostro sonrío y se sonroja rápidamente.

—Era ahora, ¿a que sí? —pregunta Joren, impaciente.

—Sí, era ahora, campeón —le dice, sorprendentemente calmado y sin una pizca de resentimiento. Es incluso cariñoso con él.

—Bueno, pues... —mi hermano se gira hacia mí—: Te informo de que me estoy aburriendo y de que también creo que debería ayudar a Berit.

—Ya... —asiento, incrédula, incapaz de creer que Joren pueda pensar que no me he dado cuenta de nada. No doy crédito.

—Bueno, me voy —anuncia y se da la vuelta para desaparecer por el mismo camino por el que hemos venido. Ahora entiendo por qué Derek no quería alejarse demasiado. Es considerado con él.

Me giro hacia Derek y solo entonces soy consciente de la situación en la que nos encontramos. Trago saliva y mi corazón se desata. Las monstruosas

mariposas de mi estómago deciden tomar partido y empiezan a agitar sus alas descontroladas.

Derek sigue apoyado en el tronco del árbol, mientras se muerde los labios, nervioso y enigmático.

Yo también quiero morderlos.

Me controlo a mí misma para no salir corriendo y cuento hasta tres para serenarme.

—Si quieres podemos fingir que nada de esto ha pasado —propongo, apenas sin pensar en lo que digo.

—No, me temo que ya es tarde para eso.

Se despega del árbol y da dos pasos lentos hacia mí mientras se frota el cuello. Verlo así, inquieto y azorado, tan perdido como yo, me consuela de una manera inimaginable. Pero no es suficiente para que mi corazón recupere su ritmo normal y mis piernas dejen de temblar.

Derek sonrío y me mira a los ojos. Es una sonrisa preciosa.

—Tengo algo para ti.

Se desabrocha los dos primeros botones de su abrigo y lo observo, curiosa, incapaz de mover ni un solo músculo. Entonces, saca un libro del interior y abro mucho los ojos. Me lo tiende y yo lo tomo entre mis manos.

—Es *Un día de invierno*.

Él asiente. Lo abro maravillada. Paso las páginas, intrigada, y descubro el mismo final improvisado, el pequeño resumen después de varias páginas arrancadas.

—¿Cómo? —pregunto.

—Lo tomé prestado.

—Si no lo vas a devolver se llama *hurto*.

Él se encoge de hombros, travieso, pero todavía nervioso.

—Puedes llamarlo como quieras.

Nos quedamos en silencio, muy cerca el uno del otro.

—Es para ti.

—Gracias —murmuro, con un tono de voz bajo, como si levantarlo en este instante fuera un delito—. ¿Derek?

—¿Sí?

—Dime la verdad, ¿cómo acaba?

—Está ahí escrito —insiste, sin dudar.

Sonrío y presiono el libro contra mi pecho, emocionada. Él estira su brazo y

me tiende la mano.

—Deja que lo guarde, luego te lo devuelvo.

Asiento y se lo doy. De nuevo, nos quedamos en silencio. Mete las manos en los bolsillos y se balancea sobre sus talones. Esboza una sonrisa tímida y traviesa y me mira. Sus ojos marrones brillan.

—Me muero de ganas por besarte.

Siento que me falta el aliento, pero no flaqueo cuando rompo el silencio.

—¿Y por qué no lo has hecho ya?

—Quería saber cuánto tiempo pasaba hasta que me dijeras que tú también querías besarme.

—Eso es bastante presuntuoso por tu parte, ¿no crees? —pregunto.

—No soy presuntuoso, solo observador.

Nos sostenemos la mirada sin titubear. El corazón me late con semejante fuerza que me duele el pecho y me cuesta respirar.

—Quiero besarte, Ka —repite, tierno y bajito.

Está serio. Ha dejado de sonreír con nerviosismo. Ahora parece inquieto, pero extrañamente seguro al mismo tiempo. La determinación tiñe su mirada y también el deseo. Derek da un paso más hacia mí, invadiendo mi espacio. Se inclina levemente sobre mí y me apresa con su mirada.

Yo doy otro paso adelante, titubeante, hasta que apenas nos separan unos centímetros. Alzo mis brazos y rodeo su cuello con ellos. No sé lo que hago y, sin embargo, nunca he estado más segura de algo en toda mi vida.

Quiero besarlo. Quiero besarlo con locura y no puedo creer que esto esté pasando realmente. Lo tengo cerca, tan cerca que nuestros labios se rozarían si decidiera ponerme de puntillas. Nos observamos en silencio mientras el vaho se funde con el aire helado. No se escucha nada más que nuestra respiración y los latidos de mi corazón.

Es un instante extraño y perfecto en el que nos contemplamos con intensidad. Derek rodea mi cintura con delicadeza y yo levanto el rostro buscando su boca. Y, de pronto, sucede. Ladea la cabeza y cierro los ojos cuando nuestros labios se encuentran. Me besa primero con suavidad, en un beso lento y profundo que se prolonga apenas unos instantes. Después, nuestros corazones se desatan y el ritmo se vuelve intenso.

Me pega a él con fuerza y ansiedad, sin perder la delicadeza con la que sus manos sujetan mi cintura, y yo me abandono a sus labios respondiendo con vehemencia y pierdo por completo la cabeza.

Capítulo 36. El luchador

Arrojados por las raíces de las hayas y cobijados bajo un manto de estrellas, sigo perdida en él. No puedo —ni quiero— dejar de besarlo, ni que él deje de besarme a mí. Derek, sentado con las piernas estiradas; yo, a horcajadas sobre él mientras sus dedos se entrelazan en mi espalda y me apresan sin piedad, como si no pudiera dejarme ir.

Finalmente despego los labios y escucho el sonido de mi voz, que después de todo este tiempo me resulta incluso extraño.

—Deberíamos volver pronto.

No quiero marcharme, no quiero despegarme de él. Pero, por otro lado, Joren y Annemette están en el campamento y no puedo desentenderme mucho más de ellos.

—Deberíamos —coincide. Y por la forma en la que lo dice sé que él está pensando lo mismo que yo.

Me pongo en pie con su ayuda y le tiendo la mano para ayudarlo después a él. Se sacude el pantalón para quitarse las pequeñas hojas que se le han quedado adheridas y yo me estiro la ropa.

Hacemos el camino de vuelta compartiendo el silencio y el secreto de nuestro beso. Cuando por fin avistamos entre los árboles la luz del fuego que escapa por las ventanas del refugio, antes de salir del bosque, me toma de la mano y me gira hacia él para darme un beso rápido e intenso.

Aún con los nervios a flor de piel, me suelta, y salimos al pequeño claro que guarda nuestro hogar.

Todos están dentro; algunos delante del fuego, asando pescado, otros sentados en algún rincón, envueltos en una manta, como Erika, que sigue cabizbaja y pensativa.

Cuando la puerta se abre con un chasquido y se cierra a nuestra espalda, siento que Bibi nos fulmina con la mirada. Louis y ella se encuentran al otro lado de la habitación, cerca del fuego. Ella da vueltas a una flor que tiene entre los dedos, él sostiene una varilla en la que hay ensartado un pedazo de pescado.

—¿Dónde habéis estado? —inquire con frialdad.

—Dando un paseo —contesta Derek enseguida, sin darme oportunidad a responder.

Busca algo con la mirada a lo largo de la habitación y después pregunta:

—¿Dónde está Berit?

—Con la cabeza dentro de un cubo en la habitación —responde Bibi en el mismo tono hosco y áspero de antes.

Louis la mira con extrañeza, supongo que preguntándose por qué le ha molestado tanto que hayamos ido a dar un paseo. Está bien, puede que no las tenga todas consigo a la hora de entender alemán, ¿pero no intuye nada de nada?

Derek me da el libro discretamente y se quita el abrigo. Mira alrededor, buscando un lugar en el que dejarlo y finalmente sonrío de oreja a oreja.

—Deberíamos hacernos un armario o algo así.

Bibi finge desinterés, sin mirarnos siquiera, con aire altanero e indiferente. Louis le tiende la varilla que sujeta y esta arruga los labios, decepcionada. Pero él no se percata —o no le importa realmente— y se levanta dejándola a cargo de asar el pescado.

Se acerca a nosotros con sus muletas, curioso, con una sonrisa en los labios que me recuerda mucho a la de su hermano. Ahora ambos sonrían prácticamente de la misma forma.

—Si hacemos algo... —empieza, con un deje de acento—, será mejor hacer una mesa.

—Y sillas —coincide Derek—. Sí, mejor empezar por la mesa y las sillas. Después haremos un armario.

—Un arcón sería más fácil —propone.

—Pues un arcón —sentencia—. Mañana empezaremos —decide encantado y arroja su abrigo a una esquina. Louis asiente, convencido y satisfecho. Ambos se acercan al fuego a seguir charlando y yo aprovecho para asomarme a la habitación donde Berit está vomitando.

Doy un par de toques en la puerta antes de entrar y la abro despacio mientras lo busco en la oscuridad de la estancia. Hace más frío que en el salón y la luz que hay dentro es la que apenas entra desde la puerta entreabierta.

En cuanto doy un paso, un fuerte olor a vómito me golpea y tengo que hacer de tripas corazón para no dar media vuelta y dejar al pobre Berit a su suerte.

Se encuentra apoyado en una pared, con un cubo metálico entre las piernas, con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados. No tiene buen aspecto;

está pálido y parece débil.

—Vengo a ver cómo estás.

—Pues estoy mal —contesta, un tanto irritado. Me pregunto si aún sigue molesto por la actitud de Erika.

—Lo sé. Lo imagino —vuelvo la puerta y las voces de Louis y Derek, que cavilan acerca de futuros proyectos, se ven amortiguadas repentinamente—. ¿Necesitas algo?

—Acabo de beber mucha agua caliente para terminar de depurarme. Solo estaré vomitando unas horas más. Después, asegúrate de que queda algo que pueda comer.

—Una flor, ¿por ejemplo? —bromeo.

Berit desiste y ríe. Ha abandonado su actitud severa.

—Tú asegúrate de que queda pescado.

—Yo me encargo —le respondo, seria. Me quedo de pie frente a la puerta cerrada, titubeante, preguntándome si debería dar media vuelta y no meterme en los asuntos de otros o si, por el contrario, debería hablar.

Como siempre, mi maldita curiosidad y mi lado más metomentodo ganan la partida. Cuánta razón tenía mi madre cuando me decía que mi lengua me perdía.

—Creo que Erika tiene un buen motivo para no haber querido probar su planta.

Berit me mira enarcando sus espesas cejas oscuras, pero no responde.

—Creo que es algo que no nos cuenta.

—No sé qué no podría contarnos. ¿Sería peor que ridiculizarse de esa forma?

—Erika no es egoísta y tú lo sabrás mejor que nadie, sois amigos.

Suspira, pesaroso y se frota la nuca con cansancio. Mira el cubo que tiene entre las piernas y esboza una mueca de disgusto antes de retirarlo y quitárselo de la vista momentáneamente.

—Lo sé. Es una de las personas más generosas que conozco. Ella me daba comida cuando yo no tenía ni siquiera donde vivir ¿sabes?

—Sí, algo me contó.

—También es un poco cotilla —sonríe.

—En realidad fui yo la que preguntó —respondo.

—Llevo mucho tiempo viviendo en la calle, pasando hambre y frío, por eso esto no es nuevo para mí. Pero me molesta que ella no quiera sacrificar unas

cuantas horas de su vida con náuseas para que los demás no tengamos que pasar hambre.

A pesar del penetrante olor, no tengo intención de marcharme todavía, y él tampoco parece tener intención de dejar de hablar ahora. Así que avanzo despacio hacia él y me siento en frente, atenta.

—Algunos vecinos me han acogido, incluso el alcalde me ha cedido casas deshabitadas en las que dormir durante cortos periodos. He tenido muchos trabajos, mal pagados todos, y cortos; muy cortos. He trabajado cargando camiones, levantando muros, limpiando casas y también en la granja de Derek. Así fue como nos conocimos. Pero ninguno ha durado mucho tiempo y siempre me quedaba sin dinero. Cada día, al acostarme, no sabía dónde dormiría al día siguiente.

—Tuvo que ser muy difícil.

Él se encoge de hombros.

—Te acabas acostumbrando.

No intenta restarle importancia ni parecer más duro, es, como dijo Erika, un verdadero superviviente y eso lo hace fuerte y lo convierte en un luchador.

—Por eso sabes tanto de plantas.

—No es la primera vez que las como —reconoce, riendo un poco.

Me quedo un rato en silencio, observándolo, preguntándome qué clase de gente abandona a un muchacho y lo deja a su suerte llevándose todo su dinero y sus posibilidades de volver con su familia.

—Por eso decidiste venir con nosotros.

—Allí no me quedaba nada. Pensé que aquí, todos juntos, tendríamos una oportunidad.

Asiento despacio, pensativa, y apoyo la cabeza entre las manos.

—¿Cómo conociste a Erika exactamente? —pregunto, interesada, pensando que tal vez si le hago hablar de ella se ablande un poco y esté más receptivo cuando Erika decida contarnos lo que ocurre exactamente.

Así, nos quedamos hablando un rato, con la puerta vuelta, alumbrados por una luz tenue y cálida, hasta que Berit recobra la compostura y decide que puede ponerse en pie e ir a comer algo.

Capítulo 37. La luz en el bosque

Anne y yo jugamos cerca de la orilla del lago. Intento enseñarle a sumar con las piedras que encontramos por los alrededores. Joren merodea por aquí, mirando al cielo, buscando, quizá, que alguno de sus preciados aviones lo cruce rugiendo con sus potentes motores.

—¿Cuatro más cinco? —vuelvo a preguntar y enseño los dos montoncitos de piedras que he hecho frente a ella. Anne ya ha aprendido que cuatro más cuatro son ocho, y apenas tiene que pensarlo, pero le cuesta dar un paso más allá. Llevamos un tiempo jugando a esto y aunque yo insista, ella está más dispuesta a mandarlo todo al carajo.

—No sé... —berrea, cansada—. Pregúntame cuatro más cuatro. O dos más dos. Dos más dos son cuatro.

—No, no, listilla. Si te pregunto siempre lo mismo no aprenderás.

Ella se cruza de brazos y refunfuña. Joren se acerca despacio y observa las piedras que tenemos delante por encima de la cabecita rubia de Anne.

—¿Cuál es el problema?

—Que no sé cuántas hay... —gimotea ella y se revuelve inquieta.

—Pero Anne, si solo tienes que contar —le digo. Empiezo a desesperarme.

—Sé contar cuando son ocho.

—Y hasta bastante más también —la contradigo. Es exasperante.

—¿Sabes contar ocho? —pregunta Joren, intrigado.

Lo miro, recelosa, preguntándome qué se le estará pasando por la cabeza. Normalmente estas trivialidades no le interesan. La pequeña asiente. Su hermano mayor ha captado su atención.

—¡Que sabe contar hasta treinta! —le digo—. Lo que pasa es que no...

—Pues ya está, es muy fácil —me interrumpe él, agachándose y cogiendo una piedra. Lo observo, atónita, mientras la sostiene y la lanza al agua—. Ahora hay ocho, ya lo verás. Cuéntalas ahora.

Anne aplaude como si estuviera en el circo y lo vitorea, encantada. Yo lo fulmino con la mirada y la pequeña aprovecha la distracción para salir corriendo y alejarse antes de que proponga otra operación. Por lo menos, parece que se ha dado cuenta de que quitando una se quedaba con ocho... algo

es algo.

—Creía que no te gustaban las bromas —le digo.

—Y me siguen sin gustar —confirma él, sin comprender.

—Pues acabas de hacer una. Y me has jorobado el ejercicio.

—¿Ah, sí? ¿He hecho una broma? —inquire y arquea las cejas, muy sorprendido. Sonríe, contento, y no puedo evitar hacer lo mismo.

—Que sepas que mañana le vas a enseñar tú —le amenazo y me levanto para acercarme a Erika, que se ha sentado en la orilla del lago mientras espera a que pique algún pez.

Me siento con ella sin decir ni una palabra y disfruto del sol, que se abre paso entre la niebla y acaricia mi rostro con calidez.

Derek y Louis se han pasado el día proponiendo ideas para hacer muebles, pero todas pasaban por utilizar madera y aunque en estos bosques abunda, no hay forma de cortarla como es debido. Ahora todos duermen desde hace rato. Solo queda una débil llama que conservamos cada noche encendida y los rescoldos incandescentes que brillan en los bordes del fuego.

Me levanto con cuidado, procurando no despertar a Erika y a Anne, que duermen en este lado del salón, pegadas a la pared como yo, y me acerco de puntillas hasta el lugar donde Derek descansa, tapado con una manta hasta el pecho.

Me pongo de rodillas y me aseguro de que los demás también están profundamente dormidos. Lo zarandeo con delicadeza, para no asustarlo.

Él abre perezosamente los ojos, somnoliento, y antes de que pueda decir nada, lo beso. Sorprendido, no reacciona enseguida, pero cuando es consciente de lo que ocurre rodea mi cuerpo con sus fuertes brazos y me acerca más a él, bebiendo del beso.

Me separo a duras penas y le hago un gesto con la cabeza para que me siga cuando me pongo de pie y cojo mi abrigo del suelo. Salgo a hurtadillas de la cabaña y espero junto a la ventana, hasta que la puerta se vuelve a abrir y sale también.

Se aproxima hasta mí y mi espalda choca contra la pared cuando me besa con intensidad.

—Por lo general, no me gusta que me despierten en medio de la noche —me dice, con voz ronca—, pero si es de esa forma, puedes hacerlo las veces que quieras. —Sonríe, travieso.

—Tranquilo, no planeaba quedarme despierta hasta tan tarde de nuevo.

—Entonces te despertaré yo —declara.

—Será mejor que no lo hagas. No tengo tan buen despertar como tú.

Derek sonríe y vuelve a besarme en los labios, esta vez de forma casta y casi apresurada.

—¿Vamos a dar un paseo? —me ofrece la mano y yo la tomo sin pensarlo. No obstante, tan solo rodeamos el pequeño refugio y nos sentamos junto a la huerta, apoyados en la parte de atrás de la casa.

Desde aquí ni siquiera podemos ver el bosque. Las estrellas besan la oscuridad del firmamento, pero apenas distingo su rostro en la penumbra. El viento sopla con fuerza, y arrastra nubes que ocultan las estrellas momentáneamente, oscureciendo aún más el paisaje.

Envalentonada, tal vez por la oscuridad que nos rodea, tras unos primeros instantes de silencio, decido preguntar algo a lo que llevo tiempo dando vueltas.

—Derek, ¿desde hace cuánto conoces a tu hermano?

Él se gira y me mira, pillado por sorpresa. Sin embargo, sonríe, y no intenta negarlo.

—¿Cómo lo sabes?

—El alemán no es su lengua materna.

Echa la cabeza atrás y clava sus ojos oscuros en la bóveda celeste, que brilla mientras las nubes pasajeras le conceden una tregua.

—Tenemos la misma madre —me explica—. Nos conocimos cuando llegué a Dinamarca.

—Entonces no os conocéis mucho.

—Lo suficiente —responde—. Es mi hermano, con eso me basta.

—¿Y tu madre? —pregunto, deseando no estar resultando muy entrometida.

—También la conocí hace poco. Yo vivía con mi padre en Berlín. Es militar, me envió con mi madre y mi hermano cuando intuyó que las cosas iban a cambiar.

Me vuelvo hacia él como un resorte, arqueando las cejas.

—¿Te sacó de Alemania siendo un militar? A mí me parece un motivo de peso para quedarte allí, con él, con los vencedores.

—Que esté en el ejército no significa que comparta los ideales de los altos mandos —suspira—. Él está en infantería; no entró en el ejército por la patria, ni por el honor, ni por nada de eso. Lo hizo porque teníamos que comer.

Supongo que no tenía ni idea de que iban a invadir Dinamarca, de ser así, me habría enviado más lejos.

—El destino es caprichoso.

—Lo es —coincide.

Quiero saber qué es de su madre, pues aún no me lo ha dicho. Y hasta donde yo sé, en la granja donde Louis y él vivían ella no estaba. Pero quizá no quiera hablar de ello y no quiero incomodarlo. Por hoy ya he hecho suficientes preguntas comprometedoras. Además, puedo intuir qué ha podido haber sido de ella; tal vez vivieron un reencuentro efímero e interrumpido. Y no creo que deba ser yo quien le pregunte sobre eso. No quiero reabrir heridas que ni siquiera han tenido tiempo de cicatrizar.

—Es hermoso cuando no hay nubes —dice de pronto al mirar al firmamento.

—Me gusta más cuando es de día y no llueve.

—A mí no. Prefiero la noche. —Vuelve despacio la cabeza y me observa mientras la ladea, sin separarse de la pared que tenemos detrás. Apenas puedo distinguir las facciones de su rostro y esa es una razón más por la que prefiero el día, la luz, cuando puedo contemplarlo cuanto quiera.

Derek alza la mano y sus cálidos dedos acarician mi mejilla y van a quedarse detrás de mi oreja, lo que me provoca un escalofrío que me recorre sin piedad. Me acaricia el lóbulo de la oreja con el pulgar y me observa sin pestañear mientras provoca con su mirada que mi corazón lata con violencia.

De pronto alza la cabeza y mira al cielo. Yo lo imito y levanto la cabeza, curiosa, mirando hacia donde él mira durante unos segundos.

—Tus ojos son muy parecidos cuando no hay nubes.

Lo observo, perpleja y expectante, y espero a que vuelva a mirarme para seguir hablando. Me señala con el dedo índice, que acaba recorriendo mi sien, muy cerca del párpado.

—Cuando se dilatan tus pupilas y parece que el negro se entremezcla con el azul intenso de tus iris, solo si te fijas bien, puedes ver pequeñas motas níveas, brillantes como estrellas, que forman constelaciones en tus ojos. El universo está preso en tu mirada, Karan.

Me quedo sin aliento y, a falta de palabras, me inclino para darle un beso muy suave en los labios. Cierro los ojos y reconozco que su argumento a favor de la noche es mucho mejor que el mío a favor del día. Quizá después de un par de noches más así yo también cambie la luz por la oscuridad, que ahora

parece mucho más brillante.

De pronto, se escucha un pesado ruido procedente de los árboles del bosque. Derek se separa con rapidez y yo también me levanto, alerta, y busco con ansiedad la procedencia del golpe.

Estrecho los ojos y descubro una pequeña luz entre las ramas, una luz que se aleja cada vez más, hasta que desaparece casi por completo. Abro la boca para decírselo a él, pero no es necesario; también lo ha visto.

—Vuelve al refugio, Ka —me dice, antes de salir corriendo hacia el bosque.

—¡Derek! —le grito, dubitativa.

Lo veo alejarse a la carrera y confundirse con los árboles. La luz se pierde y supongo que quien quiera que la estuviera llevando la ha apagado. Me quedo allí de pie, indecisa. Sé que no lo alcanzaré, no soy tan rápida como él, pero tampoco soy de las que esperan.

Echo a correr también, siguiendo la dirección que ha tomado y no reduzco el ritmo hasta que me interno considerablemente en el bosque y las frondosas ramas de las hayas me privan de la poca luz que me proporciona el firmamento. Tropiezo y caigo de bruces. Por suerte, consigo interponer mis manos entre mi rostro y el suelo y apenas me resiento por la caída. Me pongo en pie y decido que es un buen momento para caminar despacio.

Miro a mi alrededor, buscando cualquier indicio de que alguien haya pasado por aquí cerca, Derek o quienquiera que anduviera por aquí, no importa. Aun así, si me encontrara con un extraño, no sé cómo reaccionaría. ¿Qué debería hacer? He salido corriendo sin pensar demasiado, creyendo que a Derek le vendría bien mi ayuda, pero no me he planteado la posibilidad de toparme a solas con la persona a la que buscamos.

Empiezo a arrepentirme de mi impulsiva decisión y comienzo a mirar las sombras de los árboles con desconfianza y temor. Aun así, no retrocedo. Sigo adelante, despacio, atenta a cada sonido, pendiente de cada suspiro del viento, a la espera de escuchar algo que delate una posición. No sucede nada.

Paciente, me abro paso bosque adentro, sorteando las ramas y saltando las raíces. Mi abrigo se engancha un par de veces y también mi pelo, que se queda enredado en las ramas.

Entonces, repentinamente, alguien me agarra por detrás de los hombros y yo me vuelvo sobresaltada, ahogando un grito.

—¿Qué haces? —susurra Derek, para mi alivio—. Te he dicho que

volvieras dentro.

—Yo no te he contestado que lo haría.

Él no responde, no me dice qué opina de mi decisión, pero no me cuesta intuirlo. Mira a nuestro alrededor, tenso, y alza el brazo para enseñarme un objeto alargado. En la oscuridad no soy capaz de identificarlo enseguida. Sin embargo, parece que emana calor de él.

—¿Es una tea?

Él asiente.

—Aquí había alguien.

Nos miramos con expresión grave, conscientes de cuanto nos rodea y de la oscuridad que se cierne sobre nosotros en un abrazo protector y amenazante.

Capítulo 38. Alguien en el bosque

—¿Qué ocurre? —pregunta Erika en cuanto nos ve llegar. El vaho escapa de su boca. Está descalza, y apenas lleva una camisa y una manta por los hombros. Se abraza a sí misma para entrar en calor y nos mira, apremiante, mientras llegamos al refugio—. ¿Por qué gritáis?

Berit sale también, pero Derek les hace un gesto con la mano para que vuelvan dentro. Erika no obedece, tampoco el muchacho.

Alexander se asoma por detrás, curioso y adormilado.

—Hay alguien en el bosque.

Berit, en un gesto inconsciente, alza el brazo frente a Erika y le insta a retroceder con suavidad. A pesar de la ansiedad, soy capaz de sonreír por su ademán protector.

—Entrad —insiste Derek—. Tú también —me pide.

Los cuatro volvemos dentro, donde todos se han despertado ya y algunos se han puesto en pie nerviosos.

—¿Cómo que hay alguien en el bosque? —pregunta Berit, preocupado.

—Hemos visto una luz y hemos encontrado esto. —Derek alza la tea apagada y todos la miran con aprensión. Anne, que sigue prácticamente dormida, se acerca a mí con ojillos somnolientos y me agarra con su manita.

—Vuelve a dormir, Anne. No pasa nada. —le digo con tono de voz suave y la conduzco de nuevo hacia las mantas en las que estaba acurrucada.

Detrás, Derek se dispone a explicarle al resto lo que hemos visto. Cuando he convencido a Anne de que todo está bien y se ha quedado adormilada, ellos ya han escuchado toda la historia.

—Si solo había una antorcha puede que no fuera más de uno, quizá dos. Tres a lo sumo —dice Berit, pensativo.

—Quizá eran más y no han visto el resto de las luces —advierde Erika.

Se hace el silencio, porque puede tener razón.

—¿Qué creéis que quieren? —pregunta Bibi.

—Ni siquiera sabemos quiénes son —responde Erika.

La incertidumbre se aprecia en nuestros semblantes. Joren, que no trata de ocultar su turbación, se mueve de un lado a otro, preocupado, rumiando y

cavilando acerca de las posibles implicaciones de lo que acabamos de contemplar. Alexander lo sigue con la mirada, posiblemente preguntándose si debería hacer algo para tratar de calmarlo. Al final acaba poniéndose en pie para intentarlo y empieza a llamarlo por su nombre, bajito.

Es bonito ver que su amigo se preocupa por él; aunque no creo que ahora nadie sea capaz de tranquilizarlo.

—Deberíamos hacer guardia —propone Erika y se abrocha su abrigo—. Yo haré la primera.

—Yo también —me ofrezco. No creo que ahora sea capaz de dormir.

—¿Estás segura? —me pregunta Derek y se acerca un poco a mí para que nadie más nos escuche—. Puedo hacerlo yo.

—No. Prefiero empezar —le aseguro.

—Quizá, por ahora, deberíamos quedarnos todos despiertos —dice Berit—. No sabemos quiénes eran, ni qué querían. Puede que no sea más que alguien que estuviera de paso, pero no podemos arriesgarnos. Si estamos despiertos seremos capaces de reaccionar antes.

—¿Reaccionar a qué? —pregunta Bibi, asustada.

—A cualquier cosa —zanja él, para no alterarnos más de lo que ya estamos.

—Eh, campeón. —Derek llama a Joren y apoya la mano en su hombro con suavidad, como pidiéndole permiso—. Está bien, seguro que no es nadie. Aquí dentro estamos a salvo y estaremos preparados.

Joren lo mira desconfiado, pero cesa su letanía en voz alta —seguro que para continuarla en voz baja— y se zafa de él olvidando sus modales. En estos momentos no puede ser considerado con las personas que lo rodean.

Incapaces de dormir, acabamos haciendo guardia casi todos. Anne se queda dentro, dormida y Bibi con ella, aunque no es más que una excusa para poder dormir también.

Sigue siendo la misma noche y las estrellas apenas se han movido en el firmamento, sin embargo, me parece que ha pasado una eternidad desde que besaba a Derek sin preocuparme de nada más, sin pensar en qué haremos mañana, en cuándo volveremos a casa, en Lise y en papá y mamá... Las cosas han sucedido tan rápido, que apenas he tenido tiempo de pensar qué será de nosotros de ahora en adelante, qué habrá sido de nuestra familia, cuándo nos volveremos a reunir...

Mientras yo bebía de las dulces palabras de Derek y me dejaba ganar en un juego que perdí desde el momento en el que se cruzó en mi vida, mi familia

estaba lejos. Y sigue lejos, muy lejos de aquí.

¿Qué será de Lise? ¿Qué será de nuestros padres? ¿Seguirán en Berlín, viviendo en nuestra casa? ¿Habrán tenido problemas con las autoridades por mandarnos lejos a los tres? Ni siquiera sé qué será de nosotros, de Anne, de Joren y de mí. ¿Cuánto tiempo pasará hasta que empecemos a pasar verdadera hambre, hasta que el frío intenso vuelva y se lleve la esperanza?

Una lágrima traicionera resbala por mi mejilla y la enjugo con rapidez. Quizá no tenga derecho a abandonarme a algo tan hermoso como el amor mientras a mi alrededor no hay más que destrucción.

Sin darme cuenta, rompo a llorar en silencio.

—Eh —me dice Erika y acerca su rostro al mío—. ¿Qué pasa? —pregunta con un tono de voz suave y tranquilizador.

Intento parar, pero que ella se haya dado cuenta solo sirve para que lllore con más fuerza, incapaz de controlarlo.

—Probablemente solo fue alguien de paso. No creo que estemos en...

Sacudo la cabeza y me seco las lágrimas con la manga de mi abrigo. Me sorbo la nariz y procuro recomponerme.

—No es eso.

—¿Y qué ocurre?

—Que empezaba a ser feliz.

Erika frunce el ceño, parece realmente sorprendida. No me quita el ojo de encima, pero advierto que tampoco deja de prestar atención al bosque. Seguro que no estaba tan convencida cuando decía que nos encontrábamos a salvo.

—¿Y qué tiene eso de malo?

—Míranos —le digo. Siento el aire helado congelar mis lágrimas—. Vivimos en el bosque, rezando para que nadie indeseable nos encuentre y nos alimentamos a base de pescado y asquerosas infusiones de flores. No tengo noticias de mi familia desde hace meses. —Se me quiebra la voz—. Ni siquiera sé si están vivos.

—Claro que lo están —me asegura y me rodea con sus brazos. Es más pequeña que yo y, aun así, resulta reconfortante. Soy consciente de que no sabe de qué habla, pero agradezco que lo diga con tanta determinación. Llora en su hombro y me separo enseguida para secarme de nuevo las lágrimas con rapidez.

—¿Estás mejor?

Asiento, aunque no sé si le estoy diciendo la verdad.

La noche se hace larga y pesada. Las horas avanzan con lentitud y se prolongan de una forma inimaginable. Cuando el sol baña las sombras del bosque y destierra la oscuridad poco a poco, empezamos a relajarnos y a caer rendidos, uno por uno, ya dentro de la cabaña.

Capítulo 39. Mala suerte

—Tenemos que hacerlo —insiste Berit.

Hoy ninguno de nosotros ha dormido bien. Después de toda una noche en vela, hemos descansado unas cuantas horas, pero no ha sido suficiente para ninguno. Nos hemos reunido frente al fuego, somnolientos, para decidir si vamos a cazar o no. Alimentarse de plantas no parece ser una buena opción.

—Es cruel —respondo.

—Podemos buscar formas limpias de matarlos —interviene Erika—. Pero no podemos permitirnos el lujo de no intentarlo. Tenemos que comer.

Todos la miramos con cierto aire de extrañeza, sobre todo Berit, pero se abstiene de hacer comentarios. Hoy hemos desayunado una infusión asquerosa de plantas y ella también la ha bebido sin que nadie le dijera nada. Lo del otro día ya está olvidado.

—La idea de la losa es una salvajada. No podemos permitir que una piedra los aplaste y dejarlos agonizando hasta que los encontremos —protesto.

—Es la trampa más sencilla —me explica Berit.

—Y la más bestia. Lo del anzuelo tampoco podemos hacerlo.

—Lo hacemos con los peces —dice Joren. Lo miro; en realidad, en cierto modo tiene razón, pero no tengo tiempo de explicarle por qué no es exactamente lo mismo.

—Podemos hacer trampas de lazo y también de cestas, si es que conseguimos fabricar una. —Berit se frota el mentón, pensativo, con los ojos clavados en las llamas que amenazan con salirse de la chimenea.

—Yo puedo hacer las trampas —murmura Louis—. Solo dime cómo.

—Entonces lo haremos así —sentencia el muchacho y se levanta, seguramente para no darme pie a que ponga una nueva objeción.

Es cierto que esto no me gusta, pero tenemos que hacerlo si queremos sobrevivir.

Poco a poco, cada uno vuelve a sus obligaciones y yo me quedo sola en el refugio, contemplando ensimismada el fuego. Para no quedarme dormida decido moverme y me abrigo para salir al exterior con la intención de que el frío viento primaveral me despabile. Derek está frente a la casa, sentado en el

suelo con varios pedazos de leña entre las piernas y un trozo de cuerda en las manos.

Cuando lo veo, siento el imperioso deseo de volver dentro y encerrarme para siempre, pero no puedo hacer eso.

Me sonrío a modo de saludo, pero yo no soy capaz de devolvérselo. Deseo que no le dé importancia y siga con su cometido, pero no lo hace. Deja todo a un lado y echa a andar hacia mí mientras veo cómo una expresión de incertidumbre se dibuja en su rostro.

—¿Ocurre algo?

—No —intento sonreír y miro a mi alrededor inconscientemente, buscando una salida, una vía de escape.

Derek me toma de las manos y en el mismo instante en el que su piel roza la mía, siento el deseo de que me abrace. Sin embargo, eso solo hace crecer la inquietud que anida en mi interior y me aparto de él con suavidad, pero con convicción.

—Ka... —murmura, preocupado.

—Estoy bien —le aseguro y le doy la espalda—. Estoy bien. Solo estoy cansada.

Me mira, incrédulo y apenado, porque sabe que le estoy mintiendo.

—Escucha, sé qué te pasa...

Derek no llega a terminar la frase. Un grito irrumpe en el campamento y ambos nos volvemos hacia la linde del bosque.

Berit llega corriendo, azorado. Lleva a alguien en brazos y el miedo se adivina en su semblante. Es Alexander.

—¡Rápido! —nos grita, cuando está más cerca.

Tardo unos instantes en reaccionar; también Derek.

Primero veo el rostro de Alexander y una mueca de dolor en él. Después, veo la sangre en su ropa y en las manos.

Entramos en la cabaña como una exhalación. Bibi, que estaba junto al fuego, se levanta sobresaltada. Hace alguna apreciación estúpida, molesta, pero guarda silencio cuando se da cuenta de que esto es serio.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Derek.

Berit se arrodilla en el suelo y deposita allí a Alexander, que deja escapar un gemido agudo.

—Estábamos en el bosque. Buscábamos ardillas —musita.

Me agacho junto a ellos. Las manos de Berit están cubiertas de sangre, igual

que su jersey y el de Alexander. Hay sangre por todas partes.

—¿Dónde está herido? —insiste Derek. Ha intentado encontrar la fuente de la sangre, pero hay tanta que parece imposible.

Berit masculla algo ininteligible. Está conmocionado. Alexander se revuelve en el suelo. Se lleva las manos al vientre y se retuerce mientras solloza. Verlo así es descorazonador.

—¡Berit! Necesito que te calmes —brama Derek y agarra al chico del cuello del jersey—. ¡Ahora! —insiste.

Berit respira con dificultad. Sacude la cabeza y gruñe algo, pero acaba serenándose.

—En el costado —le dice. Habla con rapidez, nervioso—. Ha sido un jabalí.

—¿Un jabalí? —Siento que se me escapa el aire de los pulmones.

Derek levanta el jersey del chico y me hace un gesto. Quiere que le sujete las manos, que impida que las siga moviendo. Me inclino hacia delante y obedezco. Agarro a Alexander por las muñecas y contengo el aliento cuando veo la herida.

—Dios mío —se me escapa.

Es una herida grande, mucho más grande de lo que esperaba. Es alargada y parece profunda. No es limpia; la sangre sigue brotando continuamente, pero aun así se aprecia que los bordes están desgarrados y la carne se abre hacia afuera.

—Madre mía —dice Bibi detrás de nosotros y ahoga un sollozo.

Derek se apresura por taponar la herida con sus propias manos. Actúa rápido, mucho más rápido de lo que lo haría cualquiera de nosotros.

—¡Berit, trapos! —grita—. ¡Karan, agua y el botiquín!

Casi resbalo mientras intento levantarme. Me tropiezo con mis propios pies y salgo disparada para llevarle uno de los cubos que conservamos con agua.

—¿Dónde está Erika? —quiere saber Derek.

—En el río; estaba pescando con Louis y Joren —contesta Bibi.

También está impresionada. Mira horrorizada la herida, sin atreverse a mover un solo músculo.

—¡Ve a buscarla! —ordena Derek y ella obedece—. ¿Karan? —pregunta y mira en mi dirección.

Yo me apresuro por llevarle el agua y el botiquín y vuelvo a arrodillarme frente a él. No necesito que me lo diga y busco las vendas que traje conmigo.

Las tomo y se las paso. Sus manos manchan las mías cuando las agarra y las presiona sobre la herida.

Alexander no deja de moverse. Respira con dificultad y llora, incapaz de controlarse. Debe de dolerle muchísimo.

—No pasa nada, te vas a poner bien —le digo, aunque no tengo ni idea de si le estoy mintiendo. Es lo que se dice, ¿no?, lo que todo el mundo espera escuchar en una situación así. Si yo estuviese ahí tirada, desangrándome, me gustaría que alguien me tomara de la mano y me dijera algo parecido, incluso si fuera mentira.

Busco su mano y la rodeo con fuerza mientras Derek sigue intentando controlar la hemorragia. Nos quedamos sin vendas enseguida y acaba poniendo encima los trapos que trae Berit.

Vivimos unos minutos interminables. Poco a poco, la sangre deja de brotar, aunque Derek no deja de hacer presión sobre la herida. Alexander se calma un poco, pero sigue sollozando.

Tiene los ojos cerrados y las mejillas cubiertas de lágrimas secas. Está pálido y no suelta mi mano ni un solo instante.

Erika llega al cabo de un rato. Entra en la cabaña como un vendaval y en cuanto ve a su primo en el suelo se deja caer a su lado. Mira a su alrededor, buscando la herida, y alza el rostro en busca de una explicación.

—¿Qué ha ocurrido? —quiere saber, alterada.

Berit se pasa la mano por el pelo. Está más calmado, pero aún le tiembla la voz un poco al hablar.

—Estábamos buscando ardillas en el bosque —murmura bajito—. Un jabalí nos atacó. Ni siquiera lo vimos venir. Cuando nos dimos cuenta ya era demasiado tarde. Enganchó a Alexander y yo intenté ahuyentarlo con una rama.

Miro al chico. Erika también lo agarra de la mano. No deja de mirarlo a él y después a Berit, de forma intermitente, mientras intenta asimilarlo.

—¿Lo ha herido en el costado? —solloza al tiempo que mira las vendas y los trapos ensangrentados.

—Es... es pequeño —dice Berit con un nudo en la garganta—. Si me hubiera dado a mí, habría sido en el muslo, pero Alexander es...

No termina la frase, no hace falta.

Todos miramos al muchacho, que ha dejado de llorar, pero continúa gimoteando de vez en cuando. Ni siquiera abre los ojos y ya no se mueve tanto como antes.

—Un jabalí —solloza Erika—. Un maldito jabalí.

Todos guardamos silencio.

—Ha sido mala suerte —murmura Derek al cabo de un rato.

Apoya una mano sobre su hombro y se pone en pie. En ese instante Louis llega junto con mis hermanos y Berit se apresura por contarles lo sucedido.

Pronto nos movilizamos todos. Algunos salen a buscar más agua. Vamos a necesitar toda la que puedan traer y debemos aprovisionarnos antes de que anochezca. Otros rasgamos trapos y los preparamos por si necesitamos más.

Al poco rato todos estamos en la cabaña. Hemos movido a Alexander con cuidado para colocarlo junto al fuego y hemos cubierto sus piernas con mantas. Empieza a temblar, aunque yo no estoy tan segura de que sea por el frío.

—¿Hay algo ahí que nos pueda servir? —pregunta Derek y mira mi botiquín.

—Tenemos un poco de alcohol —respondo—. Deberíamos desinfectar la herida, pero quizá no sea buena idea retirar las vendas.

Todos miramos a Erika.

Derek, Berit y yo nos mantenemos cerca, arrodillados junto a ellos. Louis y Bibi están en segunda fila y se mantienen un poco más alejados.

Anne se asoma una y otra vez, curiosa. No me gusta que vea esto, pero no puedo ocuparme de mantenerla lejos si quiero estar aquí. Joren camina de un lado a otro, inquieto, mientras nos dedica miradas nerviosas y preguntas apremiantes sobre lo que va a pasar con la herida de Alexander. Él también se ha dado cuenta de que ninguno de nosotros tiene ni idea sobre medicina.

—Quitemos las vendas —decide Erika.

A pesar de todo, se mantiene serena. Hay gravedad en su gesto y el mismo miedo que nos acecha al resto reside en su mirada con más intensidad, pero se mantiene fuerte.

Derek retira los paños con cuidado. Los deja a un lado, de uno en uno, y procede con total delicadeza hasta que deja la herida al descubierto.

Escucho una maldición a mi espalda. Ni siquiera sé quién ha sido. Todos estamos impactados.

Ya no hay tanta sangre. La hemorragia ha parado, pero no tiene mejor aspecto. Sigue abierta, demasiado abierta. Se ve la grasa a través de la herida, pequeños bultos amarillos en medio de la carne de diferentes tonos rojizos.

—Que haya dejado de sangrar es una buena señal, ¿no? —me atrevo a

preguntar.

—No lo sé —responde Derek, serio.

Tomo el alcohol que tenemos y vacío medio bote en el interior de la herida sin pensármelo demasiado. Alexander vuelve a gritar y Erika trata de consolarlo como puede.

Es una tarde larga, igual que la noche.

Intentamos hacer lo mejor que podemos para él y nos preguntamos si será suficiente. Mantenemos la herida limpia, y a él caliente y cómodo. Continuamos junto a él. Erika no se separa ni un solo instante de su lado. Y hacemos varios viajes al lago para traer más agua.

Capítulo 40. El macuto

Ninguno es capaz de dormir. Ni siquiera Bibi, que siempre ha ignorado los problemas de los demás. El silencio se ha instalado en la cabaña y no parece tener intención de abandonarnos. Solo lo rompemos de vez en cuando para pedir vendas o agua, o murmurar palabras tranquilizadoras al muchacho.

Sigue pálido, cada vez más, y hace un rato que su mente parece estar lejos de aquí. A veces abre los ojos y pregunta por su madre. Erika intentaba explicarle dónde estaba al principio, pero ahora se limita a asegurarle que no tardará en llegar. Eso parece calmarlo.

Hace horas que la herida ha dejado de sangrar. Está limpia y la sangre seca, la zona de alrededor parece un poco hinchada y el tono purpúreo que rodea la herida cada vez se oscurece más.

Joren lleva un rato sentado con nosotros. Susurra algo mientras mira su herida. Quería ignorarlo, porque me da miedo qué pueda decir delante de Erika, pero es evidente que no va a ser capaz de parar por sí solo.

—¿Qué dices, Joren? —pregunto.

—Un moretón —dice.

—¿Qué?

—Que es como un moretón.

Estoy a punto de responder cualquier cosa para evitar el tema, para pedirle que guarde silencio, cuando me doy cuenta de que tiene razón.

Derek también se da cuenta. Lo sé por la forma en la que cambia su expresión y se inclina hacia delante para observar la herida desde cerca.

—Tienes razón. Es como un moretón, como si la sangre se estuviese acumulando ahí dentro. —Habla en un tono de voz cada vez más bajo. Al final, sus palabras apenas son un murmullo.

Comprendo lo que quiere decir, y Erika parece entenderlo también cuando se lleva la mano a la boca para ahogar un sollozo.

—Puede que siga desangrándose desde dentro. —Derek se atreve a decir en voz alta lo que todos intuimos.

Berit rodea los hombros de Erika con un brazo y la acerca a él. No dice nada, pero ese gesto es suficiente.

—¿Qué hacemos? —pregunto—. ¿Qué se hace en estos casos?

Silencio. Nadie contesta, porque nadie tiene una buena respuesta. Al final, lo único que nos queda es esperar.

Anne duerme en otra habitación. Me alegra que esté lejos de aquí porque no quiero que vea esto. Joren, en cambio, se ha negado a marcharse.

A medida que pasan las horas el pulso de Alexander es más rápido. Al principio creíamos que era una buena señal, que su cuerpo se estaba recuperando, pero sus pulsaciones no vuelven a la normalidad y él sigue pálido y débil, y la zona violácea de su costado es una mancha cada vez más grande y más oscura.

Erika pasa un paño húmedo sobre su frente una y otra vez. Tiene la piel húmeda y fría y hace un rato que ha empezado a temblar de nuevo.

—Si es una hemorragia interna, tal vez podríamos abrir la zona —propone Louis, vacilante—. Aliviar la presión, dejar que la sangre salga fuera.

Derek sacude la cabeza enseguida.

—Si hacemos eso y no somos capaces de cerrar la herida interna, se desangrará aún más rápido.

Erika se muerde los labios; creo que intenta no llorar.

—Tengo miedo —gimotea Alexander, aferrándose a los dedos de Erika.

—Lo sé. Pero pronto te sentirás mejor, ¿de acuerdo? —le asegura ella.

Joren contempla la escena con una mirada cargada de gravedad. De vez en cuando se levanta, empieza a andar de un lado a otro y vuelve a sentarse como si no pudiera alejarse demasiado del chico.

Es bonito, porque realmente no puede estar demasiado lejos de él. En momentos así no piensa en las normas sociales y si se ha quedado es porque Alexander le importa de verdad.

Llega un momento, cuando Alexander parece cada vez más confuso y desorientado, y su piel está cada vez más pálida y fría, en el que empezamos a asimilar lo que pasará.

Ninguno se atreve a decirlo en voz alta, nadie propone soluciones, porque no las tenemos. Solo podemos procurar que Alexander esté cómodo y esperar a que ocurra un milagro.

—Mamá... —gimotea el muchacho.

Erika coge su mano aún más fuerte y acerca su rostro al de él.

—Estoy aquí —le dice—. Ya estoy aquí. Cierra los ojos Alexander.

Es en ese instante en el que comprendo que pronto ocurrirá algo para lo que

ninguno está preparado.

Pensar en ello hace que me falte el aire, pero ahora debo sobreponerme. Me pongo en pie y le hago un gesto a Berit para que ocupe mi lugar. Derek me sigue con la mirada, pero Erika ni siquiera me presta atención.

—Joren, acompáñame un momento —le pido en un susurro.

—No. Quiero estar aquí.

—Lo sé. No tardaremos mucho. Te lo prometo.

Joren duda, pero acaba levantándose, receloso, y me sigue al exterior.

El frío de la noche nos golpea con fuerza en cuanto abrimos la puerta y Joren se abraza a sí mismo para entrar en calor.

—Tenemos que hablar de Alexander.

—Vale —responde, expectante.

—Voy a contarte algo que nadie va a decir en voz alta porque creo que debes saberlo, pero tienes que prometerme que tú tampoco lo dirás cuando entremos ahí dentro.

—¿Lo saben los demás?

Asiento.

—¿Entonces por qué no puedo decirlo? —quiere saber.

Tomo aire, esto va a ser más difícil de lo que pensaba.

—Porque hay cosas que se saben y no se dicen en voz alta. Eso no es lo importante, ¿de acuerdo? —Espero a que asienta y continúo—. Alexander está muy grave. Ha perdido mucha sangre y aquí no tenemos medicinas que lo hagan mejorar.

—¿Qué medicinas harían falta?

—Tampoco lo sabemos. Ninguno es médico —le explico—. Lo que quiero decirte es que nadie puede hacer nada por él.

Joren me mira directamente. Tiene unos ojos muy bonitos, grandes y despiertos.

—¿Y entonces qué va a pasar?

Me pregunto cómo le contaría esto Lise; ella habría sabido qué hacer o qué decir. Creo que nadie ha hablado nunca con él sobre la muerte. No es que nadie haya hablado conmigo. Esas cosas se aprenden, se van viviendo. Pero me parece que Joren va a necesitar alguna explicación. No acepta las cosas así sin más.

—Puede que se muera.

—Morir —repite, apenas sin parpadear—. Si sabemos que va a morir,

deberíamos poder hacer algo.

—Ojalá pudiéramos.

Joren sacude la cabeza. No quiere creérselo.

—¿Cómo no vamos a poder? Cuando los médicos saben que algo va mal, hacen algo —insiste, nervioso.

Empieza a caminar de un lado a otro, pero sin alejarse demasiado. El movimiento me inquieta, pero me recuerdo que ahora no debo tocarlo.

—Es que no somos médicos. Escucha, Joren, necesito que seas fuerte, Alexander lo necesita.

—¿Qué importa lo que necesite si va a morir? ¿Qué sentido tiene esperar si va a acabar muerto?

Se me hace un nudo en la garganta.

—Sé cómo te sientes. Así nos sentimos todos. No entendemos muchas de las cosas que pasan, no sabemos por qué ocurren, pero nos mantenemos fuertes por Alexander y por Erika. ¿Lo entiendes?

—No.

—No hace falta que lo entiendas —le digo y busco su mirada—. Solo quiero que estés preparado, que sepas lo que va a pasar.

Joren se detiene. Deja de andar de un lado a otro con nerviosismo y me mira con gravedad. Hay tal intensidad contenida en ese par de ojos que se me encoge el corazón.

—Si no hubieran salido a buscar ardillas no habría pasado nada —murmura—. Si no hubieran pasado por esa zona del bosque tampoco —continúa—. Si hubieran pasado por allí dos minutos más tarde... Si el jabalí se hubiera fijado en Berit en lugar de Alexander le habría atravesado la pierna. Y si...

—Lo sé. Ha sido mala suerte.

Aprieta la mandíbula.

—¿Cómo podéis aceptarlo?

—No lo aceptamos. Intentamos seguir adelante y vivir con ello.

Mi hermano sacude la cabeza. Tiene un gesto muy expresivo. Frunce el ceño y se muerde los labios. Lo está pasando realmente mal.

—Va a morir —parece comprender.

—Probablemente sí.

—Y no volveremos a verlo.

—No. La gente que se va no vuelve.

Le tiembla el labio inferior, y yo dudo, pero acabo apoyando la mano en su

hombro. Él me lo permite.

—Puedes llorar, es bueno, pero que Alexander no te vea.

Asiente y toma aire. Tiene el gesto descompuesto, pero parece dispuesto a seguir sereno.

—¿Quieres volver dentro? —pregunto.

No sé si debería decirle algo más, si tendría que haberle explicado las cosas de otra forma. Sin embargo, creo que necesitaba saber lo que iba a pasar.

Acabamos volviendo y nos sentamos junto a los demás. Las horas transcurren con lentitud.

Por la mañana convengo a Erika para salir conmigo unos instantes, acercarnos al lago con rapidez y volver cuanto antes. Alexander sigue igual; no parece empeorar, pero tampoco mejora y no sabemos cuánto tiempo más va a estar así. Podrían ser horas... o días. Y Erika no puede estar dentro de la cabaña todo ese tiempo. Así que hemos salido unos minutos para que tomase el aire.

Cuando volvemos al campamento, encontramos a Bibi, Derek y Louis reunidos dentro del refugio, con expresión grave y el rostro contraído en una mueca de preocupación.

Alexander sigue tendido junto al fuego y Joren está a su lado.

—¿Qué ocurre? —pregunto inquieta.

Erika les dedica una mirada fugaz a todos antes de dirigirse hacia su primo y yo animo a Anne a que vaya a jugar a la habitación contigua. Esta accede, de mala gana, y se marcha cabizbaja y desganada; ese cuarto vacío no tiene mucho que ofrecerle.

—Alguien ha venido a dejarnos comida —explica Derek y señala el macuto que hay frente al fuego.

—Y ropa —añade Louis con acento. Alza el brazo y enseña una camisa y unos pantalones perfectamente doblados.

Me acerco estupefacta y ahogo una exclamación.

—¡Es mi ropa! —La cojo de entre sus manos para confirmarlo de cerca. Es la ropa que llevaba el día que me bañé en el lago. Bueno, al menos, lo es la camisa. Los pantalones no son míos.

—¿Es la camisa que te robaron? —quiere saber Erika mientras se sienta junto a su primo.

—Así es.

—¿Estás segura? —inquire Derek, serio.

—Lo estoy. Esto es mío —afirmo—. ¿Dónde lo habéis encontrado?

—Mientras estábamos en la cabaña cuidando de Alexander alguien lo ha dejado en la primera hilera de árboles. Lo hemos visto al salir. —Derek señala el lugar al que se refiere.

—¿Y qué comida había dentro? —pregunto. Me siento junto a él y tiro de la tela para acercarlo a mí y desenvolverlo. El nudo está mal hecho, con prisa. Los muchachos no responden a mi pregunta, dejan que lo averigüe sola.

Joren y Erika alzan el rostro también, curiosos, y observan cómo deajo al descubierto dos hogazas de pan, un pedazo de queso reseco y varias manzanas. Me giro hacia Derek, que se encoge de hombros, tan sorprendido como el resto.

—¿De verdad esto estaba ahí?

—Bueno, ahora ya sabemos que sí hay alguien en el bosque —comenta Bibi—. Nos regala comida, por lo que no veo el problema.

—¿Por qué lo habrán hecho? —se pregunta Erika mientras acaricia la frente de Alexander.

—Puede que hayan sido quienes se llevaron la ropa de Ka y que nos hayan traído esto como muestra de arrepentimiento —propone Derek con un encogimiento de hombros.

Recuerdo aquel día y trago saliva. Me sonrojo al pensar que había alguien merodeado por ahí tan cerca y que casi seguro me vio completamente desnuda.

Nos quedamos mirando la comida, entre recelosos y anhelantes, preguntándonos qué diablos significa todo esto. En ese instante, Berit entra por la puerta como un torbellino. Arroja el abrigo al suelo sin prestarnos atención y va a guardar algo a la pequeña despensa. Cuando vuelve a salir, menos abstraído, y nos encuentra a todos reunidos y preocupados, se acerca.

—Nos han regalado comida —le informa Joren en un tono peculiar.

—¿Qué? —inquire confuso.

El resto esperamos a que vea el macuto con la comida y Derek se dispone a explicarle lo mismo que nos ha contado antes. Cuando termina, Berit está tan sorprendido como nosotros y mira las cosas que nos han traído con aire de incredulidad.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunto.

—Comer —responde Derek con la clara intención de quitarle hierro al

asunto.

Nadie responde. Berit se arrodilla y examina una de las manzanas con atención.

—Supongo que sí; nos lo comeremos —murmura no muy convencido.

Capítulo 41. Los días más largos

Esta noche soy incapaz de dormir. No puedo dejar de pensar en todo lo que está ocurriendo. No puedo olvidar a Alexander ni dejar de pensar en la ropa y la misteriosa comida que ha aparecido como por arte de magia. Tampoco puedo olvidar a Lise y a mis padres. No soy capaz de dejar de recordar que ahí fuera se está librando una guerra y de preguntarme si los alemanes habrán llegado ya al pueblo del que escapamos. Probablemente así sea.

Ha pasado la media noche cuando un gimoteo rompe el silencio en el que todos nos hemos sumido.

Mantenemos la lumbre encendida, que crepita en el interior del hogar y su luz baña la estancia de tonos anaranjados.

Erika intenta consolar a Alexander y este murmura algo incomprensible mientras tiembla y se aferra a la mano de su prima.

Todos nos levantamos y nos acercamos a ellos. Berit se coloca tras la joven y Louis se mantiene en pie, cerca. Yo me arrodillo junto a ellos al mismo tiempo que Derek, y Joren nos imita.

Solo Anne y Bibi permanecen alejadas. La pequeña duerme en otra habitación y la joven guarda una prudente distancia mientras mira en nuestra dirección sin perder detalle, pero sin intervenir.

—Está helado —nos dice Erika—. Ya ni siquiera sabe dónde está.

Berit apoya una mano en su regazo y lo oprime con suavidad.

Su herida está al descubierto. No parece infectada, pero la mancha violácea de su abdomen ha crecido. Joren tenía razón: tiene una hemorragia interna que no ha parado por sí sola.

Derek le dedica una rápida mirada a Erika, como si le pidiera permiso, y acaba bajando el jersey del muchacho. Ahora solo queda esperar.

Alexander deja de intentar abrir los ojos. Su pulso se dispara; no le llega suficiente sangre al corazón y apenas puede bombearla. Se apaga poco a poco; todos lo vemos y, sin embargo, cuando deja de respirar da la sensación de que ninguno esperaba que ocurriese realmente.

Erika rompe a llorar en cuanto ocurre y a mí se me saltan las lágrimas.

Decidimos envolverlo en una manta y enterrarlo en el bosque. Joren elige el

sitio cerca de la cabaña bajo un árbol que deja pasar la luz del sol y permite que crezcan flores salvajes a sus pies.

Todo es extraño, surrealista. Soy yo quien limpia la sangre del suelo de la cabaña junto con Louis y quien lleva las ropas ensangrentadas de Berit al río para lavarlas. También ayudo a cavar en la tierra y veo cómo llevan el cuerpo hasta allí. Estoy presente cuando Erika intenta decir unas palabras y rompe a llorar incapaz de seguir.

Nos abrazamos. Lloramos juntos. Incluso Joren no lo soporta más y se echa a llorar también. Él no deja que nadie lo abrace. Se aleja de nosotros, enfadado por cosas que le resultan incomprensibles, por la situación y la mala suerte, y Derek sale tras él para intentar calmarlo.

Vivo todo esto y, no obstante, me cuesta creer que todo esté pasando de verdad. Me pregunto cómo vamos a superarlo; cómo lo va a hacer Erika. Si algo les pasase a Anne o a Joren... No. Ni siquiera puedo pensar en ello.

Pasamos el día en silencio llorando su muerte. Nadie tiene ganas de hablar, no tenemos fuerzas para consolarnos los unos a los otros. Simplemente nos cobijamos en la cabaña, comemos lo poco que tenemos e intentamos conciliar el sueño cuando se hace tarde.

En medio de la madrugada, cuando los rescoldos del fuego no son más que una tenue luz en la oscuridad, una luz que tiñe de colores ocres el refugio, alguien se acerca hasta el lugar en el que duermo.

Estoy de espaldas al resto, muy pegada a Anne que hoy duerme conmigo cobijada bajo mi misma manta. Me acerco más a ella y cierro los ojos para fingir que duermo, pues intuyo quién puede ser.

—Karan... —escucho la voz de Derek, que pronuncia mi nombre con suavidad, y tengo que controlarme para no darle la vuelta y abrazarlo—. Karan, ¿estás dormida?

No respondo y tampoco me muevo. Continúo pegada a mi hermana para que no pueda intentar despertarme sin arriesgarse a alarmar a la pequeña también. Me mantengo inmóvil, tapada hasta el cuello con la manta.

Sé que tenemos una conversación pendiente. Pero tal y como están las cosas puede que lo mejor sea olvidarlo. No es momento para pensar en nada que no sea sobrevivir, luchar, proteger a mis hermanos.

Escucho la respiración de Derek durante unos segundos larguísimos y, al final, siento que se pone en pie y se marcha sin hacer ruido. Yo suelto aire, relajada, y empiezo a sentirme mal. Si estoy haciendo lo que se supone que

debo hacer, ¿por qué siento un vacío tan grande en el pecho?

Han pasado unos días desde que enterramos a Alexander, pero tengo la sensación de que ninguno lo ha asumido todavía del todo. Una bandada de aves sobrevuela el cielo y me pregunto si pronto empezaremos a ver también los aviones que tanto le gustan a Joren y que tanto miedo me dan. Aún es temprano y ninguno se ha levantado. Envuelta en una manta contemplo el bosque y la niebla que lo viste con delicadeza.

De pronto, un estruendo quiebra la quietud del instante y me vuelvo, sobresaltada, hacia la puerta que acaba de abrirse de golpe.

Erika sale como una exhalación, empujando la puerta con tanta fuerza que rebota contra la pared. Se dobla sobre sí misma, sosteniéndose el estómago con ambas manos y vomita en la entrada.

Me acerco y espero mientras se pasa el antebrazo por la boca con el rostro descompuesto.

—¿Te encuentras bien?

—Condenadas flores —bufa mientras se mira los pies con aire crítico y esboza una mueca de disgusto—. Maldita sea.

A pesar de conocerla aún se me hace raro escucharla diciendo cosas como esas. Es tan pequeña y menuda, con un rostro tan aniñado, que creo que nunca me acostumbraré.

Anne, que se ha despertado con el golpe, sale detrás de ella y se asoma hasta que ve el vómito.

—¡Puag! —grita y se vuelve a meter dentro con un saltito.

—¿Qué pasa? —pregunta Berit, perezoso. Él, al ver el vómito en el suelo, no da media vuelta, se queda junto a nosotras—. ¿De quién es...? —Cuando Erika se vuelve hacia él y ve su rostro pálido y sus ojillos entrecerrados no necesita terminar la frase—. ¿Qué te pasa?

—Los malditos brebajes que nos preparas —protesta y entra en el refugio—. Me han revuelto el estómago.

Berit frunce el entrecejo molesto, pero no dice nada. Después de lo que ha pasado Erika podría mandarnos a paseo a todos y nadie protestaría.

Mira el suelo con una expresión de repulsión y aire meditativo, y da media vuelta también. La joven sale poco después con algo para limpiar el vómito y yo me quedo observándola pensativa mientras lo hace. Me cuesta creer que lo que ha pasado sea por las plantas, pero no seré yo quien discuta con ella.

Un rato después, insisto en ser yo quien acompañe a Berit a colocar las trampas. Ahora salimos armados. No tenemos mucho con lo que defendernos, tan solo un par de palos largos cuya punta hemos tallado para que sea afilada, pero vamos con cuidado. Cruzamos el bosque intercambiando anécdotas y vuelvo a descubrir, una vez más, cuánta razón tenía Erika al decir que es un superviviente.

Jamás he escuchado a alguien que tuviera tanto que contar, porque mucha gente habla, pero no todo el mundo tiene algo que decir. Entre pasajes e historietas entiendo lo duro que ha debido ser vivir solo, sin nadie más, durante todo este tiempo. Sin embargo, mientras lo escucho me sorprende a mí misma olvidando que vivió en una situación horrible. Berit es capaz de encontrar una anécdota divertida dentro del suceso más oscuro.

Me pregunto qué historias narraré yo cuando pase todo esto. ¿Tendré que arrancar el final de mi libro?

Colocamos todas las trampas con cuidado y volvemos a la cabaña cuando comienza a llover con intensidad. Por suerte no nos mojamos demasiado y la ropa se seca enseguida frente al fuego.

Pasamos el resto del día sin sobresaltos. Sin embargo, la lluvia no cesa. Nos acosa durante varios días en los que nos vemos obligados a quedarnos confinados en la cabaña. Salimos solo por turnos para intentar pescar o comprobar si algún animal ha caído en nuestras trampas, pero nunca tenemos suerte en esto último. El viento las arrastra, los animales las desbaratan y hemos perdido un par de las cestas de ramitas que tanto nos ha costado construir, que las presas y el tiempo rompen y desgarran. Y, por si fuera poco, el mal tiempo hace que pesquemos poco.

No son días alegres. Puedo soportar el hambre, que se ha convertido en compañera inseparable, y también el cansancio, que no nos abandona hagamos lo que hagamos, lo que no puedo aguantar es este sopor, ni la oscuridad que nos rodea mientras intentamos aferrarnos a la luz que brota del fuego.

Ya no escuchamos anécdotas, ni charlamos durante horas. Anne también está cansada. No quiere jugar. De vez en cuando, en los días más largos y lóbregos, cuando el cielo está tan gris que parece de noche, Anne rompe a llorar de puro aburrimiento. Se queja de que le duele la tripita y de que echa de menos a papá, a mamá y a Lise. Creo que sé a qué se refiere cuando dice que le duele porque yo siento algo parecido: un vacío constante en el estómago que no se llena con lo poco que podemos comer.

Derek se levanta en silencio y camina hasta mí para sentarse en frente. Me mira unos instantes sin decir nada. A pesar de sus ojeras y de su expresión fatigada sigue siendo increíblemente guapo.

Me coge de la mano y la acaricia con el pulgar muy despacio.

—¿Salimos fuera? —pregunta, apenas en un susurro.

Yo sacudo la cabeza y me aparto un mechón oscuro de los ojos.

—Está lloviendo —respondo.

Él ladea la cabeza como si intuyera que algo más se oculta tras esa afirmación. Me mira expectante, esperando, quizá, a que algo en mi expresión me delate. Finalmente suspira y se encoge de hombros.

—No necesito salir fuera para hacer esto.

Apoya las manos en el suelo, se inclina hacia mí y yo me aparto con el corazón hecho pedazos.

—No podemos —le digo. Cierro los ojos y pienso en la situación en la que estamos para recordarme por qué no puedo estar con él—. No podemos iniciar algo, sea lo que sea esto.

Derek aguarda, vacilante y confuso.

—La última vez que tuvimos esto, fuiste tú la que lo inició.

—Lo sé. Y lo siento. Pero debemos dejarlo aquí, ahora que estamos a tiempo.

—¿A tiempo de qué?

—De no hacernos daño el uno al otro —contesto, seria. Y entonces, en ese mismo instante, sé que para mí ya es demasiado tarde, porque puedo sentir cómo algo se quiebra dentro de mí.

Derek me mira con intensidad, juzgando mis palabras. Asiente en silencio, meditándolo, sin apartar sus ojos los míos.

—La realidad de este mundo es demasiado complicada ahora mismo —digo en voz alta, para convencerme, para asumir que ahora no puedo, no *debo* estar con él—. No puedo permitirte tener esto contigo, sea lo que sea; no ahora que debo ocuparme de mis hermanos. Lo siento.

La realidad. La realidad que se redefine. Nuestra realidad, en la que intentamos sobrevivir ocultos en el bosque, a la espera de que algo suceda.

—Está bien —determina sin alterarse. Vuelve a asentir y apoya una mano en mi rodilla.

Se pone en pie sin decir nada más y se marcha de vuelta a su sitio. Aprieto los labios mientras lo veo alejarse, apenas un par de metros que parecen

kilómetros, y me siento mal conmigo misma cuando me doy cuenta de que estoy terriblemente decepcionada porque se haya rendido tan rápido.

Cojo aire y lo suelto despacio. Es lo que debía hacer. Era mi deber. Me recuesto en el suelo a la espera de que este sentimiento de desazón abandone mi pecho antes de quedarme dormida.

No es momento de pensar en eso, no es momento de dejarme llevar por mis emociones mientras tengo que cuidar de mis dos hermanos y luchamos por sobrevivir. Hay demasiadas cosas por las que preocuparse como para iniciar una relación. Sé que he hecho lo que debía y, aun así, hoy me cuesta dormir. Y también al día siguiente. Y al siguiente...

Capítulo 42. Bajo el abrigo

Hoy no ha dejado de llover. En medio de la tormenta, mientras escuchamos la lluvia sobre nuestro tejado, Joren se levanta, se acerca a la ventana y se queda un rato observando. Al pronto, se vuelve y señala el exterior.

—Alguien ha dejado algo ahí fuera.

Derek se levanta del rincón donde estaba sentado. Camina atropelladamente hasta él y pega su rostro al cristal. Berit lo imita, pero el resto permanecemos acurrucados en nuestro sitio. Solo cuando el joven abre la puerta y se lanza a la lluvia torrencial consiguen captar nuestro interés.

Berit entra en la cabaña y se sacude la lluvia del pelo. Lleva un gran fardo envuelto entre las manos y parece tan ávido como nosotros. Sin hablar, se arrodilla en el suelo y el resto lo imitamos. Dentro hay otras dos bolsas de cuero.

Él abre una y Erika toma la otra, impaciente. En una hay comida: cuatro hogazas de pan, un tarro con carne adobada, un queso entero y varias manzanas. Anne aplaude y Erika se emociona. Solo en ese momento, cuando a la joven se le saltan las lágrimas, soy realmente consciente de lo que significa esto y de lo que habría significado si hubiéramos seguido sin apenas nada que comer.

Me acerco a ella y la abrazo con ganas, aliviada. Berit se encarga de abrir la segunda bolsa y dentro encontramos dos mantas gruesas y un paquete de fósforos.

Pasan los días y las frías noches. Y las preguntas siguen ahí en el aire sin que nadie sea capaz de responderlas. ¿Qué va a pasar de ahora en adelante? ¿El bosque sigue siendo seguro para nosotros?

Hoy al despertar he salido de la cabaña envuelta en una de las gruesas mantas que nos dejaron. He sido una de las últimas en levantarme y ya se siente el ajeteo de la primera hora de la mañana. Derek fabrica —o intenta fabricar— algo con la ayuda de Louis y de Joren.

Mi hermano va de un lado a otro, transportando madera. Anda casi tambaleante, de una forma extraña incluso para él. Da pequeños saltitos o

respingos y hace gestos muy raros cada vez que echa a andar. Es evidente que es consciente de lo que hace y por su expresión diría que no le duele nada.

Lo observo atenta mientras me pregunto qué mosca le habrá picado ahora y me planteo la posibilidad de dejarlo estar. La tercera vez que pasa por delante reparo en sus pantalones y me doy cuenta de lo que ocurre.

Se me encoge el corazón. Me quito la manta de los hombros y la doblo con cuidado para dejarla en el tocón donde estaba sentada. Me acerco hasta él y espero a que termine de llevar la madera para pedirle que se acerque.

Viene hacia mí, moviéndose con un tic, y le digo que se gire y se dé la vuelta. Duda, pero obedece. Cuando lo hace confirmo mis sospechas y trago saliva.

—Joren, los pantalones se te caen.

Lleva la cintura de los pantalones a la altura del culo, a punto de resbalarse. Él se los agarra por los costados y tira de ellos con saña.

—Parece que has perdido mucho peso —le digo bajito y preocupada.

—Me molesta —dice.

—Lo imagino. Espera aquí.

Me acerco hasta el lugar donde Louis y Derek trabajan concentrados y me detengo unos instantes a contemplar el proyecto indefinible en el que están embarcados.

—Chicos —llamo su atención—. ¿Podéis prestarme un poco de cuerda?

Derek me mira con curiosidad, pero no dice nada. Desde que hablé con él aquella noche, nuestra relación se ha vuelto simplemente cordial. Sigue siendo atento, amable y cariñoso con Joren y con Anne, pero no conmigo; supongo que intenta mantener las distancias por mí. Su hermano asiente y me tiende una bobina entera. La tomo, agradecida, y vuelvo junto a Joren para cortar un pedazo y usarlo a modo de cinturón.

—No me gusta —dice Joren y tuerce la boca mientras repara en mi apaño.

—Ni a mí, pero es lo que hay.

Cuando termino con él, entro temerosa al refugio y busco a Annemette. La pequeña juega con Erika, que parece entretenida escuchando sus descabelladas historias. Me pongo de rodillas junto a ellas y espero a que Anne termine de contarle algo para hablar.

—Anne. Déjame ver una cosa.

Ella se acerca sin rechistar. Levanto su camiseta y su jersey y observo cómo le queda la pequeña falda que viste. Cuando la encuentro perfectamente ceñida

a su cadera, suspiro aliviada. Lo cierto es que Anne no pasa mucha hambre, casi todos le damos una parte de lo nuestro. Teniendo en cuenta lo que tenemos, se alimenta bastante bien.

Joren, en cambio, come lo mismo que el resto; es decir, poco y a veces nada.

—Está bien. Puedes seguir jugando —le digo y me dejo caer al suelo.

Ella se aleja brincando de camino a la salida y le deseo suerte a Joren, pues se dirige hacia él con toda la energía de un niño recién levantado.

—¿Qué pasa? —quiere saber Erika, aún tapada con una de las mantas—. ¿Qué tienes ahí?

Le enseño la bobina y me encojo de hombros.

—A Joren se le caen los pantalones.

—Y a ti también —sonríe.

—No tanto —contesto, aunque decido coger un trozo de cuerda para mí también, por si la necesito más adelante. La enrolló sobre sí misma y la guardo en mi bolsillo. Berit entra en ese instante.

—Buenos días —lo saludo.

Él sonríe y sigue adelante en busca de algo en el pequeño cuartucho de la despensa. Viste unos pantalones holgados y una camisa de manga corta que me provoca escalofríos. Cuando sale de nuevo, pasa por delante sin detenerse. Sin embargo, Erika llama su atención.

—Berit, voy a acercarme al lago dentro de un rato. ¿Necesitas que recoja alguna planta o que compruebe las trampas?

El joven, con un fardo entre las manos, se vuelve y se queda pensativo.

—¿Vais las dos?

—Solo yo —contesta.

—Pues que Karan te acompañe —decide, sin mirarme siquiera—. Es peligroso ir sola por ahí. No hace falta que hagáis nada.

Antes de que ninguna de las dos podamos replicar, sale del refugio y se aleja.

Un ambiente extraño se instala entre las dos cuando comprendemos a qué se refiere con que es peligroso.

—Iré contigo —sentencio.

—No hace falta, de verdad.

—Lo sé. Pero me parece mal dejarte sola. Además, hoy ha salido el sol y me apetece darme un baño. Así que te acompaño.

Me pongo en pie y le tiendo la mano para ayudar a que se levante. Cogemos ropa limpia y nos alejamos de camino al lago.

—Cuando os conocí creí que estabais juntos —le digo a Erika, ya alejadas del refugio, donde nadie puede escucharnos. A lo lejos, resuena una carcajada de la pequeña Anne—. La noche que nos fuimos estabais tan cerca el uno del otro, abrazados, que creí que eráis pareja.

Erika esboza una sonrisa lenta y cansada.

—Es una relación complicada.

Parpadeo y doy un par de pasos adelante para cortarle el paso y obligarle a que me mire a los ojos.

—¿Estáis juntos?

—No. —Sacude una mano en alto y pasa a mi lado, sin mirarme, mientras niega también con la cabeza—. Es más complejo que todo eso. Estamos juntos... y no lo estamos.

—Vas a tener que explicarme eso.

Ella vuelve a resoplar, pensativa, y sigue andando mientras se mira los pies distraída.

—Él está enamorado de mí. Y yo lo estoy de él. Pero este no era nuestro momento.

—Comprendo.

—No todas las personas que se quieren están destinadas a estar juntas.

Habla seria, segura, apesadumbrada. Es algo en lo que lleva pensando mucho, mucho tiempo.

—Pero eso es muy triste. ¿Por qué? —insisto.

Seguimos caminando sin detenernos, entre silencio y silencio. Se escucha el sonido de las hojas que crujen bajo nuestras botas.

—Porque sí, Ka. Porque es así —contesta. Aprieta el ritmo y yo la sigo de cerca, preocupada.

Cuando llegamos al lago, nos detenemos frente a él. Erika mira el agua y yo la miro a ella. Se rodea el estómago con las manos y se dobla un poco sobre sí misma mientras se abraza. Le doy espacio durante un rato hasta que, de pronto, se yergue y me mira con los ojos anegados en lágrimas.

—Tengo que contarte algo.

Doy dos pasos al frente, sorprendida, y tomo sus manos con la intención de brindarle algo de consuelo.

—Sabes que puedes contarme lo que quieras.

Ella cierra los ojos con fuerza y aprieta mis manos hasta que casi me hace daño. Está nerviosa y las lágrimas no dejan de brotar. Siento el corazón en un puño y no tengo ni la menor idea de lo que me va a decir, pero yo también estoy temblando.

—No puedes contárselo a nadie. Tienes que prometerlo.

—Me estás asustado, Erika.

—Karan, por favor. Necesito compartirlo para no acabar estallando, pero si no puedo fiarme de ti, lo guardaré para mí —me amenaza.

—Está bien. Puedes confiar en mí, ¿de acuerdo? No se lo diré a nadie. Prometido.

Erika lo medita unos instantes y asiente. Se lleva las manos al cuello y se desata el primer botón. Repite la operación hasta que deja caer el abrigo al suelo y, cuando agarra el jersey del borde, empiezo a intuir qué es lo que va a enseñarme.

Por si verla en camisa no es suficiente, coloca una mano sobre su estómago y otra bajo su vientre. Cuando lo hace, siento que me mareo y me pongo pálida. Pero recuerdo para qué me lo ha contado, por qué ha confiado en mí, e intento recomponerme y dejar mi miedo para otro momento.

—Estás embarazada —musito, más espantada de lo que pretendía sonar.

Capítulo 43. Una promesa

Erika ha dejado de llorar, pero sigue luciendo la misma mirada necesitada. Permanecemos la una frente a la otra, sin mover ni un músculo, hasta que logro reaccionar y le doy un fuerte abrazo.

Me agacho con rapidez y recojo el jersey del suelo para obligarle a ponérselo.

—Vas a coger frío, vístete de una vez.

Le tiendo también el abrigo y se lo pone, aún alterada como yo. Miro sus tristes ojos verdes unos segundos y se me parte el corazón.

—Oh, Erika... ¿Quién es el padre?

No responde, pero su silencio es suficiente.

—Él no lo sabe, ¿verdad?

—No. No lo sabe.

—¿Por qué no se lo has dicho? ¿Por qué no nos lo has contado antes? Necesitas comer más que el resto —la regaña. Entonces, caigo en la cuenta de algo—. Las plantas... ¡Las plantas! No querías probarlas por el bebé, por si le hacían daño a él.

Asiente despacio y le doy otro abrazo sin poder contenerme más. Apoya la cabeza en mi hombro y acaricio su pelo mientras me pregunto qué diablos vamos a hacer ahora.

—Tenemos que decírselo.

—¡No! —grita y se separa de mí con brusquedad—. ¡Me lo has prometido!

—Pero no imaginaba que fueras a contarme algo así. Esperaba cualquier cosa menos esto. Y no podemos ocultárselo a los demás, es peligroso para ti y para el bebé. Porque tú quieres a ese bebé, ¿verdad?

—Claro que sí —solloza—, pero no ahora. No debía ocurrir ahora...

—Erika —intento coger sus manos, aunque se resiste—. Van a enterarse tarde o temprano, eso está claro. Y es mejor que lo sepan cuanto antes. No puedes seguir saliendo sola al bosque a cargar con leña y tampoco puedes seguir comiendo lo que comes.

—No puedo decírselo.

—Tienes que hacerlo —le digo tajante.

Erika sostiene mi mirada con la cabeza bien alta. Ha dejado de sollozar y me mira con intensidad, sin titubear ni vacilar por un instante. Pero yo también tengo claro cuál es mi posición.

—Estoy decidida a sacrificar nuestra amistad si así puedo impedir que te ocurra algo malo.

No puedo dejar que Erika sufra más, no después de lo que ha pasado con Alexander. Todos estamos hechos polvo, pero eran familia y lo que ocurrió la ha destrozado.

—No es tu decisión.

—Lo sé. Y por eso te estoy pidiendo que entres en razón.

Ella sacude la cabeza y se cruza de brazos. Está seria y decidida. Se mantiene firme y serena, y puedo ver el enfado y la crispación en sus ojos.

—No te dejaré hacerlo.

La miro, implorante, y espero a que rectifique; pero no lo hace. Cojo aire lentamente y me doy la vuelta a sabiendas de las consecuencias de lo que estoy a punto de hacer.

—Berit.

El joven se encuentra entre Louis y Derek. Los tres parecen concentrados en su tarea, pero todos se giran cuando me ven llegar.

—¿Estás bien? —pregunta Derek. Parece alarmado. Intuyo que mi expresión habla por sí sola y deseo ser capaz de ocultar mis sentimientos un poco mejor. El chico deja un trozo de madera encima de la mesa de trabajo improvisada y se pone en pie.

—No pasa nada —sonrío, pero creo que no lo convengo—. De verdad, no pasa nada. Tengo que comentarte algo, Berit.

El muchacho asiente, igual de consternado, pero no tan preocupado como Derek, que no deja de taladrarme con sus ojos castaños y me pone aún más nerviosa. Berit se acerca un poco a mí, pero le pido que me acompañe para tener algo de intimidad y obedece.

Rodeamos la cabaña y nos alejamos un poco de la huerta. Solo cuando estoy segura de que nadie anda cerca, vuelvo a inspirar con fuerza y flaqueo cuando pienso en lo que voy a tener que contarle. No puedo evitar plantearme si estoy haciendo lo correcto, si Erika tiene razón y el derecho a decidir mantener esto en secreto es solo suyo.

Berit me mira, expectante, mientras espera una explicación. Pero yo no

consigo pensar con claridad. ¿Estaré haciendo bien? Estoy segura de que todos la tratarían de forma diferente si supieran en qué estado está. Creo que sería lo mejor para ella, y para la salud del bebé, pero hasta ahora ha sobrevivido, ¿no?

La cabeza me da vueltas y yo cada vez estoy más nerviosa.

—Karan, ¿quieres sentarte? —pregunta. Ha debido reparar en mi pálido semblante.

—Estoy bien. Estoy bien —le aseguro. Suelto aire con fuerza, sacudo la cabeza y tomo una rápida decisión.

—¿Qué hay entre Erika y tú?

—¿Cómo? —inquire, descolocado.

—Que qué hay entre vosotros. Es evidente que os gustáis así que, ¿por qué diablos no estáis juntos?

—¿Eso era de lo que querías hablar tan urgentemente? —Intenta parecer serio, pero veo cómo se sonroja levemente.

Aprieto los labios y me contengo para morderme la lengua. Quizá me haya precipitado, quizá no estuviera actuando correctamente. Erika es dueña de sus decisiones y debo respetarlas. Esto no le va a hacer ninguna gracia, pero es un mal menor; así que me lanzo a la piscina de cabeza.

—Sí. Quiero que me lo cuentes. —Suspiro para mis adentros e intento aparentar calma.

Después de casi una hora hablando con él y preguntarme a cada segundo si no debería habérselo contado todo, vuelvo al lago, mentalmente agotada, para reunirme con Erika. Está sentada en la orilla, con los pies colgando y metidos dentro del agua. Se gira cuando me ve llegar, pero no se levanta. Mira al frente y me ignora. Me aproximo a ella y reparo en que ha estado llorando. Sus ojos enrojecidos la delatan. Me siento a su lado y respiro.

—No se lo he contado.

—Gracias a Dios... —murmura y me mira con alivio.

—Porque se dará cuenta pronto —replico.

—Hasta entonces es mi decisión —declara, seria.

Asiento.

—Pero entonces lo haremos a mi manera. Me aseguraré de que comes mejor y de que no trabajas como el resto. Y tú obedecerás sin rechistar.

—Entendido —acepta con un tono de voz más suave. Ambas miramos al frente, absortas en el reflejo del sol en la superficie del lago—. Gracias.

Suspiro en voz alta, sin responder, pues no sé si estoy haciendo lo correcto.
Intento convencerme a mí misma de que sí.

Capítulo 44. Siempre nuestro

Paso el resto del día atenta a cada movimiento de Erika. Sé que sabe cuidarse sola perfectamente, pero ya no puedo evitar pensar en su estado cada vez que hace algo diferente a estar sentada.

No le cuento que he hablado con Berit acerca de ella, no quiero inquietarla más y, al fin y al cabo, lo que me dijo Erika resume bastante bien su historia. Son dos personas que se aman y no se han conocido en un buen momento. Aunque a mí ese argumento me parece una patraña, pero no soy quién para juzgar.

Sus miradas se cruzaron por primera vez el día que el tren llegó al pueblo. Habían sido vecinos toda la vida y ni siquiera lo habían sabido. Aquel era un día soleado y el viento soplaba con fuerza. Berit, frente a la puerta del vagón del que acababa de descender, vio a Erika al otro lado de la estación. Varios niños llegaban junto a ellos, niños que acabarían en el mismo campamento al que nos mandaron a mis dos hermanos y a mí.

Un mar de pequeños se abría paso para salir de la estación mientras Erika esperaba con su primo con las maletas a su lado y miraba a los niños petrificada.

El joven no dudó cuando se acercó a ellos y se presentó con una sonrisa. Desde entonces, no se separaron. Ambos eran forasteros en un lugar desconocido, donde se hablaba una lengua que no comprendían y donde no tenían a nadie que cuidara de ellos. Se asentaron en sus familias de acogida y durante todo ese tiempo cada uno se convirtió en el apoyo del otro.

Pasaban las tardes juntos y disfrutaban de algo tan sencillo como hablar. Alexander era demasiado pequeño para hablar sobre ciertos temas. Las cosas iban bien. Berit se enamoró de ella desde el primer instante, desde que, como él me confesó, escuchó su risa; la bonita risa relajada y natural de Erika. Pero no pasó nada entre los dos.

Un tiempo después, la familia que se había comprometido a hacerse cargo de Berit lo abandonó sin explicación alguna y Erika se convirtió en su único soporte. Mientras las cosas iban de mal en peor, mientras él perdía cualquier posibilidad de conservar esa casa o de dormir en un lugar caliente, ella estuvo

a su lado y cuidó de él de la única forma que sabía. Le dio mantas, comida, y consuelo.

Todo se complicó para ambos. Berit se vio sumido en una espiral de decadencia de la que no sabía cómo salir. Vivía de la caridad en la calle, buscaba trabajos desesperadamente y se marchaba de vez en cuando al bosque para intentar encontrar comida. Siguió locamente enamorado de Erika, sin atreverse a hacer o decir nada que pudiera complicar aún más las cosas. Pero él sabía que ella también sentía algo, lo intuía por la forma en la que lo tomaba de la mano o lo miraba a los ojos. Lo sabía porque su risa era más clara cuando la provocaba él, porque buscaba excusas para sentir el calor de su contacto. Pero él se mantuvo pétreo e inamovible pues era consciente de su situación.

Una noche en la que se hospedaba en una casa abandonada, cedida por el alcalde durante unos días, ella fue a visitarlo. Le llevó comida, mantas, lumbre y unas cerillas para que pudiera calentarse. Y después no se marchó. Se sentó junto a él a cenar, a compartir anécdotas, a olvidar Dinamarca y a recordar Viena.

Fue entonces, entre miradas y silencios, cuando Berit no pudo evitar besarla y demostrarle con caricias lo que sentía. Dejándose arrastrar por la inercia se perdieron el uno en el otro, embebidos, e hicieron el amor.

Sin embargo, lo que vio Berit al despertar esa madrugada le hizo querer olvidarlo para siempre para convertirse en lo que son ahora: dos personas que se quieren y no pueden estar juntas.

En medio de la noche, arropado por el calor del fuego, despertó cuando sintió la ausencia de Erika a su lado. Al abrir los ojos, la encontró frente a la ventana, sentada en una silla mientras se rodea las rodillas con los brazos. La vio llorar, triste y rota, y se prometió que jamás volvería a llorar por él.

Sabía que lo quería y que no lloraba por lo que acababan de compartir. Lloraba porque por la mañana ella se marcharía a casa y él a la calle a intentar encontrar un techo bajo el que dormir las próximas noches.

Así que, después de eso, Berit se distanció. Tomó una decisión y, por muy dolorosa que fuera para él, la cumplió. Dejó de aparecer por la casa donde vivía Erika y dejó de pasar las tardes con ella. Se alejó al bosque y pasó allí periodos más largos hasta que Derek le propuso marcharse para siempre.

Le pidió a Erika que hiciera lo que creyese más seguro para Alexander y ella, pero deseó con todo su corazón que partiera con él. Y ella simplemente le

siguió. Esa es su historia.

Ahora que lo sé todo, siento una terrible frustración.

Hoy ha salido el sol de nuevo, pero solo momentáneamente, y con él ha llegado otro morral con comida y más mantas. Le he dado parte de la mía a Erika y ella ha tenido que aceptarla bajo amenazas de delatarla. Ambas acordamos que guardaría su secreto siempre y cuando respetara mis normas.

Aún no hemos conseguido que ninguna de las trampas de Berit y Louis funcionen. Pero a pesar de no haber logrado cazar nada, achacamos nuestros resultados desastrosos al mal tiempo que nos ha acosado durante los últimos días. Y hoy, que por fin ha dejado de llover, Berit y yo corremos a colocar de nuevo más trampas esperando tener mejor suerte.

De pronto, el cielo se oscurece y un trueno rompe a lo lejos anunciando el inminente chaparrón. En apenas unos minutos estamos empapados, y corremos para llegar a la cabaña.

Derek se encuentra fuera, pegado a la fachada, con las manos en los bolsillos y aire ausente. Tiene el pelo húmedo y de vez en cuando una gota de lluvia traicionera consigue alcanzarlo y quedar colgando del mechón de cabello que se balancea sobre su frente.

Intento no prestarle atención, no fijarme en la forma en la que sus labios entreabiertos dejan escapar el vaho, o en cómo de pronto se gira, me mira y me regala una preciosa sonrisa.

Es realmente atractivo y no puedo evitar quedarme mirándolo unos segundos más de lo necesario. Sin embargo, apelo a mi parte más racional y le dedico una sucinta sonrisa antes de encaminarme hacia la entrada tras Berit, que acaba de abrir la puerta.

Me repito a mí misma lo mismo cada vez que me encuentro con su mirada por casualidad, que me regala una sonrisa tentadora o que, simplemente, me pierdo mientras lo contemplo. Me repito que no debo pensar en esas cosas, que no debo pensar en él por mucho que duela negar lo que siento.

El calor del fuego me recibe cuando entro y Anne me saluda desde el suelo sentada junto a Joren, con una exclamación. Empujo la puerta despacio. Estoy a punto de sacarme el jersey que llevo por la cabeza cuando dos fuertes manos me aferran con firmeza de la cintura y tiran de mí para arrastrarme fuera.

No veo más que un brazo que agarra el pomo por encima de mis dedos y la madera de la puerta prácticamente contra mi cara, a un par de centímetros de

darme en las narices.

—Hola —me saluda Derek. Me obliga a darme la vuelta y hace chocar mi espalda contra la puerta con suavidad—. Me alegra encontrarte aquí. Acompáñame —me pide, con naturalidad.

—Derek, está lloviendo mucho —protesto mientras tira de mi muñeca.

—Ya lo veo —responde y sale bajo la lluvia mientras me arrastra tras él.

Cuando dejamos atrás el pequeño claro en el que se encuentra el refugio y nos internamos en el bosque, trastabillamos y tropiezo un par de veces.

—Ten cuidado —me advierte, como si no fuera su velocidad la causante de mi falta de equilibrio.

—¿Qué pretendes? —jadeo, e intento seguir su ritmo sin darme de bruces contra el suelo y matarme—. ¡Derek! ¡Respóndeme!

Sigue adelante sin prestarme la más mínima atención, mientras camina con prisa y sorteando sin dificultad ramas y raíces que nos salen al paso. La lluvia sigue cayendo sobre nosotros como una cortina de seda plateada.

El pelo se me pega a la cara y apenas soy capaz de ver por dónde vamos. No me extrañaría que nos topásemos con una de las trampas que hemos puesto Berit y yo, y ni siquiera nos enterásemos hasta caer en ella.

De pronto, me detengo en seco y doy un fuerte tirón para obligar a Derek a que se pare también. Cuando se da cuenta, tira de mí con insistencia e intenta ignorar lo que acaba de pasar. Sin embargo, aunque me arrastra unos pasos hacia delante, no consigue que vuelva a andar.

—¡Basta ya! ¡Dime a dónde vamos!

—A ninguna parte —contesta y me mira como si fuera obvio.

—¿Y qué hacemos aquí fuera? —pregunto, empapada, mientras la lluvia se abre paso por mi rostro, mi ropa y el interior de mis botas.

Derek ladea la cabeza, como si esta conversación le pareciera innecesaria y terriblemente tediosa.

—¿Por qué estamos aquí? —insisto y empiezo a impacientarme.

—Estamos aquí porque cuando me dijiste que este no era un buen momento para estar juntos creí que lo estabas pasando mal, que estabas asustada y que necesitabas tiempo. ¡Lo comprendí! ¡Me pareció razonable! —Comienza a hablar en un tono de voz bastante alto, quizá para hacerse oír por encima del suave murmullo de la lluvia—. Pero resulta que hoy me he despertado y me he dado cuenta de lo estúpida que es tu forma de pensar.

Nunca antes lo había visto enfadado. Habla con rapidez, gesticulando con

rabia y se pasa la mano por el pelo cada vez que algunos mechones mojados caen sobre su frente.

—¡Respeté tu decisión; quise hacerlo! Pero es absurda e irracional, y ya no he podido guardar silencio más tiempo. Sí, no es el escenario perfecto para un cuento de hadas. Pasamos hambre la mayor parte de los días, vivimos con miedo a que nos encuentren y es probable que el mundo se esté yendo al garete ahora mismo. Pero ¿qué importa eso? ¡A la mierda con el mundo, yo solo quiero besarte!

Derek toma mi rostro con ambas manos y lo acerca al suyo para besarme con vehemencia, casi con violencia. Su boca busca la mía desesperada y yo me abandono al mejor beso de mi vida. Olvido mi deber, mi decisión e incluso me olvido de la realidad que nos rodea.

Las manos de Derek recorren mi espalda con fervor y me pega más a él mientras su boca recorre la mía con anhelo. Rodeo su cuello con los brazos y enredo mis dedos en su cabello.

Tiene razón. Ahora mismo, la tiene. Me abandono a él por completo y mando al traste la contención, la prudencia y mi sentido del deber. Necesito besarlo. Necesitaba besarlo con locura y ni siquiera lo sabía.

Un halito de calor inunda mi pecho y se propaga. El vacío que ha anidado en mi interior comienza a desaparecer con la misma rapidez con la que sus labios buscan los míos.

Nos besamos abrazados y consumimos cada segundo mientras el tiempo se detiene. Nos bebemos los segundos a besos y dilatamos un instante que nos pertenecerá siempre. Al margen de la realidad, del mundo, de la guerra o del hambre, este instante será perfecto y será siempre nuestro.

Capítulo 45. El benefactor

Nos miramos, jadeantes, con el corazón desbocado y los sentimientos a flor de piel. No hay más que lluvia entre los dos y un espacio que podría salvar si me pusiera de puntillas y volviese a besarlo. Me sostiene los hombros con las manos, como si temiera que en cualquier instante pudiera salir corriendo, y no aparta sus ojos de los míos.

—¿Sigues creyendo en tu estúpida decisión? —me pregunta con el rostro empapado.

Tardo un rato en responder; no porque dude, sino porque el anhelo que hay en su mirada me conmueve.

—No. Quiero estar contigo —le digo bajito.

Derek sonrío y pega su frente a la mía, contento. Se queda así unos instantes, sin moverse, hasta que vuelve a darme un beso breve pero intenso y se separa de mí.

—¿Volvemos?

—Sí, será lo mejor. Aunque más no nos vamos a mojar.

Vuelve a regalarme una sonrisa increíble y me coge de la mano cuando echamos a andar de vuelta a la cabaña, ahora sin prisa, ajenos a la lluvia que se precipita sobre nosotros sin piedad.

Cuando la puerta se abre de par en par, todos se vuelven al mismo tiempo para contemplarnos con rostros consternados y expresiones sorprendidas. Me quito el jersey con las manos heladas y lo arrojo a un lado. Me acerco al fuego y me siento frente a él mientras me deshago también de las pesadas botas.

—¿Qué ha pasado? —le pregunta Louis a su hermano.

—Me había parecido ver algo en el bosque. Una falsa alarma —miente y se quita también su abrigo empapado.

Me envuelvo en una vieja manta de lana, cortesía del misterioso benefactor, y me quedo acurrucada junto al calor de las llamas. Los párpados me pesan y siento cómo los etéreos brazos del sueño me envuelven casi al instante, reconfortante. Es entonces cuando siento unos brazos reales que me abrazan por la espalda. Antes de que me dé cuenta, Derek se ha apoyado en la pared y me sostiene entre sus brazos.

—¿De verdad te has quedado dormida en medio minuto? —pregunta divertido.

—Lo intentaba, al menos.

Me desperezó apenas un poco, cayendo en la cuenta de que, incluso si ha dado una excusa para nuestra ausencia, no ha tenido reparos en abrazarme delante de todos. Abro los ojos y miro a mi alrededor, aunque realmente no me importa que lo sepan.

Louis mira a su hermano con una ceja enarcada, pero no se molesta en reprenderle lo increíblemente descarada que acaba de hacer su mentira. Bibi, que estaba junto a él, se cruza de brazos con un gesto despectivo y nos da la espalda.

Joren también nos mira de una forma extraña. Lo observo unos instantes, incrédula, cuando me doy cuenta de que nos mira con enfado. Parpadeo un par de veces y me pregunto qué diablos le pasa ahora, quizá sea porque él es *su* Derek, pero no tengo tiempo de preocuparme por ello mucho más; las palabras del joven me hacen cosquillas en la oreja.

—No tengas miedo —susurra.

—No lo tengo —le respondo, sin comprender, y vuelvo a mirar al fuego.

Las llamas crepitan con suavidad y consumen la madera que se convierte en cenizas inexorablemente.

—Sé que lo tienes —repite—, pero no debes. Todo va a salir bien —murmura con suavidad y me eriza el vello de la nuca—. Déjame ser el final feliz de tu historia.

Ahora sí lo entiendo, lo entiendo todo y le creo. Apoyo la cabeza contra su pecho y cierro los ojos para dejarme arropar por su calor.

Despierto con el agradable sonido de las arcadas de Erika. Hago una mueca en cuanto lo escucho y me revuelvo, perezosa, mientras oigo quejidos de protesta. Cuando recobro la consciencia, poco a poco me doy cuenta de que Derek duerme a mi lado, con su brazo protector por encima de mi cintura.

Sonrío y me levanto despacio para no despertarle, aunque por la forma en la que arruga la nariz también debe de haber escuchado las arcadas de la joven.

Me acerco a la puerta y salgo fuera para ver a Erika, arqueada sobre sí misma, vomitando a apenas un par de metros de la puerta.

—Eh, estás mejorando tu marca; cada día te alejas más de la casa —bromeo y me acerco a ella—. Vas a tener que decírselo pronto.

—*Pronto* es un término muy relativo —responde, esquiva, y se sujeta el vientre con ambas manos.

—Si no te tapas, no importará cuándo se lo digas —observo y me fijo en ella.

—¿Puedes traerme una manta? —pide, preocupada. Yo asiento y me apresuro por volver a por lo que me pide. Dentro, la gente empieza a desperezarse con lentitud. Protestan cuando me escuchan entrar y yo procuro no hacer ruido.

Cuando vuelvo, le tiendo la manta y Erika se cubre con ella para ocultar su cuerpo justo cuando Berit sale por la puerta, somnoliento y con el pelo enredado.

—¿Qué hacéis? —pregunta con voz ronca, con un ojo entreabierto y el otro cerrado.

—Nauseas matutinas —contesto con naturalidad.

Siento que Erika me fulmina con la mirada, pero lo he dicho tan despreocupada que Berit ni siquiera es consciente de que acabo de darle una pista muy valiosa.

La mañana transcurre sin incidentes; en calma. Por la tarde, Erika y yo damos un paseo por el bosque e intento convencerla de que le cuente la verdad a Berit. Mientras caminamos, de pronto, la muchacha se detiene y alza un brazo ante mi pecho para impedir que siga avanzando.

Agudizo el oído y escucho las mismas pisadas que seguramente habrá apreciado ella también. Alguien se acerca a buen ritmo, caminando con la seguridad de quien conoce estos bosques. Ambas nos miramos preocupadas. Lo más probable es que sea uno de los chicos, pero las dos sabemos que no estamos solos en este bosque y decidimos ocultarnos tras el inmenso tronco de un árbol robusto y de tupidas ramas.

Nos pegamos mucho a él y nos agarramos de las manos para no separarnos. Contenemos la respiración mientras esperamos a que quien quiera que sea pase de largo. No está muy lejos, quizá a quince metros, y puedo escuchar a la perfección cómo se acerca a paso ligero.

Escucho una respiración pesada y fatigada, y unos pies que hacen crujir las ramas caídas de los árboles. En un momento dado, tose con voz extenuada y desgastada, y Erika da un respingo. Continuamos muy cerca la una de la otra mientras aguardamos, impacientes, hasta que se aleja entre los árboles.

Intercambiamos una mirada, esperamos unos segundos y salimos tras él.

Está claro que no es uno de nosotros y no nos ha hecho falta verle para saberlo. Lo seguimos de cerca, lo suficientemente alejadas como para que no nos vea, pero lo suficientemente cerca para no perderle de vista.

Cuando queda claro que el desconocido se dirige a nuestro campamento, mi cabeza comienza a llenarse de conjeturas. Por la expresión apesadumbrada e inquieta de Erika, diría que ella piensa en lo mismo que yo.

Cuando llega al final de los árboles, vemos uno de los laterales de la cabaña a lo lejos. El hombre es alto, altísimo, enjuto, de hombros anchos y un poco encorvados. Se queda unos segundos contemplando la cabaña, sin mover ni un músculo. Al poco, Anne sale danzando de la puerta y el corazón se me acelera. Aunque no soy consciente de cómo sucede, creo que he estado a punto de salir del escondrijo y revelar nuestra posición, pues Erika me sostiene de la muñeca y sacude la cabeza para indicarme que vuelva a agacharme.

Obedezco con el corazón en un puño y me tranquilizo un poco cuando Louis sale tras Anne para vigilarla mientras juega fuera. Se balancea en sus muletas, aburrido, y se resiste mientras la pequeña le insta a que juegue con ella.

El hombre se queda ahí de pie, plantado frente a ellos, mientras los observa de espaldas a nosotras. Mi cabeza trabaja a la velocidad de la luz y se pone en la peor de las situaciones al tiempo que baraja mil ideas diferentes, cuando sin previo aviso, el desconocido se agacha y deja algo en el suelo.

Inmediatamente después, se da la vuelta y Erika y yo nos arrojamos al suelo para tumbarnos antes de que nos vea. El corazón me late a mil por hora y tengo la ansiedad a flor de piel. En cuanto pasa de largo, nos ponemos de pie y nos acercamos al lugar en el que ha estado observando para descubrir qué es lo que ha dejado; aunque yo ya me hago una idea.

Cuando lo vemos, el macuto que nos mantendrá vivos unos días más, nos miramos, asentimos y volvemos a echar a correr tras nuestro salvador.

Capítulo 46. El pueblo

Recorremos varios kilómetros tras ese hombre y nos aseguramos de no ser vistas y de guardar silencio durante todo el tiempo. Me gustaría poder hablar con Erika, pero incluso si pudiera levantar la voz sin ser descubiertas, no tendría palabras.

Aún no lo hemos visto de frente y la curiosidad me puede. Hasta ahora teníamos claro que alguien nos cuidaba desde las sombras, pero había sido una idea tan lejana que ni siquiera había pensado en cómo sería esa persona. Ahora que la tengo tan cerca, no dejo de preguntarme quién es, de dónde viene y por qué nos ayuda.

El hombre se detiene ante un campo de flores y nosotras lo hacemos también, agazapadas entre los arbustos. Él se agacha y se dedica a recolectar cuantas flores puede. Después, emprende de nuevo la marcha y nosotras le seguimos. Al fin, llegamos hasta un pequeño muro de piedra que no mide más de un metro y le vemos entrar en el recinto. Esperamos, expectantes, sin atrevernos a levantar la voz y observamos cómo sale después de un rato sin las flores.

Erika y yo no necesitamos hablar para saber cuál va a ser nuestro siguiente movimiento. Corremos hasta acercarnos al muro y nos asomamos para descubrir qué hay en su interior. Se trata de un cementerio custodiado por un edificio cuadrado, estrecho y alargado, de piedra oscura que no tiene ventanas.

Las lápidas se apilan demasiado juntas, en busca de espacio. Están distribuidas de una forma caótica e irregular, sin orden ninguno. Algunas parecen vetustas y arcaicas, otras son más recientes. Hay hermosas estatuas de querubines protectores y ángeles guardianes, y la vegetación ya ha crecido sobre ellos en un avance lento e implacable para cubrirlos de musgo y tornar el gris de la piedra en un cetrino oscuro.

Puedo ver las flores que ha recogido el hombre desde aquí, diseminadas en tres tumbas que no parecen tan decrepitas como las otras.

—Tú síguele —me dice Erika, bajito—. Yo voy a averiguar de quién son esas tumbas. No podemos perderlo de vista.

—Si me voy, tú me perderás de vista a mí —le advierto en el mismo tono

de voz.

—Sabré encontrarte. ¡Venga! —me apremia con la mano.

Frunzo el ceño y me muerdo los labios insegura. Pero finalmente echo a correr como me dice. No tardo en recuperar el rastro del hombre y en volver a esconderme entre los arbustos mientras avanzo tras él, cuidadosa. Los árboles comienzan a escasear y el espacio entre ellos se hace cada vez más acusado, por lo que me es casi imposible moverme con disimulo.

Tengo en corazón en la garganta y aunque no crea que sea una mala persona, prefiero que no nos descubra, no todavía, cuando no tenemos ni idea de quién es.

El hombre comienza a descender por una extensa colina de un hermoso verde y yo me quedo tras el árbol más cercano mientras lo contemplo. A lo lejos, cerca de un kilómetro más allá, hay un pueblo. Es pequeño, apenas puedo contar veinte pintorescas casitas, todas al borde de un lago de aguas azules y opacas. Me quedo aquí y observo cómo se acerca al pueblo, hasta que Erika llega a mi lado, jadeante.

Se dobla sobre sí misma y apoya las manos en las rodillas, cansada. Me giro hacia ella preocupada y me agacho también para poder ver su rostro.

—¿Estás bien? ¿Has venido corriendo? No deberías hacerlo y lo sabes.

—Estoy bien —contesta y coge aire con fuerza—. Estoy bien —repite. Cuando descubre el pueblo al final de la colina, pregunta—: ¿ha bajado allí?

Asiento, pensativa, y ambas permanecemos en silencio unos segundos.

—¿Qué has descubierto? —quiero saber.

—Las tumbas de una mujer joven y de dos niños. Uno murió con siete años y el otro no era más que un bebé de apenas dos meses de edad. Todos fallecieron hace poco.

Me appena escucharlo y reprimo un suspiro. Erika también parece taciturna y decido ser yo quien haga la pregunta.

—¿Le seguimos o nos vamos?

Ella traga saliva y contempla el horizonte. El cielo se ha oscurecido y contrasta con el verde de la pradera. Más allá, justo antes de que aparezcan las casas, hay un campo de flores de un amarillo intenso que completa el conjunto perfecto para el paisaje de un hermoso lienzo.

—Vamos —decide y echa a andar.

Nos acercamos con sigilo y procuramos no llamar la atención. No encontramos a nadie en las calles y todo está silencioso. Una oveja solitaria

pasta cerca de una casa de piedra cuyo tejado ha sido conquistado por el musgo y nos sobresalta con un balido. Cuando pasamos de largo las primeras casas de piedra —más arcaicas sin duda que las bonitas casitas de madera que encontramos después—, Erika me coge de la mano y yo la oprimó con suavidad.

No hablamos, estamos demasiado preocupadas caminando con inseguridad a través de una calle que se abre paso entre las casas. Los terrenos colindantes están vallados y delimitan parcelas en las que pastan algunos animales. Las casas son modestas, algunas de dos pisos, con tejados negros o de colores vistosos.

Una anciana dormita en el porche de uno de los hogares. Lleva un pañuelo que cubre parte de su cabellera blanca y viste una falda tupida y larga que deja al descubierto unos mocasines gastados. Cuando pasamos frente a ella, se despereza levemente y entrecierra los ojos mientras nos escruta con atención. Apretamos el ritmo inconscientemente y vuelvo la cabeza al tiempo de ver cómo se ha puesto en pie con lentitud y se asoma mientras nos ve marchar.

Giramos por una calle y llegamos a una casa un tanto aislada, cuyo terreno prácticamente parece flotar sobre el agua. La vivienda ha sido erigida en un saliente que da a las oscuras aguas del lago. Pequeños rimeros de tierra firme salpican sus alrededores, donde el agua lame las orillas de más de un metro de elevación. Un muro de piedra gris, que contrasta con las paredes de madera negra de la casa, protege el hogar.

En ese instante lo vemos. Es él. El hombre lleva a una cabra sujeta por una soga, mientras el animal bala. Es un hombre mayor. Su rostro queda oculto bajo una espesa barba blanca y sus ojos están enmarcados por unas negras cejas pobladas y unas arrugas acusadas que le dan un aspecto entrañable de abuelo.

Nos quedamos de pie, petrificadas, mientras aún nos sostenemos de las manos y observamos al hombre que ha sido un misterio todos estos días. De pronto, alza la cabeza y nos ve. Abre mucho sus pequeños ojos y se queda inmóvil, con el desconcierto dibujado en su expresión.

Capítulo 47. La casa de las paredes negras

El anciano ata la cabra a un poste y sale a recibirnos. Abre una pequeña puerta de madera en medio del muro de piedra.

—¿Queréis pasar? —pregunta. Parece tan asustado como nosotras. Su voz es grave y habla en un danés perfecto.

Erika asiente fervientemente y tira de mí cuando echa a andar hacia la puerta abierta que nos ofrece. Ella parece haber reaccionado antes que yo, pues a diferencia de mi compañera, no sé ni qué decir.

Nuestro anfitrión nos abre la puerta de su casa. Vacilo, pero Erika me da un codazo y me apresuro a seguirla. Enseguida me doy cuenta de que la casa parece más espaciosa por dentro. Las paredes de madera oscura son altas y dan cabida a dos pisos. Miro a mi alrededor curiosa e intrigada, aunque no tengo mucho tiempo para reparar en detalles.

Él se queda unos instantes bloqueado, como si no supiera para qué nos ha hecho entrar. Después, parpadea varias veces y sacude la cabeza, y nos pide que le sigamos a la cocina.

No es un lugar con demasiada luz, tan solo hay un par de ventanas y ambas están parcialmente tapadas por unas cortinas desgastadas que en tiempos mejores fueron blancas. En el centro de la estancia hay una vieja mesa de madera, desvencijada y picada, y a su alrededor varias banquetas que nos ofrece como asiento.

Erika y yo nos sentamos muy juntas, de espaldas a la puerta y sin apartar nuestras miradas del hombre que parece incluso más desconcertado que nosotras. Se da la vuelta y comienza a apartar platos, cacerolas y tenedores mientras busca algo. Abre un par de cajones y finalmente da con lo que necesita.

—No creía que me encontraríais —dice, en danés—. Ni siquiera pensaba que me buscaríais —comenta, concentrado en preparar algo en la cocina. Su voz es grave, y un poco áspera, pero no deja de sonar amable.

Erika me mira y espera que sea yo quien responda, pero sacudo la cabeza; no me veo capaz de hablar de algo tan importante en danés. Ella suspira y toma la palabra, hablando despacio y con acento, pero de forma clara y

comprensible.

—¿Es usted quién nos ha estado dejando comida?

—Así es —contesta él al tiempo que azuza el fuego de la cocina.

—¿Por qué lo ha hecho? —pregunta.

Después de terminar lo que está haciendo, sin prisa, se da la vuelta hacia nosotras y lo medita unos instantes más antes de responder.

—Suelo salir a cazar por los alrededores, para matar una o dos aves. Antes podía pasarme el día entero fuera en el bosque, pero uno ya no es el mismo que hace veinte años —nos explica—. Un día me topé con uno de los chicos del pueblo, llevaba consigo una camisa en buen uso y alguna cosa más. Dijo que había alguien en el bosque y me preocupé. Cuando encontré vuestra cabaña y me di cuenta de que no eráis más que unos muchachos, decidí volver otro día para devolveros la ropa y dejaros algo de comida.

—Ha estado regresando desde entonces cada pocos días —le dice Erika con una mirada interrogante.

Él suspira y una sonrisa se adivina bajo la barba blanca que cubre su rostro. Su piel es morena, curtida por el viento, llena de manchas e imperfecciones.

—No podía dormir con la conciencia tranquila sabiendo que había chicos viviendo solos en el bosque.

—Su comida nos ha salvado la vida —intento decir, pronunciando con delicadeza.

Él asiente, pero no dice nada y se da la vuelta para remover el contenido de la cazuela que está calentando.

—¿Por qué vivís en esa cabaña? ¿De dónde venís?

—Vivíamos en un pueblo que acogía a refugiados. Escapamos de allí cuando los nazis invadieron Dinamarca —explica Erika.

No nos pregunta por qué, creo que sobran los motivos y realmente no son necesarias más explicaciones.

—¿Cuánto lleváis ahí?

—Varias semanas —respondo con bastantes más dificultades que Erika para hablar en danés.

El anciano toma un cazo y sirve leche en dos tazones. Los deja frente a nosotras y sonrío.

—Es leche de cabra. Es un poco fuerte, pero os hará entrar en calor.

Erika se la lleva a los labios y maldice por lo bajo cuando se quema la lengua. Yo me la acerco a la boca también, al tiempo que sostengo la taza con

ambas manos mientras me las caliento.

—Gracias —le digo deseando que se enfríe para poder darle un sorbo.

—¿Por qué me habéis seguido hasta aquí?

—Queríamos saber quién era —dice Erika sin apartar los ojos de su taza de leche.

El hombre toma una banqueta y se sienta en ella despacio.

—¿Me habéis seguido durante todo el camino?

Erika y yo compartimos una mirada fugaz. Es evidente que sí lo hemos hecho, si no, no estaríamos aquí. Antes de que la joven se me adelante, por si acaso, decido hablar yo y asegurarme de que abogamos por la sinceridad.

—Sí. Lo hemos visto entrar en el... —titubeo, no porque me resulte incómodo, sino porque no conozco el equivalente de cementerio en danés.

—Cementerio —me ayuda Erika—. Sentimos su pérdida.

Asiente y cruza sus grandes manos ante la mesa.

—¿Vive usted solo? —pregunta mi amiga, de pronto.

—Vivo solo, con mi cabra y mis gallinas —responde él.

—Nosotros somos ocho —le cuenta ella con un tono de voz más bajo—. Tenemos una niña de cuatro años y un chico muy joven que es especial.

No me gusta lo que acaba de decir, porque en realidad Joren sí que es especial, pero la connotación con la que lo ha dicho ha sido negativa y eso me molesta. Sin embargo, entiendo a dónde quiere ir a parar y en esta situación todo vale si eso nos da una oportunidad.

—Comemos plantas y a veces pescado, menos los días que usted nos deja algo y podemos comer en condiciones.

—Entiendo que es una situación verdaderamente difícil. Me gustaría poder daros más, pero como veis no poseo mucho —hace un gesto en el que abarca la cocina con el brazo y yo miro a mi alrededor instintivamente. Lo cierto es que la decoración es escasa y los muebles son viejos. Es una morada humilde y no necesito que nos lo diga para darme cuenta de ello.

—Lo sabemos y estamos increíblemente agradecidas por ello —le dice Erika—. Créame cuando le digo que no le pediría nada más si no lo necesitáramos, pero allí arriba estamos pasando hambre y mucho frío. —Hace una pausa. Por la forma en la que cierra los ojos y toma aire, intuyo qué va a contarle—. Nosotros también hemos perdido a alguien. Solo tenía diez años.

El hombre se echa un poco hacia atrás y la mira con tristeza. Tal vez intuya a dónde quiere llevar esta conversación. Yo me mantengo alerta, expectante,

preparada para intervenir si se diera el caso.

—No puedo ofrecer nada más —dice él, realmente apesadumbrado—. Lo haría si pudiera, nada me gustaría más que ayudaros, pero no puedo...

—Déjenos vivir aquí —lo interrumpe Erika y se inclina un poco hacia él—. No comemos mucho y al menos estaremos calientes por las noches.

Él sacude la cabeza, pesaroso y apurado.

—Sois ocho... No puedo acoger a tanta gente —se revuelve incómodo. Siente de verdad no poder hacerlo.

—Le ayudaremos en lo que sea. Saldremos a cazar, a pescar y limpiaremos la casa. Le ayudaremos con las tareas que usted nos diga... Y no tendrá que privarse de nada, comeremos lo que sobre, no molestaremos. Por favor —le pide suplicante.

—No... no puedo —contesta él, angustiado—. Lo siento, pero no...

—Ella está... —le interrumpo y me detengo en mitad de la frase cuando no encuentro la palabra con la que seguir. Me muerdo los labios y señalo a Erika—. Espera una niña.

El anciano me mira e intenta descubrir si me he expresado bien. Erika abre la boca para protestar, pero ella también sabe que ahora todo vale.

—Estoy embarazada —le asegura—. Pero si nos acoge no lo haga solo por mí, tiene otras siete razones para hacerlo y todos le estaremos infinitamente agradecidos si nos da un sitio donde pasar la noche. El bosque es peligroso. Ya hemos perdido a uno de los nuestros. No deje que perdamos a nadie más.

El hombre lo medita en silencio y yo trago saliva durante unos instantes que me resultan eternos.

—Está bien —acaba cediendo—. Podéis venir todos, ya nos las apañaremos de alguna manera.

Erika suelta un grito de alivio y le da un abrazo impulsivo, pero breve. El anciano se sorprende, pero sonrío y le da un par de palmaditas en la espalda.

—Estandremos un poco apretados —dice y sonrío con aire bonachón.

—Muchísimas gracias —le digo, a punto de echarme a llorar.

—Está bien, está bien —intenta calmarnos—. Terminaos la leche mientras me contáis quiénes sois y yo os preparo algo de comida para vuestros compañeros. Mañana tendré listas las habitaciones para todos. —Se detiene unos segundos, pensativo y se dirige a Erika cuando vuelve a hablar—. Joven, tú puedes quedarte aquí esta noche y descansar, en tu estado no te conviene hacer viajes tan largos a pie.

Erika sacude la cabeza.

—Estoy bien, de verdad. Regresaremos despacio.

El hombre asiente dubitativo, pero no insiste. En apenas unos minutos ambas subimos la colina de camino al refugio.

Capítulo 48. Cárdeno

Cuando regresamos, ya entrada la noche, llevamos con nosotras un pequeño macuto con comida. Ninguna de las dos somos capaces de explicar de forma coherente de dónde venimos. Mientras Erika intenta decirle al resto que hemos seguido al hombre que nos ha estado ayudando, su voz se quiebra y se echa a llorar como una magdalena.

Los demás la miran sorprendidos y expectantes, sin comprender qué ocurre. Yo tiro de Erika y la abrazo mientras río de pura felicidad.

—Nos va a acoger —les digo.

—¿Quién? —pregunta Berit, impaciente.

—El anciano que nos ha estado dejando comida. Ha accedido a acogernos en su casa. Vive en un pueblo a unos kilómetros de aquí. Está al pie de un lago y no hay más que unas cuantas casas solitarias en él. Está tan aislado que los nazis ni se plantearán acercarse a un lugar donde no hay más que ancianos y ovejas.

—Espera, espera —me pide Derek—. ¿Cómo sabéis que es él quién nos ha estado dejando comida?

—Porque lo hemos visto y lo hemos seguido hasta su casa. Sé que suena un poco mal, pero...

—Pero ha sido la mejor decisión que hemos tomado en días —termina Erika, después de recomponerse—. Es un buen hombre, no tiene gran cosa y seguiremos pasando un poco de hambre, pero será mejor que estar aquí.

Derek y Berit comparten una mirada silenciosa. Yo me impaciento y me pregunto qué diablos están pensando.

—¡Va a acogernos! ¿Por qué no estáis saltando de alegría?

—Porque puede ser un tipo con malas intenciones que os esté engañando —dice Bibi.

Paso por alto su comentario y pretendo ignorarla cuando me doy cuenta, por sus miradas, de que el resto piensa lo mismo.

—¡Es un buen hombre! —protesto.

—Es cierto —dice Erika—. No le habríamos pedido que nos acogiera si no estuviéramos seguras.

Los demás se mantienen en silencio unos segundos más. Joren tampoco dice nada y nos observa con aire crítico.

—Yo aceptaría —dice Louis, ante la mirada incrédula de Bibi—. Es nuestra mejor opción.

—¿Nos hemos marchado de un pueblo para ir a otro? —pregunta ella, molesta.

—Es más pequeño y más seguro, está más alejado de todo. Los alemanes no se acercarán a él porque no tiene nada que ofrecerles —explica Erika, paciente.

—Yo también quiero ir —interviene Joren—. ¿Vamos a poder dormir en camas?

—Sí —contesto, contenta—. Eso creo.

—Entonces yo me voy —sentencia—. No me gusta dormir en el suelo.

Derek se frota el cuello y suspira.

—Si Joren va, yo también —decide para regocijo de mi hermano.

Berit mira a Erika, sopesando sus posibilidades.

—Está bien —acaba cediendo y dirige una mirada interrogativa a Bibi, que sigue cruzada de brazos.

—No pienso quedarme sola aquí —protesta—. Así que iré.

La noche se hace larga, increíblemente larga. Esta vez no es por el viento que golpea las débiles ventanas, ni tampoco por la incomodidad de descansar en el suelo, esta vez lo que no me deja dormir es la impaciencia. Cuando amanece, comemos un poco y comenzamos a recoger las cosas. Llenamos las bolsas con nuestro equipaje y yo aprovecho para echar un vistazo a la flor que me regaló Derek. Tengo la sensación de que ha transcurrido una eternidad desde entonces, y no han sido más que unas semanas.

La orquídea está completamente seca, pero aún conserva sus suaves colores violáceos, aunque un tanto ajados. La contemplo y la hago girar con delicadeza entre mis dedos. Después tomo de mi equipaje el libro que Derek robó y reescribió: *Un día de invierno*. Sé que él se sigue manteniendo firme al respecto, alegando que no hizo más que resumir el verdadero final, pero yo no puedo creerle. No entiendo por qué ese afán de querer ser tan idealista, pero me gusta.

Cojo la orquídea y la dejo con delicadeza en la última página del libro. Conmovida, leo las últimas líneas escritas a mano:

En realidad, él no perdió la pierna. Todo fue un sueño; solo tenía un esguince de nada. Ella acaba bajándose de ese barco antes de que zarpe y manda a freír espárragos a su pretendiente. Al final, se queda en tierra con el no-lisiado, su verdadero amor.

Fueron felices y comieron perdices.

Fin.

Sonríó. Es tan poco creíble que me parece entrañable. Cierro el libro con la flor dentro y lo ato con un lazo para que no se estropee durante el viaje. Salgo del refugio y lo contemplo durante unos instantes de pie frente a él. Es extraño y nunca creí que me pasaría algo así, pero siento cierta nostalgia al abandonarlo. Para nosotros no han sido más que cuatro paredes destartaladas, pero nos han resguardado del frío y de la lluvia y, durante un breve tiempo, ha sido nuestro hogar.

Cuando estamos todos listos, me echo la mochila al hombro y partimos hacia el pueblo del lago.

Antes de irnos, nos despedimos de Alexander. Pasamos por su tumba. Aún no crecen flores sobre ella, pero confío en que pronto lo harán. Joren eligió este lugar por eso.

Todos guardamos unos instantes de silencio. Su prima se agacha sobre la tierra y le dedica un par de palabras que ninguno escuchamos antes de dejar flores con delicadeza. Cuando todos reemprenden el viaje, Joren y yo nos quedamos un poco rezagados. Él mira la tumba con aire ausente.

—Está bien echarle de menos, es normal.

—Duele —dice sin más, y es tan sencillito y sincero que me contengo para no abrazarlo.

—Dejará de doler —le prometo.

Le doy unos instantes para que se despida de su amigo y, después, echamos a andar tras el resto.

Veó que Erika carga con una de las bolsas de viaje y me acerco mientras los demás ya se han puesto en marcha.

—¿Qué crees que estás haciendo?

Erika me mira y finge sorpresa, pero sabe perfectamente a qué me refiero. La miro fijamente, inquisidora, y acaba resoplando.

—¿Quieres que diga que no voy a llevar nada? —pregunta—. No pienso

hacer eso y dejarme en evidencia.

—Entonces diles la verdad, así de simple —contesto.

—Deja de insistir —replica enfadada.

—De acuerdo, pero diremos que ayer te diste un golpe en las costillas o en el hombro y que no puedes cargar con peso porque te duele. No pasa nada, no le darán importancia.

Erika me mira dubitativa, pero le tiendo la mano y ella me da su bolsa. Dentro de lo malo, no pesa mucho, así que no me cuesta demasiado llevar ambas a la espalda. Echamos a andar y apretamos el ritmo hasta que alcanzamos al resto y nos ponemos en cabeza para guiarlos.

Pasa un tiempo hasta que Joren se da cuenta de que yo llevo dos bolsas y Erika ninguna y no duda en preguntar.

—Se ha hecho daño. No puede llevar peso —le explico.

—Pero todos tenemos que llevar peso —dice, repitiendo lo mismo que le hemos dicho a él al salir del refugio.

—Entonces rectifico: todos los que no estén heridos tienen que llevar peso.

Él lo medita, crítico.

—Está bien —decide. Cualquiera otro habría preguntado por el estado de Erika, pero no él. Suspiro; aún tiene mucho que aprender sobre las interacciones sociales.

—¿Está herida? —pregunta Louis, que nos sigue de cerca y lo ha escuchado todo. Habla con un fuerte acento, pero se le entiende a la perfección.

—Ayer se cayó y se hizo daño en el hombro —le explico sin entrar en detalles. Erika me mira, culpable, pero no se atreve a contradecirme. Su expresión compungida da credibilidad a mis palabras.

—¿Quién se cayó? —pregunta Berit y se acerca más a nosotras.

—Erika —respondo sin dudarle, y disfruto de su mirada preocupada.

—¿Cómo? —pregunta—. ¿Estás bien?

—Estoy bien —declara ella nerviosa—. De hecho, creo que puedo llevar mi bolsa, ya no me duele tanto. Puedo mover el brazo sin problemas —me mira y me reta mientras estira el supuesto brazo herido hacia mí.

Berit y Louis me miran mientras caminamos, bastante lento gracias a las muletas del danés, y yo contraataco sin pensármelo dos veces. Le dije que guardaría su secreto si seguíamos mis normas, pero intenta romperlas y el trato era velar por su seguridad y la del bebé.

—No es el brazo lo que me preocupa —le digo—. Son las costillas. Ese

color cárdeno no parecía indicio de nada bueno.

Erika me mira boquiabierta, incapaz de creer lo que acabo de decir.

Berit parpadea y tarda unos instantes en reaccionar. Luego, rápido, se vuelve hacia ella e intenta cogerla del brazo para hacer que se detenga, pero ella sigue adelante, esquiva.

—¿Qué tienes en las costillas?

—No es nada. Ka solo exagera. Es un pequeño moratón.

—¿Pequeño? —pregunto con énfasis.

—Sí, *pequeño* —replica ella y me fulmina con la mirada. A estas alturas nos hemos detenido ya y los demás comienzan a acercarse y a escuchar, atentos, cuando se dan cuenta de que estamos debatiendo algo importante—. Pero, aun así, creo que tenéis razón, será mejor que Karan lleve la bolsa por mí. —Me mira, entre suplicante y furiosa, y yo asiento.

—Sí, coincido contigo. La llevaré yo.

Echo a andar, pero Berit no se da por satisfecho.

—¿Te duele? Yo tampoco creo que algo así sea indicador de algo bueno. Déjame verlo —le pide, acercándose mucho a ella y la sostiene de la muñeca.

Erika intenta zafarse, nerviosa, pero Berit no le permite seguir adelante.

—De verdad que no es nada —le digo, conciliadora, y empiezo a arrepentirme de haber dado pie a esta situación.

Los demás observan la escena con curiosidad, sin atreverse a intervenir.

—¿Y si se ha roto alguna costilla? —pregunta Berit. Erika bufa.

—¿Qué le ha pasado? —quiere saber Derek, que no conoce toda la historia.

—Ayer se cayó y tiene algo en las costillas —dice Louis, incapaz de expresarlo mejor.

—¿Algo? —pregunta Derek, también alarmado.

Me pongo nerviosa y me acerco a Berit y a Erika para asegurarme de que arreglo esto antes de que empeore. Me quito la bolsa de la joven y se la tiendo a Berit sin previo aviso, para obligarle a soltar de la mano a Erika.

—Ayúdala con esto, ¿quieres? —le digo, dándole a Erika la oportunidad de que se aleje un par de pasos—. Cuando llegemos al pueblo volveré a mirar cómo está, pero seguro que no es nada.

—Pero has dicho que te preocupaba —replica él sin apartar la mirada de la joven.

—Solo lo decía para que no se negara a que yo llevara la bolsa. —Le doy una verdad a medias—. Sabes lo cabezota que es. Solo es un pequeño

cardenal.

—O una hemorragia —comenta Joren tan tranquilo. Ahora sí, ahora quiero darle una patada en el culo.

—No es una hemorragia, Joren —le digo entre dientes y empujo disimuladamente a Erika para que siga andando. Yo también doy un par de pasos adelante e ignoro las miradas intranquilas del resto.

Berit nos rodea y nos adelanta, para colocarse frente a nosotras, con los brazos cruzados ante el pecho.

—Quiero verlo.

—No hay nada que ver —le dice Erika, cortante.

—Solo quiero saber qué aspecto tiene.

—Pues no pienso enseñártelo —replica molesta—. Si no quiero hacerlo, no puedes obligarme.

Erika está enfadada y nerviosa. Berit parece a punto de estallar, pero controla sus ánimos. Suaviza su tono de voz y coge aire antes de hablar.

—Pues que lo vea otra persona, me da igual.

—Lo he visto yo —intervengo—. Está bien, seguro que...

—Tu opinión no me sirve —me interrumpe, brusco y sincero—. Has dicho que sus costillas no tenían buena pinta y has rectificado en cuando Erika te ha dado la bolsa. Como tú has dicho, todos sabemos lo terca que puede llegar a ser y creo que te ha hecho prometer que no le contarías a nadie cómo está realmente.

Erika resopla y pasa a su lado al tiempo que lo aparta de un empujón.

—Te he dicho que no eres quién para obligarme a nada, ¿lo entiendes?

Berit sostiene su mirada incendiaria con aplomo, sin amedrentarse. Mantiene su semblante sereno y su voz no tiembla cuando vuelve a hablar.

—Por favor, enséñaselo a alguien más.

Erika no responde, pero se vuelve hacia él y lo observa con atención, sopesando sus posibilidades.

—Muy bien —decide, al fin, segura de sí misma—. Joren, ven aquí.

—¿Yo? —pregunta mi hermano, tan sorprendido como todos.

—Sí, ven aquí. —Pone los brazos en jarras y le hace un gesto con la cabeza para que le siga mientras se aparta un tanto del camino. Yo me masajeo las sienes con los dedos, y me maldigo una y otra vez por haber abierto la boca. Observo que ambos se distancian unos cuantos metros. Están lo suficientemente cerca como para que podamos escucharlos; pero no para ver

el vientre de Erika si esta nos da la espalda.

Todos observamos, atentos, mientras ella se desabrocha el abrigo, se sube el jersey con parsimonia y le enseña el vientre a Joren. Este lo mira durante unos segundos y lo estudia con atención.

—¿Lo has visto bien? ¿Has visto mis costillas? —le pregunta ella.

—Sí —responde, simplemente. No hay asombro en su rostro, ni una pizca de desconcierto. Erika se baja el jersey y se tapa con su abrigo, volviendo a nosotros enseguida.

—Muy bien, Joren. Responde solo a esta pregunta diciendo *sí* o *no* con total sinceridad y después todos olvidaremos el tema: ¿es grave lo que tengo en las costillas? —Le dice Erika hablando despacio, eligiendo sus palabras con cuidado.

—No —contesta Joren, diligente al hacer solo lo que se le ha pedido.

Estoy a punto de soltar en un largo suspiro de alivio el aire que he estado conteniendo. Me ajusto las correas de mi mochila con nerviosismo y me acerco a Erika para retomar nuestra marcha.

Berit no termina de creérselo, pero Joren no miente, *nunca* miente, así que seguimos en silencio y yo llamo la atención de Erika para articular una disculpa silenciosa. Me fulmina con la mirada y sé con seguridad que después me va a caer una buena.

Capítulo 49. Un lugar seguro

Hemos tardado más de lo previsto en llegar pues Louis tiene sus pobres manos destrozadas con heridas que no le dejan andar bien por las muletas. Así que llegamos pasado el mediodía, cuando el sol intenta despuntar con timidez en un cielo plomizo, que amenaza con descargar su furia en forma de lluvia sobre nosotros.

A medida que nos acercamos y cuando avistamos la casa negra a lo lejos, apretamos la marcha, impacientes. Hoy es un niño el que está en uno de los porches. Nos ve pasar entre curioso y sorprendido y se mete en casa apresurado para avisar a su madre, que sale a mirar.

Cuando llegamos a nuestro destino y Anne ve la cabra, no hay nada que hacer. Sale disparada hacia ella y entra por la puerta de madera entreabierta sin esperar invitación alguna. El animal retrocede, asustado, y bala, pero la niña se las arregla para acariciarle el lomo, encantada, mientras da chillidos histéricos que ponen más nerviosa a la pobre cabra.

La puerta de la casa se abre y el hombre que se ha convertido en nuestro salvador nos recibe con su sonrisa oculta bajo una abundante barba blanca. Erika y yo nos adelantamos mientras los demás se quedan atrás, reticentes. Joren, por el contrario, sí se acerca con nosotras y mira a su alrededor con curiosidad.

—Bienvenidos —nos dice el hombre en danés—. Mi nombre es Vilhelm —dice y se centra en mi hermano.

—Yo soy Joren, encantado. ¿Le gustan los aviones? —le pregunta también en danés.

—Me temo que no controlo demasiado ese tema —le contesta, amable. Alza la cabeza y espera a que los demás se acerquen. Louis apenas puede moverse, incapaz de seguir haciendo fuerza con sus brazos cansados y sus manos descarnadas—. ¿Cómo os llamáis vosotros?

Uno a uno dicen sus nombres y el hombre asiente y sonrío.

—No tengo mucho que ofreceros, pero mi casa es la vuestra —nos dice y se hace a un lado para invitarnos a entrar. Joren es el primero en hacerlo, sin pensárselo dos veces, y Erika lo sigue. Yo espero a que todos entren para

llamar a Anne y que deje a la pobre criatura en paz.

—Esta es mi hermana Annemette. La llamamos Anne —le explico, intentando que entienda mi danés mientras sostengo a la pequeña por los hombros para que no se vaya corriendo.

—Encantado, Anne —le dice él.

—Yo también —responde, resuelta, y se zafa de mí para entrar en la casa como una exhalación.

Aún nos cuesta creerlo, muchos no se han hecho a la idea de que realmente ahora vayamos a vivir aquí. Comemos en la cocina, en silencio, disfrutando de la mejor comida que hemos probado en días. No es que no tengamos nada que decir, o que estemos cohibidos, es que llevábamos demasiado tiempo sin probar un plato caliente... ¡y sobre una mesa de verdad!

Anne no se atreve a rechazar la comida, aunque es un estofado que lleva zanahorias. Se lo come todo sin rechistar, hasta que deja el plato limpio. El hombre, que come con mucha menos ansiedad que nosotros, nos hace preguntas de cuando en cuando y se interesa por el lugar del que escapamos, pero sin preguntarnos los motivos, eso le da igual. También nos habla sobre la situación en la que se encuentra Dinamarca desde la invasión. Al parecer la resistencia apenas consistió en una breve batalla que no duró mucho, pues el gobierno danés no tardó en rendirse para evitar el derramamiento de sangre. Desde entonces los alemanes ocupan Dinamarca sin demasiada hostilidad y sin encontrar más resistencia que unas cuantas acciones de sabotaje sin demasiada relevancia para el ejército nazi.

Yo termino de comer enseguida, igual que Louis, al que le han temblado las manos todo el tiempo. Mientras el resto termina, llamo su atención y le pido que me siga a la cocina para curarle las heridas. Él se levanta y renquea incluso con muletas. Ambos nos sentamos en la mesa, uno frente al otro. Saco el botiquín con el que me hice antes de escapar y lo abro para comprobar qué es lo que hay dentro. No es que quede gran cosa, ya hemos usado varias vendas también para sus manos y para otras heridas sin importancia que nos hemos hecho. No queda más que un poco de pomada desinfectante y unas gasas.

—Déjame ver tus manos —le pido.

Él las pone sobre la mesa y dejan de temblar cuando las apoya del todo. Tiene varias ampollas reventadas y algunos callos enrojecidos e inflamados, pero no es nada que no se pueda curar.

Las contempla con una expresión de aprensión, y me detengo en su rostro mientras pienso cuánto me recuerdan sus rasgos a su hermano. A simple vista no son parecidos, de hecho, son muy diferentes, pero hay algo, algo que solo se ve cuando estás cerca, que sí los hace parecer hermanos.

Tomo sus manos con cuidado y las giro para ver mejor sus heridas. Me levanto a humedecer una de las gasas y vuelvo con ella para limpiar las heridas antes de vendarlas. Pongo su mano sobre la mía y empiezo con cuidado mientras él no deja de observar sus manos, preocupado.

—¿Te duele mucho? —pregunto.

Él sacude la cabeza. Ahora que me fijo, aunque tenga mi edad, Louis parece curiosamente más joven que yo.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Sí —dice y por fin me mira a la cara.

—¿Por qué decidiste escapar al bosque? —Frunce levemente el ceño y ladea la cabeza, desconcertado, así que me aseguro de que me explico bien—. Quiero decir que sé que Derek no tenía mucha relación con tu tío, con el hombre con el que vivíais. Pero, tú, tú si tenías relación con él, ¿verdad? ¿Por qué arriesgarte a escapar al bosque? Allí habrías estado seguro.

—Y Derek también —responde, enseguida y con cierto acento. No lo ha pensado antes de decirlo, parece muy seguro.

Lo contemplo unos instantes. Ese es el gran misterio: ¿por qué huyó él? Entiendo los motivos del resto. Entiendo que Berit escapó porque cuando Derek se lo propuso ya no le quedaba nada allí y creyó que en el bosque tendría más posibilidades. Erika se marchó porque no pudo abandonar a Berit. Joren, Anne y yo escapamos por nosotros, para que Joren siguiera siendo él mismo, para poder seguir juntos y que no nos separaran. Bibi se marchó por Louis, o por Derek, según por dónde se mire. Louis se marchó por su hermano.

Pero, ¿y Derek? Fue él quien organizó todo esto, quien decidió que debíamos ser fuertes y escapar al bosque. ¿Por qué? ¿Cuál fue su motivo? Como dice Louis, él podría haberse quedado en la granja, con su tío y su hermano, y confiar en que los alemanes no les hicieran nada. ¿Escapó por miedo?

—¿Fue por los alemanes? Escapamos el día que invadieron Dinamarca.

—Supongo que esa fue la razón de más peso —explica con dificultad.

Asiento para que sepa que le he entendido y vuelvo a concentrarme en sus

manos. Dejo una gasa ensangrentada y sucia a un lado y comienzo con otra. Ahora que lo pienso, todos escapamos por Derek. Si estamos aquí, a salvo, es gracias él.

—¿Preferiste escapar con Derek a quedarte con tu tío?

Él asiente despacio e intenta ocultar una mueca cuando comienzo a aplicar la pomada con la yema de mis dedos.

—Derek es mi hermano.

Sonrío. Estoy segura de que, si Louis pudiera expresarse mejor, me daría la misma explicación que me dio Derek cuando lo pregunté. No importa que se conozcan desde hace poco, son familia, y se quieren solo por eso. Sí que son parecidos.

Tengo ganas de hacer más preguntas, pero creo que no debo inmiscuirme más. Continúo con mi labor, concentrada.

Cuando terminamos y volvemos al comedor, el resto también ha acabado de comer. Ayudamos a recoger la mesa y el anciano nos enseña su casa y presta especial atención a nuestras habitaciones. Nos explica que él dormirá en el piso de abajo, en su cuarto, y que nosotros tendremos dos habitaciones arriba y otro pequeño cuarto en el primer piso. Las habitaciones de arriba son amplias, cada una con dos colchones de paja que él mismo ha preparado. Ambas están perfectamente amuebladas, con armarios altos y hondos arcones, espejos un tanto deslucidos y unas cortinas tristes y desgastadas. Sin embargo, a pesar del aspecto lúgubre, a mí me parecen una maravilla.

El cuarto de abajo es pequeño y modesto, apenas hay en él un colchón entre cuatro paredes estrechas, pero tiene una puerta que da directamente a la calle y una ventana por la que se ve el inmenso lago que está en frente.

Cuando terminamos la visita y acordamos cómo repartirnos para pasar esta noche, Vilhelm decide enseñarnos su corral y el pequeño cobertizo donde encierra a la cabra y a las gallinas por la noche.

Al salir en pos de él, tomo a Berit del antebrazo con discreción y le obligo a esperar hasta que todos salgan. Él me mira con curiosidad, prudente, y arquea sus cejas oscuras.

—¿Qué pasa?

—Tengo que decirte algo.

—Eso ya lo veo.

Tomo aire y le suelto, pero continúo frente a él, frente a la puerta abierta, mientras él me observa con atención.

—Pronto va a pasar algo, no puedo decirte qué y si tú no haces nada antes, perderás a Erika para siempre.

Veo cómo frunce el ceño y se ruboriza, pero no intenta negar que no quiere perderla.

—¿Qué va a pasar?

—No puedo decírtelo —le repito—. Pero si no hablas con ella antes, ya nada volverá a ser igual.

Él me mira en silencio. Puede que piense que no tengo derecho a meterme en sus vidas, pero si dejo que Erika le cuente a Berit que está embarazada antes de que hagan las paces, ambos sufrirán.

—¿Lo entiendes? Ya no hay nada que os impida estar juntos. Los dos estáis en la misma situación desastrosa. Así que tú decides, pero hazlo rápido, porque pronto será demasiado tarde.

Me marcho sin añadir nada más y lo dejo meditando, confuso y sin pronunciar una sola palabra.

Creo que he hecho lo que debía.

Capítulo 50. Otro comienzo

Estoy sentada contra el modesto cabecero de mi cama. El colchón es asombrosamente cómodo. Anne, Erika y yo compartimos habitación, mientras que Berit, Derek y Joren comparten la suya. Louis y Bibi han decidido quedarse con el pequeño cuarto del primer piso así él no tiene que subir escaleras.

Anne se acerca a mí y se acomoda entre mis piernas. Toma mi mano y la pone en su cabecita rubia para que la acaricie y así lo hago. Me apena la situación en la que estamos y me apena que tenga que estar pasando por esto cuando no tiene más que cuatro años. Pero estar aquí era lo mejor para nuestra familia, para que un día podamos reunirnos de nuevo. Si nos hubiéramos quedado en el pueblo, probablemente Anne nunca hubiera vuelto a Berlín.

Nunca he sido una hermana mayor especialmente atenta con ella. Quien cuidaba de Anne —y de todos en general— era Lise, la buena de Lise, y ahora ella no está aquí. Soy consciente de que la he desatendido un poco, de que no he pasado tanto tiempo con ella como con Joren; pero, aunque la quiero con locura, la relación que tengo con mi hermano es especial. Ni Lise ni ella entienden a Joren de la forma en la que lo hago yo. Ni siquiera lo comprenden así mis padres.

Mamá decía que teníamos una conexión especial, que nuestro vínculo era precioso, único y que no debía permitir que nadie lo rompiera jamás.

Acaricio a Anne con ternura mientras se queda adormilada y sonrío con cierta tristeza. Hasta ahora he prestado más atención a Joren porque Anne es una niña querida por todos. Es doloroso, pero es así. La forma de ser de Joren hace que su vida esté encaminada a seguir un camino solitario. Y en ese camino yo soy la única que puede estar a su lado de verdad. Hasta que conocimos a Derek, ahora él también está en su vida.

Dormimos juntas, acurrucadas sobre un colchón mullido y arropadas por mantas limpias y secas. Aunque tengamos dos camas, Erika también duerme con nosotras, al otro lado de Anne.

La pequeña se pega a mi pecho, mira a la joven y toca su vientre con la mano, curiosa.

—¿Llevas un niño dentro?

—Tu hermana cree que es una niña —contesta sonriente.

—¿Yo? —inquiero sorprendida y me llevo la mano a la boca para bostezar.

—Lo dijiste el otro día, cuando se lo contaste al anciano. Dijiste que era una niña.

—Fue por el idioma —le explico.

Ella se encoge de hombros y acaricia también su tripa.

—Creo que me gustaría que fuera niña.

—¿Entonces va a ser una niña? —quiere saber Anne.

—Es muy probable, sí —ríe Erika—. Escucha, es un secreto, ¿de acuerdo? Solo lo sabemos nosotras tres... y Joren.

—No se lo voy a decir a nadie —promete la pequeña entre risitas y parece que se siente importante por poseer un secreto de esa magnitud.

Sonríó a mi amiga, aunque no puedo deshacer cierta inquietud que se ha alojado en mi pecho. Si ha dejado que la pequeña se entere, puede que pronto se lo diga a todos. Yo solo espero que, para entonces, Berit se haya atrevido a hacer algo al respecto.

Comienza el primer día en la casa. Cuando Anne despierta, es cuestión de minutos que lo hagamos el resto también. Tira de la manta para despertarnos y la escucho salir corriendo para ir a pegar gritos a la habitación de los chicos. Me tapo la cara con la almohada, pero no da demasiado resultado.

Al final, acabamos por levantarnos las dos y nos vestimos antes de bajar al primer piso para desayunar. Erika se pone su camiseta de manga larga y se observa en el espejo, meditativa, mientras se coloca de medio lado y se fija en su vientre abultado. Se pone el jersey porque aunque no haga frío no puede ir sin él si no quiere que la descubran ya.

Quiero preguntarle si lo va a contar pronto, pero me da miedo que preguntárselo sea una forma de animarla y no quiero quitarle tiempo a Berit.

Desayunamos leche y un poco de pan duro que sabe de maravilla. Durante el desayuno, Derek bromea con Joren sobre algo que no entiendo y yo sonrío de pura felicidad. De hecho, a todos nos asoma una discreta sonrisa a los labios porque por fin hemos podido dormir en un hogar caliente, en una cama de verdad y con los estómagos llenos.

En cuanto terminamos, nos ponemos a trabajar. Berit se marcha con Vilhelm al pueblo para ayudarle a hacer algunos trabajos y ganar algo de dinero. El

resto nos encargamos de atender la casa y la granja. Mientras Erika y Joren limpian la cocina, Derek ayuda con las gallinas y yo me quedo con Anne, cuidando de ella mientras damos un paseo por el campo.

Louis se ha quedado en casa, pues no puede hacer mucho. Y desconozco qué es lo que hace Bibi, aunque puedo imaginar que no demasiado. Ella es la única que hoy no ha sonreído, la única que no estaba feliz simplemente por comer algo caliente, y me pregunto por qué, aunque sinceramente no me importa demasiado.

Anne y yo recorremos el pueblo con lentitud, curioseando. La misma anciana que vimos Erika y yo el primer día sigue en el porche de su casa, mientras se balancea con serenidad. Cuando ve a la pequeña, nos sonrío y alza una mano arrugada y temblorosa y nos saluda con amabilidad.

La gente parece agradable. Aún no he hablado con nadie, pero todos nos miran sin una pizca de desconfianza en sus ojos. Hemos acabado la mañana en una pequeña plaza, apenas un tramo de calle cuadrado entre varias casas donde jugaban tres niños. Anne se ha unido a ellos sin pensárselo dos veces.

Durante el camino de vuelta, Anne y yo cogemos varias flores que encontramos para dárselas a Vilhelm. Unas simples flores no podrán pagar todo lo que le debemos por acogernos, pero son un bonito gesto. Cuando regresamos, encontramos a Joren y a Erika sentados sobre las escaleras que conducen al segundo piso, ambos exhaustos.

—Esta tarde yo cuidaré de Anne —bufa Erika y me lanza un estropajo deshecho.

Yo río y la pequeña corre hacia ella para darle un abrazo.

—Yo no quiero cuidar de ella. Solo quiero no hacer esto más veces —dice Joren con sinceridad.

—¡Pero si tú no has hecho nada! —le espeta Erika.

—He hecho muchas cosas —replica él con rotundidad.

—Pocas tenían que ver con limpiar —ríe ella.

Estoy segura de que lo poco que ha hecho ha sido suficiente para él, así que no necesito que me lo repitan.

—Está bien. Lo pillo. Esta tarde sigo limpiando yo —suspiro, aunque me parece lo más justo.

Louis también está sentado en las escaleras, en el primer peldaño, con la pierna estirada, pero sin muletas, supongo que para descansar las manos. Miro a mi alrededor, pero no veo a Bibi por ninguna parte.

—¿Dónde está Bibi? —pregunto con el estropajo en una mano y las flores en la otra.

—No ha salido de su cuarto en toda la mañana —me dice Erika sin alterarse.

Miro a Louis y espero una explicación, pero simplemente se encoge de hombros, indolente.

—¿Le pasa algo?

—No. Solo está aburrida —responde el chico, sin preocupación.

No hago más preguntas y voy a la cocina para poner las flores en agua. Veo a través de unas cortinas recogidas con una bonita cinta, seguramente obra de Erika, que Derek se acerca a la casa distraído. En cuanto lo veo, dejo las flores en un jarrón sobre la mesa y salgo disparada hacia la puerta de la cocina que da a la calle. Cuando grito su nombre, él está a punto de entrar en la casa por la otra puerta.

—¡Derek! —grito, haciendo que se gire hacia mí.

Al verme, sonrío y se vuelve hacia el lateral de la casa donde aguardo. Cuando llega y dobla la esquina, tiro de su camisa y lo atraigo hacia mí para que me abrace. Derek se inclina sobre mí y me envuelve con sus brazos hasta que apoyar la barbilla en mi coronilla. Estamos así un rato hasta que se separa y se agacha un poco para besarme con delicadeza y tomarse su tiempo. Después, me acerca a él con más fuerza, recorre mi cintura con sus manos y el beso se vuelve más impetuoso e intenso.

Se separa de mí con brusquedad, sin previo aviso y me deja con ganas de más. Junta nuestras frentes y su boca queda a un par de centímetros de la mía. Se muerde los labios y me mira con su sonrisa de truhan. Parece que va a hablar, pero no le permito hacerlo. Rodeo su cuello con los brazos y levanto la cabeza para morderle los labios y volver a reclamarlos. Nos besamos de nuevo con vehemencia y yo disfruto de cada segundo segura de que jamás me cansaré de esto.

Cuando nos separamos, me mira con sus ojos castaños. Tiene los labios enrojecidos y el pelo ligeramente alborotado.

—¿Vas a dejarme que te bese delante de los demás? —pregunta de pronto.

—¿Cuándo te lo he prohibido?

—Verbalmente aún no lo has hecho —responde.

Me quedo pensándolo y acabo por encogerme de hombros con una sonrisa.

—Puedes besarme siempre que quieras.

—¿Estás segura? —pregunta y arquea sus bonitas cejas como si le acabara de prometer la luna.

Río sin comprender y lo miro unos segundos, encantada.

—Puedes hacerlo cuando quieras —insisto.

—Es una promesa —me dice con cierto tono de advertencia.

Vuelvo a reír y muevo la cabeza.

—Es una promesa —repito.

—Bien —me enseña una sonrisa perfecta y toma mi rostro entre las manos para darme un beso con pasión—. ¿Entramos ya? Me muero de hambre — pregunta sin que su sonrisa desaparezca. Asiento y entramos en casa por la puerta del lateral.

Todos pasamos un día estupendo, o casi todos. No puedo creer que las cosas hayan salido tan bien. Es cierto que Vilhelm no tiene mucho que darnos, pero lo poco que tiene lo comparte. Hemos vuelto a comer todos juntos, y terminar de comer sin la sensación de vacío de siempre es una verdadera maravilla.

Por la tarde he ayudado a limpiar la casa y los demás han estado ocupados yendo de un lado para otro. Esta noche nos hemos quedado en el salón, apretados en los sofás y los sillones junto al fuego y escuchamos las palabras del anciano con el crepitar de las llamas en la chimenea de fondo. Pasamos más de la mitad de la noche aquí, mientras escuchamos cuentos, anécdotas y leyendas.

Anne se queda dormida en mi pecho, agarrada a mí con fuerza. Yo suelto sus manitas y hago que se apoye en mi regazo para que esté más a gusto. Derek, que está a mi lado, toma sus piernas y las pone sobre el suyo para que pueda estirarlas. Nos agarramos de la mano y dejo caer la cabeza sobre su hombro mientras me quedo adormilada también, arropada por el calor, la compañía y la dicha que siento desde que llegamos aquí.

Tengo la sensación de que aquí vamos a ser felices.

Capítulo 51. Imprudente

También hoy ha sido un día tranquilo. Cada vez que me despierto en esta cama, me cuesta situarme y comprender dónde estoy. Cuando lo hago, es fantástico.

En estos últimos dos días he encontrado a Erika mirándose en el espejo de nuestro cuarto más de lo habitual y eso me inquieta. Esta noche, tras la cena, nos hemos reunido en el porche de la casa. Joren y Anne duermen juntos en el cuarto de los chicos, para que ella no esté sola, y Louis ha vuelto hace un rato con Bibi, que solo sale de su cuarto para comer y, cuando lo hace, está de un humor de perros. Así que aquí estamos los cuatro: Derek, Berit, Erika y yo, disfrutando de la brisa que arrastra aromas florales en la oscuridad infinita del firmamento y del sonido del agua del lago que se extiende en el absoluto silencio de la noche.

Pasamos así un tiempo, no sabría decir cuánto, sin pronunciar palabra alguna. Erika se pone en pie después de un tiempo con un quejido, se estira y sube los peldaños de las escaleras en las que nos hemos sentado para volver dentro.

—Yo me voy a la cama —me dice—. ¿Quieres que me lleve a Anne?

—No. Déjala. Descansa sola un rato —le digo sonriendo.

Ella asiente, somnolienta, y abre la puerta con sumo cuidado para no despertar a nadie dentro. Los tres nos quedamos a solas, parece que el silencio se va a volver a imponer entre nosotros, pero en cuanto estoy segura de que Erika ya se ha alejado lo suficiente de la puerta, me asomo para ver bien a Berit y le digo en un susurro:

—Si no sales detrás de ella ahora mismo te daré una patada en el culo.

El chico parpadea, sorprendido, y Derek lo hace también, sin comprender.

—Escúchame —le ordeno, amenazadora—, te dije que tenías poco tiempo, ¿no? Pues ya no lo tienes, ¡no lo tienes! Si no subes ahora mismo a su cuarto y arreglas todo esto, te quedas sin ella.

Derek aguarda en silencio, sin decir ni una palabra. Berit me mira como si la cosa no fuera con él, como si esperara que otro respondiera en su nombre. Lo ha pillado tan por sorpresa que parece incluso intimidado.

—Karan, no es tan fácil como piensas, yo...

—¡Ve! —le digo y señalo la puerta con el brazo.

Él abre la boca para decir algo, pero no encuentra las palabras.

—Es tan fácil como entrar en su cuarto, cerrar la puerta y darle un beso.
¡Sin más!

—¿Sin... más? —pregunta con una expresión de espanto dibujada en su rostro.

—¡Berit! —le grito y lo altero aún más.

Ni siquiera sé si lo ha hecho por voluntad propia, pero se ha levantado a trompicones sin dejar de mirarme.

—Venga —insisto—. No pienso volver a la habitación esta noche, así que puedes quedarte allí. Si la pifias, ya puedes buscar un sitio en el granero, con las gallinas.

Berit vuelve a parpadear, coge aire y, sin decir nada, abre la puerta y sale disparado hacia el piso de arriba con cierta torpeza. Hace bastante más ruido que Erika antes. Aguardamos en silencio y escuchamos cómo se aleja escaleras arriba, nervioso.

—¿Qué ha sido todo eso? —pregunta Derek.

—¿Sabías que tuvieron una historia juntos?

—Sí, ya lo sabía. Salió mal.

—Pues ahora va a salir bien —respondo, muy segura de lo que digo.

Derek ríe y me pasa un brazo por los hombros. Dejo caer la cabeza sobre su pecho y cierro los ojos agradecida por el calor de su abrazo.

—¿Te das cuenta de que te acabas de echar de tu propio cuarto?

—Y también me acabo de *autoinvitar* al tuyo —contesto, rápida.

—Me gusta cómo suena eso —confiesa. Se queda unos segundos en silencio y después ríe suave—. Lo que no sé es qué le va a parecer a Joren. —Hace una pausa y suspira—. ¿Podemos mandarlos a él y a Annemette con Louis y Bibi?

Suelto una carcajada y me separo un poco de él solo para ver su encantadora sonrisa mientras habla.

Nos quedamos fuera solo unos minutos más hasta que decidimos entrar. Joren y Anne duermen sorprendentemente juntos. Me quedo de pie en el umbral de la puerta y pienso en cuánto ha mejorado Joren desde que salimos de Berlín. Dicen que las tragedias unen a las personas, y en su caso, las situaciones en las que nos hemos visto envueltos han hecho que aflore en él

una empatía que antes no albergaba.

Con la luz apagada para no despertarlos, dejamos los abrigos en una silla y nos vamos deshaciendo de la ropa poco a poco sin hacer ruido. Me quito el jersey y me peleo con los cordones de mis botas en silencio mientras observo cómo Derek, después de quitarse la camisa, se dedica a desatar sus botas, concentrado. Me quito los pantalones y me quedo solo con una camisa de manga corta. Me acerco de puntillas, dubitativa, y deseo meterme bajo las sábanas antes de que mis pies se congelen.

Derek me mira desde abajo, sentado en el borde de la cama con los pantalones en las manos. Los tira al suelo y pasa una mano por mi muslo para instarme a que me acerque más. Sus dedos son cálidos y suaves al contacto, pero provocan que se erice el vello de mi piel.

Me mira de arriba abajo sin disimulo y esboza una sonrisa traviesa.

—¿Seguro que no podemos echarlos? —bromea y pretende aparentar seriedad.

Le doy un leve empujón en el hombro y paso por encima de él. Me tapo con las mantas hasta el cuello y disfruto de la forma en la que mis gélidos pies comienzan a entrar en calor. Me quedo de medio lado y espero a que Derek se acueste también. En cuanto lo tengo en frente, sonrío con dulzura.

—¿Qué pasa? —susurro.

Su sonrisa se ensancha y yo me muerdo los labios porque quiero besar los suyos.

—¿Cómo de precipitado te parecería si te confesara que te quiero?

El corazón se me acelera y se me para en un mismo instante. Contengo la respiración y tardo unos instantes eternos en poder responder.

—¿Cómo de imprudente te parecería si te confesara que yo también?

—Me parecería del todo imprudente y descabellado.

Me quedo en silencio, sin comprender, y trago saliva.

—¿Por qué? —pregunto en un murmullo, un tanto decepcionada.

—Porque lo es —se encoge de hombros. Al ver mi expresión apesadumbrada, recorre mi mejilla con los dedos, reconfortante, y sigue hablando para explicármelo—. Me gusta que seas tan imprudente porque, si no, habría tardado dos meses más en enamorarte.

En ese instante recuerdo algo que me dijo hace tiempo y contengo la respiración antes de preguntárselo, inquieta.

—Derek, tú... ¿estás enamorado?

—¿Acaso no te acabo de decir que te quiero?

Me ruborizo en cuando esas palabras salen de nuevo de su boca y me tapo un poco más con las mantas, aunque apenas es un gesto, pues ya me llegan a la barbilla. Él no aparta sus ojos de mí. Está tan cerca que puedo sentir su suave respiración que mece los finos cabellos que caen por mi rostro.

—Quiero decir si sientes algo más por mí además de aprecio. Si es cierto que me quieres o solo es una forma de hablar...

—O si únicamente me gustas —adivina, serio. Me contempla con intensidad—. Karan, tú nunca me has gustado. Era imposible que una persona como tú solo me gustase. Estoy completamente loco por ti desde la primera vez te miré a los ojos y vi que contenían el universo.

El corazón me late tan rápido que el pecho me duele. Quiero poder responder y decirle algo tan hermoso como lo que acaba de confesarme él, pero no encuentro la forma de hacerlo. En la quietud de la noche, paso una mano por su cuello y lo beso con vehemencia para abandonarnos a un instante perfecto.

Sí. Puede que sea impulsivo e imprudente abandonarse a un sentimiento tan intenso que asusta. Puede que sea una locura confiar en que el amor a primera vista exista o creer que alguien pudo enamorarse de mí con tan solo mirarme a los ojos. Pero qué importa lo que pase después, qué importa si esto es terriblemente irresponsable. Qué importa si, aunque el presente solo dure solo un instante, sus besos immortalizan el tiempo.

Amanezco sobre el pecho de Derek, que aún duerme a pierna suelta, boca arriba, mientras estira el brazo con el que me rodea en afán protector. Siento que su pecho asciende y desciende; me invita rendirme al sueño de nuevo.

Giro la cabeza para asegurarme de que Anne y Joren también duermen y me relajo unos instantes más. Ahora, cuando la pálida luz del amanecer nos ilumina, soy capaz de verlo mejor y me sonrojo levemente cuando me sorprendo a mí misma admirando sus abdominales.

Derek se revuelve. Me alerta y hace que me separe un poco, avergonzada. Él bosteza y me atrae hacia sí para abrazarme con tanta fuerza que apenas puedo respirar.

—Buenos días —me saluda con voz ronca y me planta un beso en la frente.

Se estira cuando aún estoy sobre su pecho, y me incorporo para poder ver su rostro de recién levantado. Tiene el pelo oscuro revuelto y los ojos

entrecerrados. Su expresión es afable y aletargada, y presenta un aire de lo más entrañable. Pero eso no hace que deje de ser condenadamente atractivo.

—¿Qué hacéis? —escucho la voz de mi hermano, que acaba de despertar y se ha sentado en la cama mientras nos mira con atención.

Me vuelvo y lo saludo con una sonrisa.

—Buenos días, Joren. Lo siento si te hemos despertado.

—¿Qué haces aquí? —repite, confuso.

—Berit iba a dormir con Erika así que me he venido a vuestro cuarto.

—¿Hemos dormido cuatro personas en esta habitación y solo dos en la de al lado? —pregunta con cierto aire de indignación.

—Una injusticia, chico. Totalmente de acuerdo —comenta Derek y se incorpora mientras pasa un brazo por mis hombros.

Miro a Joren, desconfiada, y me pregunto cómo se tomará ese gesto, pero ni siquiera parece reparar en él, solo frunce el ceño mientras busca una explicación razonable para esa mala distribución del espacio.

—Alguien debería hablar con ellos.

Río.

—Tranquilo, yo lo haré.

—No debes dejar que te echen, también es tu cuarto.

Me echo a reír, pero me detengo cuando comprendo que habla muy en serio.

—Sí, tienes razón.

Anne gruñe e intenta seguir dormida a pesar de que todos nos hayamos levantado ya. Me pongo en pie de puntillas y corro hacia la silla donde dejé mis pantalones para ponérmelos con rapidez ante la mirada atenta de Derek.

—Me parece que voy a desayunar —les digo—. Así que os espero en la cocina.

El joven me sonrío y mi hermano bosteza con ahínco mientras yo salgo por la puerta. Una vez abajo, preparo la mesa y el desayuno y espero a que, uno a uno, vayan bajando todos.

Vilhelm es el primero en llegar. Después, aparecen Anne, Joren y Derek, que ya se han vestido y aguardan a que lleguen los demás para poder empezar. Alguien baja las escaleras a trompicones. Cuando veo aparecer a Berit por la puerta, le dedico una sonrisa y él me la devuelve, nervioso. Se queda unos segundos en el marco de la puerta y después acaba sentándose junto a Derek, que oprime su hombro con los dedos a modo de saludo.

—Buenos días, muchacho —le dice Vilhelm, sonriente.

—Buenos días —contesta él y luego se dirige a mí—: Gracias.

Asiento para quitarle importancia y sonrío verdaderamente contenta. Supongo que eso significa que ayer las cosas fueron bien entre ellos dos. Después tendré que interrogar a Erika al respecto.

—¿Te contó algo Erika...?

—Sí —contesta—. Erika tiene una noticia para todos.

Por su expresión y la leve forma que tiene de palidecer imagino que ya está al tanto de todo y eso también me alegra.

—¿Qué es? —pregunta Derek—. ¿Qué os traéis todos entre manos?

—Yo ya lo sé —dice Joren de pronto.

—Es cierto, lo sabes y aun así guardaste el secreto —le digo orgullosa.

Él se encoge de hombros, aunque sé que también se siente contento consigo mismo.

—Yo también lo sabía —canturrea Anne, sin dejar que le roben el protagonismo.

Río y acaricio su cabello rubio revuelto y alborotado.

—Tú también has guardado bien nuestro secreto.

Derek nos observa con curiosidad, pero no dice nada. Empezamos a desayunar, impacientes y aguardamos hasta que Erika, al cabo de un rato, entra por la puerta. Viene en calcetines, y envuelta en una de las preciosas mantas de lana que hay en nuestro cuarto.

El anciano la saluda con afabilidad y yo le dedico una mirada de complicidad. Berit retira una silla a su lado para que se siente, pero ella la declina.

—Chicos, tengo algo que deciros. —Hace una pausa, mirando a Derek—. En realidad... solo tengo que decírtelo a ti.

—¿Es que soy el último en enterarse? —pregunta, fingiéndose ofendido.

—¿Dónde están Louis y Bibi?

—Siguen en su cuarto. Luego se lo cuentas a ellos —le dice Berit.

—Vale. —Da un paso al frente y se quita la manta para mostrar la ropa que se ajusta a su vientre. Lentamente, se pone de medio lado para que el contraste sea aún mayor. Derek abre la boca y enarca las cejas. No haría falta decir nada más, pero lo hace.

—Estoy embarazada.

—Ya lo veo —ríe él.

Observo a Erika, que sonrío. Berit la toma de la mano y le obliga a sentarse

a su lado. Su expresión es muy diferente a la que tenía cuando me lo contó la primera vez. Ahora parece más en calma, más en paz. Sigue siendo consciente de la situación, pero parece estar mucho más tranquila y eso me relaja.

Capítulo 52. Regresar

Louis irrumpe en la cocina malhumorado, todo lo rápido que puede andar sobre sus muletas. Luce una expresión apesadumbrada y parece molesto. Retira una silla con brusquedad y hace que todos nos volvamos hacia él antes de dejarse caer en ella con un resoplido.

—¿Qué te pasa? —quiere saber Berit.

Él responde tan rápido y tan enfadado que ni siquiera sé en qué idioma ha hablado. Joren le contesta algo en danés y yo me inclino en mi asiento, interesada.

—Es Bibi —dice, en alemán, más calmado—. Dice que se quiere ir —lo dice despacio y con un fuerte acento, pero lo entiendo a la perfección.

—¿Que se quiere ir a dónde? —pregunta Erika, tan descolocada como todos.

—Al campamento. Dice que quiere regresar —bufa, molesto.

Todos nos miramos confusos, y es Derek quien toma la palabra.

—¿Lo dice en serio?

—Lo dice muy en serio. Quiere irse. Lleva así desde que llegamos y hoy está insoportable —declara.

—Pues que se vaya —dice Joren y se encoge de hombros sin entender el problema.

—No puede volver sola —le explico—. Puede que los alemanes ya hayan llegado al pueblo y, si es así, quizá sea peligroso.

—Entonces que se quede.

—No quiere —responde Louis—. No entra en razón.

—¿Qué ocurre? —pregunta el anciano en danés. Louis se gira hacia él y le explica largo y tendido la situación para desahogarse. Habla con él mucho más que con nosotros y el hombre asiente pesaroso. Propone que la llame para intentar hacerle cambiar de opinión entre todos y Louis se levanta de nuevo para ir buscarla.

Ambos entran por la puerta al cabo de unos minutos. Bibi está despeinada, con el gesto torcido y cruzada de brazos. Arruga el entrecejo y parece haber estado llorando.

—¿Qué ocurre? —quiere saber Derek.

—Voy a marcharme —contesta Bibi y se sorbe la nariz. Tiene los ojos enrojecidos y las mejillas húmedas y brillantes.

—¿Tú sola? —inquiero, escéptica.

A Bibi le tiembla el labio, pero se yergue e inclina la cabeza muy digna.

—Esto no es lo que se suponía que iba a pasar.

—¿Y qué esperabas? —le pregunta Louis notablemente enfadado—. Tenemos un buen sitio donde permanecer juntos —le dice con paciencia en alemán—. No podemos pedir más. Todos somos... felices. ¿Por qué tú no?

La joven lo medita unos segundos, pero no tarda en responder, un poco alterada.

—Quiero volver a donde se suponía que debía quedarme. No debí venir con vosotros. Esto ha sido una locura y no ha servido de nada. Quiero regresar al pueblo y desde allí volver con mis padres. Quizá hayan intentado contactar conmigo y estén preocupados, tal vez...

—Las cartas dejaron de llegar hace tiempo —le advierto. He suavizado mi tono de voz. Quizá entienda cómo se siente y debo decir que, incluso siendo Bibi, no me gusta verla así.

—¡Me da igual! ¡No pienso quedarme aquí ni un día más!

Louis le grita algo en danés y comienzan a discutir, cada uno en un idioma.

Pasamos así más de media mañana, hasta que todos acabamos moralmente agotados. En un momento dado, Vilhelm, que intuye que esto va para largo, toma a Anne de la mano y se va con ella a atender a los animales. La niña se va encantada y yo la envidio, pues esto se está poniendo cada vez más incómodo.

Finalmente, Bibi rompe a llorar y se marcha, desesperada.

—Se va a ir. No hay nada que podamos hacer —concluye Louis.

—Pero no podemos dejar que vaya sola —murmura Berit. Ha dicho en voz alta lo que todos pensamos.

—Yo la acompañaré —dice Louis, seguro.

—Ni hablar. —Derek sacude la cabeza con ahínco y se revuelve un poco en su silla—. No estás en condiciones de ir a ninguna parte.

Tiene razón, Louis no puede ir con muletas a ningún sitio. Aún no se le han curado del todo las manos y no creo que fuera capaz de volver a repetir ese camino él solo.

—Ya he hecho ese viaje una vez, lo haré de nuevo —afirma convencido.

—Ya he dicho que ni lo sueñes —dice su hermano. Ha elevado el tono de voz—. Después de llegar al pueblo, tendrás que volver, puede que ni siquiera puedas pararte a descansar. No estás preparado para algo así.

—Iré yo —intervengo, sin ni siquiera creer lo que yo misma acabo de decir. Todos se vuelven hacia mí, Erika arquea una ceja.

—No. —Derek sacude la cabeza despacio—. Tú tienes que quedarte con Anne y con Joren.

—Vosotros os quedaréis con ellos —respondo.

—No. Tú tampoco irás, Ka —dice Derek muy serio—. Es peligroso y no conoces estos bosques. —Se gira hacia Erika y Berit y continúa hablando—. El único que podría acompañarla es Berit, y es mejor que él se quede aquí por si acaso y que esté junto a Erika. Así que iré yo.

Me quedo en silencio y comprendo poco a poco las implicaciones de sus palabras. Lo miro, indignada, y sacudo la cabeza con insistencia.

—Si es tan peligroso no quiero que vayas tú.

—Pero si estás dispuesta a ir tú —contraataca—. No pasa nada. Lo haremos rápido y volveré en unos días.

—¿Unos días? —inquiero alarmada—. No, Derek, tú no.

—Que vaya Bibi sola —propone Joren y por una vez estoy de acuerdo con su solución egoísta. Si el precio de que esté protegida es poner en peligro a Derek y que además pasen varios días solos en el bosque, prefiero que se busque la vida—. Ella es la que quiere irse, que asuma las consecuencias.

—Eso —coincido, a riesgo de parecer infantil.

Derek suspira y mira a Louis, que sigue tan preocupado como esta mañana, solo que con una expresión mucho más cansada.

—No puedo hacer eso. Tengo que ir. —Se pone en pie y deja la silla en su sitio antes de salir de la cocina con paso firme—. Voy a hablar con ella.

Lo veo alejarse mientras me siento impotente y maldigo a Bibi por su estúpida y caprichosa forma de ser, pero no intento detenerle. Me dejo resbalar un poco en mi asiento, derrotada, y todos nos quedamos en silencio, pensativos.

Capítulo 53. Una eternidad

Ha sido un día extraño, el peor desde que llegamos. Ahora sabemos por qué Bibi permanecía encerrada en su cuarto y por qué estaba de peor humor que de costumbre. El ambiente alicaído solo ha sido quebrado por la enérgica alegría de Anne, ajena a todo lo que ocurre.

Ya está decidido. Derek y Bibi partirán mañana temprano hacia el campamento. Hemos preparado un par de bolsas de viaje con agua y provisiones que serán suficientes para el viaje y hemos dejado que el día transcurra con lentitud, sin hacer gran cosa y sin hablar demasiado.

A pesar de todo, no he podido dejar de pensar en que Derek va a marcharse mañana y no sabemos por cuánto tiempo. Me molesta que Bibi vaya a poder pasar tanto tiempo a solas con él, más que nada porque si ha venido hasta aquí ha sido porque sigue colada por él. Pero la forma en la que esa nimiedad me molesta no es ni siquiera comparable a la preocupación que siento por la seguridad de Derek.

No sabemos nada de los nazis, ni de la situación en la que está el pueblo del que huimos. En los bosques estábamos relativamente seguros, y aquí también lo estamos, pues nos encontramos muy lejos de cualquier zona que pueda resultar interesante. Pero aquel pueblo ya es otra cosa.

El viaje va a ser largo y no va a dejar que nadie lo acompañe. A la ida estarán los dos juntos, pero después regresará solo y eso es lo que más miedo me da. Cuando esta mañana me ofrecí para acompañarla ni siquiera era consciente de que debería dormir sola en el bosque y ahora que lo pienso fríamente, no sé si sería capaz de hacerlo. Pero de ninguna manera quiero que sea él quien lo haga.

No nos quedamos a solas hasta que el sol nos abandona y la noche se cierne sobre el lago oscuro. Uno a uno, todos se han retirado a dormir. Derek y yo, sin embargo, continuamos sentados en el último peldaño de la escalera que lleva a nuestras habitaciones. Estamos en silencio y hablamos en apenas susurros para no despertar a nadie.

—Deberías descansar —le digo bajito—. Tienes que reunir fuerzas para el viaje.

Él se gira hacia mí y me observa mientras sonrío con cariño. No necesita

mucho tiempo para adivinar lo que estoy pensando.

—Sabes que debo ir.

—No. No debes. No tienes por qué hacerlo.

—Te prometo que tendré cuidado —me dice despacio.

Sacudo la cabeza y me abrazo para hacerme entrar en calor. Me miro las puntas de los pies.

—Eso no me basta. ¿Por qué tú?

—Porque es la mejor opción. —Me acaricia la mejilla y deja un mechón rebelde de pelo oscuro tras mi oreja—. Deja ya de pensar en eso y concéntrate en que aún sigo aquí —me dice alegre.

—Eso tampoco me basta —susurro.

Derek se acerca y me besa con ternura. Recorre mi rostro con sus dedos y los enreda después en mi cabello. Como siempre que sus labios tocan los míos, algo se desata en silencio y se revuelve en mi interior para tomar el control mientras yo pierdo el mío. El beso se vuelve más intenso, más profundo, y me dejo arrastrar, embebida por una sensación que me atrapa y me embarga por completo.

Antes de que me dé cuenta, me pega a él y me envuelve entre sus brazos. Sus manos descienden por mi cintura con lentitud y desencadenan una descarga que me recorre todo el cuerpo.

Rodeo su cuello con los brazos y muerdo su boca con vehemencia. Eso provoca que se acerque aún más a mí y me bese con intensidad, incapaz de detenerse. Su respiración se vuelve rápida y fatigada, y siento que mi pecho se queda también sin aliento. Me separo a duras penas de él y vuelve a robarme un beso en cuanto lo hago, con ganas de más. Nos miramos en silencio, con las mejillas encendidas y los labios enrojecidos. Me pongo en pie sin pensarlo y le tiendo la mano mientras le invito a que me siga.

—Ven conmigo.

Derek no pregunta a dónde, pero se levanta y me sigue, aún con el corazón acelerado. Le guío a través del piso superior, hasta uno de los rincones de la casa. Allí, al final del pasillo y prácticamente a oscuras, busco a tientas la entrada al desván hasta que doy con el pomo de la puerta y lo hago girar.

Las viejas y desusadas escaleras de madera ascienden ante nosotros cuando la puerta se abre con un quejido lastimoso que resulta atronador en mitad de la noche.

Me vuelvo hacia Derek para comprobar que sigue aquí, dispuesto a

seguirme, y subo por las escaleras despacio al tiempo que procuro no hacer crujir demasiado la madera. Derek cierra la puerta y sube tras de mí. No es un lugar muy amplio y el techo es especialmente bajo. Se va reduciendo por las esquinas hasta que apenas se pueden apilar algunas cajas bajas. Todo está repleto de muebles viejos y carcomidos.

Me quedo de pie mientras Derek contempla nuestro alrededor. Da un par de pasos adelante y observa el lugar con detenimiento y curiosidad, sin mirarme. La única entrada de luz, ahora tomada por la oscuridad de la noche, es una pequeña claraboya en una de las paredes.

Aguardo hasta que se vuelve hacia mí. Continúa a un par de metros de distancia y por fin ha dejado de escrutar cada rincón, ahora me presta atención a mí. Cojo aire, salvo la distancia que nos separa con dos pasos firmes y me detengo frente a él. Me quito el jersey y con él la camisa, y los dejo caer al suelo.

Derek se queda inmóvil apenas unos segundos sin dejar de mirarme. Después, se quita también el jersey y lo tira a nuestros pies. Me agarra de la cintura y me acerca a él para besarme con urgencia. Apoyo las manos en su pecho y me aparto un poco para poder quitarme las botas sin ni siquiera desatarme los cordones. Él vuelve a quedarse quieto, sin saber muy bien qué hacer, hasta que decide deshacerse también de las suyas.

Se agacha e intenta tirar de ellas sin demasiado éxito. Se suelta los cordones con rapidez y yo me deshago de los pantalones mientras tanto, sin dejar de mirarlo. Me abrazo a mí misma sintiendo el frío de esta noche de primavera y noto cómo se me eriza el vello de la nuca. Lo observo pelearse con las botas y sonrío para mis adentros, divertida por su torpeza. Cuando por fin consigue quitárselas y se libra también de los pantalones vuelve a quedarse ante de mí un tanto inquieto.

Sonrío, encantada, al descubrir que está quizá más nervioso que yo, y me aproximo a él despacio y de puntillas. Dibujo la curva de su clavícula con mis dedos y siento la calidez que emana de su cuerpo. Derek me observa con calma, como si yo no estuviera, con sus marcados pómulos enrojecidos y la boca ligeramente entreabierta.

De pronto, sonrío azorado y traga saliva al tiempo que se pasa la mano por el pelo oscuro.

—Desnudarse no ha sido difícil, pero, ¿y ahora qué?

Río y, por toda respuesta, rodeo su cuello con los brazos y lo beso. Derek

me abraza y tantea mi espalda con sus manos. Intenta soltar mi sujetador con torpeza y, de nuevo, se echa a reír y se aparta de mí cuando no lo consigue.

—¿Por qué parece que estoy más nervioso que tú? —me pregunta.

—Porque lo estás —respondo divertida.

—¿Ya has hecho esto antes? —Me mira intrigado, sin apartar sus ojos marrones de los míos.

—¿Subir a un desván en mitad de la noche con un chico? No, jamás. ¿Tú?

—Tampoco. —Se revuelve inquieto y mira a su alrededor.

—¿Nos tumbamos en el suelo?

—Va a ser un poco incómodo. ¿Estás segura de que hoy no podemos echar a nadie de su cuarto?

Me río, pero no respondo. Después de unos instantes, Derek deja de sonreír para mirarme con intensidad.

—Ven aquí —me dice y me levanta del suelo al tiempo que yo rodeo su cintura con mis piernas y me agarro a su cuello.

Apenas soy consciente del tiempo que pasamos allí arriba. Olvidamos el frío durante unos minutos y volvemos a vestirnos con rapidez cuando empezamos a ser conscientes de él. No ha sido como imaginaba. De algún modo ha resultado torpe y tierno al mismo tiempo. El nerviosismo nos ha arrancado carcajadas en más de una ocasión. Algunos momentos podrían haber resultado desastrosos y, sin embargo, el cariño que nos profesamos ha salvado la noche.

Ahora nos acurrucamos en el sofá de la primera planta y contemplamos cómo se apagan los últimos rescoldos del fuego mientras sentimos el peso del sueño en cada fibra de nuestro ser.

Todo está en calma. La quietud de la noche nos acuna entre sus brazos. Apoyo la cabeza sobre el pecho de Derek y él me rodea con un brazo. Pronto, siento que los latidos de su corazón se ralentizan y se queda profundamente dormido.

Derek parte temprano. No tardamos mucho en despedirnos. Toma su equipaje, se calza las botas y sale junto con Bibi hacia el campamento que abandonamos semanas atrás.

Antes de marcharse, me da un breve beso junto a la puerta y me guiña un ojo, sonriente, sin pronunciar ni una palabra. Me quedo de pie frente al umbral, viendo cómo su figura se aleja cada vez más hasta que se pierde entre

las calles de este pequeño pueblo que hemos convertido en nuestro hogar.

Cuando vuelvo a entrar en la casa, me encuentro con Louis mirando por la ventana. Ni siquiera se ha despedido de ella, y me pregunto cuál de los dos habrá decidido no hacerlo. Una lágrima surca su mejilla y me entristezco al verlo. Me acerco y sin preguntarle absolutamente nada le doy un abrazo; por mí y por él, porque ambos lo necesitamos.

Es un día largo, al menos para mí. Sé que apenas estará fuera unos días, el tiempo que tarde en llegar al pueblo y volver. Esta vez, además, no será un viaje tan largo como el que nosotros hicimos, pues sin Louis pueden caminar mucho más rápido.

Cuando llega la noche, decido dormir en el cuarto de los chicos con Anne y con Joren y, por primera vez desde que hemos llegado aquí, me cuesta conciliar el sueño, sin ser capaz de dejar de preguntarme dónde estará Derek ahora, si estará pasando frío, si estará bien.

Al final, me quedo dormida por puro cansancio. Despierto al día siguiente y siento que ya ha pasado una eternidad desde que él se marchó.

Capítulo 54. El rebelde

Han pasado tres días desde que Derek y Bibi se marcharon. Anne y yo jugamos con la cabra —la bendita cabra de paciencia infinita que cualquier día le dará un bocado a mi hermana— cuando llegan los camiones. Primero escuchamos el ruido de sus motores, que resulta atronador en medio de la apacible quietud del lugar. Después, los vemos aparecer colina arriba, saliendo desde algún camino oculto en el bosque.

Me pongo en pie enseguida como pinchada por un resorte y me quedo petrificada. La cabra bala y Anne los señala asustada, preguntándome qué hacen esos camiones viniendo hacia aquí. Si Louis no hubiera salido y hubiera tirado de mí, probablemente habría permanecido inmóvil sin ser capaz de reaccionar.

Él nos arrastra al interior de la casa, donde el resto ya se ha percatado de los camiones que se acercan. No son más que tres, pero son suficientes para que hagan que me falte el aire. Vilhelm mira por la ventana de la cocina sin dar crédito a lo que ve. Erika también está petrificada en el vestíbulo y observa con temor.

—¿Son nazis? —me atrevo a preguntar.

—Lo son —afirma Louis con expresión grave.

—No deberían dar problemas. Se supone que hay una tregua —dice Erika, hablando en danés para que el anciano le entienda.

—Pero si se dan cuenta de que sois alemanas o austriacas pueden preguntarse qué hacéis en Dinamarca y acusaros a vosotras y a vuestras familias de traición —explica él—. Tenéis que esconderos. En el granero. Rápido.

Echa a andar hacia la salida de la cocina. Erika y Louis lo siguen de cerca, sin perder el tiempo. Anne también sale, pero yo me detengo en el umbral.

—¿Dónde está Joren? —pregunto alterada.

—Está con Berit. A estas alturas ya habrán oído los camiones. Tranquila, estarán bien —me dice Erika y mira de reojo hacia la colina. El cielo está bastante oscuro.

Salgo y me quedo unos instantes contemplando la calle que llega a la casa,

mirando a mi alrededor por si veo llegar a Berit y a mi hermano; pero los camiones se acercan y el tiempo se nos acaba.

Erika coge a Anne en brazos y se la lleva dentro del granero mientras me grita que me dé prisa. El anciano nos conduce al interior, apartando algunas cajas viejas y polvorientas para que podamos ocultarnos detrás de unos paneles que crean una pequeña y angosta abertura. La pequeña es la primera en entrar, después lo hace Erika y yo lo medito unos instantes más mientras continúo con la vista fija en la puerta abierta.

—Yo me quedo fuera, por si Joren aparece.

—¡Karan! —me grita Erika desde dentro.

—Berit está con él —me recuerda Louis y me coge del brazo como si temiera que en cualquier momento fuera a salir corriendo. Mientras, el anciano camina hacia la puerta para asegurarse de que los camiones aún no han llegado a esta calle—. No puedes quedarte. Tu acento... se nota que eres alemana.

—No hablaré —le digo muy segura. —Si Joren llega en un mal momento y estoy aquí escondida, no podré ayudarlo.

—Y si no puedes hablar tampoco lo ayudarás —contraataca Erika, me tiende la mano desde la grieta para que me meta dentro con ella—. No hagas idioteces y ven aquí.

Louis me agarra de los hombros y me empuja un poco, intentando que entre, pero yo me zafo enseguida.

—Niña, escóndete —me dice Vilhelm en danés —. ¡Venga!

—Berit está cuidando de él. Y si hay problemas, yo me encargaré. —Louis habla sorprendentemente rápido, con un fuerte acento, pero con fluidez. Parece seguro de lo que dice. Sostiene mi mirada sin titubear y vuelve a agarrarme de los hombros.

De pronto, unos gritos en alemán hacen que los tres nos volvamos. Tarde. Demasiado tarde. El primer camión se ha detenido en la calle y uno de los soldados que ha bajado de él y da órdenes al resto.

La puerta del granero está abierta y sé que me han visto. Ya no podré ocultarme.

Es lo que quería y, sin embargo, no puedo evitar que me tiemblen un poco las rodillas cuando veo cómo los soldados se echan sus subfusiles al hombro.

Louis mueve algunos fardos pesados para ponerlos frente a los paneles donde se han ocultado las chicas y después tapa la pequeña rendija por la que han entrado colocando delante varios sacos viejos y raídos. Luego me carga

con una cesta de huevos para fingir que estábamos ahí trabajando.

—Dejad que yo hable —nos advierte el anciano—. Y tú, muchacha, no abras la boca bajo ninguna circunstancia o esos alemanes sabrán de dónde vienes.

Asiento con un nudo en la garganta y salimos al exterior. Para cuando regresamos a casa, los tres camiones ya se han detenido en la calle principal. Un par de soldados hacen guardia mientras fuman, el resto ha comenzado a llamar a las puertas de los vecinos. Dos soldados se dirigen hacia nosotros.

Vilhelm se vuelve hacia mí y señala la huerta con un gesto.

—Seguid fingiendo que estáis trabajando —nos pide y echa a andar para recibir a los alemanes.

Ambos obedecemos. Seguimos con la mirada al anciano, que habla apenas unos segundos con los soldados antes de que uno lo escolte al interior de la casa y el otro se acerque a nosotros.

Lleva un pitillo entre los labios y un subfusil echado al hombro. En cuanto llega a nosotros, da una larga calada y nos dedica una mirada.

—¿Habláis alemán? —pregunta.

—Muy poco —responde Louis con un acento marcado.

—¿Y tú? —inquire mientras se dirige a mí.

—Mi hermana no puede hablar —contesta Louis rápido.

El soldado exhala el humo de su cigarrillo y me contempla con el ceño fruncido

—¿Por qué? —quiere saber.

No deja de mirarme. No debe de ser mucho mayor que nosotros. Solo es un muchacho, pero tiene un arma entre las manos y eso es suficiente para hacer que ambos lo contemplemos con respeto.

—Es de nacimiento —continúa Louis.

—Por lo demás, ¿es normal? —pregunta, sin pudor.

—Lo es. Entiende danés y un poco de alemán. Es muy lista, señor —añade.

El soldado parece meditarlo mientras le da otra calada inapetente al cigarrillo.

—Está bien. —Hace una pausa—. Vais a tener que responder a algunas preguntas. ¿Cuántas personas vivís en esta casa?

—Tres —contesta Louis sin pensar.

—Dime vuestros nombres —exige.

—El anciano se llama Vilhelm, ella es Karan y yo soy Louis.

—Louis —repite—. ¿Qué relación tenéis los tres?

No puedo evitarlo. Lo miro y deseo que él sea capaz de responder a algo para lo que yo no tendría una respuesta rápida. Probablemente estén haciéndole el mismo interrogatorio a Vilhelm ahí dentro y si nuestras versiones no coinciden podríamos estar en problemas.

—El anciano es nuestro abuelo. Ella es mi hermana.

El soldado espera unos instantes. Da otra calada.

—¿Dónde están vuestros padres?

—Murieron —contesta él.

—¿Cómo? —insiste.

No puedo evitar mirar a Louis nerviosa. No estamos preparados para esto, no estamos listos para mentir.

—Éramos pequeños cuando nuestro padre murió trabajando. Mi madre enfermó hace un tiempo.

El soldado asiente. Mira por encima de su hombro hacia la casa y nos hace un gesto con la cabeza para que lo sigamos al interior.

Las respuestas de Louis han sido vagas, pero quizá no demasiado. Tal vez Vilhelm haya dado más detalles, detalles que no coincidan y, en ese caso, no sé qué pasará dentro de la casa.

El anciano está sentado en el salón, en una silla. Han retirado el sofá y han apartado un poco los muebles. El subfusil del soldado descansa en el sofá y ha dejado su pistola frente a él, en la mesita donde Anne ha estado jugando todas estas tardes.

A nosotros nos hacen permanecer en pie frente a Vilhelm, junto a los soldados. Quien nos ha escoltado le cuenta lo mismo que le hemos dicho nosotros y él asiente.

—El viejo dice que al padre de los chicos se le paró el corazón —dice el otro, en danés para que Vilhelm lo entienda.

—Mientras trabajaba —puntualiza Louis.

Yo permanezco en silencio, inmóvil, sin dejar de mirar el arma que el soldado ha dejado frente a nosotros.

Los soldados se miran. El que fumaba arroja la colilla al suelo y la pisa. Se cruza de brazos y aguarda. Es el otro quien habla.

—Nos han informado de que en este pueblo se ocultan rebeldes —comenta, despacio y apoya los codos en las rodillas mientras se echa hacia delante—. ¿Vosotros los habéis visto?

Louis se mantiene en silencio, deja que Vilhelm hable.

—Es un pueblo pequeño. Por aquí no pasa mucha gente y mucho menos hombres armados. Sois los primeros en llegar —responde, sereno y sin dudar.

Silencio.

—Vuestros vecinos dicen que en esta casa se da cobijo a rebeldes.

Louis se tensa, pero Vilhelm no parece inquietarse. ¿Rebeldes? ¿En el pueblo les han dicho que somos rebeldes?

—Siento decirlo que os han mentado. Aquí solo estamos mis nietos y yo. Podéis mirar en la casa, si queréis.

El que está sentado le hace un gesto al otro y este echa a andar escaleras arriba mientras la madera del suelo cruje bajo sus pesadas botas de combate.

—En el pueblo dicen que tienes un hijo que sigue con vida y que está desaparecido desde que los alemanes llegamos a Dinamarca.

Por primera vez desde que estamos aquí, Vilhelm se revuelve en su asiento.

—Se marchó antes de eso. Aquí no había trabajo y partió en busca de una vida mejor.

—Entonces, ¿no es parte de la resistencia? —insiste.

—No, señor.

Escuchamos ruidos en el piso superior. Muebles arrastrados por el suelo y varios golpes. El anciano frunce el ceño.

—Algunos vecinos aseguran haberlo visto llegar de noche y marcharse al alba varios días.

El alemán se pone de pie y se deshace de la chaqueta del uniforme. La deposita sobre el respaldo del sillón cuidadosamente y se desata los botones de los puños de la camisa para subirse las mangas con lentitud.

—Hace meses que no veo a mi hijo —asegura Vilhelm.

—¿Y vosotros? ¿No habéis visto a vuestro tío por aquí?

Louis y yo sacudimos la cabeza. El soldado nos observa durante unos instantes, nos evalúa. Después se vuelve hacia el anciano, aún en su silla.

Es rápido, certero y brutal. Le cruza la cara de un derechazo y yo ahogo un grito al tiempo que me llevo las manos a la boca. Louis da un paso adelante, pero el propio Vilhelm alza una mano mientras se incorpora.

—Quédate ahí, chico —le pide.

El soldado aguarda unos instantes. Vuelve a subirse la manga derecha.

—Dar protección a rebeldes se considera un crimen de alta traición —informa—. También ocultar información relevante. ¿Estás seguro de que no

quieres contarnos nada?

Vilhelm guarda silencio. Un nuevo golpe estalla contra su rostro.

No me doy cuenta de que he dado un paso adelante hasta que siento la mano de Louis rodeando la mía para mantenerme pegada a él. Tira un poco de mí para ocultarme con su cuerpo, para que no tenga que presenciar esta escena, pero yo no puedo dejar de mirar.

—Señor, mi hijo no forma parte de la resistencia. Y hace meses que partió de Dinamarca —insiste él. Un hilillo de sangre resbala por la comisura de su boca. Cuando se lo limpia, sus dedos tienen un ligero temblor.

El alemán se gira hacia nosotros. Hay algo gélido en sus ojos, algo vacío y desgarrador que no había visto antes.

—¿Dónde está vuestro tío?

—Dice la verdad, se marchó antes de que empezara la guerra. No ha vuelto desde entonces.

El soldado chasquea la lengua. Da un paso adelante y agarra al anciano del pelo mientras estira su cabeza hacia atrás. Una serie de golpes vuelve a llover sobre él y esta vez tengo que apartar la mirada.

El sonido es horrible. Los nudillos contra su piel, los quejidos del hombre que nos ha dado cobijo y la silla tambaleándose con cada golpe.

Estoy tan impactada, tan fría por lo que acabo de ver, que ni siquiera me doy cuenta de que se ha detenido, de que Vilhelm ha perdido el conocimiento.

Tampoco soy consciente de lo que ocurre hasta que un soldado me aparta de Louis y siento sus dedos que se ciernen con fuerza por encima de mi codo. Escucho un *click* y noto algo helado contra la sien.

El corazón se me detiene. Las rodillas se me aflojan, pero el soldado me mantiene en pie mientras me apunta con su arma y mira a Louis.

—¿Vas a dejar que tu hermana pague por los crímenes de tu tío? —pregunta, tranquilo.

—Le hemos dicho la verdad. No sabemos nada de mi tío. Hace meses que no vuelve por aquí. Lo juro —murmura de forma atropellada.

—Dame una fecha, el lugar del asentamiento rebelde... Dime cualquier cosa que sirva para encontrar a tu tío y todo esto quedará en el olvido. —Aprieta con más fuerza, tanto que me hace daño y me da un par de golpecitos con el cañón de su pistola—. Soltaré a tu hermana, enfundaré la Luger y mi amigo y yo nos marcharemos por donde hemos venido.

Louis está temblando. O quizá sea yo.

El otro soldado baja por las escaleras con lentitud. No lo puedo ver, pero escucho sus pisadas.

—Iré al granero —anuncia y mi cabeza da vueltas.

Tengo que recordarme que no puedo abrir la boca, que no puedo suplicar que baje el arma o insistir en que no conocemos a ningún rebelde. Si digo cualquier cosa, lo que sea, sabrán que soy alemana y estaremos perdidos. Todo mi cuerpo lucha por gritar, pero me muerdo los labios y cierro los ojos con fuerza.

—No sabemos nada de ningún rebelde —asegura el muchacho.

Dos lágrimas surcan sus mejillas. Su pecho se mueve con violencia cada vez que toma aire.

—¿Estás seguro? —quiere saber el alemán.

Siento su aliento contra el pelo cada vez que habla, sus dedos rodeándome con fuerza y el cañón del arma recordándome que mi vida está en sus manos.

—Por favor —solloza Louis, roto.

El soldado hace un movimiento brusco y dejo escapar un jadeo ahogado, sobresaltada.

Son unos instantes interminables. El alemán mira a Louis, que se esfuerza por mantenerse en su sitio y yo lucho para no echarme a llorar. El corazón me late tan fuerte que temo que se me salga del pecho y mis rodillas tiemblan incontrolables.

De pronto, el alemán me suelta y Louis corre para cogerme entre sus brazos. Los dos temblamos y no sabría decir cuál de los dos está más frío.

El alemán enfunda su pistola, la Luger, y se pone su chaqueta mientras nos dedica una sonrisa.

—Siento haberos asustado —miente—. Pero tenía que asegurarme. Si mi compañero vuelve del granero y dice que todo está en orden nos marcharemos.

Ninguno responde. Vilhelm continúa sin sentido, desfallecido sobre la silla con el rostro magullado y rastros de sangre en el mentón.

No suelto a Louis. Me aferro a él con dedos temblorosos mientras rezo todo lo que me sé para que no encuentren a Anne y Erika y espero a que mi corazón lata con normalidad.

Cuando la puerta se abre, el pulso se me dispara y miro al soldado recién llegado con el estómago en la garganta.

—Está limpio —informa.

Respiro aliviada y deseo que ninguno de los alemanes lo haya notado.

—Gracias... por la hospitalidad —dice y sonrío—. Volveremos pronto por si tenéis noticias que compartir con nosotros —declara, y ambos abandonan la casa.

Louis y yo nos quedamos así unos instantes, sin atrevernos a mover ni un solo músculo. Solo cuando escuchamos sus pisadas alejándose y el ruido de los motores al arrancar, despertamos del trance y corremos a socorrer a Vilhelm y ayudarlo a volver en sí.

La incertidumbre es horrible. Cuando dejamos de escuchar el sonido de los motores esperamos un tiempo antes de ir a por Anne y Erika. Mientras vamos en su busca, divisamos dos figuras que descienden por una de las colinas hacia el pueblo. Son Joren y Berit. Mi primer impulso es salir corriendo en su busca, pero Anne debe de estar asustada, así que primero espero a que la saquen de su escondite y la abrazo con fuerza en cuanto la veo.

Parece confusa y desorientada, y aún tiene el miedo pintado en su mirada.

—Ya está —le digo—. Todo va a salir bien.

—¿Vilhelm? —quiere saber Erika, que sale por su propio pie de entre los paneles.

—Está en casa —contesta Louis—. Le han dado una paliza —añade mientras baja el tono de voz para que Anne no lo escuche.

Erika se queda lívida y sale enseguida en busca del anciano. Yo la imito y vuelvo a buscar a Berit y Joren con la mirada.

Los dos muchachos vienen con celeridad, prácticamente corriendo, mientras miran atrás una y otra vez, por si acaso.

Una vez que estamos todos en casa, con las puertas y las ventanas cerradas, pero con un ojo puesto en ellas, nos reunimos en la cocina y les contamos lo sucedido a los que no estaban.

Les decimos cómo han bajado de sus camiones y han recorrido el pueblo a pie, armados con sus rifles de cerrojo, y sus subfusiles. Les contamos lo que querían y lo que le han hecho a Vilhelm por no dárselo.

Cuando terminamos de hablar y de responder a preguntas, todos llegamos a la misma conclusión: este pueblo ya no es seguro.

Pasamos el día mirando por las ventanas, con los sentimientos a flor de piel, deseando que esos camiones no vuelvan a acercarse otra vez.

Salvo cuando no estoy preguntándome si tendremos que seguir escondiéndonos, si tendremos que encontrar un escondrijo mejor o si nos

arrestarán si nos descubren... el tiempo se lo dedico a Derek. Está en el bosque, probablemente aún no haya llegado al pueblo y quizá esos camiones hayan pasado cerca de ellos.

El corazón se me acelera cada vez que me pregunto qué pasaría si los encontraran, qué harían con ellos, si los matarían, y apenas soy incapaz de controlar las lágrimas.

Las horas son largas, tanto de noche como de día. Anne es incapaz de dormir y cuando lo hace termina despertándose al poco rato con pesadillas. Yo soy incapaz de conciliar el sueño, mirando a través del cristal de la ventana, temiendo encontrar varios pares de luces amarillas en mitad de la oscuridad. Al final, acabo saliendo a la calle, a sentarme en el porche mientras espero y deseo que no suceda absolutamente nada.

Capítulo 55. Aktion T4

Una raya anaranjada surca el horizonte. Una bandada de pájaros sobrevuela el cielo y se aleja con lentitud. Por la mañana, justo al amanecer, aparece un grupo considerable de gente descendiendo por la colina y mi primera reacción es entrar en casa como un vendaval.

—¡Erika! —le grito desde el piso de abajo. —¡Han vuelto!

Aporreo la puerta de Louis y sigo dando gritos hasta que consigo que todos se asomen a sus puertas.

—¡Joren! ¡Corred!

El anciano, recién levantado, se ha echado un abrigo avejentado sobre los hombros y se acerca con el semblante abrumado por la preocupación. Tiene los pómulos amoratados y una pequeña herida que comienza a cerrarse en el labio. Pasa a mi lado y se acerca a la puerta por la que se escapa el calor del fuego. Los siguientes segundos son confusos y vertiginosos. Todos bajan al salón en tropel, y estamos preparándonos para marcharnos al granero cuanto antes cuando Vilhelm alza una mano y nos pide que esperemos.

Habla en danés, habla tan rápido que no le entiendo, pero sigue con la mano en alto, diciéndonos que no avancemos.

—Es su hijo —dice Louis y mira al anciano con consternación.

—¿No son nazis? —pregunto en danés.

Él sacude la cabeza con lentitud y da dos pasos al frente para salir al porche. Aún inquietos y recelosos, olvidamos nuestro plan de huida para salir al exterior mientras contemplamos con el corazón en un puño cómo varias personas descienden la colina por la que ayer se marcharon los alemanes.

—¿Quiénes son? —pregunto, cuando el grupo desaparece entre las calles.

—Ha dicho que uno de ellos era su hijo —comenta Erika, buscando en Louis la confirmación.

El anciano, ajeno a nuestras palabras, mira al frente mientras el abrigo que lleva se escurre de sus hombros.

—Señor, ¿quiénes son? —le pregunta Louis en danés, bajito, como si no quisiera perturbarle.

—La resistencia —contesta él, con una mezcla de orgullo y temor—. Uno

de ellos es mi hijo.

Así que era cierto. La información de aquellos alemanes era cierta. Su hijo forma parte de los rebeldes y ayer soportó cada golpe sin dudar, sin miedo, para no delatarlo.

—Creía que aquí no había resistencia —murmura Erika, también en danés, sin apartar sus ojos de la calle. Todos estamos expectantes, ansiosos e inquietos.

—Aún no tienen mucha fuerza —explica el hombre—. Sus ataques clandestinos se limitan a pequeños sabotajes, algunos hurtos y a ofrecer ayuda a los que escapan. Por eso me sorprendió tanto que mandasen soldados en su busca hasta aquí. No creía que fueran tan importantes.

Aguardamos intrigados, hasta que finalmente un hombre joven aparece por la calle que lleva a la casa. Camina con rapidez, con porte seguro y pasos decididos. Es joven, no puede tener más de veinticinco años. Viste con un grueso abrigo con gorro y a simple vista no parece ir armado.

En cuanto cruza la valla, Vilhelm se apresura a recibirlo y ambos se funden en un cálido abrazo mientras intercambian palabras de cariño y su hijo le pregunta por su rostro magullado.

Poco después descubrimos que se llama Noa y es el hijo menor de Vilhem, miembro activo de la resistencia danesa. Mucho antes de la invasión nazi, cuando los alemanes ya habían atacado otros países, se unió a un grupo de hombres jóvenes dispuestos a luchar. Él batalló la noche en la que Dinamarca se rindió en la campaña militar más breve de la historia. Y decidió, junto con otros como él, desertar y continuar con su lucha de forma clandestina.

Noa habla despacio, mucho más que su padre. No vocaliza tan deprisa y tiene un acento mucho menos cerrado, por lo que no me cuesta demasiado seguirle. Pasa la mañana en casa, mientras él y su padre se ponen al día. Este le cuenta cómo nos encontró y cómo decidió acogernos. Le habla también sobre lo que ocurrió ayer, sobre los alemanes que llegaron buscándolo, y él le da las nuevas de la resistencia. Hace mucho que ninguno de nosotros tiene noticias del exterior y me gustaría poder decir que es agradable saber cómo están las cosas por ahí; pero no lo es.

De todo lo que nos ha contado, sin embargo, hay algo que me horroriza sobremanera, algo que hace que me quede pálida y provoca que se me congele la sangre en las venas; la Aktion T4, el programa de eutanasia alemán.

—Están matando a todos los que ellos llaman enfermos incurables.

Asesinan a todos los que no encajan con su concepto de raza superior; a los que tienen alguna tara hereditaria, una enfermedad mental o son ancianos improductivos.

Nos quedamos en silencio, espantados ante sus palabras. Siento que me mareo.

—¿Están matando alemanes? —pregunto.

—Alemanes, austríacos, daneses... no importa. Si una persona no encaja en la creación de la raza superior, es eliminada —me explica Noa—. Hace poco asesinaron en Alemania a varias personas epilépticas.

—¿Epilépticas? —pregunta Erika sin dar crédito.

Él asiente.

—Usan la guerra como pretexto para purificar su raza. Los médicos que se encargan de decidir sobre quién se aplicará la eutanasia visitan las instituciones y después envían a los candidatos a varios centros repartidos por el país. A los niños los dejan morir de inanición o los drogan, y a los adultos los gasean.

Erika se lleva la mano a la boca. Louis se levanta de pronto, deja una muleta apoyada contra la mesa y le tiende la otra mano a Anne para sacarla de la habitación. La pequeña se va con él sin rechistar. Agradezco el gesto del joven, pues quiero seguir escuchando. Por muy horrible que sea, debo saberlo.

—¿A los niños también? —pregunto destrozada.

—No hay distinciones. Asesinan a cualquiera —articula con rabia—. Cada día encuentran un nuevo motivo para sobrepasar sus propios límites. Cualquiera que se salga de los cánones muere. La gente se está quejando, hay protestas, pero no sirven de mucho. Ellos están convencidos de que libran a la sociedad de una carga innecesaria y de que, además, son piadosos con la gente a la que asesinan.

Sus palabras resuenan en mi mente como un pesado soniquete que me martiriza. Miro a Joren inevitablemente, mi increíble hermano, el que rompe cualquier esquema impuesto por esta sociedad. Se me nubla la vista y siento una atroz opresión en el pecho. Me levanto abruptamente tratando de llegar al fregadero, pero no soy capaz de conseguirlo y vomito en el suelo.

El anciano se acerca a mí y me ayuda a incorporarme mientras me pregunta si necesito un vaso de agua. Erika sale a por algo para limpiar el suelo y se agacha antes de que pueda ofrecerme a hacerlo yo. Me obligan a sentarme de nuevo y Vilhelm me tiende un paño humedecido para que me refresque.

—Será mejor que cambies de tema —dice el anciano a su hijo con expresión afable—. Seguro que hay cosas más alegres que me puedas contar, cosas buenas.

—Estos días hay pocas cosas buenas, padre.

—Yo quiero escucharlo todo —intervengo, intentando pronunciar correctamente en danés—. Tengo que saberlo todo.

Noa sacude la cabeza.

—No hay nada más que saber; son bárbaros que cometen atrocidades.

—Tengo... preguntas.

Noa espera a que las formule, pero no sé cómo hacerlo. Es un hombre alto, como su padre, lleva barba, pero no tan espesa como la de él, y tiene el rostro curtido por el viento y vetado por diminutas cicatrices pardas a la altura de la frente.

—Luego me contáis el resto, ¿de acuerdo? —dice Berit y se dirige hacia la puerta ante las miradas sorprendidas de todos—. Joren, tengo trabajo que hacer, échame una mano.

Joren duda, pero acaba levantándose y le sigue. A mí me tiembla el labio cuando les veo marchar y doy gracias por tener amigos que nos traten con tanto cariño. No me gusta ocultar nada a mi hermano, pero esto es diferente, ahora no podría hablar teniéndolo delante. No por él, sino por mí, porque no sería capaz de preguntar qué sería de él si lo atraparan mientras lo miro a los ojos.

—Noa, mi hermano es especial —le digo vacilante y preocupada.

—Ya veo. ¿Quieres sinceridad, muchacha?

Asiento fervientemente.

—Si ellos lo notan, lo matarán.

Se me salta una lágrima y me llevo la mano a los ojos, que me abrazan. Siento la reconfortante mano de Erika en mi espalda que me acaricia mientras intento recomponerme.

—Ayer los alemanes se acercaron hasta aquí —le dice su padre con expresión grave.

—Lo sabemos. Por eso hemos venido. Estamos preparando un viaje para sacar del país a la gente de los pueblos de esta zona que estén en peligro. A muchos de ellos los matarían si se quedaran aquí.

—¿A dónde los lleváis? —pregunto.

—Al norte. Y después a Suecia. De momento, allí estarán seguros.

Erika me mira, apoya las manos en la mesa y se inclina hacia él.

—Llebadnos a nosotros también —le dice, sin necesidad de consultarlo con ninguno de nosotros antes. Sabe de sobra que cualquiera firmaría por algo así. Ahora mismo, sabiendo lo que sé, es la única forma de que Joren esté realmente seguro.

Me acuerdo de Lise, de mamá y de papá, y les doy las gracias por sacarnos de Berlín. Allí, Joren ya habría muerto. Siento náuseas de nuevo y sacudo la cabeza para serenarme.

—¿Cuántos sois? —pregunta.

—Siete.

Noa sacude la cabeza y tuerce el gesto.

—Demasiados. Podría sacar a uno o dos sin que mis jefes lo notaran, pero siete son demasiados.

—Noa, ya les has escuchado. Su hermano corre peligro aquí —interviene su padre—. La otra niña es pequeña y ella está embarazada —señala a Erika con la cabeza. Noa se vuelve para mirarla con una expresión que me recuerda mucho a la de su propio padre el día que decidió acogernos.

—Una embarazada, un chaval y una niña no deberían ser un problema. Podría intentarlo. Aunque será un viaje muy duro.

—No podemos separarnos —le dice Erika alarmada—. Tenemos que marcharnos todos.

—Eso no puede ser. Sois muchos...

—Por favor —suplico—. Si nos quedamos aquí, moriremos.

—Noa... —le dice su padre con gesto candoroso.

El joven nos mira con seriedad, sopesando sus posibilidades. Se pasa una mano por la barba oscura y suspira con fuerza al tiempo que se pone en pie.

—Intentaré sacaros a todos —nos dice—. Pero no prometo nada.

—Gracias —dice Erika.

—Y más vale que el chico de las muletas se recupere pronto, porque no podemos llevarnos a enfermos o heridos. Nos retrasarían en el viaje y condenarían al resto.

—En una semana ya no necesitará la férula —se inventa Erika, tan convencida que por un momento la creo hasta yo.

—Iré a ver qué puedo hacer.

—De verdad, muchas gracias —repito.

Siento que me libero de un gran peso, aunque unas garras invisibles siguen atenazándome las entrañas. Mil sombras oscuras sobrevuelan mi mente y se

adueñan de ella el resto del día. No puedo dejar de pensar en nuestro futuro, en el de Joren, en Derek, en mi familia y en la Aktion T4.

Capítulo 56. Herida

Tres días después, Noa vuelve con buenas noticias: podremos escapar de Dinamarca con ellos, siempre y cuando asumamos que si alguien no es capaz de seguir el ritmo lo dejarán atrás.

—¿Cuánto tiempo debías estar así? —le pregunta Erika a Louis.

Nos hemos sentado en el salón después del almuerzo para tomar decisiones.

—No lo sé —dice—. Se suponía que mi médico me lo diría cuando ya no me hiciera falta la férula.

—¿Todavía te duele al apoyar el pie? —pregunta Berit.

—Me duelen más las manos por sujetar las muletas que la pierna en sí.

—A ver, intenta andar sin ellas —le digo curiosa.

Louis se lo piensa durante unos segundos, pero acaba decidiendo ponerse en pie y hacer la prueba. Deja las muletas en el sillón donde estaba y camina de un lado a otro del salón, moviendo la pierna con dificultad como si no fuera más que un pesado lastre.

—Ya no me duele al apoyar —asegura.

—Entonces te quitaremos la férula —declara Berit, muy seguro de lo que dice.

Louis asiente sin meditarlo siquiera.

—De acuerdo.

Nos iremos de madrugada. Saldremos en un camión, uniéndonos a otros dos que llevarán a personas como nosotros, pero de otros lugares. Después, llegado a cierto punto, abandonaremos los vehículos para seguir a pie, pues de lo contrario llamaríamos demasiado la atención.

Varios revolucionarios, hombres y mujeres armados, nos acompañarán y nos guiarán durante toda la marcha y eso me aporta cierta tranquilidad, aunque no dejo de temer lo que pueda pasar durante la travesía. Sin embargo, tengo claro qué debemos hacer. Quizá cuando huimos al bosque con Derek no las tenía todas conmigo, pero ahora es diferente. Ahora sé qué es lo mejor para mis hermanos; no pueden quedarse aquí.

El pueblo ya no es seguro, ni siquiera para Vilhelm. Noa lo sabe y quiere

que los acompañe, pero el anciano se niega a abandonar su hogar.

Estoy frente a la mesa de la cocina enseñando a pelar patatas a Joren cuando la puerta lateral de la casa se abre de golpe.

Berit, fatigado, entra jadeando cargando con Derek al hombro. Este se apoya en su amigo, cabizbajo, incapaz de mantenerse en pie por sí solo. Está sucio, desaliñado y sus piernas parecen a punto de fallarle. El joven hace un esfuerzo por alzar la cabeza despacio, y observo un rostro cansado, ojeroso y pálido cuya frente aparece perlada por decenas de gotitas de sudor. Apenas puedo creerme lo que estoy viendo; siento que me falta el aire y se me acelera el corazón.

—Derek —murmuro, incapaz de levantar la voz—. Oh, Dios mío. ¿Qué te ha pasado?

Está consciente, pero parece muy débil.

—No es nada —contesta Derek, esforzándose por no bajar de nuevo la cabeza—. Solo un pequeño percance. —Esboza una mueca de dolor, pero no deja que se advierta en su tono de voz.

Berit cruza la cocina con él, y Joren y yo nos levantamos y los seguimos de cerca, preocupados.

—¿Cómo que un percance? —pregunto al pie de las escaleras. —¡Ni siquiera puedes andar por ti mismo!

Ambos emprenden el camino escaleras arriba con cierta dificultad, haciendo lo imposible para que el peso de Derek no les venza y ambos caigan hacia atrás. Corro tras ellos y tomo el brazo libre del joven para ayudarlo también.

—¿Qué ha pasado? —insisto con un hilillo de voz.

—¿Te importa que te lo cuente cuando me haya tumbado?

Intenta sonreír, pero su expresión no es más que una mueca distorsionada entre una sonrisa y un gesto de dolor. Lo llevamos a una de las habitaciones y lo tumbamos con cuidado sobre la cama.

Se recuesta y apoya la cabeza en la almohada con un resoplido, como si acabara de hacer el esfuerzo más grande de su vida. Me siento a su lado inquieta y le retiro el pelo oscuro de la frente con la mano.

—¿Qué te ha pasado?

Derek coge aire.

—Voy a buscar ayuda —anuncia Berit sin perder ni un instante. Parece que él sí sabe lo que ha ocurrido.

—¿Qué pasa? —repito, nerviosa.

—Los alemanes ya habían llegado al pueblo —me dice.

—Lo sabemos. Estuvieron aquí.

Se gira y esta vez es su rostro el que aparece preocupado.

—¿Os encontraron?

—Solo a Louis y a mí. No saben nada de Joren, Berit, Erika o Anne. Tampoco saben que soy alemana, pero ahora no podemos hablar de eso. Cuéntame qué te pasa, ¿qué tienes?, ¿por qué estás así?

—En cuanto vimos que los alemanes dirigían aquello, dimos media vuelta. No era seguro que Bibi regresara. Así que decidimos volver.

—¿También Bibi? —pregunto, y él asiente apesadumbrado—. ¿Dónde está?

Derek guarda silencio, pero no deja de mirarme. Lo sé antes de que lo diga, antes de que pronuncie palabra alguna. Las gélidas garras del miedo me acarician la espalda y me estremezco.

—No pude traerla —confiesa—. Intenté hacerlo, pero estaba herido y pesaba demasiado. Berit ha ido a por ella... a por su cuerpo.

Cojo aire y me esfuerzo por mantenerme fuerte. La cabeza me da vueltas, todo el mundo gira a mi alrededor. Bibi no era mi persona favorita, pero esto... esto es demasiado.

Decido que necesito saber qué ha pasado antes de romperme, antes de que el mundo se derrumbe del todo.

—¿Cómo fue?

—Al regresar, dos soldados nos encontraron —murmura—. Puede que no hubiera pasado nada de haber actuado de una forma más natural, pero nos pusimos nerviosos. Me pegaron un tiro y Bibi intentó salir corriendo. Le dispararon por la espalda. Uno de ellos se acercó a mí; creyó que estaba muerto. Forcejamos, le quité el arma y maté al otro. Eso es todo.

—¿Eso es todo?! —exclamo—. ¿Dónde te han herido?

—No es nada, Ka.

—Dime dónde te hirieron, Derek.

Él se lo piensa unos segundos. Cierra los ojos durante un instante y al abrirlos se lleva las manos al borde del jersey y lo levanta con suavidad. Debajo, su camisa está manchada con sangre a la altura del vientre, en un costado.

Antes de que haga nada, levanto la tela mientras contengo el aliento y observo la herida que desgarró su piel.

—Oh, Derek —se me escapa.

No parece una herida profunda, quizá la bala siga dentro, pero es fea, muy fea. La zona amoratada mide cerca de quince centímetros. Hay sangre oscura, viscosa, alrededor de la herida más profunda y la piel se le ha desgarrado y separado de tal forma que ahora su carne queda al descubierto de una forma horrible. No puedo evitar pensar en Alexander y me invade el terror.

—¿Cuánto tiempo hace que ocurrió esto? ¿Has venido tú solo desde allí con esta herida?

Joren, a mi lado, empieza a caminar de un lado a otro con histeria, rumiando algo en voz alta, repitiendo las mismas palabras incomprensibles una y otra vez.

—No es tan grave como parece. Antes no estaba así. Se me ha abierto un poco intentando traer a Bibi.

Se me hace un nudo en la garganta cuando escucho su nombre. No puedo creer que esto está pasando. No me puedo creer que esté muerta.

Me muerdo los labios y sostengo su rostro entre los dedos. Sus manos se ciernen sobre las mías y las rodean con cariño. Tiene las puntas de los dedos frías.

—¿Te duele mucho?

—¡Qué va! —intenta sonreír, sin mucho éxito.

Joren sigue caminando detrás, con las manos en los oídos, concentrado en sí mismo.

—Joren —lo llamo. Insisto, hasta que me mira—. Si quieres ayudar a Derek, ve a la cocina a calentar un poco de agua y a traer algunas toallas limpias, puede que las necesitemos.

Él duda unos instantes. Su expresión muestra más dolor que la de Derek. Y da la sensación de que es él quien está sufriendo de verdad. Se marcha por la puerta y nos quedamos a solas.

—¿Cómo conseguiste escapar?

—Simplemente forcejamos, Ka. No sé cómo lo hice. Uno de ellos se quedó atrás con Bibi mientras el otro se acercaba y simplemente pasó.

Derek está pálido y cansado. Tiene el rostro sucio, al igual que la ropa, y parece que respira con dificultad.

La herida es horrible, espeluznante, y no puedo seguir mirándola mucho tiempo. Acaricio la piel de alrededor y veo cómo sus músculos se contraen por el dolor. Retiro los dedos enseguida y le miro preocupada.

—Te vas a poner bien —le digo con cierto aire interrogativo.

—Sí. No te preocupes. —Me coge de la mano y se la lleva a los labios para besarla—. Me pondré bien.

Capítulo 57. Convalecencia

Cuando Berit regresa, trae también el arma que Derek usó para defenderse; una Luger con tres balas. Berit hace una demostración de cómo se usa delante de todos en el salón. La carga y le quita el seguro, lo repite varias veces para que ninguno perdiera detalle.

Después, la guardamos en un arcón, bajo un montón de viejas mantas raídas y decidimos que ya pensaríamos más adelante qué hacer con ella. Quizá la necesitemos algún día.

Estoy recostada sobre Derek con la cabeza apoyada en su pecho disfrutando del suave latir de su corazón. Su cuerpo se eleva con lentitud, se mueve arriba y abajo en un movimiento lento y pausado que me relaja.

Tengo el libro que me regaló abierto, sujetando sus páginas intermedias para que no resbale la flor que guardo en él, la flor que me regaló. Se lo leo después de mucho tiempo sin escuchar esa historia, sin hablar de ella. Le leo durante toda la tarde y gran parte de la noche, hasta que le entra el sueño y se queda dormido una vez que le han curado.

Ni siquiera se ha movido. Simplemente ha cerrado los ojos y se ha dejado arrullar por el sonido de mis palabras, que se han detenido un poco antes de llegar al trágico final de la historia.

Quien le ha atendido no era un médico de verdad, pues en este pueblo no lo hay. Berit ha avisado a Vilhelm y él ha traído a una curandera, una mujer mayor, rolliza, de vastos conocimientos en plantas y remedios naturales, pero sin verdadera formación profesional. Ella misma nos lo ha dicho; es capaz de ayudar en los partos, de curar catarros o de aliviar las migrañas, pero esto le quedaba bastante grande.

Ha sacado la bala de su cuerpo y ha limpiado la herida como mejor ha sabido. Le hemos echado alcohol y se la ha vendado. La mujer ha prometido visitarlo por la mañana, pero nos ha recomendado que busquemos a un médico de verdad.

Todos sabemos que no podemos hacer tal cosa.

Aún no está profundamente dormido. Lo sé por cómo se revuelve cuando le acaricio la mejilla.

—Te quiero —le digo bajito.

—Y yo a ti, Ka —responde adormilado.

Hoy dormimos solos para que él descansa bien. Me había propuesto marcharme en cuanto se quedara dormido, pero no creo que sea capaz de moverme de aquí. Él me rodea con el brazo y yo me dejo arropar por su calor. Cierro los ojos y froto mi mejilla contra su pecho.

—Me alegra que hayas vuelto.

Esta vez no responde, murmura algo casi en sueños y yo me dejo llevar también por el letargo que nos embarga.

Cuando Derek despierta, yo ya lo observo desde hace un rato, sentada a su lado, con las piernas dobladas y la cabeza apoyada en ellas. Él se despereza tranquilo y veo que su bonito rostro se contrae en una mueca de dolor en cuanto recobra la consciencia.

—¿Qué tal estás?

—Creo que mejor —responde y esboza una sonrisa. Sin embargo, no me lo creo.

—Tenemos que hablar —le digo. Apoya una mano en la cama y se agarra al cabecero, haciendo fuerza con los brazos mientras se tensan todos los músculos de su espalda.

—¿De qué? —pregunta, sin volverse, con el tono de voz contraído.

—De lo que nos contó el hijo de Vilhelm. Es danés y pertenece a la resistencia. Nos contó lo que están haciendo los alemanes ahí fuera y son cosas verdaderamente horribles.

—Eso ya lo sabíamos, Ka.

—No lo entiendes. Es peor —le advierto con tristeza y espanto. Le relato todo lo referente a la Aktion T4 sin dejarme ni un detalle y contemplo cómo él mira al vacío, pálido, sin dar crédito—. Tenemos que marcharnos con ellos. Nos ha conseguido un hueco en el convoy que partirá al norte. Allí estaremos más seguros. Aquí estamos desprotegidos.

Derek asiente, pensativo, inmerso en sus cavilaciones. Se roza el abdomen con las manos, en el lugar donde la venda cubre su herida y cierra los ojos.

—Tienes razón. No podemos quedarnos aquí, ya no es un lugar seguro. Tenemos que marcharnos como sea.

—Lo haremos —le aseguro—. Noa nos ha prometido que nos sacará de aquí. Solo quedan catorce días. Encárgate de curarte para entonces, ¿de acuerdo?

—Veré qué puedo hacer —responde y extiende la mano sobre la venda. Le miro a los ojos, preocupada, y él me da un casto beso en la frente.

Las horas se hacen eternas, y más aún los días. Vilhelm consiguió que un cura oficiase la ceremonia para ofrecer descanso al alma de Bibi. La enterramos en el mismo lugar en el que se encuentra la familia del anciano, y rezamos por ella.

Derek no fue a la ceremonia. No habría podido caminar hasta el cementerio, tampoco fue Anne, que se quedó con Erika y él.

Los demás acompañamos al cura hasta el cementerio y guardamos unos minutos de silencio por ella. Cuando terminó, dejamos flores en su tumba y abrazamos a Louis cuando rompió a llorar.

Todos lloramos, salvo Joren; aunque quizá él lo haga de una forma diferente. Porque sé que hay dolor en sus largos silencios, en las preguntas temerosas sobre la muerte, sobre el lugar en el que están ahora Bibi y Alexander, o en las miradas consternadas a las flores sobre la tumba.

Le expliqué lo que ocurrió el mismo día que Derek volvió herido y Berit fue en busca del cuerpo de Bibi al bosque.

Le conté lo mismo que me contó Derek a mí, y respondí a preguntas que me partieron el alma. Cuando me preguntó «¿por qué?», no fui capaz de contestar. ¿Por qué murió? No creo que ninguno de nosotros tenga una respuesta para ello y quizá eso sea lo que más asusta de todo. Bibi murió por nada. Igual que Alexander, igual que casi todo el mundo muere en la guerra.

Su muerte ha abierto heridas que aún no habían cicatrizado. Es inevitable. Todos pensamos en el pequeño Alexander y la tristeza ha vuelto a cristalizar en nuestros corazones. A su lado, el miedo ocupa un gran espacio y apenas queda lugar para ningún otro sentimiento.

Por eso es tan precioso lo que tenemos. Todos se han convertido en parte de mi familia y no cambiaría lo que siento por mis amigos o por mis hermanos por nada. Tampoco cambiaría lo que siento por Derek, al que quiero de una forma diferente, demasiado compleja para explicar. Antes creía que esos sentimientos no eran legítimos, que no podía ser feliz mientras todo se derrumbaba. Ahora creo justo lo contrario. Precisamente porque el mundo está lleno de odio, nosotros debemos seguir amando.

Todavía quedan siete noches para que los revolucionarios nos lleven con ellos y ya cuento los minutos hasta que eso ocurra.

Todos los días hay algo que hacer y apenas tenemos tiempo para dar paseos o pasarnos la tarde jugando con Anne en la orilla del lago.

Derek ha estado en cama tres días enteros, sin levantarse más de lo estrictamente necesario. Después, ha empezado a moverse poco a poco. Yo me he encargado de cambiarle el vendaje y he permanecido a su lado cada vez que la curandera ha venido para limpiar su fea herida.

Hoy ya no está tan ojeroso, pero sigue pálido y parece débil. Después de un largo día ayudando en el pueblo, en la casa y en la granja, por fin he podido salir de casa con Derek para que le diera el aire. Es la primera vez que sale desde que llegó y por su expresión de alivio cuando siente el viento en la cara, es como si hubiera estado encerrado mucho más tiempo.

Apenas salimos a la zona trasera de la casa, al lugar donde pequeñas rocas se amontonan en el agua creando pequeñas islas sobre las que saltar.

Aún no está bien. Él dice que sí, pero yo sé que miente. Lo veo en sus ojos y en su sonrisa apagada. Lo veo en la forma en la que se mueve y en la manera en la que respira. Lo siento en el color de su piel y en el tono de sus palabras. Derek aún no se ha curado. Pero tenemos tiempo hasta que llegue el convoy.

Sin decir nada, él desliza sus dedos sobre los míos y los entrelaza con delicadeza. Lo miro y sonrío. Durante un instante, soy feliz. Soy tan feliz que por un tiempo creo de verdad en el final feliz del libro. Incluso si en el fondo sé que no puede terminar así, estoy convencida de que el final que Derek escribió era el real. Pero quiero escucharlo, quiero que él me lo diga de nuevo, porque es maravilloso.

—Derek, cuéntame el final del libro.

Él me mira divertido y bufá exasperado.

—Te repites un poco.

—Pero quiero escucharlo. Quiero el de verdad.

Derek sonrío y, sin soltar mi mano, abre la boca lentamente para decirme lo que siempre me dice:

—El final es el que está ahí escrito. Él no pierde la pierna y ella se baja del barco en el último momento para quedarse con él.

—Es un final bonito —murmuro encantada.

Una inmensa bandada de pájaros cruza el cielo frente a nosotros. Desde lejos parece una mancha enorme de oscuridad que se dispersa y se pierde en el ocaso del día.

—¿Me crees? —pregunta, escéptico.

Lo medito unos instantes. A pesar de su apariencia abatida y cansada, sigue siendo increíblemente guapo.

—Sí, claro que sí —contesto, contenta.

Asiente, satisfecho, y continúa en apacible silencio, imperturbable. Tose un poco y, cuando lo hace, se lleva la mano al costado para sujetarse. Lo miro preocupada, pero no le pregunto si está bien; sé lo que me respondería.

—¿Por qué yo? —pregunto entonces.

—¿Por qué tú qué? —dice divertido, sin comprender.

—¿Por qué te fijaste en mí?

Una amplia sonrisa se dibuja en su rostro. Después pierde la vista en el lago que se extiende frente a nosotros y se abstrae durante unos segundos, embebido en sus recuerdos.

—Realmente no lo sé. Sucedió y punto. ¿Qué importa eso? —murmura sin mirarme—. Me gustaste, de pronto, sin darme cuenta. —Se encoge de hombros—. No intentes entender esas cosas porque no lo conseguirás. ¿Por qué te fijaste *tú* en mí? —Derek se vuelve hacia mí y me mira con tal intensidad que me sonrojo.

Estoy a punto de decir que no lo sé, cuando caigo en la cuenta de algo en lo que no había pensado hasta ahora.

—Por mi hermano.

—¿Por Joren? —inquire, enarcando sus bonitas cejas.

Asiento despacio.

—Supe que eras especial por cómo lo tratabas.

—Solo lo trato como...

—Como a todos los demás —termino la frase por él—. Por eso mismo, porque lo tratas como a los demás, como se merece.

Derek esboza una sonrisa lenta.

—Así que, que yo quiera a tu hermano ha hecho que tú me quieras a mí. No es un mal trato.

Me pego más a él y le doy un beso en la mejilla, pero él me agarra de la muñeca cuando estoy a punto de separarme y me impide volver a mi sitio. Me da un beso en los labios y tira levemente de mí, apenas un poco, mientras me acomodo a su lado y nos besamos sin prisa.

Capítulo 58. Aguardar

Cuando regresamos, la cena ya está preparada. Nos sentamos con el resto frente a la mesa y reparo en que todos parecen mucho más animados. Berit y Erika se han sentado juntos y hablan bajito, tanto que no les escucho. Ríen, cómplices, y se cuentan secretos al oído. Anne y Joren están enfrascados en una discusión, peleándose por algo sin relevancia, pero aun así parecen contentos, más vivos.

Por otro lado, Louis se mueve sorprendentemente bien. Hoy es él quien se levanta de la mesa para rellenar la jarra de agua o traer más pan.

Miro a Derek, que está a mi lado, y dejo de sonreír cuando advierto que él no parece tan jovial como el resto. Se sujeta el costado con una mano y mira su plato con expresión afligida.

—Derek —lo llamo, bajito, para que no me escuche nadie más.

—Estoy bien —me dice tranquilizador—. Solo necesito descansar un poco.

Antes de que pueda decir nada más, se pone en pie a duras penas y, de pronto, da un traspié y está a punto de volcar la mesa. Se sujeta, temeroso, mientras sus brazos tiemblan y todos se quedan en silencio, atentos. Berit se apresura por ponerse en pie y se acerca a él para pasarle un brazo por los hombros, pero él lo rechaza sin miramientos, con cierta dureza.

—Estoy bien —repite, echando a andar hacia las escaleras.

Camina despacio, tambaleándose ligeramente. Se dirige solo moviéndose de una forma extraña y forzada.

Me quedo mirándolo, viendo cómo se aleja, deseando salir tras él, pero consciente de que no sería bueno para ninguno de los dos que lo hiciera. Así que decido darle tiempo, permitir que descanse y aguardar hasta que anochezca para ver cómo está.

Después de cenar, recogemos y acuesto a Anne en su cama antes de bajar al salón a reunirme con los demás. Vilhelm, Joren y Louis juegan a cartas con Berit, que les hace unas trampas descaradísimas. Y yo me siento con Erika junto al fuego mientras escuchamos las protestas de los que pierden y las carcajadas del joven, que no deja de ganar partidas.

—Aún no te he dado las gracias —me dice la joven, sin previo aviso.

—¿Por qué? —quiero saber.

—Por hablar con Berit. Sé que le dijiste algo.

—Puede que sí, que le diera un pequeño empujón. —Sonrío—. Pero no he hecho gran cosa.

—Para mí sí que lo has hecho. —Erika agarra mi mano y la oprime con suavidad mientras me obsequia con una sonrisa—. Ahora las cosas son mucho más fáciles, dentro de lo que cabe. Si no estuviéramos lejos de nuestra casa, luchando por sobrevivir y en medio de la guerra, todo sería perfecto.

—A veces pienso que este no es mi momento.

—Claro que lo es —dice ella y ladea la cabeza—. Puede que no te guste, pero lo es. No puedes elegir vivir en otra realidad, Ka —me dice cariñosa.

—Lo sé —contesto—. Pero me gustaría.

—Sí, y a mí... —contesta.

Cuando todos se acuestan, yo me descalzo y entro en el cuarto de Derek sin hacer ruido. Cuando me acerco al catre en el que está, primero pienso que está despierto, pero enseguida me percato de que murmura algo en sueños.

Me aproximo preocupada y me doy cuenta de que no deja de moverse en un sueño inquieto. Enciendo una pequeña vela y la dejo sobre la mesilla para poder observar su rostro. El tenue resplandor de la llama ilumina su expresión dolorida, sus hermosas facciones contraídas en un gesto angustiado. Está sudando y no puedo evitar acercar la mano a su frente para tomar su temperatura. Está ardiendo.

Salgo disparada de la habitación y entro en la de al lado para despertar a Berit y Erika. Pronto la casa entera está en pie. Nos movilizamos rápido, preocupados. Berit y Vilhelm salen rápidamente en busca de la curandera para suplicarle que venga a casa a pesar de las horas intempestivas.

Derek no habla, ni siquiera parece del todo lúcido. Sigue murmurando cosas incomprensibles, como si hubiera perdido la cabeza, y yo intento mantenerme serena mientras Joren me pregunta, con la voz entrecortada, qué le pasa.

Humedezco un paño en agua fría y refresco su frente una y otra vez sin que su temperatura parezca bajar. Lo tomo de la mano, creyendo ingenuamente que, quizá, eso lo relaje, pero él continúa delirando y moviéndose con nerviosismo.

Cuando la única mujer que tiene ligeros conocimientos de medicina llega, tengo que dejarlos solos para intentar volver a dormir a Anne, que se ha despertado con todo el barullo.

Pasa un buen rato en su cuarto, mientras Louis sale y vuelve a entrar con sus

recados. Yo me mantengo fuera, junto a los demás, esperando.

Al terminar, la curandera sale del cuarto y cierra la puerta tras ella. Suspira largamente y yo, que había estado sentada en las escaleras hasta ahora, me apresuro a ponerme en pie para escucharla. No habla enseguida, tarda unos segundos en reflexionar sobre lo que va a decir.

—He conseguido bajarle un poco la fiebre, pero no he hecho gran cosa — dice en danés.

—¿Qué tiene? ¿Está enfermo? —pregunta Joren asustado.

—Es por la herida, ¿verdad? —aventura Berit.

Ella asiente apesadumbrada.

—La herida se ha infectado. Mirad, yo no soy médica y parece que lo que he estado haciendo no ha servido para mantenerla del todo limpia.

—¿Y qué podemos hacer? —quiero saber, con el corazón en un puño.

Ella aprieta sus finos labios y vuelve a coger aire.

—Esperar —sacude la cabeza, un tanto abatida—. Seguid limpiando su herida, cambiándole los vendajes e intentad que no le suba la fiebre. Eso es lo más importante, que no le suba la temperatura.

—¿No hay nada más que podamos hacer? —pregunta Louis—. ¿No podemos darle ningún medicamento? Si la herida está infectada, tal vez...

—Ahora mismo no tenemos nada —responde la mujer—. Lo siento, pero hace meses que no nos llegan medicamentos.

Nos quedamos en silencio y siento cómo sus palabras pesan sobre mis hombros. La mujer pasa a mi lado, dirigiéndose hacia las escaleras, y nos dedica una triste sonrisa.

—Tened fe —nos recomienda—. Es un muchacho joven y fuerte. Se curará.

En cuanto lo dice, se despide y se marcha.

—Hacedle caso —nos dice Vilhelm—. Tened paciencia y dadle tiempo, se recuperará.

Erika se acerca a mí y se queda unos instantes mirándome. Tengo la sensación de que está a punto de darme un abrazo, pero se contiene, como si dármelo confirmara que está a punto de suceder algo terrible. Pasa de largo y Berit apoya una mano sobre mi hombro.

—¿Quieres que me quede esta noche con él?

—No. Yo lo cuidaré —le aseguro—. Tú ve a descansar, Louis — le digo al hermano de Derek, que contempla con preocupación la puerta cerrada de la habitación—. Joren, tú también.

Capítulo 59. Hasta dónde llegaría

Hacemos turnos para estar junto a Derek. Le ofrecemos agua, limpiamos su herida y cambiamos los vendajes. Pero la fiebre no baja y la herida sigue oliendo horribilmente mal. La infección no remite.

Erika está con él cuando lo escuchamos. Es el sonido de un motor.

Todos salimos disparados hacia las ventanas y retiramos las cortinas con el corazón en un puño mientras rezamos para que sean los rebeldes. No obstante, hoy el cielo no nos escucha. Es un camión alemán.

Vilhelm conduce a Berit y a Joren al granero y yo tomo a Anne en brazos, que no deja de llorar, para subirla a la segunda planta. Confío en que Berit pueda cuidar de Joren, pero creo que Anne estará más segura si está con Erika en otro lugar. El escondrijo del granero es demasiado pequeño para cuatro personas.

Sé que es un escondite espantoso, pero no tenemos nada mejor; así que bajamos a Derek hasta el suelo entre las dos y lo ocultamos bajo la cama. Intentamos meter a Anne en uno de los viejos armarios de la habitación, pero desechamos la idea cuando nos damos cuenta de que no hay suficiente ropa tras la que ocultarse.

Así que abrimos el arcón que está junto a la ventana y la metemos dentro para cubrirla con todas las mantas que encontramos. Le pido que se porte bien, que no tenga miedo, y le prometo que pronto volveremos a por ella.

Erika se esconde también bajo la cama y me promete que ella cuidará de Anne y Derek.

Louis y yo nos quedamos en la planta baja, con Vilhelm, esperando. Los tres nos sobresaltamos cuando escuchamos los golpes en la puerta de la entrada.

—Recuerda que no debes hablar —me dice Louis, tenso, mientras el anciano se dirige hacia la puerta.

Tres alemanes pasan dentro en cuanto se abre. Uno de ellos, el que nos sonrío como si fuera un viejo conocido de visita, es quien le dio la paliza a Vilhelm, el mismo que me puso una pistola en la sien.

—Cuánto tiempo —dice mirando a ambos lados—. Pasábamos por aquí y hemos pensando que podríais brindarnos algo de hospitalidad.

Pasa hasta la cocina sin esperar invitación y les hace un gesto a sus hombres para que nos apunten con sus subfusiles mientras nosotros lo seguimos.

Toma una silla de espaldas a la puerta y se deshace de su chaqueta para dejarla sobre el respaldo del asiento. La dobla con cuidado, sereno, y comienza a subirse los puños de la camisa.

Reconozco el gesto y se me hiela la sangre en las venas.

—Mientras mis compañeros dan una vuelta, me encantará escuchar si tenéis alguna nueva noticia para mí —murmura y apoya las manos sobre la mesa.

Les hace una señal y los dos soldados salen por la puerta de la cocina, al exterior, probablemente para inspeccionar el lugar. Espero que esta vez también pasen por alto el escondite en el granero.

—No sabemos más que la última vez —responde Vilhelm tranquilo—. Sigo sin noticias de mi hijo y por aquí no ha pasado un solo rebelde. No que nosotros sepamos.

Admiro su fortaleza, la seguridad con la que habla. Tal vez el soldado piense lo mismo, tal vez tampoco sepa por qué este hombre no tiembla como lo hago yo ante su presencia.

Le hace un gesto y le pide que se siente al otro lado de la mesa frente a él. Louis y yo nos quedamos junto a la encimera, muy cerca de Vilhelm.

El soldado desenfunda la Luger y la deja sobre la mesa. Yo la sigo con la mirada y me pregunto por qué lo hace. Quizá sea para demostrar que no la necesita para hacernos daño, tal vez sepa que ese gesto arrogante y suficiente hace que me tiemblen las rodillas.

—El caso es que hace unos días aparecieron muertos dos soldados alemanes en el bosque.

Contengo el aliento. El nazi nos mira de uno en uno y se detiene en mí más de la cuenta, como si pudiera leer a través de mi expresión.

—Creemos que han sido los rebeldes. Encontramos un rastro de sangre, así que pensamos que al menos uno de ellos está herido. —Vuelve a mirarnos a los tres—. Y con una herida de bala no se llega muy lejos. ¿Seguro que no habéis visto a nadie por aquí?

Ninguno responde. El soldado se asegura de que los puños de su camisa estén bien y yo me dejo caer contra la encimera cuando sé lo que pretende. Va a volver a pegar a Vilhelm y quizá esta vez sea peor.

Siento algo frío en los dedos cuando me agarro a la encimera y comprendo que es un cuchillo. No sé qué me empuja a tomar esa decisión. Es una parte

que desconocía de mí, más decidida y valiente, la que coge el cuchillo y lo esconde dentro de una de las mangas del jersey.

De pronto, el soldado se gira hacia mí y el corazón se me para. ¿Se habrá dado cuenta?

Arrastra una silla hacia atrás y me la ofrece.

—Siéntate aquí.

Vacilo y tardo unos instantes en obligarme a obedecer, a hacer que mis piernas respondan.

En cuanto me siento, el alemán deja caer las manos sobre mis hombros y los oprime con suavidad. Es un gesto sutil, delicado y, sin embargo, no podría asustarme más.

—Sabemos que vuestro tío es parte de la resistencia. Y sabemos que está por aquí cerca. Tarde o temprano le daremos caza y entonces todo esto no importará. Guardando silencio solo retrasáis lo inevitable —explica—. Al final, lo único que conseguís es dolor, sufrimiento de otro ser querido.

—Le decimos cuanto sabemos —contesta Louis sereno.

El alemán sonríe como si se lo creyera. Me agarra por uno de los hombros con más fuerza y gira mi silla para dejarme frente a él.

Ladea la cabeza y toma mi barbilla entre los dedos para alzarla ligeramente. Lucho por mantener los ojos abiertos, por no dejar que vea en ellos el miedo que siento y contengo el aliento.

Percibo el dolor antes que el golpe. Un derechazo limpio y certero estalla contra mi mandíbula y siento como si cientos de cristales se hubieran roto en su interior.

Dejo escapar un quejido y levanto la vista lo justo para ver que Louis está haciendo un gran esfuerzo por no dar un paso adelante y venir a mí. Es valiente, pero sabe que eso sería peor para todos.

—El final de esa banda armada está escrito —nos avisa tranquilo—. Lo único que queda por saber es qué estáis dispuestos a sacrificar por unos rebeldes que están condenados.

Ninguno responde. El soldado vuelve a cruzarme la cara. Esta vez es un revés —un guantazo— que hace que se me salten las lágrimas. Me muerdo los labios y contengo el llanto.

Vuelve a cogerme del mentón y lo alza para observarme directamente mientras me mira a los ojos.

—Esta vez no voy a parar cuando pierda el conocimiento —nos advierte y

sé por el brillo de sus ojos que no miente.

Me temo que, si no estuviera sentada, tendría que sostenerme contra algo para no caer. Siento las piernas flojas, las rodillas temblorosas. En realidad, no es tan doloroso, es más por el miedo, por el terror que se desliza a través de mis venas. Veo que echa la mano hacia atrás y me preparo para recibir otro rechazazo cuando, de pronto, la puerta de la cocina se abre.

Se me para el corazón. Berit y Joren entran en la cocina. Los dos soldados los siguen por detrás y los apuntan con sus subfusiles.

—Estaban en el granero —informa uno de ellos.

El soldado que lleva la voz cantante se vuelve hacia Vilhelm y sonrío. Es en ese preciso instante, cuando pierde el interés en mí, cuando me doy cuenta de que estamos perdidos.

—Parece que vamos a tener que dejar de buscar —comenta y parece encantado—. ¿Cuál de los dos es tu hijo?

—Ninguno. Solo son dos muchachos que escaparon del pueblo —responde rápido—. No han hecho nada malo.

El soldado los mira. Mi hermano está sorprendentemente quieto. Mira en todas direcciones y parece a punto de estallar, pero creo que comprende la gravedad de la situación, porque se está controlando.

—Son alemanes —dice uno de los que los apuntan.

El soldado enarca las cejas, se pasa al alemán cuando habla.

—¿Y qué hacen dos muchachos alemanes en Dinamarca?

Berit no responde. Joren guarda silencio. Da un paso adelante, nervioso, y uno de los soldados le recuerda que debe estar quieto pegando el cañón de su arma a su espalda.

A mí se me escapa un quejido.

—Muy bien. No digáis nada. Tenemos otras formas de haceros hablar.

Es instantáneo. Se gira, echa el brazo hacia atrás y me estampa los nudillos en el pómulo.

Durante un instante se me nubla la vista. Escucho un grito, una protesta; es mi hermano.

—Joren, no... —le advierto—. Quédate quieto —le pido.

Dudo mucho que estos soldados tengan paciencia y no creo que les importase pegarle un tiro si creen que es una amenaza, aunque no lo sea.

—Anda, otra compatriota —dice el que está al mando—. ¿Hay algún alemán más por aquí?

Ninguno responde. Él se prepara para volver a cruzarme la cara.

—Venimos de un pueblo. Estábamos en Dinamarca cuando la guerra estalló. Nos asustamos, huimos al bosque y este anciano nos acogió.

Es Berit quien habla. Hay rabia en sus palabras y un poco de resignación. Pero también hay miedo, el mismo miedo que veo en los ojos de mis amigos.

—¿Qué hacíais en Dinamarca?

De nuevo, silencio. No tenemos respuestas para esa pregunta. Cada uno escapó por un motivo. No todos los alemanes creen en la guerra, no todos piensan que nosotros ganaremos. Pero decir eso en voz alta es traición y ellos lo saben.

—Haremos un trato —nos dice él—. No hemos venido aquí buscando desertores, aunque sería mejor llevarnos a cuatro que volver con las manos vacías. Pero si regresamos con miembros de la resistencia, podemos olvidarnos de vosotros. En realidad, a nuestra sección no le importan los traidores. Y menos si son unos críos.

Louis está de pie, junto a la encimera. El alemán que habla se encuentra frente a mí, muy cerca, y Vilhelm está al otro lado de la mesa. A Berit y Joren los mantienen junto a la puerta. Los dos están nerviosos, sobre todo mi hermano.

—Dadnos un par de nombres, una ubicación, una fecha... Cualquier cosa que nos ayude a encontrarlos y nos marcharemos sin más. Olvidaremos de dónde venís —continúa.

Me pregunto qué opciones tenemos, qué ocurrirá si no hablamos. No tengo ni idea de qué hacen con los desertores, pero imagino que, sea lo que sea, no tendrán problemas con que no seamos adultos. Noa dice que no hacen distinciones, que son monstruos.

Miro a mi hermano, que ha empezado a murmurar algo en voz baja mientras se balancea sobre sus talones. Puede que nuestros captores crean que reza y por eso no le dicen nada.

—No sabemos nada de ningunos rebeldes —escupe Berit.

—Entonces tenemos un problema, porque no podemos regresar con las manos vacías —opina el alemán.

Sus compañeros se mantienen en silencio, expectantes, sin dejar de apuntar con sus armas.

—No sabemos nada —insisto—. Lo que decimos es verdad. No hemos hecho nada malo.

—Habéis huido de Alemania —responde él sin dudar—. ¿Qué edad tienes tú? —le pregunta a Berit—. No pareces mayor que mi hermano y él está en el frente. ¿Por qué él tiene que jugarse la vida y tú no? He conocido a muchachos como tú, hijos de familias adineradas, sin honor, que prefieren pagar a luchar.

Berit aprieta la mandíbula. Parece que va a responder, pero se lo piensa mejor. A estas alturas han dejado claro que tenemos problemas. Pero no podemos delatar a Noa, no podemos decirles lo que quieren oír. Incluso si no tuviéramos otra opción, sé que no serviría de nada. Nos llevarían con ellos y seguiríamos estando perdidos.

Nuestra única opción es escapar con los rebeldes, salir con vida de esta y aguardar a que lleguen. Pero ahora mismo no se me ocurre una forma de hacerlo.

Quizá sea hora de ser pragmáticos. Tal vez deba asumir que quienes estamos aquí ya estamos condenados. Al menos Anne y los demás se salvarán. Al menos ella estaría a salvo con Erika y Derek, y podrían salir de Dinamarca con los rebeldes. Pero, ¿qué será de Joren?

No puedo evitar mirarlo. Sé que el alemán sigue hablando, sé que Berit intenta convencerlo de que no somos una amenaza, igual que Vilhelm, pero yo ya no los escucho.

Joren está nervioso y me sorprende que se mantenga en su sitio. Cada vez que hace un movimiento demasiado brusco temo que a uno de los soldados le baile el dedo sobre el gatillo.

No puede ser que todo esté perdido para él, para nosotros. Hoy no puede ser el último día que vea a Anne. Le he hecho una promesa, le he dicho que pronto volvería a por ella.

Siento que me falta el aire. Ellos siguen negociando, pero yo sé que no hay nada sobre lo que podamos convencerle. El soldado se pasea entre nosotros. Nos mira, nos estudia, nos amenaza. Y mis ojos vuelan hasta la mesa, hasta el lugar donde descansa su Luger.

Un pensamiento fugaz cruza mi mente. ¿Cuánto tiempo tardaría en cogerla? ¿Sería capaz de dispararla antes de que uno de los soldados me derribara?

El estómago se me sube a la garganta, pero ya no puedo dejar de pensar en eso. Quizá sea nuestra única opción. Louis está demasiado lejos y Berit tiene un arma en la espalda. A mí no me miran, no durante todo el tiempo. Puede que sea la única que tenga una oportunidad.

Tal vez me disparen. Sí. Probablemente me disparen, pero podría herir

antes a uno; puede que al que apunta a mi hermano. Si consigo dejar fuera de combate al primero, los demás tendrán una oportunidad de oro para defenderse del resto.

Me empiezan a sudar las manos. Se me seca la boca. Estoy preparada. Me dispongo a hacerlo cuando, de pronto, el soldado se acerca a la mesa y toma la pistola.

Apunta a Berit. Demasiado tarde. No me lo tendría que haber pensado tanto.

—Os lo dejaré claro. No me importáis vosotros ni el motivo de vuestra desertión. Sin información, valéis lo mismo vivos que muertos.

Empiezo a arrepentirme de no haber prestado atención, de no haber escuchado toda la conversación.

Berit se mantiene firme. Joren mira el arma con sus grandes ojos y continúa recitando una retahíla de palabras sin sentido. Creo que está hablando de los motores de sus aviones

—A ti te importa más él, ¿verdad? —dice de pronto el alemán.

Me mira a mí. Luego, mira a Joren.

No. No. No.

Se gira lentamente hacia él, con su arma en alto. La carga. Le quita el seguro. Y apunta a la cabeza de mi hermano.

Esto no puede ser real. No puede estar sucediendo.

—Vamos, tú pareces bastante razonable —me dice con una voz melosa que me hiela la sangre en las venas—. Dime algo, cualquier cosa, y lo salvarás. Sigue en silencio y matarás a este chico. —Nos mira a ambos, sonriente, y ladea un poco la cabeza—. Os parecéis mucho. ¿Es tu hermano? Seguro que sí. ¿Quieres que tu hermano viva?

El alemán deja de mirarme en cuanto lo dice y se vuelve hacia Joren. Me llevo una mano a la boca y ahogo un gemido. Noto algo húmedo en los labios. Sangre. Pero no tengo tiempo de pensar en ello.

¿Condeno a los rebeldes y a todos los que piensan escapar con ellos por una posibilidad de salvar a mi hermano? ¿Arriesgo la única oportunidad que tendrían Anne y los demás?

Una única pregunta resuena en mi mente. Una pregunta que llevo haciéndome desde que vi la primera muerte de esta guerra, desde que Joren escapó aquella noche en el bosque y vimos cómo aquel paracaidista mataba al desafortunado que abrió la puerta de su granja. ¿Hasta dónde estoy dispuesta a llegar? La respuesta siempre ha estado ahí. Desde el principio. De pronto, no

existe nada más que Joren en esta habitación. El sonido se desvanece, el dolor deja de importar.

Empiezo a ponerme en pie. Nadie espera que intente nada. Nadie me presta verdadera atención. ¿Qué podría hacer yo?

Deslizo las puntas de los dedos por el interior de mi manga. Rozo la punta del cuchillo que lleva ahí desde que entramos en esta cocina.

El corazón me late a mil por hora. Noto las pulsaciones en cada terminación; escucho los latidos en mis oídos cuando retumban con fuerza. Sé que no tengo muchas posibilidades. Sé que probablemente muera. Pero estoy dispuesta a hacerlo, estoy dispuesta a intentarlo por él, por Joren.

Mientras me hago con el cuchillo y lo empuño con fuerza, me doy cuenta de que jamás me había planteado esto. Jamás me había preguntado si sería capaz de matar. Pero, en realidad, siempre lo he sabido. Por mis hermanos —por Annemette y por Joren— lo haría.

Me acerco al que está en pie. Empieza a volverse hacia mí. Otro de los soldados me mira. Ni siquiera repara en mi mano, en mis dedos que empuñan un cuchillo. Tomo aire. Doy un paso adelante. Voy a hacerlo. Sin dudas, sin vacilar.

Otro paso.

Quizá los esté salvando a todos. Tal vez consigamos escapar, vencerlos. Tal vez...

Un ruido a mi espalda me detiene el corazón. ¿Ha sido a mi espalda? Miro a los soldados, al alemán que está al mando.

Se me escapa el aire de los pulmones cuando veo que su brazo baja, que su arma desciende. Pero no ha sido él el que ha disparado.

Todo sucede con demasiada rapidez. El alemán deja caer la Luger al suelo, los soldados que apuntaban a los chicos se vuelven en mi dirección... No. En mi dirección no.

Me giro al tiempo de ver a mi hermana tropezar hacia atrás. Sus menudos dedos sujetan un arma, la aferran con fuerza. Tardo unos segundos en comprenderlo, en asimilarlo. La Luger que trajo Berit, el arcón donde estaba Anne escondida.

El retroceso ha lanzado mi hermana hacia atrás. Se le ha soltado la pistola y ha caído al suelo justo cuando dos disparos han cruzado la habitación en su dirección.

No tengo tiempo de pensar. Mi cuerpo reacciona solo cuando corro junto a

ella y me arrojé al suelo de rodillas.



Capítulo 60. Tres cuerpos

Escucho varios disparos más y cubro a Anne con mi cuerpo. No los siento. Tampoco el dolor. Alzo la cabeza lentamente. Oigo un zumbido en los oídos y noto un sabor metálico en la boca.

Berit empuña uno de los subfusiles y los dos alemanes que lo apuntaba a él y a mi hermano yacen en el suelo.

Me pongo en pie lentamente, conmocionada, e intento cubrir los ojos de Anne cuando veo los cuerpos, cuando comprendo que están muertos.

Luego me doy cuenta de que ella ha sido la autora de una de esas muertes y siento un terror gélido y desgarrador que me oprime el pecho.

Ha acabado con el alemán que apuntaba a Joren, ella sola, mi hermana de cuatro años... Y eso le ha dado al resto una oportunidad de derribar a los otros dos soldados.

Dejo de taparle los ojos. La agarro de la mano mientras mis dedos tiemblan, mientras miro a mi alrededor, y salgo disparada hacia Joren.

No pienso en que no le gustan los abrazos. En realidad, no pienso en nada. Rodeo su cuello con el brazo que tengo libre y lo acerco a mí.

Joren también está conmocionado y tarda unos instantes en darse cuenta de lo que estoy haciendo. Cuando lo comprende, me aparta de un empujón y da un paso hacia atrás. Empieza a murmurar algo en voz alta. Camina de un lado a otro y sorteando los cadáveres. Una arcada me sube a la garganta cuando veo cómo esquivando los cuerpos.

—¿Qué acaba de pasar? —pregunta Louis.

No consigo responder. Nadie lo hace.

Miro al alemán que estaba frente a mí, el que estaba dispuesto a matar a Joren y el primero que ha caído al suelo. Tiene un tiro en la espalda, justo en la columna, entre los omoplatos.

—Que Anne nos ha salvado a todos —responde Berit.

Cuando lo escucho, salgo del trance. Sacudo la cabeza. Me agacho frente a mi hermana y busco qué decir, pero no sé qué debería hacer. ¿La regaño por coger un arma? ¿La felicito? Me entra la risa. Así, sin más. Rompo a reír y a llorar. Todo a la vez, sin control.

Mi hermana me mira con los ojos muy abiertos, en silencio. Alguien me agarra por los hombros y me pone en pie. Creo que es Louis. Me dejo arrastrar fuera de la cocina y me pregunto qué pensarían mis padres de mí, qué pensaría Lise. He permitido que mi hermana de cuatro años dispare un arma, he permitido que mate a un hombre y ahora no soy capaz de reaccionar, de controlarme.

Me sientan en uno de los sofás de la sala de estar frente al fuego y dejan a Anne conmigo. Ella se acerca a mí, se sienta sobre mi regazo y yo la rodeo con mis brazos. Me pregunto cuál de las dos necesita más este abrazo.

Los siguientes minutos son eternos. Intento acostumbrarme a mi respiración, al ritmo acelerado de mi corazón. Erika sale del dormitorio de Derek con prudencia y su reacción es parecida a la mía. No sabe qué hacer, no sabe a quién preguntar.

Después de unos instantes de aparente serenidad, el caos estalla. Todos empiezan a moverse. Nadie puede estar más de dos minutos en la misma habitación.

Hablan sobre los cadáveres, sobre los disparos que probablemente se hayan escuchado en todo el pueblo.

Me gustaría quedarme en ese sofá eternamente. Dejar que ellos decidan qué hacer, que los demás hablen con Joren y mi hermana y, de paso, que me expliquen a mí qué ha sucedido, porque sigo sin entenderlo.

Querría dejar que ellos tomaran las decisiones difíciles, que se encargasen de los cuerpos. Pero una parte de mí sabe que debo responsabilizarme de esto, que debo tomar las riendas.

Primero hablo con Joren. No hay mucho que explicar, lo ha visto todo. Solo intento calmarlo, intento que se relaje y le pido que se siente, aunque no me hace caso. Prefiere caminar. Erika sale con él al exterior, a pasear, y yo me quedo dentro con el resto.

Luego decidimos qué hacer. Nos reunimos en la cocina mientras Vilhelm se hace cargo de Anne en el salón.

Berit, con mucho más estómago que ninguno de nosotros, busca en las ropas de los alemanes. Encontramos mapas, algunos garabatos ininteligibles en una agenda y unas cuantas notas. También registramos el camión. Llevan provisiones para unos cuantos días y tienen más mapas.

Por las notas creemos que no los esperan de vuelta en su campamento en unos cuantos días, pero quién sabe. No sabemos leer mapas, ninguno de

nosotros entiende bien estas cosas. Solo Berit parece convencido de lo que dice, de que no tenemos por qué escapar, de que debemos esperar aquí a los rebeldes.

Discutimos sobre ello. Hay quien quiere huir, ocultarse de nuevo en el bosque. Berit opina que es más seguro quedarse aquí, meter los cuerpos en el camión y llevarlo lejos, muy lejos y ocultarlos en algún lugar de la espesura.

Al final, decidimos esperar a los rebeldes. No sé si hemos tomado una buena decisión. No sé si estamos tentando demasiado a la suerte. Me horroriza pensar que podrían regresar buscando a los suyos y que podrían volver a encontrarnos.

Esta noche no dormimos. No hay tiempo para eso. Aún no he hablado con Anne, no sé qué decirle.

A ella sí la acostamos. El resto tenemos trabajo que hacer.

Ayudamos a cargar los cuerpos en el camión, tres cuerpos. Y Berit y Louis lo sacan del pueblo. Los demás nos quedamos en casa. Limpiamos la cocina. Frotamos la sangre del suelo. Y luego intentamos lavar los trapos que utilizamos a orillas del lago. Pero la sangre no se va. Decidimos enterrarlos en el jardín.

Durante todo ese tiempo, la pistola que ha disparado mi hermana pequeña se ha quedado sobre la mesa de la cocina, junto con varias armas más y su munición.

Berit y Louis también van armados; por si acaso. Regresan al amanecer, a pie. Erika y yo los vemos descender por la colina con rapidez, todavía nerviosos, en tensión.

Tengo la impresión de que esta sensación jamás nos abandonará. Me cuesta creer que volveremos a estar en paz, a sentir calma, como si nuestros corazones fueran a latir siempre a este ritmo desacompañado.

Hemos hablado con Derek. Sigue convaleciente. Ni siquiera sé si es realmente consciente de lo que ha ocurrido. He tenido que contárselo dos veces para asegurarme de que lo había entendido. Duerme la mayor parte del tiempo y el resto se mantiene en silencio, respirando con dificultad.

También he estado con Joren. Está mejor, más tranquilo. Es mucho más valiente de lo que creía y soporta estas largas horas con entereza. No tiene muchas ganas de hablar; es normal, a mí tampoco me apetece. Así que respeto su silencio y disfruto de unos minutos sin palabras, sin voz, en el que la presencia del otro es suficiente para transmitimos un «Me importas. No estás

solo. Te quiero.»

Es temprano cuando voy a la habitación donde duerme Anne. Rebuscar en los cuerpos me ha parecido duro, cargarlos en los camiones ha hecho que me maree un poco y limpiar la sangre de la cocina ha conseguido que me temblasen los dedos de las manos. Pero lo más difícil de todo será hablar con mi hermana pequeña. Tengo que explicarle por qué lo que ha hecho hoy está mal al mismo tiempo que le doy las gracias por salvarnos a todos.

A veces la vida es así. Una contradicción. A mí me cuesta entenderlo, pero tengo que intentarlo.

Está despierta cuando entro. Remolonea entre las sábanas con la mirada perdida en algún punto de la pared. Me tumbo a su lado y me acurruco junto a ella. Permanecemos un rato en silencio.

—¿Dónde estaba la pistola? —pregunto porque no se me ocurre otra forma mejor de empezar esta conversación.

—En el arcón —contesta.

—No debes jugar con pistolas. Es peligroso; muy peligroso. Y una niña tan pequeña no debería empuñar un arma. —Hago una pausa—. De hecho, no debería empuñarla nadie.

—Iban a hacer daño a Joren —gimotea.

Puede que no comprenda del todo lo que ha ocurrido, pero sabe lo suficiente como para que le tiemble la voz. Algo dentro de mí se rompe cuando comprendo que está asustada, que no es un tímpano de hielo, que sigue siendo una niña pequeña.

Acaricio su carita rechoncha y enredo mis dedos con los suyos.

—Lo sé. Sé que lo has hecho para salvarlo. Sé que querías proteger a nuestro hermano. Pero no debes volver a coger un arma jamás. Las armas hacen daño.

Ella asiente. Le tiembla el labio inferior.

—Berit ha disparado a los otros dos.

—Berit también lo ha hecho para protegernos a todos.

Silencio. Mira nuestras manos entrelazadas.

—Se han muerto —parece una afirmación, pero es una pregunta.

—Sí.

—¿Para siempre?

—Para siempre —confirmo.

—¿No se puede arreglar?

—No.

Se queda pensativa. Me gustaría saber qué está pasando por esa cabecita, qué es lo que opina de todo esto.

—Ya no nos harán daño.

—No. No lo harán. —Me pregunto si zanzar el tema ahora y esperar que siga durmiendo bien por las noches, pero no puedo hacerlo, porque callar ahora sería como mentirle. Y aunque sea una niña, probablemente esta no sea la última vez que viva el horror de cerca—. Pero hay más como ellos, Anne. Muchos más. Por eso nos vamos a ir lejos de aquí, para estar a salvo. Tendremos que tener cuidado, pero yo no voy a dejar que os hagan daño.

Sus manitas rodean con fuerza mis dedos. Sus ojos brillan, grandes, despiertos, como los de un búho enorme.

—¿Tú habrías disparado? —quiere saber.

Una pregunta difícil, importante. Decido ser sincera.

—Sí, Anne. Yo también habría disparado.

Espero que lo entienda, que sea capaz de ver eso que tan difícil se me antoja a mí. Deseo que comprenda que ha hecho lo que debía y que, aun así, está mal. Quiero que sepa que estaré siempre en deuda con ella por salvar a nuestro hermano, pero que comprenda al mismo tiempo que no debe volver a empuñar un arma.

La pequeña se queda dormida de nuevo, acurrucada junto a mí. Y mientras siento sus manitas agarradas a mi ropa y su suave respiración contra el pecho, me hago una promesa: no dejaré que tenga que volver a pasar por lo mismo. No dejaré que sea ella la que tenga que apretar el gatillo.

█

Capítulo 61. Con luz propia

Quedan cuatro días para que Noa vuelva a buscarnos y Derek ha despertado por fin. Ocurre de noche, cuando las estrellas titilan fuera, entre las nubes. Siento una cálida caricia en mi mejilla y abro los ojos, somnolienta, cuando me doy cuenta de que es Derek quien me acaricia.

Me incorporo con rapidez y toco su frente cuando lo veo de medio lado, vuelto hacia mí, con los ojos vidriosos y la expresión cansada.

—Derek —sollozo. Se me quiebra la voz—. ¿Cómo te encuentras?

—Enfermo —responde e intenta sonreír.

—Lo sé. Te vas a poner bien —le aseguro y acaricio su pelo oscuro con cariño.

Vuelvo a contarle lo que ha ocurrido. Le digo lo que hemos estado haciendo y lo que todos esperamos: que los rebeldes lleguen antes de que echen en falta a los soldados que matamos.

Cuando acabo, él me agarra de la muñeca y tira de mí con insistencia.

—Túmbate a mi lado, Ka —me pide, suave.

Obedezco y me pierdo en esos ojos, ahora apagados, que me robaron el corazón.

—¿Quieres que te traiga alguna cosa? —Vuelvo a incorporarme, inquieta—. ¡Tienes que comer algo!

Derek me agarra de nuevo del brazo con apremio.

—Quiero que te quedes conmigo. Ven aquí. —Me mira con ternura, con unos ojos que encierran una súplica profunda, y yo no puedo evitar concederle lo que desea.

Me recuesto a su lado y disfruto del tacto de sus dedos cuando me acarician el cuello y recorren mi clavícula con devoción. Nos quedamos así un rato, muy juntos, hasta que vuelve a dormirse y yo caigo rendida también.

Durante toda la mañana siguiente voy de puerta en puerta preguntando si alguien en el pueblo conserva algún medicamento, pero vuelvo a casa derrotada y con las manos vacías.

Los soldados alemanes tampoco llevaban nada que pudiera resultarnos de

utilidad.

La curandera llega por la tarde y se pasa un buen tiempo cuidando de Derek, que ya está despierto. Además de algunos remedios naturales, no puede hacer mucho más que cambiarle el vendaje y limpiar su herida de nuevo. Mientras tanto, el resto contemplamos la posibilidad de volver al pueblo a por medicinas, pero la descartamos antes de que lleguemos a plantearlo seriamente. Tenemos muchas cosas en contra, por no decir todas. Y el tiempo es una de ellas.

Esta noche vuelvo a quedarme a solas con Derek. Está sudoroso, con la frente cubierta por el paño húmedo que ayuda a impedir que le suba la fiebre. Una manta lo cubre hasta el pecho y sus ojos miran al techo hasta que me ve entrar. Cuando lo hago y cierro la puerta, me hace un gesto para que me siente a su lado y así lo hago.

Se incorpora torpemente con mi ayuda y se apoya de costado contra el cabecero de la cama. Se quita el paño húmedo de la frente y lo deja en la mesilla. La manta resbala y su pecho queda al descubierto. El vendaje envuelve todo su abdomen.

—Por favor, Derek, tápate.

—Estoy ardiendo, Ka —responde él con una mirada que no admite réplicas —. Tenemos que hablar.

—¿Qué ocurre? —pregunto.

—Sé que eres una persona sincera y directa, así que no me andaré con rodeos —me dice—. No voy a poder ir al norte con vosotros.

—¿De qué hablas? —pregunto un tanto incrédula.

—La fiebre no me baja y la infección no desaparece. Ni siquiera soy capaz de mantenerme en pie más de cinco minutos.

—Aún quedan tres días. Te recuperarás —le digo sin dudar.

Él sacude la cabeza despacio. Hay cariño en sus ojos y también cierta tristeza. Yo me niego a escucharle y me aparto un poco, alterada. Él deja una mano sobre mi rodilla y la oprime con suavidad para impedir que me levante.

—Ya he hablado con Louis. Quiere quedarse conmigo, y como al ser danés no corre tanto peligro, he dejado que lo haga. Vilhelm también se queda. Cuidará de nosotros.

Esta vez soy yo quien sacude la cabeza con energía, deseando que se calle.

—No seré capaz de hacer un viaje así en estas condiciones. El hijo de Vilhelm fue muy claro en eso.

—¡Podrás hacerlo! ¡Todos te ayudaremos! —le aseguro y sujeto su rostro entre las manos, desesperada—. Ahora no estás bien, pero estás recuperándote, dentro de tres días será diferente.

Él se queda en silencio. Me observa con tal lástima que me parte el corazón.

—Incluso aunque sea capaz de levantarme de la cama y subirme a uno de esos camiones, llegará un momento en el que tenga que andar. Os retrasaría a todos. No quiero haceros eso, Ka.

Dos lágrimas escapan de mis ojos. Él alza la mano para recogerlas, pero yo me aparto y me las quito sola al restregarme la manga de la camisa por la cara.

—Me estás pidiendo que te abandone.

—No me vas a abandonar. En realidad, mi hermano y yo no corremos peligro. Vine a Dinamarca a conocer a mi madre y a mi hermano, no tienen por qué considerarme un traidor. Vosotros, en cambio, sí que debéis marcharos. Joren no puede quedarse aquí y tú lo sabes.

Lo que dice podría haber sido cierto de no ser por el incidente del otro día. Si no hubiéramos matado a aquellos tres alemanes, tal vez tendría razón y no correrían peligro. Pero en estas circunstancias es muy probable que no estén seguros si se quedan aquí mucho tiempo.

—No puedo irme sin ti —le confieso, bajito, y se me quiebra la voz.

Rompo a llorar, con el corazón desgarrado, y siento cómo me envuelve en sus fuertes brazos y me acerca a él. Su cuerpo arde y sería agradable disfrutar de su calor si la causa no fuera tan preocupante.

Es en ese preciso instante cuando me doy cuenta de que no puedo protegerlos a todos. No puedo permanecer cerca de mis hermanos si quiero asegurarme de que Derek salga con vida de esta. Comprendo que tengo que elegir y se me parte el alma. Derek me necesita, me necesita ahora. No puedo abandonarlo a su suerte, pero tampoco puedo retrasar a mis hermanos, sería demasiado arriesgado. Ellos estarían bien con los rebeldes, estarían a salvo en cuanto llegasen al norte. Y no puedo negarles eso.

Me aparto, un poco brusca tal vez, y me limpio las lágrimas con saña.

—Vas a venir.

—Ka...

—¡No! ¡Vas a venir! —aseguro, convencida. Me sorbo la nariz e intento demostrar mi determinación—. No pienso dejarte aquí. Vendrás con nosotros. —Hablo rápido, casi sin pensar—. Esta será la única oportunidad de escapar.

Así que tenemos que hacerlo.

—Karan, no... yo...

—Lo haremos —insisto—. No me pidas que te deje así, porque no puedo hacerlo. Te recuperarás y escaparás al norte como todos.

Derek agarra una de mis manos y se la lleva a la boca para darle un beso con dulzura. Sonríe un poco, entre triste y culpable. No me contradice, ni sigue discutiéndolo. Sin embargo, la duda ha aparecido en sus ojos y la incertidumbre surca su expresión. Tengo miedo de que replique, de que siga insistiendo para que deje que se quede, pero no lo hace.

A pesar de ello, incluso sudoroso, enfermo, ojeroso y agotado, su sonrisa es preciosa. Aun así, no es más que un reflejo de lo que era antes, hace tan solo unos días, cuando brillaba con luz propia.

Capítulo 62. La partida

Es una noche sin estrellas, oscura y lúgubre, que acompaña nuestro ánimo. La hora está a punto de llegar. Varias personas ascienden por la colina, hacia el camino por el que de un momento a otro aparecerán los camiones que nos llevarán a un lugar más seguro. Las sombras se pierden en la oscuridad, fundiéndose con la noche, desapareciendo en su profundidad.

Derek está aquí. Los pantalones se le caen un poco y está un tanto torcido, en un perfecto *contrapposto*. Su rostro ha perdido el color y la huella de la enfermedad ha hecho mella en él. Usa una de las antiguas muletas de Louis para apoyarse y se cubre hasta el cuello con un gran abrigo mientras el aliento escapa de su boca y se funde con la noche.

Todos se han despedido ya. Solo queda Erika, que dice adiós a Derek y los demás con lágrimas en los ojos. Me dedica una mirada cargada de comprensión antes de agarrar a Anne de la mano y se aleja un poco para darnos espacio.

Ahora queda lo más difícil.

No hemos hablado de esto. Tengo la sensación de que ninguno de los dos ha podido. Pero ambos sabemos lo que ocurrirá ahora. Yo lo he sabido esta mañana, cuando he comprendido que la fiebre no había remitido, ni remitiría pronto sin medicamentos; y la realidad me ha golpeado con tanta fuerza que me ha dejado sin aliento. Él, sin embargo, era consciente de lo que ocurriría desde hacía mucho más tiempo.

Joren también se ha quedado aquí, con nosotros. La forma en la que mira a Derek me parte el corazón. Lleva un buen rato caminando de un lado a otro, ladeando la cabeza en un ademán nervioso sin apartar la vista del muchacho. Sin embargo, ahora procura mantenerse quieto, frente a él.

—Berit dice que no vienes —murmura.

En cuanto lo escucho, siento cómo una daga helada atraviesa mi pecho. Antes de Joren, nadie se había atrevido a pronunciar esas palabras en voz alta, y oírlas es más desgarrador de lo que pensaba.

—No. No voy. Con esta herida no seré capaz de viajar.

Joren lo mira. Estrecha un poco los ojos y esboza una mueca dolorosa. No

obstante, se recompone y asiente.

—No me gustaría que murieses —comenta, serio.

A él se le escapa una carcajada un poco ronca y alarga la mano para apoyarla sobre su hombro unos instantes.

—Gracias, Joren.

Me muerdo los labios mientras observo la forma en la que Joren intenta desentrañar sus propias emociones. Le está costando; pero lo está consiguiendo.

—¿Quieres decirle algo más a Derek? —lo animo.

—No. Él sabe todo lo que tengo que decir.

Derek le regala una sonrisa auténtica y asiente. Claro que lo sabe. Todos lo sabemos. Derek ha sido una chispa de luz en medio de la oscuridad; su oscuridad.

—Cuídate mucho, campeón—le dice él, y mi hermano asiente.

—Y tú —contesta, y a mí se me saltan las lágrimas.

Apenas son dos palabras y, no obstante, significan muchísimo; lo son todo. Que haya sido capaz de comprenderlo, de empatizar con él y expresarlo es tan increíble que tardo unos segundos en reaccionar.

Rompo a llorar como una niña, abrumada por la situación, y lo abrazo sin pedirle antes permiso. Él lo soporta durante más tiempo de lo habitual y espera a que deje de llorar para apartarme con delicadeza. Admiro su control y su empatía. Y me enorgullezco de lo mucho que ha crecido en este viaje.

De pronto, un rugido rasga el silencio de la noche y varias luces amarillas surgen del bosque en apenas unos segundos. Los camiones han llegado. Descienden a través del camino, hasta la cima de la colina en la que estamos, apagan sus motores y sus luces —para no llamar mucho la atención— y esperan.

Es el momento.

Solo quedamos dos por despedirnos.

Berit es el primero en echar a andar. Erika toma a Anne de la mano y ambas dicen adiós mientras se alejan colina arriba con la tristeza reflejada en sus semblantes. Joren duda un poco, pero acaba partiendo también, y Louis y Vilhelm entran enseguida en la casa.

Trago saliva y me muerdo los labios hasta hacerme daño para no llorar. Los veo alejarse, subir sin mirar atrás, y yo me quedo quieta, inmóvil.

Lloro. Lloro sin poder evitarlo, abrazándome a mí misma, sintiendo un

vacío inmenso en el estómago. Derek me pasa un brazo por los hombros y acerca mi cabeza a su pecho.

—No puedo despedirme —sollozo, desconsolada.

Él deja caer la muleta al suelo y me agarra de los brazos mientras tira de mí y me envuelve con su cuerpo. Acaricia mi pelo con afecto y me da un beso muy suave en la oreja antes de susurrar:

—Debes marcharte.

A lo lejos, los motores de los camiones vuelven a rugir, perturbando la quietud de la colina. Continúo apoyada contra el pecho de Derek, con los ojos cerrados con fuerza y el corazón hecho jirones.

—Karan —susurra a mi oído —, pase lo que pase, siempre voy a amarte.

Se escuchan varias voces dando órdenes, el sonido apremiante de los camiones. Se acaba el tiempo.

Derek me aparta un poco de él e intenta besarme, pero yo no se lo permito. Vuelve a asirme con fuerza y me mira a los ojos con intensidad.

—Me diste permiso para besarte cuando quisiera y pienso hacerlo —me dice serio, sereno, imperturbable. Se inclina hacia mí y me besa con suavidad y ternura, con un amor infinito.

Me abandono al beso, sintiendo que un dolor desgarrador me oprime el pecho. Rodeo su cuello con mis manos y por unos instantes la realidad a mi alrededor se desvanece con la noche. No existe nada además de nosotros. No existe la colina, ni los camiones. No existe la guerra, ni el miedo, ni el temor. Solo existe este instante.

Derek se aparta un poco y se desabrocha el abrigo. Introduce la mano en él y saca algo rectangular. Extiende el brazo y me lo tiende. Yo lo cojo entre las manos y siento que me quiebro un poquito más.

—Es nuestro libro —murmuro.

Él asiente.

—Te he traído el libro para que lo lleves contigo y no olvides nunca lo maravilloso que es ese final.

Toma mi mano y se la lleva a los labios. Dos lágrimas resbalan por sus mejillas y coge aire con fuerza mientras intenta mantenerse fuerte y sonreírme con cariño.

—Derek, eres el amor de mi vida.

—Y pienso seguir siéndolo —dice.

El sonido constante del motor de los camiones es apremiante e insistente.

En cualquier momento se marcharán.

—Iré a buscarte cuando me recupere. Cruzaré Dinamarca andando si es necesario.

—¿Y si no llegas a tiempo? ¿Y si ya hemos viajado a Suecia? —pregunto con un nudo en la garganta.

—Entonces, hagamos una promesa. Nos encontraremos cuando la guerra acabe, en Berlín, un día de invierno.

—¿Un día cualquiera?

Derek sonrío y no puedo más que reír un poco con amargura mientras las lágrimas siguen corriendo por mis mejillas. Oprime mi mano con fuerza y asiento fervientemente.

—¿Conoces la Plaza de París? —Espera a que le diga que sí con la cabeza y continúa —. Nos encontraremos allí.

—Un día de invierno —repito.

—Un día de invierno.

Nos contemplamos unos instantes, sellando una promesa.

—No te olvides de mí —me pide, dando un paso adelante.

—No lo haré —le aseguro.

En un doloroso impulso, me pongo de puntillas y rodeo su cuello con los brazos. Acercó mi rostro al suyo y le doy un beso breve pero intenso, como nosotros, como nuestro amor. Es el beso más corto y también el más eterno de toda mi vida. Me separo de él sin mirarle, porque no me atrevo a hacerlo.

Echo a correr colina arriba con el corazón roto y desgarrado. Las lágrimas caen por mis mejillas y el frío viento las hiela sobre mi piel ardiendo. Llego hasta uno de los camiones casi sin aliento, sin mirar atrás, y me asomo al interior, a la zona trasera, donde varias personas ya están sentadas muy juntas.

—¿Qué haces todavía ahí? —escucho la voz de Noa, que me apremia con su rifle entre los brazos—. ¡Venga! ¡Sube!

Abre la pequeña compuerta metálica y me ayuda a subir con torpeza. En el interior, muchos ni siquiera me prestan atención. Algunos ojos vidriosos, sin embargo, sí han reparado en mí y me contemplan con asombro.

Me acerco a mis amigos y a mi familia. Me tiemblan las piernas y no puedo dejar de llorar. Erika clava sus ojos verdes en mí, comparte una mirada silenciosa conmigo, pero no dice nada. Me dejo caer de rodillas a su lado y ella me abraza sin necesidad de pronunciar palabra alguna. Me estrecha entre sus brazos y dejo que me consuele mientras escucho como el camión de al

lado comienza a moverse y a alejarse. Berit me dedica una sonrisa comprensiva y Anne también se acerca a mí y me rodea con sus bracitos.

Joren nos mira con una nota de tristeza en sus ojos. No se mueve de donde está, pero esa expresión es suficiente para saber que comprende.

De pronto, el camión comienza a moverse. Me aparto de Erika y me acerco hasta la salida. Me inclino sobre la puerta metálica y retiro un tanto la lona con la que acaban de cubrirnos. Me asomo fuera y busco la figura oscura de Derek al pie de la colina.

Ahí está, inmóvil, aguardando. Hoy no hay estrellas. Tampoco luna. Apenas puedo distinguirlo en la oscuridad. El vehículo se pone en marcha con un lento traqueteo y yo me aferro al metal mientras continúo asomada y derramo las últimas lágrimas antes de partir.

Nos alejamos con parsimonia. Al frente no hay más que oscuridad. Atrás queda todo. Queda la luz y el amor. Lloro amargamente en silencio mientras siento como el pecho se me desgarrar y los ojos me arden.

Dejamos atrás su figura. Ya no soy capaz de verlo. Cierro los ojos, cansada, y evoco su preciosa sonrisa y sus cálidos ojos castaños.

Derek, me has roto el corazón de una forma en la que no lo ha hecho nadie antes... con mucha dulzura.

No vuelvo con los demás hasta dentro de un tiempo. No sé si han pasado minutos u horas. Siento el gélido frío en mi rostro congestionado, cubierto de lágrimas. Me las seco con la manga de mi abrigo y regreso con ellos, con mi libro entre los brazos.

Me quedo ahí, acurrucada junto a él. Un vacío intenso crece en mi interior a medida que nos alejamos del pueblo, pero sé que he hecho lo correcto.

Epílogo

Berlín, diciembre de 1945.

La nieve cae sobre las calles de Berlín. La gente camina con prisa de un lado a otro, sin detenerse. Todos quieren volver cuanto antes al calor protector de sus hogares.

En medio del mar de gente, solo un joven permanece inmóvil, con las manos en los bolsillos y la cabeza un tanto inclinada, resguardándose del frío bajo su bufanda. El vaho sale de su boca y asciende perdiéndose en el gélido viento invernal.

Alza la cabeza con expresión paciente y nostálgica, y parpadea cuando varios copos de nieve se posan sobre sus pestañas. Como cada tarde, ha bajado desde el apartamento donde vive hasta la Plaza de París y permanece allí, en silencio, llueva o nieve, esperando.

De pronto, sus ojos castaños se cruzan con la única persona que se ha detenido, un poco más allá, en medio de la plaza.

Aguarda, expectante, deseando que se gire. Echa a andar hacia ella, observándola desde lejos. Camina deprisa, abriéndose paso a través de la gente que pasa con celeridad. Se percata de su pelo oscuro —semioculto bajo un gorro de lana— y aviva el paso.

El corazón le late desbocado cuando la joven se gira y sus miradas se encuentran, llenas de emoción. Ambos permanecen inertes, perdidos el uno en el otro, petrificados en mitad de un mundo que ha dejado de existir.

Está distinta. Él también.

Sus facciones se han afilado, sus pómulos se han definido. Está más alta y parece más delicada. Pero hay algo que permanece inmutable: sus ojos. Sus preciosos ojos azules, de un azul tan intenso que desafía la oscuridad del firmamento. Sus ojos brillan tanto que parece que en ellos esté preso el universo.

Salva la distancia que apenas los separa. No hace preguntas. No espera las suyas. Simplemente la besa. Un beso urgente, largo e intenso y le susurra, pegado a su boca:

—Ka, te quiero.

Agradecimientos

Gracias al equipo de Escarlata Ediciones que ha hecho posible que esta novela vea la luz. Gracias a Sarima por la fantástica portada, a Claudia Córdoba por sus correcciones, a Sofía Aguerre por su paciencia y, sobre todo, a mi editora Scarlett de Pablo, por el cariño y la dedicación que me ha brindado. Gracias por implicarte tanto, por la pasión con la que haces tu trabajo y por creer en esta historia.

Gracias a mi abuela, que sigue siendo mi persona favorita en todo el universo; por tu cariño incondicional y por inspirarme con esa bondad natural que te hace única.

A mis padres, por apoyarme desde el principio; por regalarme libros y leerme cuentos de pequeña. Y a todos mis tíos y primos por ser siempre mis mayores fans.

Gracias también a todos mis amigos, que se emocionaron tanto como yo cuando les dije que publicaría este libro. Gracias a Ane, por ser la primera en leerlo, y a Laida por ser mi lectora incondicional. Gracias a Saioa y a Noelia por ser unas amigas estupendas. A Aisa por responder a mis disparatadas preguntas sobre medicina, y a todos los demás por darme siempre tanto cariño. Os quiero a todos.

A Ima, por acompañarme en este viaje desde el principio y estar siempre a mi lado. Tú eres mi final feliz.

A todos los que habéis confiado en mí desde el principio y me ayudáis a ser más grande cada día. Gracias a todos los que reseñáis mis libros, habláis sobre ellos con tanto entusiasmo, y os embarcáis conmigo en todas las locuras que os propongo. Gracias a Raquel, Selena, Blue, María, Jano y a todos los demás.

Gracias a Meggi, por ser una lectora 0 fantástica y una amiga aún mejor (a pesar de ser bilbaína). Gracias también a Sandra, del blog y canal Eating Books: esta aventura en el mundo de las letras me ha acercado a ti y no podría desear una amiga mejor. Eres increíble y te echo mucho de menos.

Por último y lo más importante, gracias a todos los que habéis leído este libro y me habéis acompañado a través de sus páginas. Sin vosotros, esto no

sería posible. Si queréis decirme qué os ha parecido la novela por mis redes, comentar conmigo cualquier cosa o simplemente pasaros a decir «hola», ¡sois bienvenidos!

Paula Gallego

Paula Gallego



Paula Gallego nació en San Sebastián, en 1995. A los diecisiete años quedó finalista en el Ateneo de Novela Joven de Sevilla y publicó su primera novela. A partir de entonces ha continuado publicando novelas de corte juvenil.

Ha estudiado Magisterio Infantil y actualmente compagina sus estudios de Lengua y literatura españolas con la creación literaria.

Un día de invierno es la primera novela que publica con Escarlata Ediciones.

¿Conoces nuestros otros títulos de la colección juvenil?

Los Fragmentos del Destino de María Viqueira

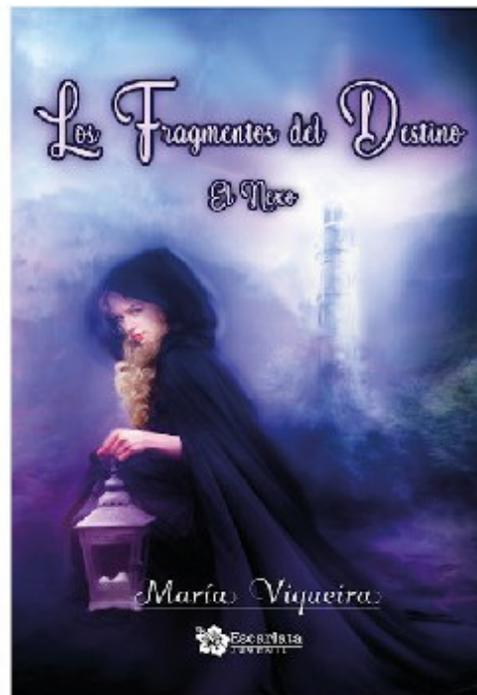


Nalia Nemerston no es una hechicera normal. No vive en la Torre de Cristal, no ha desarrollado ningún poder y, lo más preocupante, tiene un tatuaje en la muñeca que la ha acompañado siempre y cuyo significado desconoce.

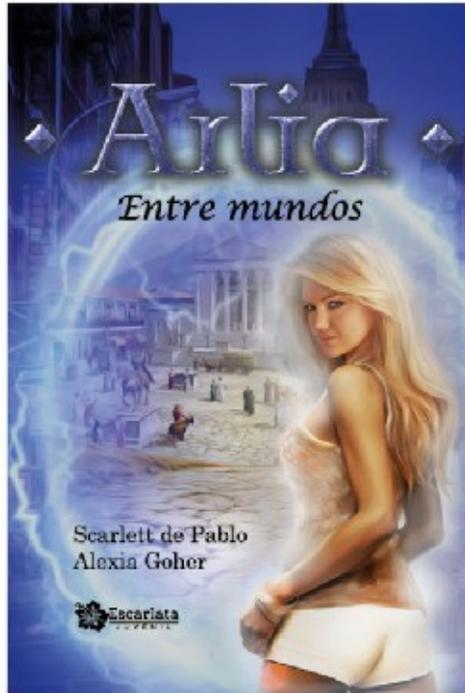
Decidida a descubrir su verdadera identidad, se embarcará en un arriesgado viaje para cruzar un país enfrentado por la guerra. Nalia no tendrá más remedio que formar una desagradable alianza si quiere evitar lo que ansían todos sus enemigos: acabar con la portadora de la marca.

Encerrada en una celda, traicionada y privada de respuestas. De lo único que es consciente Nalia es de que Azaroth, líder de la Hermandad de la Nueva Era, la necesita con vida. Teniendo en cuenta la cantidad de enemigos que desean verla muerta por culpa de su marca, sería sencillo rendirse a sus designios, pero, ¿está dispuesta a renunciar a su libertad?

Un rescate de quien menos lo espera la pondrá de nuevo en el tablero de juego. Ahora tendrá que decidir si quiere volver a encerrarse en una torre o arriesgarse y cambiar el destino del mundo.



Arlia de Scarlett de Pablo y Alexia Goher

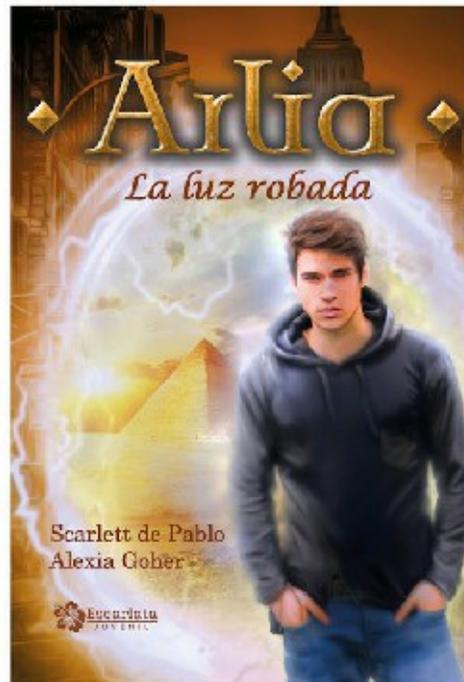


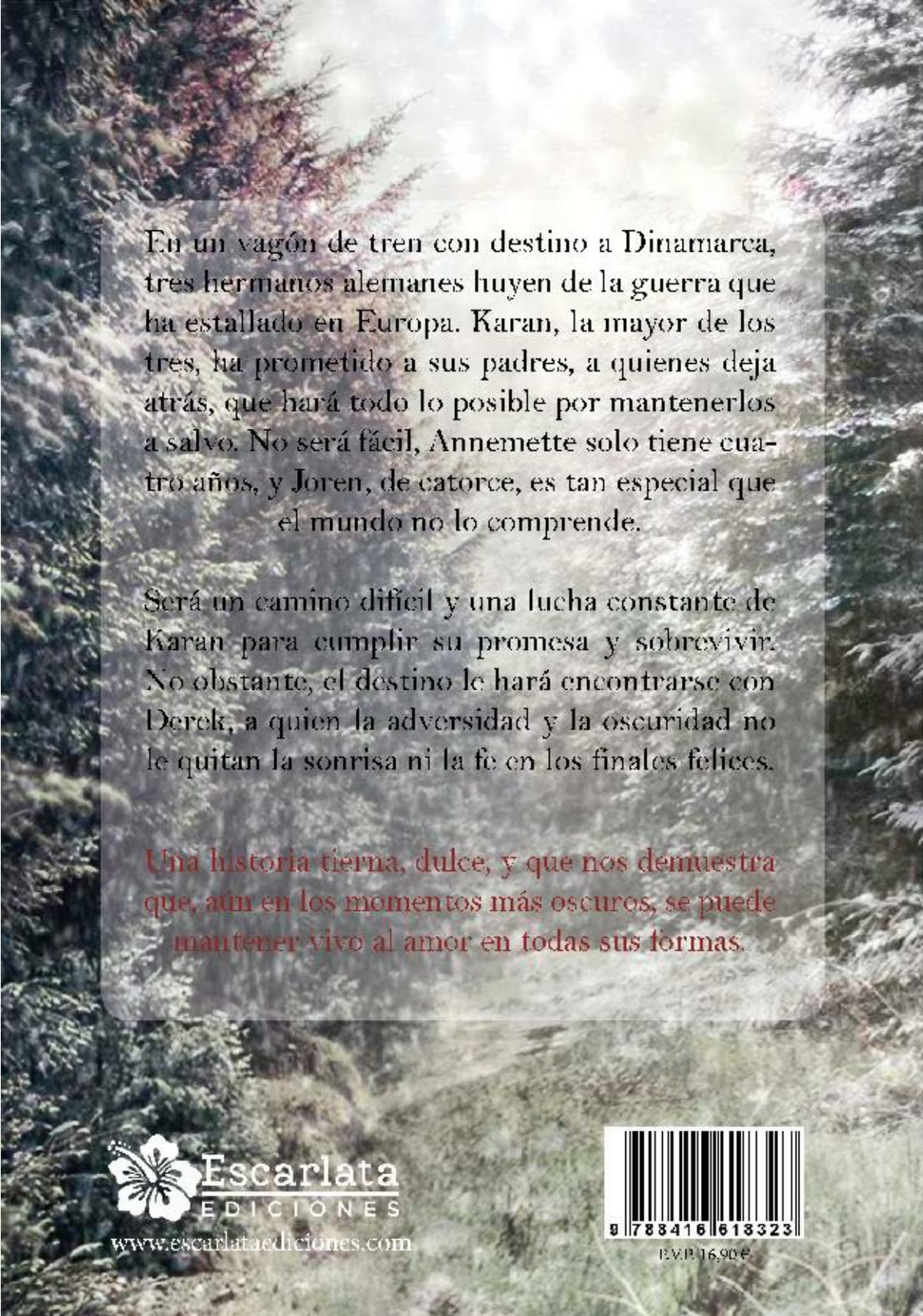
Durante toda su vida, Kirsten Jules ha tenido una atracción imata para los problemas. Estar en el internado de Arlia, donde aprende a controlar sus dones sobrenaturales, no iba a cambiar eso.

Su mejor amigo, un brazaletes robado y un poder desconocido arrastrarán a Kirsten a través del espacio-tiempo y la llevarán a la antigua Roma. Allí conocerá a Iacobus, un joven patricio romano que cambiará por completo su forma de ver el mundo y la ayudará a resolver el enigma de unas misteriosas muertes que están teniendo lugar en el internado.

Ha pasado un año desde que Kirsten viajó al pasado. Por otro lado, Justin está tratando de convertirse en un hombre, con todo lo que eso conlleva: responsabilidades, mujeres, proteger a su amiga de cualquier tío que se le acerque, hablar egipcio antiguo... ¿Desde cuándo Justin habla egipcio antiguo? Que nadie diga que las visitas al museo siempre son aburridas.

Mientras nuestros incansables protagonistas se embarcan en nuevas aventuras, el verdadero monstruo de sus pesadillas acecha: el fin de su niñez, que podría estar llegando mucho más pronto de lo que esperan y de una manera que jamás se podrían imaginar.





En un vagón de tren con destino a Dinamarca, tres hermanos alemanes huyen de la guerra que ha estallado en Europa. Karan, la mayor de los tres, ha prometido a sus padres, a quienes deja atrás, que hará todo lo posible por mantenerlos a salvo. No será fácil, Annemette solo tiene cuatro años, y Joren, de catorce, es tan especial que el mundo no lo comprende.

Será un camino difícil y una lucha constante de Karan para cumplir su promesa y sobrevivir. No obstante, el destino le hará encontrarse con Derek, a quien la adversidad y la oscuridad no le quitan la sonrisa ni la fe en los finales felices.

Una historia tierna, dulce, y que nos demuestra que, aun en los momentos más oscuros, se puede mantener vivo al amor en todas sus formas.



Escarlata
EDICIONES

www.escarlataediciones.com



ISBN 16,90 €

